



TÚ ERES
MI SECRETO

NO TE ESCONDAS

-LAURA BARCALI-



NO TE ESCONDAS

-Laura Barcali-

ADVERTENCIA

Este libro contiene algunas escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2019, No te escondas

©2019, Laura Bartolomé Carpena

doriannelor@gmail.com

Revisión: Nari

narispringfield@gmail.com

Auto publicación. No se han cedido derechos a editoriales ni a terceros.

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

«NO TE ESCONDAS»

Capítulo 1

Ángel aparcó en la plaza de parking que le correspondía y se bajó del coche dando un portazo casi violento. Miró su móvil y tenía cuatro llamadas perdidas de su padre, que no contestó de forma deliberada; no le soportaba. Y menos ganas tenía de escucharlo esa noche.

Hacía tan solo media hora que había cortado con la chica que sus padres le presentaron un par de meses antes, Inés, obsesionados con que tuviera novia de una vez, y de buena familia, por supuesto. Lo intentó porque era una chica maja y divertida, pero no conseguía sentirse demasiado atraído y seguir con aquello le pareció absurdo. Él no era mala persona, así que no quería hacer perder el tiempo a Inés. La hizo sufrir, pero quedaron al menos en paz ambos, pues tampoco llevaban más de dos meses de «relación», si se la podía llamar así.

En cualquier caso, aquello le cabreaba porque estaba harto de que su padre se metiera en su vida una y otra vez. Tenía ya veintitrés años, era mayorcito para saber con quién quería salir, lo que deseaba estudiar y era capaz de vivir solo. Al menos lo último era real.

Solo tenía ganas de llegar a su piso, meterse en la cama y sobar, para no tener que andar pensando en nada.

Tras subir en el ascensor y mirar los mensajes del móvil del grupo de amigos, guardó el teléfono en su bolsa y salió con las manos en los bolsillos al llegar a la quinta planta.

Ángel se quedó sorprendido al ver, junto a su puerta y apoyado en la pared, a un hombre bastante alto y algo corpulento, de cabello rubio blanquecino y con gafas de sol claras, lo cual le dejó descolocado pues era de noche. A su lado había un maletón. El hombretón se le quedó mirando, y cuando fue a abrir la puerta de su casa, le habló quitándose las gafas.

—Disculpa, ¿tú eres Ángel Bosch?

Este reparó durante dos segundos en la cicatriz que le cruzaba el ojo derecho de abajo a arriba.

—¿Quién lo pregunta? —le contestó.

—Me llamo Zenón de la Cruz y... —Le tendió la mano, pero Ángel cruzó los brazos, así que tuvo que bajarla.

—¿Y?

—... y tu padre me ha contratado para vigilarte y ser...

—¡Vigilarme! ¡¡A mí!! —interrumpió a Zenón a grito pelado, evidentemente ofendido.

—Seré como tu guardaespaldas y profesor. Algo así como un tutor. ¿No te avisó tu padre? —Zenón se mantuvo tranquilo a pesar de la reacción de Ángel.

—¡Anda ya! —El joven moreno se dio la vuelta haciendo aspavientos—. Vaya bromitas me hacen esos capullos —comentó pensando que era cosa de los muy cachondos de sus amigos.

El hombre se quedó confundido. Había ido allí pensando que Ángel sabía de su existencia.

—¡Diles que se vayan a la mierda! —Ángel levantó el dedo en señal de «que te jodan».

—En serio que me ha contratado tu padre. Voy a llamarlo y verás como es cierto.

Zenón sacó su móvil y buscó el contacto, llevándose el smartphone a la oreja.

—Buenas noches, Sr. Bosch. Sí, sí, cabo de decírselo, pero...

Antes de poder decir una palabra más, el joven le arrancó el aparato de la mano.

—¡Sois muy graciosos, cabrones! —bramó creyendo que hablaba con alguno de sus amigos.

—¡Ángel! —La voz autoritaria de su padre lo dejó más blanco que el papel. Zenón observó la cara que se le ponía—. El señor de la Cruz será tu tutor, vivirá contigo en el piso y te vigilará.

—Pero... —intentó hablar.

—No vas a las clases de Derecho, ni trabajas, ni haces nada. Además, tengo indicios de que podrían secuestrarte como hicieron con tu hermana.

«¿Secuestrarme?», pensó en los malos momentos pasados con su hermana años atrás, antes de que la soltaran tras pagar un rescate.

—Pero, ¿de qué vas? ¿Estás de broma?

—¡No! Así que hazte a la idea de que el Sr. de la Cruz te acompañará a todas partes. Buenas noches.

Y le colgó.

Ángel, totalmente ofuscado, estampó el móvil contra el ancho pecho de Zenón, para devolvérselo.

—¡Escúchame bien! —le chilló, casi histérico, mientras abría la puerta de su casa—. Si vas a vivir aquí, atente a mis normas.

Zenón le siguió sujetando su maleta y cerrando la puerta tras de sí.

—Ni fumar, ni fiestas, ni traer amistades, y mucho menos tías. —Volvió a cruzarse de brazos. De pronto sintió el cuerpo del hombre detrás de él y su contacto en los hombros.

—Sé que no te gusta que esté aquí, pero has de entender que hago mi trabajo. Espero que seamos amigos.

El moreno giró medio cuerpo y lo miró con sus intensos ojos verde esmeralda. Se acercó al rubio y le dijo:

—¡No me vuelvas a tocar! ¿Has entendido?

Zenón se quedó estupefacto y retiró las manos de sus hombros, algo ofuscado.

—¡Vale! Usted perdone, señorito —contestó con las palmas abiertas y un calor que le subió del estómago hasta las mejillas.

Ángel se frotaba la cabeza, pensando en que cuando sus amigos se entraran iba a ser el descojone durante meses o incluso años.

—¿Y dónde duermo yo?

—¡Apáñatelas tú solito, joder! ¡Por ahí tienes una habitación libre!

—¡No hace falta hablarme así! —El hombretón perdió los nervios.

—Me voy a sobar, no me molestes —sentenció.

Ángel cruzó los brazos de nuevo y se marchó hacia su cuarto, dando un portazo.

Zenón se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo del sofá, acalorado. Cruzó también sus brazos y suspiró intentando calmarse.

«Menudo mal genio tiene el niño pijo este. Espero acostumbrarme».

Cogió la maleta y buscó la habitación libre, intentando no entrar en la de Ángel, aunque supuso que era la que estaba cerrada, ya que la otra era el baño.

Entró y encendió la luz. La habitación era sencilla; una cama, un armario y una mesa con su silla. Pero estaba llena de trastos: cajas de consolas, videojuegos, y material de pintura como caballetes y lienzos tapados.

—Bueno, ya la arreglaré...

Estaba cansado del viaje, desde Madrid hasta Barcelona en tren, y todo el día con el Sr. Gabriel Bosch. Le había dicho este que su hijo tenía mal carácter, pero no se esperaba semejante recibimiento.

Se despojó de la ropa y buscó los pantalones del pijama en la maleta. Durmió sin camiseta, pues seguía acalorado todavía. Sus músculos estaban muy bien definidos y trabajados.

Cerró los ojos y pensó en la mirada de Ángel, intensa y verde.

«No me esperaba que fuera tan guapo y estuviera tan bueno, menudo marrón me ha tocado».

Y prefirió no pensar más.

Por su lado, Ángel se tapó hasta la barbilla, ofuscado, frustrado y asqueado de la vida.

«¿Por qué papá es así siempre conmigo?», pensó. «Quería estudiar otra cosa, pero me he vendido por un coche, un piso y una paga. Y ahora me manda a ese tío. ¡Qué mierda!».

Le costó dormir, pero al final lo consiguió, no sin pensar antes en el escalofrío al sentir las manos de Zenón tocándole los hombros con cuidado.

Capítulo 2

Zenón se levantó, como de costumbre, a las seis y media de la mañana. Hizo unas flexiones, se duchó, y se arregló la perilla, de color más oscuro que su cabello, antes de hacerse el desayuno.

El hombre se sentó para tomarse una taza de té, cuando escuchó que la puerta de la habitación del joven moreno se abría y este se le acercaba en pijama y con una sonrisa en la cara.

—¡¡Buenos días por la mañana, Zenoncito!! —lo saludó.

El rubio se quedó pasmado por cómo lo había llamado. No era precisamente un hombre de tamaño pequeño con su metro noventa. ¿Y qué eran esas confianzas?

Ángel se le sentó al lado y le pasó el brazo por los hombros.

—No hace falta que me acompañes a clase —dijo Ángel—. Te prometo asistir —continuó, acercándose más.

Zenón dejó la taza sobre la barra americana.

—Si no voy, estaré haciendo de forma incorrecta mi trabajo. ¿No te parece?

—¡Estudio Derecho por obligación! ¡No quiero ir a clase, no me da la puta gana! —El buen humor de Ángel desapareció al comprobar que no podía camelarse con tanta facilidad a su nuevo guardaespaldas.

El rubio se levantó y cruzó los brazos, mientras su compañero de piso le dio la espalda, obstinado.

—Mira, niño. Yo me saqué dos carreras, cuidé de mi madre enferma y trabajé, todo a la vez. Acepté este trabajo porque tu padre me lo paga muy bien y no terminará hasta que consigas todos los créditos que te faltan.

Se dio la vuelta dejando sentado a Ángel, callado como una tumba.

—Y ahora levanta el culo, «Angelito». —Se la devolvió—. Nos vamos a clase.

Este puso los ojos en blanco y se mordió el labio con rabia. Aquel grandote iba a ser duro de roer.

Tras aparcar cerca de la Facultad de Derecho, de chiripa, ambos caminaron por los pasillos del edificio. Ángel delante y Zenón detrás.

—¿Me tienes que seguir a todas partes? —preguntó el moreno, molesto.

—¿Tengo que contestar a esa estúpida pregunta? —le respondió su inseparable acompañante.

De pronto, Ángel se dio la vuelta y sujetó al hombre por la solapa de la chaqueta, levantando la cabeza porque era unos quince centímetros más bajo que él.

—Es que quedé con mis amigos en la cantina. Y si te ven, pasaré vergüenza... —comentó con una mueca infantil.

El rubio fue incapaz de no fijarse en sus ojazos y sus labios, empezando a latirle el corazón más rápido de lo que le hubiera gustado.

—¿Puedo ir sin que vengas, Zen? —le acortó el nombre sin más, mientras le ponía las manos en los hombros—. Solo un rato, por favor —añadió en un tono de voz amable.

—Bueno, vale, pero me quedaré cerca —claudicó.

Ángel se separó con rapidez dando una vuelta sobre sí mismo, pagado ante su triunfo.

—¡Te gané!

Zen suspiró resignado mientras lo seguía hasta la cafetería.

«Cuando me mira con esos ojos no sé qué me pasa», pensó mientras se quitaba un momento las gafas de sol.

—¡Mueve el culo, guardaespaldas! —le instó el moreno.

«Zenón, no seas estúpido, no es más que un niño malcriado», se dijo mientras caminaba tras él, a una distancia prudencial.

Ya en la cantina, Ángel se sentó en una mesa libre esperando a que aparecieran Ignasi y Eva, sus mejores amigos. Observó la corpulenta espalda de Zenón, que leía un periódico en la barra.

«Me sabe mal ser tan borde con él, parece buen tío y solo hace su trabajo», pensó el moreno.

—¡Ángel! Ha sucedido un milagro.

Una mujer oronda, rubia de pelo corto y ensortijado apareció junto a un

chico alto y delgado, moreno y de cabellos negros.

—¿Por qué dices eso, Eva?

—Hombre, has venido a clase. No puede ser más que un milagro — comentó Ignasi mientras se sentaba frente a él.

—Mi padre me dio un ultimátum imposible de rechazar —contestó agobiado.

—¿Cuál? ¿Coche, casa o dinero? ¿Qué te ha dicho que te iba a quitar?

—¡Nada de eso! Es otra cosa, pero no quiero hablarlo ahora mismo. Comentemos sobre...

—¡Como de lo bueno que está ese pedazo de rubio de allí! —Eva Señaló a Zenón sin pudor alguno—. Joder, qué follable, hasta decir basta. ¡Cosica guapa!

Ángel e Ignasi se quedaron estupefactos ante semejante lenguaje. Aunque Eva no se cortaba en mirar culos masculinos y catalogar a los hombres de menos a más follables, aquella vez estaba entusiasmada de veras.

—¿Hablas de ese tío? —preguntó Ángel.

—Sí, del que viene directo hacia aquí. Ains, qué calor tengo.

Eva lo miró con total descaro y una sonrisilla en los labios mientras Ángel entraba en pánico y sentía un sudor frío que le recorría la espalda. Zenón apoyó el brazo en uno de sus hombros y le tendió el periódico.

—Perdona, te lo has dejado antes en clase, así que te lo devuelvo —se inventó el rubio.

«Donde las dan, las toman, Angelito», pensó.

Sonrió a los amigos del joven y se despidió. Eva babeaba sin control.

—Menuda voz tiene, qué sexy.

—¡Estás fatal, Eva! —exclamó Ignasi. Luego se fijó en lo acalorado que estaba Ángel.

—¿A ti también te ha molado el tío?

—¡Qué! —chilló—. Deja de decir chorradas.

Hizo como que miraba el periódico y se encontró escrito un mensaje en él:

«Nos vamos, Angelito, mueve el culo».

Estrujó el diario entre las manos, con ofuscación.

Zenón, por su parte, salió por la puerta de la cantina y, sin querer, empujó a una chica morena de preciosos ojos azules, haciendo que se le cayeran los apuntes al suelo.

—¡Perdona! —se disculpó mientras le recogía los papeles.

—Tranquilo, iba despistada, pero eres tan grandote que he rebotado.

—Deja que te ayude, guapa.

—Lo siento, soy lesbiana —contestó con total naturalidad.

Zenón casi se echó a reír ante semejante franqueza.

Ambos se pusieron de pie. Él le tendió la última hoja suelta.

—Pues mira, yo soy gay, ya ves.

—¡Bien por ti, guapo! —se la devolvió.

—Soy Zenón, encantado.

—Y yo Henar, encantada también.

—Oye, disculpa la indiscreción, pero... ¿llevas un ojo de cristal? —comentó un tanto azorada, al darse cuenta de que el hombre tenía una cicatriz y un ojo fijo.

—Oh, es una prótesis ocular, pero no es de cristal. Tuve un accidente de niño y perdí el ojo completo.

Ángel, observando desde unos metros, y con el ceño fruncido, observó la escena. Ella le tocaba la cicatriz. Ya se había dado cuenta de que tenía un ojo «falso», y que por eso llevaba casi todo el tiempo gafas de sol. Pero no se atrevía a hablarle de ello.

«Acaba de llegar y ya tiene a todas las tías loquitas por él. Se supone que me tiene que hacer caso a mí, no estar ligando».

Sintió unos extraños e incatalogables celos, que le instaron en ir hasta la pareja y tocar el hombro de Zenón.

—¿No tenías tanta prisa? ¡Pues mueve el culo tú! Te espero en el coche. ¡Ya!

Y se dio la vuelta, airado.

—En fin, ese es mi simpático compañero de piso.

—¿Te gusta? —preguntó ella—. Es mono aunque sea un tío.

—Es un niño pijo con muy mala leche. Todo lo que tiene de guapo lo tiene de idiota —sentenció.

—Pues no veas la cara que se te ha quedado al verle.

Zenón enrojeció un poco y carraspeó.

—No tengo tiempo para fijarme en hombres.

—Recuerda que sobre los sentimientos no mandamos —le aconsejó la joven.

—Lo tendré en cuenta. Espero que nos veamos pronto.

—¡Toma mi número! —Se pasaron sus contactos.

—¡Hasta pronto, guapa!

—¡Hasta pronto, guapo!

Y así se separaron.

Ángel continuó enfurruñado hasta llegar al coche, seguido de Zenón.

—¿Y tu ligue? —le preguntó—. Estaba bastante buena. Esa puedes traerla a casa si quieres.

—No seas bruto. No es mi ligue, se llama Henar, y no le interesas.

—¿Tienes miedo de que te la quite? —fanfarroneó.

Zenón se le quedó mirando un momento y luego se echó a reír con ganas.

—¡De qué te ríes, «desgraciao»! —exclamó herido en su orgullo.

Lo sujetó por el pelo rubio, estirándolo, de pura rabia por las risas que se estaba echando a su costa.

—¡Auh! Simplemente la chica tiene gustos muy distintos.

—¡Claro! Le gustan los rubios altos, cachas y macizos como tú —contestó Ángel, casi sin percatarse de lo que acababa de decir.

Zenón enrojeció de golpe, al escucharle aquello. Aunque pensó que se estaba riendo de él.

—¡Vámonos! —le ordenó mientras se subía al coche.

El joven moreno se quedó de pie, pensando;

«A lo mejor no es tan malo tenerlo de compañero de piso».

—¿Quiere subir ya el señorito?!

—¡Ya voy! Qué pesado.

Capítulo 3

Zenón se puso el *judogi* y anudó la parte de arriba con su *obi* negro, colocando bien la vestimenta para practicar algo de judo, algo que no deseaba en absoluto dejar de hacer mientras buscaba un *dôjô* en el que poder seguir de forma más continua. También iría al gimnasio de la esquina a apuntarse.

Colocó en el suelo del salón una manta, a falta de colchoneta, y comenzó a realizar un calentamiento previo.

Ángel le observó brevemente desde la esquina que daba al pasillo, con una de sus muecas. Las espaldas anchas de aquel hombre le impresionaron.

Volvió a ponerse los auriculares y se dio la vuelta para volver a su cuarto a estudiar. Se echó sobre su cama y continuó pasando a limpio algunos apuntes, con anotaciones de Zenón.

Tras un rato, acabó hastiado sin entender bien aquella letra de médico. Dejó de escuchar la música y llamó a su nuevo compañero de piso a gritos.

—¡Zenón! ¡Ven aquí!

Los pasos descalzos del hombre se acercaron hasta que este apareció en la puerta, respirando con agitación y sudando un poco.

—¿Qué te pasa? —lo dijo con una sonrisa en la boca, sin acritud.

Ángel se fijó en su cicatriz y el extraño efecto de su ojo falso, aunque no le dio mucha importancia en aquellos momentos. También le pareció ver parte de un tatuaje en uno de sus marcados pectorales.

Decidió fruncir el ceño y recriminarle:

—¿No se supone que eres mi profesor también? Pues deja eso del judo y ven a ayudarme. No entiendo tu letra de mierda, tío.

El rubio se inclinó hacia él, que reuló un poco ante la cercanía.

—Tío, apestas a sudor... —Ángel arrugó la nariz, aunque no le disgustó del todo su olor corporal, e intentó entrever más de aquel tatuaje misterioso, que le pareció una especie de ala de pájaro muy simplificada.

Tuvo que mirarlo a la cara antes de que se diera cuenta de su curiosidad, enrojeciendo.

—Pues yo entiendo mi letra a la perfección.

—¡No te jode!

—Aquí pone... —Zenón se quedó callado un instante—, pone que no tengo ni idea de qué he escrito ahí.

—Pues estamos apañados.

—Puedes seguir con el otro tema y, cuando acabe, lo reviso. ¿Vale?

—Vaya profesor, que antepones eso del judo a tu alumno.

—He de hacer ejercicio cada día. ¿Quieres aprender?

—¿Tendrías que tocarme? —inquirió el moreno, con cara de asco.

—¡Volarías rápido por los aires! ¡Así que apenas! —contestó el rubio haciendo un gesto de barrido con su enorme mano.

—¡Calla, capullo! ¡No te rías de mí!

En un arranque, Ángel lo agarró de las solapas para tironear de ellas, consiguiendo que su compañero se echara a reír. Este lo sujetó por las muñecas empujándolo con facilidad hacia atrás haciéndole una pequeña llave de judo.

El más joven se quedó mirándolo fijamente, enrojeciendo al tenerlo tan cerca de pronto, con sus cabellos húmedos tocándole la frente.

—Angelito, me pone muy cachondo verte de mala leche... —Zen lo dijo con tal seriedad, que Ángel sintió que el corazón le iba a salir por la boca.

No le dio tiempo a reaccionar, pues el otro se levantó rápido, soltándolo.

—Voy a ducharme y luego te ayudo con eso.

Ángel cogió los apuntes y se los lanzó, ofuscado, aunque sin darle.

—¡No me llames Angelito, pedazo de marica!

Se cruzó de brazos y movió la pierna, nervioso ante la sensación tan intensa que acababa de provocarle ese individuo no deseado.

Zen, por su parte, apoyó la frente en la fría loza de la ducha, mientras el agua ardiendo le caía por la cabeza y parte de su esculpido cuerpo.

Miró la erección incontrolable y se tocó un poco, aunque dejó de hacerlo de inmediato.

—Maldita sea... Se me van las manos y no lo puedo evitar. ¿Cómo te puede gustar ese niño?

Bajó los párpados intentando serenarse, hasta que escuchó varias veces el timbre de la puerta.

—¿Ángel? ¡Ángel! —repitió a gritos, pensando que lo estaba haciendo adrede para vengarse de su anterior broma.

Sin embargo, este no se enteró ya que estaba con los auriculares puestos, por lo que Zen tuvo que coger una toalla, ponérsela alrededor de la cintura e ir a abrir.

Primero observó por la mirilla y luego sonrió de manera ladina.

Abrió la puerta y allí se encontró cara a cara con los dos amigos de Ángel.

El chico moreno se quedó estupefacto al verlo, pero la chica le hizo un repaso con la mirada de arriba abajo, con tal perversión que sintió la necesidad de taparse con cualquier cosa.

—¿Quién eres tú y qué haces así en casa de Ángel? —indagó el chico.

—¡Angelito, ven! —gritó con fuera.

El susodicho apareció enfurecido, a punto de decir alguna de sus burradas, pero al ver a Eva y a Ignasi, con cara de no entender nada, se quedó de piedra.

Zen lo arrastró hasta él, de la camiseta, para rodearlo con sus potentes brazos.

Ángel se vio, de pronto, contra el pecho húmedo de aquel hombretón, que le dio un beso en la coronilla.

—Cariño —le escuchó comenzar—, ¿no les has contado a tus amigos lo nuestro?

Se hizo un silencio incómodo al principio, hasta que Ignasi lo rompió.

—¿Desde cuándo te van los tíos? Ya me parecía a mí que pasabas mucho de tías...

—Pero... ¡Cómo me encanta esto! —La reacción de la joven fue entusiasta.

—¡Es una broma del imbécil este! —Ángel intentó zafarse como pudo y Zen decidió que ya era suficiente venganza.

—Es verdad, es una broma. Aunque te recomiendo que les cuentes la verdad y te dejes de tonterías, Ángel —le dijo.

—¡Ya, ya! Ahora se la cuento. Ve a ponerte algo, me está dando una grima tremenda verte medio desnudo, pedazo de cabrón.

A pesar de eso, no dejó de mirarle el enorme tatuaje del pecho: dos alas,

una en cada pectoral.

Como tampoco retiró la vista de su trasero prieto bajo la apretada toalla blanca.

—Bueno, ¿podemos pasar? —preguntó Ignasi.

—Adelante, como siempre, es vuestra casa.

—Ángel. Dime, por Dios, qué hace este pedazo de *daddy* en tu casa. Esta mañana ya lo conocías, no mientas.

—¡Eva, me haces daño en el brazo!

La rubia de cabello ensortijado lo soltó, pues lo había estrujado con intensidad.

—Bien, ¿queréis tomar...? —Ángel se detuvo al ver que Ignasi cogía una cerveza fría sin permiso. El chico le miró haciendo un gesto de hombros y dándole un buen trago.

—Ya estoy preparado —dijo al sentarse en el mullido sofá, junto a una expectante Eva.

—¿Entonces no es tu novio? —inquirió ella, con ciertas esperanzas.

—¡No! No es mi novio, ni mi amante, ni nada similar —bufó—. Es... —Chistó en diversas ocasiones, intentando encontrar las palabras para expresarse con claridad.

—Joder, Ángel, no puede ser tan complicado de explicar, pienso yo —comentó Ignasi, dejando la lata vacía encima de la mesilla.

—Bueno, a ver... Mi padre, que ya sabéis la mala leche que tiene, me ha puesto a este tío de guardaespaldas profesor, todo en un pack...

Frunció los labios, esperando una respuesta.

Ignasi y Eva se miraron, llevándose las manos a los labios, como intentando no reírse.

Zen apareció por el pasillo y estos dos le miraron, y ya no pudieron resistir más, estallando en descomunales carcajadas.

—¡Dejad de reiros de mí, cabrones, malos amigos! No me hace ni puta gracia.

—¡Qué bueno! Tu padre es mi puto ídolo, poniéndote un guardián.

Eva no fue capaz de decir nada en un rato, hasta que consiguió parar de reírse, mientras se limpiaba las mejillas húmedas.

—¿Y qué esperabas? Vas a tu puta bola, pasas de las clases, no trabajas...
—dijo ella.

Ángel comenzó a ofuscarse y sentir vergüenza.

—Si quiere librarse de mí, tendrá que hacer todos los trabajos, exámenes y conseguir los créditos que le faltan para acabar la carrera —añadió Zen.

—Míralo por el lado bueno —comentó Ignasi—, conviviendo con este tío se te quitará toda la tontería que llevas encima.

—¡Idos a la mierda todos! —estalló el moreno—. ¡Fuera de mi casa!

Se dio la vuelta y caminó hasta su habitación, en la que se encerró de un portazo.

Zen, preocupado, lo llamó e intentó que saliera.

Eva se acercó con una sonrisa pesarosa.

—Déjalo, ya se le pasará. Estos arrebatos le dan a menudo.

—Pero...

Zenón quedó tocado y, tras irse la pareja, entró en el cuarto de Ángel llamando antes.

—Ya se han ido... —informó, depositando una taza de tila sobre la mesilla de noche.

Ángel permaneció a oscuras y bajo las mantas, impasible.

—Perdona por la broma de antes... —se disculpó Zenón.

—No hacen otra cosa que reírse de mí... No sé ni por qué los soporto —contestó el moreno, sin moverse.

—Tienes gente que se preocupa por ti, y te hacen bromas para que te tomes las cosas con menos seriedad. ¿No te das cuenta?

—¡A ti qué cojones te importa! —exclamó Ángel, dándose la vuelta.

Zen se dirigió hacia la puerta. La luz del pasillo dibujó su silueta oscura. Su voz profunda y agradable sonó.

—Ya te dije que quería que fuéramos amigos. Y sí que me importa.

Después de aquello, cerró la puerta y dejó solo a Ángel.

La luz de la calle daba sobre la mesilla y vio la tila. Frunció los labios, pero luego se dibujó una leve sonrisa en ellos.

Cogió la taza y sorbió un poco. La sonrisa acabó por dibujarse del todo.

En la otra habitación, un sentido Zenón pensaba en aquel extraño día.

Aquel chico estaba padeciendo porque él había invadido su vida.

Se planteó seriamente ir a las oficinas del Sr. Bosch, y presentar una renuncia. No se sentía preparado para llevar adelante aquel cometido.

A nivel teórico, era capaz de sobra. Tenía la carrera de Derecho, había ejercido de profesor en institutos, era un adulto preparado.

Pero, como ser humano, era un hombre muy sensible ante el sufrimiento ajeno, alguien solitario que apenas si se relacionaba.

Y Ángel no le era en absoluto indiferente.

Capítulo 4

Un trueno despertó a Ángel aquella mañana de sábado. La lluvia repiqueteaba incesante contra el cristal de la ventana.

Se deshizo del revoltijo que eran las mantas y sábanas de su cama, y observó el día gris.

La taza de tila, vacía, estaba sobre su mesilla de noche, junto al móvil. Cogió este y vio un mensaje de su hermana.

Una sonrisa triste se dibujó en sus carnosos labios.

Contestó algo que pareció animarle un poco, pues su hermana mayor le devolvió el mensaje con unos corazones.

Salió para ir al baño y, mientras miccionaba, escuchó a Zen trastear en la cocina americana, aunque ya eran las diez pasadas.

Sin hacer ruido, con los calcetines amortiguando sus pasos, se acercó hasta la parte posterior del sofá, en el que estaba sentado el hombretón, tomándose una taza de lo que le pareció café.

Le rodeó el cuello con los brazos, apretándose contra él sin poder evitar querer tocarlo de aquella manera tan íntima.

—¿Me enseñarás judo hoy, Zenoncito?

Este se quedó mirando al frente, algo tenso.

No se esperó recibir aquel extraño acto de afecto interesado.

La mano de Ángel se deslizó hasta su mejilla derecha y le cogió por el moflete.

—¿Me enseñarás o no? —susurró, meloso.

—Vale —claudicó con hosquedad.

Ángel le dio una cachetada en la cara y se apartó, camino de hacerse un café para él.

—Gracias por la tila...

Apenas fue perceptible y para Zen fue inevitable que le sonsacara una sonrisa.

—¿Qué has dicho?

—¡Me has oído perfectamente, capullo!

Fue toda contestación.

—Espera, siéntate —le pidió Zen, dirigiéndose hacia la cafetera—. Ya lo hago yo.

—¿Y cómo me vas a enseñar eso del judo?

—Lo primero prestándote un *judogi*.

—Eso qué es.

—La vestimenta.

—¿Y qué cinturón eres? —continuó con las preguntas.

—Negro, 4º dan.

—¡Vaya! ¿Eso es mucho? —Ángel pareció impresionado, algo que agradó a Zen.

—Bastante, diría yo. Practico judo desde que... recuerdo...

Ángel notó un deje extraño en su voz, aunque no le dio mayor importancia.

—Lo tuve que dejar de forma profesional hace unos años, por lo que mantengo el grado, pero ya no compito. ¿Haces algún deporte?

—Voy al gym de la esquina.

—¡Vaya! Yo también tengo que apuntarme. Podríamos ir juntos.

—Voy a quedar como un tirillas a tu lado... —se quejó, bromeando.

—¿Acaso tú haces una dieta especial y te entrenas cada día?

—Oh, no tengo tanta fuerza de voluntad ni quiero parecer un flipado de esos.

—¿Yo soy un flipado de esos?

—No, lo tuyo es... Bueno, joder, es tu físico natural, pero bien... cuidado.

—Hombre, por fin me piropeas —dijo, mientras le dejaba el café delante.

Ángel se lo bebió sin decir nada, algo confuso de sus propias palabras.

—¿Así que eres abogado, profesor, guardaespaldas y cinturón negro? ¿Algo más?

—Sí, niñera del señorito —apuntó el rubio, con una enorme sonrisa en su masculino rostro.

El moreno le tiró lo que quedaba del café, pero Zen consiguió apartarse a

tiempo, muerto de risa.

—Ahora lo limpias tú —apuntó el hombretón, mientras se iba a por la ropa.

Ángel salió al salón con la parte de arriba del *judogi* abierta. Zenón se la colocó bien y pasó por su cintura el *obi* negro, anudándolo con fuerza. El más joven de los dos se fijó en la cicatriz, y cada vez sintió más intriga por el rubio.

—Te viene enorme, pitufo —dijo Zen, entre carcajadas—. Y es una herejía que lleves el cinturón negro, pero te lo perdono por esta vez.

—¡No te pases! Yo tengo una estatura normal, pues mido un metro setenta y cuatro. Tú, en cambio, eres enorme. ¿Cuánto mides? —indagó.

—Un metro noventa y uno.

—No pareces español, tienes una fisonomía como nórdica.

Zen tragó saliva, algo agobiado.

—No lo sé con exactitud. Perdí la memoria en un accidente de tráfico siendo ya un niño mayorcito, por lo que mi madre adoptiva tampoco pudo contarme demasiado. Así es como perdí el ojo.

—¿Es de cristal?

—No, qué va. Es sintético y el iris del mismo color castaño claro que el de verdad.

Se señaló ambas pupilas.

—¿Y te duele?

—No, fue hace mucho. Además, estas cosas están muy avanzadas y voy regularmente a que me revisen que todo está bien. Lo que pasa es que a la gente que no me conoce, le da apuro mirarme a la cara sin que se les note la incomodidad.

Ángel sintió un brote de ternura inaudito en él, y levantó la mano hasta el rostro de Zen en un acto reflejo. Le acarició la cicatriz y el párpado, que el rubio cerró por inercia.

La reacción de este último consistió en asir a Ángel por las solapas de su *judogi* y hacerle una llave simple de judo; con el pie y el tobillo le hizo perder el equilibrio y caer sin que se lo esperara.

No llegó apenas a tocar la manta sobre el suelo, pues Zenón lo sujetó como si no pesara nada.

—¿Qué haces? Me has asustado —admitió el moreno, agarrándose con fuerza a la vestimenta de su oponente, a la par que se dio cuenta de que este había cambiado la actitud distendida por una tensa.

—Escúchame bien, Ángel. No vuelvas a tocarme la cicatriz. —Fue tajante en sus deseos.

El chico se sintió violento, ya que no pensó que le pudiera molestar hasta ese punto.

—Vale, perdona. No volverá a pasar. No lo hice con mala intención.

Zen depositó a Ángel sobre la manta, con sumo cuidado. Y se irguió, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Levántate y te enseñaré algunas llaves básicas —le dijo en un tono imperativo.

El moreno se puso en pie, colocándose bien la ropa, rojo como la grana.

Zen pensó en que se estaba abriendo a él en exceso, contándole cosas íntimas demasiado pronto, algo que no hacía con nadie ni por asomo pues lo consideraba peligroso. Le costaba la vida fiarse de los demás, impidiéndole tener amigos. A nadie había dejado atrás en Madrid. Solo una casa vacía desde que su madre ya no estaba.

Tras una clase de judo algo tensa, y una relajante ducha, Ángel se vistió para salir a dar una vuelta, pues sus amigos los habían invitado a tomar algo en la cafetería del barrio a la que solían acudir con asiduidad.

Zenón, aunque estaba aún un poco seco de carácter, no puso pega alguna y esperó a que el moreno apareciera para poder acudir a la cita.

Ambos se mantuvieron callados mientras bajaban en el ascensor, de algún modo incómodos por la situación generada, hasta que Zen rompió el silencio con un carraspeo.

—¿Me recomiendas entonces el gimnasio al que vas?

—Sí, está bastante bien. Buen horario y buen precio —informó Ángel.

—Podríamos ir juntos... —propuso.

—A tu lado parezco un tirillas —se quejó el joven con su típico

fruncimiento de cejas.

—No te lo voy a negar. —Zen se echó a reír para relajar el ambiente.

—Todas las tías se te van a tirar encima como perras en celo.

—Qué exagerado.

—Y algunos tíos salidos.

—Oh... —Zen se mantuvo callado ante el comentario, pues no deseaba hablar sobre su homosexualidad, pues desconocía cómo podía afectar aquel dato a la ya tensa relación que mantenía con su pupilo. No era el momento, ni el lugar.

A Ángel le picó su propio comentario. No supo si le molestó más que le rondaran mujeres a Zenón, u hombres. Ambos casos le produjeron un poco de celos, aunque no supo interpretar bien aquellos repentinos sentimientos, muy parecidos a los sentidos cuando el rubio habló con la preciosa chica de la universidad de una forma tan cercana.

—¿Por qué pones esa cara de ogro? —inquirió Zen al verlo con el ceño fruncido y expresión de mal humor.

—¿Eh?

—Si te molesta que vaya a ese gimnasio, dímelo y buscaré otro...

—Ah, no, no. Ve, no tiene importancia. Me da igual.

—Bien...

La cara de Ángel cambió, relajándose. Zen observó su perfil, pareciéndole muy atractivo, con una nariz bien definida, unos labios carnosos y una barbilla redondeada.

El corazón le latió con más brío de lo habitual y tuvo que tragar saliva y suspirar fuerte.

Unas gotas de lluvia comenzaron a impactar levemente sobre ellos. Zen adelantó la mano en señal de sentir el agua caer sobre su palma abierta y miró hacia el cielo oscurecido.

—Vaya, no hemos cogido paraguas.

—Ya llegamos, está a la vuelta de la esquina.

Ángel echó a correr sin demasiada prisa y su acompañante lo alcanzó en varias zancadas.

La cafetería resultó ser un lugar algo ecléctico, con mobiliario muy distinto entre sí. Zenón dedujo que, con toda probabilidad, habían comprado todo en mercadillos, restaurándolo a posteriori para utilizarlo en la cafetería, dotándola de un carácter especial.

Eva e Ignasi los estaban esperando en una mesa para cuatro, al fondo del concurrido local, tomando unos capuchinos con muy buena pinta.

—Podríais haber esperado a que llegáramos.

—Siempre llegas tarde —respondió la joven.

—Hoy no —se defendió Ángel.

—Porque vienes con tu nuevo amigo... —Eva apoyó la mejilla en la palma de la mano, y sonrió con descaro a Zenón, que enrojeció de vergüenza.

Le resultaba difícil socializar con facilidad.

Se sentaron el uno al lado del otro en el banco, dejando una distancia prudencial, y pidieron al camarero sendos café con leche.

—Lamento... haberme comportado de esa forma ayer... —El moreno pidió disculpas con la mirada puesta sobre la mesa, el ceño fruncido y los brazos cruzados. No fue la disculpa más sincera, aunque tampoco falsa. Por esa razón sus amigos lo perdonaron con una sonrisa, tras mirarse el uno al otro.

—Estás perdonado, tontito —añadió Eva.

—Intentará ser menos grosero, ¿cierto? —expuso Zen.

Este recibió, a modo de respuesta, una mirada matadora que hizo sonreír al rubio.

Eva miró a este último, con una sonrisa picaruela en el rostro.

—¿Puedo hacerte algunas preguntas? —inquirió, mirándolo.

—Claro que sí, guapísima.

Ángel rabió, ya que con él no era tan sociable a la hora de saciar su curiosidad. Le quedó muy claro que con las mujeres se comportaba de forma distinta.

Sin embargo, para Zen era mucho más sencillo al no sentirse atraído por ellas.

—Eva quiere saber si tienes pareja —interrumpió Ignasi, para fastidiarla.

—¡Déjame preguntarlo a mí! —le espetó con un ademán. Luego se giró hacia su rubio interlocutor, pero ya con cara de circunstancia—. ¿Tienes

pareja, guapetón?

—Estoy solo en ese aspecto, no tengo mucho tiempo para esas cosas.

—¿Ni un ligue? —insistió la joven.

—No, no. Nada de nada —contestó, muerto de vergüenza a pesar de ser un hombretón.

—Pero, ¿cómo es posible? Con lo bueno que estás —añadió tajante y sin ningún tipo de reparo.

A Zen no le dio ni tiempo a reaccionar, sobre todo cuando Ángel se abalanzó sobre él y estrechó su cuello entre los brazos, pegando la mejilla contra la suya.

El corazón se le salió por la boca.

—¡Calla, zorra, este es mío! Es mi guardaespaldas y mi chacha.

La caliente mano de Ángel le asió por la otra mejilla.

—¿Verdad, Zenoncito?

Ángel se echó a reír con total naturalidad, a la vez que Zenón se moría de la vergüenza y sus amigos se quedaban boquiabiertos ante semejante acto que, supusieron, se trataba de una broma.

Con la mano, el moreno estiró de la mejilla barbuda de Zen hasta hacerle daño, a lo que este contraatacó.

—Perdone el señorito, pero no soy su chacha, sino su niñera particular.

Luego echó unas risas que encendieron el ego de Ángel.

—¡Te mato! —exclamó el joven, asiendo a Zen por la solapa de la chaqueta de punto gris, oliendo su aroma particular de hombre, algo que le perturbó al sentir cuánto le había gustado estar tan cerca.

El musculoso brazo del rubio le rodeó por el cuello y los hombros, abrazándole. Aquello hizo saltar su corazón.

—Ey, ya sabes que si haces eso... me pones cachondo —susurró Zen, mirándolo a los labios sin poder evitarlo.

Eva abrió los ojos como platos y en su boca se formó una «O» ovalada, pero disfrutando del espectáculo. Ignasi, en cambio, casi se quemó al sorber su taza de café caliente y derramó un poco sobre la mesa.

Nunca había visto a Ángel hacer esas cosas, ni siquiera con las dos novietas de turno que había tenido.

Aquello desprendía más tensión sexual que con ellas, si es que la hubo en alguna ocasión.

—¿En serio? ¿Y qué me piensas hacer? —Ángel se dejó llevar, casi empujando a Zen sobre el banco en el que estaban sentado.

Aquello fue demasiado para el rubio, que tuvo que escabullirse como buenamente pudo al sentir que le apretaban los pantalones.

—V-voy al baño... —Se levantó y caminó hacia los aseos, tropezando contra una silla suelta, bajo la atenta mirada de sus nuevos amigos y unas cuantas jóvenes que alucinaron con su belleza masculina.

—Tío, te has pasado —comentó Ignasi, poniéndole cara de circunstancia.

—Solo le he seguido el juego.

El camarero dejó los cafés con leche sobre la mesa rústica y Ángel echó el azúcar en el suyo, removiendo con apariencia tranquila el contenido.

Sin embargo, por dentro el corazón le iba a cien, al darse cuenta de cómo había traspasado la línea al sentir el calor y la turgencia del cuerpo masculino de Zenón.

Tuvo un ligero pensamiento con la respuesta que le había dado a Ignasi. Y sí, le seguía el juego porque le gustaba demasiado seguirselo. Y eso era algo que nunca antes le había sucedido con ninguna chica. Aunque, para ser sincero consigo mismo, era lógico pues apenas si le atraían-

En el baño, Zenón apoyó su amplia espalda en la puerta del compartimiento privado y posó el zapato sobre la tapa del water, con cara de enfado consigo mismo.

—Se me van las manos otra vez —se dijo en un susurro—. Siempre que me gusta un tío me entra el pánico...

Llevó su mano a la cicatriz y cerró los ojos. Le picó un poco, así que la frotó. Aquello era normal, aunque con Ángel no de la misma forma, lo cual le perturbó más de lo habitual.

De ese chico no podía alejarse.

Optó por volver e intentar hacer como si no hubiera sucedido nada en absoluto, comportándose con aparente normalidad.

Al llegar escuchó a Ángel hablar, de forma muy cariñosa, por teléfono, así que se acercó con cuidado para no molestar.

—Cuando quieras voy a verte, princesa... Claro, sí, guapa. Te quiero. Un besito.

Zenón dio por hecho que hablaba con su novia, lo cual le hizo sentirse miserable sin poder evitarlo.

Contuvo sus sentimientos lo mejor posible.

Ignasi y Eva observaban a Ángel con cara de circunstancia. Eva incluso pareció perder el color sonrosado de sus mofletudas mejillas.

—Si vas a verla, dale un beso de nuestra parte... —pidió Ignasi, afectado.

Zen estaba cada vez más confuso ante aquella situación. Algo sucedía que a él se le estaba escapando.

—Me sabe mal, Zenón, pero vayámonos. —Ángel se puso en pie, pagando los cafés de ambos.

El rubio se levantó también, sin hacer preguntas. Se despidió de Ignasi y Eva con una sonrisa de desconcierto y unas breves palabras.

—Nos vemos en la facultad —dijo Ángel a sus dos amigos.

Estos no dijeron nada, solo levantaron brevemente las manos en señal de despedida, apesadumbrados.

Zenón no pudo contener la pregunta que le quemaba en los labios justo cuando salieron, aún bajo el dintel de la puerta.

—¿Hablabas con tu novia? ¿Le pasa algo?

Ángel le miró mordiéndose el labio inferior, con ojos tristes.

—No es mi novia, sino mi hermana mayor.

—Oh, perdona por especular...

—No pasa nada —contestó, moviendo los hombros en señal de indiferencia.

—Está lloviendo mucho, ¿qué hacemos?

—Me da igual, la verdad.

El moreno se echó a la calle, bajo el aguacero. Zen lo siguió sin dudar y le colocó la capucha a Ángel para que no se mojara tanto.

Caminaron bajo los balcones de los edificios, para intentar no acabar como recién salidos de la ducha.

Casi llegando a casa, tras no decir una palabra, Ángel se detuvo y miró a Zen con una tristeza en sus hermosos ojos verdes que dejó al rubio muy preocupado.

—Tiene cáncer. Le hicieron una mastectomía doble, pero ya se le había extendido. Solo tiene treinta años...

Zen se quedó de piedra, con la boca algo abierta, que se le secó al instante. Tragó saliva antes de hablar.

—Mi madre... falleció de cáncer —dijo, sin especificar el tipo.

—Lo siento mucho.

Zen no quiso ser pesimista y pasó el brazo por los hombros de su protegido, intentando resultar afable.

—¿Y por qué no vamos a ver a tu hermana ahora? Seguro que se alegra mucho. Se nota cuánto la quieres, no dejes pasar la oportunidad de vivir instantes preciosos con ella.

Ángel sonrió y asintió con la cabeza, emocionado de descubrir a alguien que podía comprender a la perfección todos sus sentimientos.

Capítulo 5

Ángel y Zenón, tras volver a casa, se subieron al coche del moreno para dirigirse a las afueras de la ciudad, donde residían los padres en un chalet de lujo delante de la playa.

La tromba de agua cada vez fue a peor.

—Te tenías que haber puesto una chaqueta, Ángel —comentó el rubio—, o al menos cambiarte de ropa, porque te has mojado cuando volvíamos...

El joven ignoró al copiloto y puso la calefacción, pues realmente estaba aterido de frío aunque no pensaba reconocerlo de palabra.

Zen observó, en silencio, las gotas de agua impactar sobre la luna del coche, mientras los parabrisas hacían su trabajo. Miró de reojo a Ángel en un par de ocasiones, en la oscuridad del habitáculo.

Le parecía demasiado guapo. Uno de esos chicos de ojos impactantes, sonrisa pícaro y que era fácil de estrechar entre los brazos.

—¿En qué piensas? —Ángel le sacó de sus ensoñaciones. Sin embargo, responder la verdad de sus pensamientos no era una opción.

—Pensaba en... —Suspiró—. En que llueve una barbaridad y te tendrías que haber cambiado de ropa.

—Y dale, qué coñazo te pones cuando quieres.

—Me preocupo por tu salud, no vaya a ser que te enfermes y dejes de acudir a clase.

—¡Ah! Ya salió la verdadera razón.

Ángel echó unas risas.

A Zen le pareció que el chico estaba más animado que tras salir de la cafetería, lo cual le alivió.

—Ya llegamos —dijo el conductor al meterse en una urbanización donde todo eran casas espectaculares, o eso advirtió Zenón entre la lluvia y la oscuridad de la noche.

El moreno entró accionando un mando que tenía en la guantera, y que hizo abrirse las verjas de seguridad.

Aparcó al principio del camino.

—¿No lo metes más adentro?

—A mi madre no le gusta que lo acerque tanto a sus parterres, jardines y esas mierdas tuyas. Y con tal de tener la fiesta en paz...

—Pero...

—¡Le di una vez a no sé qué maceta y se rompió! —Hizo unos aspavientos con las manos—. En fin, que lo hago por mi hermana más que otra cosa.

—Bueno, pues vamos allá —dijo Zen, antes de abrir la puerta y salir corriendo bajo aquel diluvio universal, seguido por Ángel.

Al llegar ambos a la puerta principal, los esperaba una mujer rubia y madura, de aspecto cuidado, pero con una expresión en el rostro que denotaba su descontento por la inesperada visita.

Nada más entrar, y sin ofrecer una toalla, o algo para secarse, a los recién llegados, espetó a Ángel:

—¡Quedamos en me avisarías de cuándo ibas a venir para no estar yo presente o cerca!

—Mamá, me ha pedido Gabriela que viniese, y no tengo que pedir audiencia para ver a mi hermana, que yo sepa.

La madre de Ángel posó su disgustada mirada en Zenón, y la expresión de hosquedad pasó a convertirse en admiración ante el hombre que veía.

—¡Oh, pobre! Tú debes de ser Zenón. Yo soy Natalia —dijo, mientras posaba una de sus manos sobre el pecho del rubio, que refuló algo avergonzado ante aquella lasciva mirada—. Enseguida te traigo una toalla. Pobrecito, has debido de mojarte mucho. Quítate la chaqueta si quieres, estás empapado...

Zen no supo cómo reaccionar cuando ella le bajó la cremallera de la prenda superior.

—¡Mamá! —gritó Ángel, avergonzado—. Deja de insinuarle a los hombres, resultas patética. Podría ser tu hijo.

—Eres un maleducado, ¿me oyes? —contestó con evidente enfado.

—La culpa es tuya por no haberte ocupado tú misma de mi educación —contraatacó.

Zenón estaba en medio de ambos, sin saber qué hacer.

—Zen, vamos arriba a ver a mi hermana.

El joven empujó a su compañero por la espalda, para que caminase hacia las escaleras, así que subió sin rechistar, seguido del moreno.

Se detuvieron frente a una habitación de doble puerta.

—Espera un segundo, y avisaré a Gabriela de que estás aquí, no vaya a estar en pijama.

Durante el tiempo que Ángel estuvo dentro, a Zen le dio qué pensar la situación familiar del chico; no se llevaba bien ni con su padre, ni con su madre.

Él mismo, en cambio, adoró siempre a su madre pese a saber que no era la biológica.

En muchas ocasiones, las familias tradicionales no tenían por qué funcionar. Padres que no sabían dar amor, o hijos que no lo querían.

De algún modo se sintió afortunado de haber encontrado a una verdadera madre que lo quiso a pesar de la edad que ya tenía y de no poseer memoria. Ambos construyeron juntos una familia.

Ángel, por lo visto, tenía una desestructurada.

Dentro de la habitación, Gabriela sonrió a su hermano, que la miró con infinita ternura.

Ángel la encontró más delgada de lo habitual y con unas ojeras oscuras bajos los ojos. Su cabello castaño y corto se enroscaba al rededor de un rostro demacrado por la enfermedad. Pese a ello, intentó disimular y ser fuerte.

—¡Buenas noches, princesa!

—¡Has venido! —Aun con la salud mermada, los ojos de Gabriela brillaron ante la presencia de su hermano pequeño.

Ángel se acercó hasta ella, que estaba recostada en la cama leyendo un libro, y la abrazó con fuerza, tanta que creyó romper su cuerpo. Ella también le devolvió el abrazo, aunque sin poder apretarle todo lo que hubiera querido.

—Pero hombre, estás empapado.

—Perdona, te estoy mojando.

—No es por eso... Tienes la piel caliente. ¿Estás bien?

—Creo que tengo un poco de fiebre...

En aquellos instantes tuvo que apartarse para poder estornudar en dos ocasiones.

—Eres un inconsciente —lo riñó.

—Oh, no me regañes. Encima que he venido con invitado.

—¿Quién? ¿El tío que ha contratado papá?

Ángel bufó un poco y puso cara de circunstancia.

—Es un buen tío... Pero no le cuentes que te lo he reconocido.

—Que pase, estaré encantada de conocer al pobre ser humano que va a soportarte todo lo que te queda del curso.

Ángel la miró con el ceño fruncido. En cualquier caso, ver hacer bromas a su hermana valía el precio a pagar.

Fue hasta la puerta y avisó a Zen de que entrara. Este lo hizo de forma tímida.

Al ver a Gabriela entendió hasta qué punto estaba enferma, así que fingió una sonrisa.

—Este es Zenón, mi perro guardián —dijo de broma.

—Encantado, princesa —se atrevió a decir el rubio.

La mujer se quedó tan impactada ante semejante hombretón, que al principio no tuvo palabras. Luego se echó a reír.

—¡Deja a este atontado de aquí y cuídame a mí, machote!

—Por una chica guapa, lo que sea —le siguió la broma él, ante la estupefacción de Ángel, que presencié cómo su nuevo amigo besaba a su hermana en la macilenta mejilla.

—¡No toques a mi hermana, capullo! —le espetó.

—No te pongas celoso, Ángel —rió ella.

—¡Y tú, señorita! ¡Este es mi chacha y tampoco se toca!

—Niñera del señorito —corrigió Zen.

—¡Capullo! —le insultó Ángel, indignado de veras.

En cualquier caso, las carcajadas de Gabriela le calmaron. No deseaba otra cosa que verla feliz.

Zenón salió a la pequeña terraza que poseía la habitación de la mujer. Ella

le había pedido que le dejara a solas con su hermano unos minutos, y no le apeteció en absoluto bajar, por si se encontraba con la madre de Ángel y resultaba demasiado incómodo. Pasar frío, observar la lluvia y la noche le era mucho más agradable.

Dirigió la mirada hacia la estancia, tapada por cortinas claras. Podían verse las siluetas de los dos hermanos, muy juntas.

Eso le hizo sonreír, pues él no tenía hermanos que supiera. En realidad no sabía nada de sí mismo antes de cierta edad por culpa de la pérdida de memoria tras el shock que sufrió. Su madre adoptiva tampoco fue clara del todo al respecto.

Gabriela se lió un cigarro de marihuana con total naturalidad. En su caso era legal que fumara porros dada su enfermedad cancerígena.

—¿Quieres uno? —le preguntó a Ángel. Este negó con la cabeza—. ¿Y ese guapetón querrá?

—Dudo mucho que ese guapetón fume nada. —Sonrió.

Ella le pegó una calada al cigarro y soltó el humo. El característico aroma de la maría se extendió por la habitación.

—Te he llamado porque quería verte. No me esperaba que vinieras hoy, pero... Cuanto antes te lo diga, mejor.

—¿Decirme el qué? —Ángel tragó saliva, pues se imaginaba por dónde iban los tiros.

—Esta vez no iré a Houston. El cáncer se ha extendido demasiado y ya no hay nada que hacer. Prefiero descansar en casa, rodeada de los míos, que morirme allí sola cualquier día tras haberme metido toda esa mierda química. Estoy asqueada de los efectos secundarios y de que solo me alargue la vida de forma miserable —comunicó del tirón.

Ángel se quedó sin aire, y un tremendo nudo se asentó en su pecho, impidiéndole respirar. Intentó hablar en dos ocasiones, sin éxito. Gabriela le sujetó por una muñeca, para insuflarle ánimos.

—Si es... tu decisión... La respeto.

—Los papás se han puesto muy agresivos con la determinación que he tomado. Insisten en que vaya, y mamá vendría conmigo. He dicho que no y ya te puedes imaginar el drama que se ha montado. Papá se ha ido a las oficinas y

ni ha vuelto.

—¡Ah! Por eso tu madre estaba tan cabreada y la ha pagado conmigo.

—También es tu madre y está sufriendo mucho.

—No lo dudo... Pero yo no tengo por qué pagar sus frustraciones.

—Sé que es duro para ti escuchar que me voy a ir de este mundo.

Ángel cerró los ojos, con lágrimas contenidas. Ella pudo entreverlas en sus largas pestañas negras. Llevó su delicada mano a la mejilla rasurada del joven. Este la asió para apretarla más contra su rostro.

—No te preocupes por mí. Ya sabes que me tienes para lo que quieras, princesa.

Luego la abrazó con toda la fuerza del mundo y besó sus mejillas repetidas veces.

Zen había abierto la puerta levemente, porque ya se estaba muriendo de frío. Observó la escena en silencio y, de nuevo, salió pensando en que él también había abrazado así a su madre para sentir que todavía estaba viva y no se había ido del todo, que la muerte no se la había llevado a otro lugar, lejos de él.

—Oye, ¿qué tal Zenón? Ya le dije a papá que esa idea suya de ponerte escolta no me parecía bien.

—Bueno... Me sentó como una patada en los cojones. Lo que pasa es que Zenón es un buen tío y es difícil enfadarse con él mucho rato. Hace lo que tiene que hacer, por mucho que me joda la situación. Con quien de veras estoy cabreado es con tu padre.

—También es el tuyo.

Ángel puso cara de desagrado.

—Aquí la única que me quiere eres tú.

—Ay, sabes que no es cierto.

—¿Y quién se supone que me crió?

—Más bien yo...

—Pues eso.

—Venga, vamos a decirle que entre a ese pobre dios nórdico. Debe de estar aterido de frío.

Ángel se levantó y abrió la puerta de la terracita haciendo un gesto a Zen para que entrase al calor de la estancia.

—Casi muero congelado.

—Ven aquí, yo te daré calor corporal —bromeó Gabriela.

—¡No te pases! Entre mamá y tú lo estáis acosando —exclamó su hermano con cierto tono protector, aunque hacia Zenón.

—No me importa que tu hermana me dé calor corporal.

Ángel le echó una mirada asesina.

—Vale, pues dámelo tú, no te pongas tan celoso. —Se carcajeó Zen.

—No te toco ni con un palo.

—Chicos, me siento un poco cansada y pensaba irme a dormir —dijo ella, intentando relajar la situación, aunque esta fuera de broma.

—Por supuesto, princesa.

Ángel la abrazó y besó. Zen se acercó y depositó un ósculo en su mano, acto de galantería en desuso.

Tras volver a la planta baja, la madre de Ángel salió al encuentro de ambos.

—¿Te lo ha contado? —preguntó a bocajarro a su hijo.

—Sí —contestó de manera escueta.

—¡Tenemos que convencerla de que vaya a Houst...!

—¡No me da la gana! —gritó—. Es su vida, que la viva como guste.

—Pero... —intentó hablar ella.

—Vayámonos, Zen.

Ángel cogió dos paraguas y le ofreció uno con cierta violencia. El rubio lo cogió y salió tras él.

—Adiós, señora, un placer.

Cerró la puerta tras de sí y siguió a Ángel, hasta que hubo un momento en el que este se detuvo por el caminito empedrado y lo adelantó.

—¡Corre, Ángel, que llueve mucho!

El joven Bosch no le hizo caso, escondido bajo su paraguas.

—¿Qué te pasa? —Zen se acercó hasta él, extrañado de que se quedase plantado allí como un palo con la que estaba cayendo.

Ángel, de pronto, estrelló contra el suelo, y con violencia, el paraguas, blasfemando.

—¡Joder, me cago en Dios, hostia puta!

Destrozó el objeto tras varios y rabiosos golpes.

Zenón lo detuvo rodeándolo con los brazos e intentando que se detuviese.

—¡Suéltame, joder! —Ángel pataleó en el aire con rabia al no poder desasirse.

—¡Ángel! Pero, ¿qué te pasa? —El rubio no usó toda su fuerza, pero sí la suficiente.

—¡Mi hermana me ha dicho que se va a morir!

Ángel sacó toda su frustración, hasta tal punto que ambos hombres cayeron de lado sobre el sucio y mojado suelo del jardín, bajo el aguacero.

El moreno continuó dando codazos en el estómago de Zen, ya que este no lo soltó intentando que se tranquilizara.

—¡Qué me sueltes, cabrón!

—¡Tranquilízate!

—¡Tú no tienes ni puta idea de lo que se siente! —Ángel empezó a dejar de forcejear.

—Mi madre murió de cáncer —respondió el hombre.

El joven cesó sus embestidas y se quedó laxo sobre el suelo, rodeado por los brazos de Zen.

—Joder, lo siento... —se lamentó entre lágrimas de puro dolor.

Estuvieron así un buen rato, bajo la lluvia.

Zenón dejó que Ángel llorase y se desahogara hasta que él quisiera levantarse. Sin embargo, no lo soltó en ningún momento, dándole todo su apoyo emocional y físico.

El corazón de Zen latió con fuerza a pesar de las inclemencias del tiempo y la incómoda postura, pues sus sentimientos por aquel chico estaban cada vez más cerca del enamoramiento, muy a su pesar. El engranaje de su corazón estaba en marcha.

Ángel, por su parte, sentía el calor húmedo del cuerpo de Zenón rodeándolo por completo. Fue calmándose paulatinamente, y no tuvo ganas de moverse en un buen rato. Aquel contacto le fue agradable, lo cual también

resultó ser algo perturbador.

Al fin decidió moverse para ponerse en pie. Zen hizo lo mismo, cogió su paraguas y escoltó a Ángel hasta el coche.

—¿Podrías conducir tú? —musitó el moreno tras tenderle las llaves y sin mirarlo a la cara.

—Claro...

Aunque no era recomendable que condujese de noche, por la falta de visión derecha, lo hizo porque comprendió que Ángel no estaba ni en condiciones físicas ni psicológicas para hacerlo él.

Zenón tuvo un pensamiento mientras ponía el coche en marcha.

Ángel se comportaba de forma pija y superficial para esconder sus problemas familiares. Sin embargo, no era así en absoluto y deseó que no se escondiera más de él.

Capítulo 6

Zenón condujo, bajo el intenso aguacero, con sumo cuidado. Había puesto la calefacción al máximo, pues ambos estaban empapados y ateridos de frío, Ángel en especial.

Este no dejaba de abrazarse a sí mismo entre temblores y un malestar tremendo.

Durante el parón en un semáforo, Zen acercó el dorso de la mano al rostro mojado de su compañero. Encontró que estaba mucho más caliente de lo normal.

—Deberíamos ir a urgencias; tienes fiebre —dedujo—. ¿Sabes a cuál hospital acudir o pongo el GPS?

Ángel sintió el contacto frío en su mejilla y un escalofrío lo envolvió. Durante un segundo recordó la extraña sensación de sentirse protegido y cuidado entre los brazos de aquel hombre, al que apenas conocía.

Se apartó con brusquedad y le dio un manotazo para alejar de sí esa mano fría y cálida a un tiempo, ese contacto perturbador.

—¡Déjame! —lo rechazó.

A Zenón le supo bastante mal la situación.

—Entiendo el porqué de que estés de tan mal humor —le dijo.

Ángel lo miró de reojo, con extrañeza.

El semáforo se puso en verde y Zen aceleró, pasando de primera a segunda y luego a tercera marcha.

—Tu situación familiar es bastante complicada —apostilló el rubio—. Sin embargo, tienes dos buenos amigos que se nota que te tienen mucho aprecio. Y ahora también me tienes a mí —dijo, intentando ser positivo.

Ángel sintió que le subía la rabia a la cabeza. Pegó la mejilla al cristal, sin querer mirar el perfil del conductor.

—Tú estás aquí porque mi padre te paga —respondió con acritud, apretando los dientes—. Y no necesito que mi papi me compre amiguitos —continuó diciendo con sarcasmo.

—¡Eso me ofende! —contestó Zenón a viva voz.

Luego intentó calmarse.

—Me desprecias una y otra vez—siguió comentando—. Intento forjar un vínculo contigo, pero no me lo permites.

—¡Llévame a mi casa que es tu puto trabajo y déjame en paz! —chilló.

Zen se quedó mudo.

—No quiero ser amigo tuyo, joder —terminó de decir Ángel.

El conductor frunció los labios y apretó las manos en el volante hasta que se le pusieron los nudillos blancos, enfadado a su vez.

Zenón anhelaba que pudieran ser amigos, pese a que el chico le atrajera tanto y no fuera recomendable acercarse a él de forma amistosa.

En cualquier caso, no tenían más remedio que convivir.

Ángel, por su lado, se perdió en un remolino de sentimientos encontrados.

Por un lado, deseaba la amistad de aquel hombre que parecía ser tan buena persona.

Por el otro, le repateaba las entrañas que fuera un asalariado de su padre, contratado para controlarlo.

Su forma de revelarse ante tal hecho era ponérselo difícil a Zenón.

Sin embargo, lo peor no eran esas dos razones, sino una tercera.

Si hacía una introspección, Ángel se debía cuenta de que el hombretón le hacía sentir cosas que nunca antes había experimentado.

Le resultaba atractivo, más que cualquier mujer u otros hombres. Y aquello que había hecho él, de abrazarlo sobre el suelo sucio y mojado, bajo una lluvia torrencial, mientras sollozaba y dejaba salir toda la peste que tenía dentro... Aquello Zenón no lo había hecho porque le pagaran, sino por pura bondad. Y eso le llegó al corazón de forma alarmante.

Ángel pensó que esos sentimientos eran fruto de la fiebre, aunque miró a Zen en la oscuridad dentro del coche y el corazón le latió con más intensidad.

Tras bajar el automóvil al parking, los dos hombres subieron en el ascensor, bajo un absoluto silencio.

El moreno se apoyó en las paredes al salir e ir hacia la puerta de su casa. Las llaves se le cayeron de las temblorosas manos, y Zenón las recogió con

rapidez, tras lo cual abrió.

Intentó asir a Ángel por el brazo al verlo en tan mal estado de salud, y este siguió en sus trece no queriendo recibir ayuda.

—¡Déjame! Puedo caminar solo. No me gusta que me toques tant...

Dicho esto, casi se cayó de bruces cuan largo era. Zen impidió que el joven se fuese de cabeza al suelo.

Lo asió por la cintura, trastabillando a su vez. Se sujetó en la mesa de entrada, rodeando con su otro brazo a Ángel.

Este sintió aquel cuerpo de nuevo y aquello le hizo recordar las sensaciones bajo la lluvia, en el suelo del jardín. Casi se le salió el corazón por la boca, como al propio Zen.

El moreno se removió intentando dejar de sentir aquel corpachón tras de él. Pero se vio, de pronto, alzado entre sus fuertes brazos, como si no pesara nada.

—¡Pero qué haces, desgraciado! ¡Déjame! —bramó, tras agarrar al rubio por sus ondulados cabellos, tironeando con fuerza.

—Va, no seas crío. Solo te llevo a tu habitación para que no te des un buen golpe por el camino. ¿No ves que estás enfermo con mucha fiebre? —dijo, mientras lo llevaba a su estancia.

Lo depositó sobre la cama revuelta, con sumo cuidado.

—Voy a por el termómetro. ¿Dónde tienes todo eso?

—En el armarito del baño —gruñó Ángel, dándole la espalda.

Antes de poder decir nada más, la mano cálida de su compañero de piso, se posó en su frente para tomarle la temperatura.

—Estás ardiendo —afirmó Zen.

De nuevo, Ángel le apartó la mano con desagrado.

Zen se lo tomó a broma y le dio un pequeño capón en la cabeza.

—Sé bueno —le susurró antes de salir en pos de los medicamentos.

El moreno se medio incorporó mirando hacia la puerta con el corazón desbocado.

Se colocó bocarriba e intentó, sin éxito, quitarse la camiseta empapada y sucia.

No tuvo fuerzas para nada más.

Cerró los ojos, que le ardían con fuerza, respirando con pesadez.
La intensa fiebre lo dejó noqueado y se quedó dormido.

Zen rebuscó entre medicamentos caducados y otros que de nada servían para la fiebre. Cogió paracetamol, y llenó un vaso de agua en la cocina.

Al llegar a la habitación de Ángel, se encontró a este dormido bocarriba, con la camiseta a medio subir. Le colocó el termómetro bajo el sobaco y esperó a que pitara.

Mientras tanto le observó en silencio. Su rostro macilento, sus cabellos mojados, sus labios faltos de color. Tocó estos últimos y un escalofrío llenó su corpachón.

El pitido del termómetro le hizo apartar los dedos, como si fuera una alarma que le prohibiera seguir haciéndolo.

Cogió el aparatito y leyó: 39'3°C.

—Eso es mucha fiebre —musitó con preocupación.

Pasó la mano por debajo de su nuca para poder darle la pastilla y el agua.

—Ángel, tienes que tragártela...

Este abrió levemente los ojos y bebió, engullendo el medicamento. Luego se quedó dormido de nuevo.

Zen le quitó el reloj y la camiseta, esta última no sin dificultad.

Las zapatillas, los calcetines y los pantalones.

Los calzoncillos de Ángel también estaban mojados, pero aquello lo dejó sin tocar porque hubiera sido demasiado violento para ambos.

Con una toalla le secó lo mejor que pudo, tanto la piel como el cabello.

Mientras lo hacía pensó en que aquel chico tan insoportable estaba demasiado bueno, y a la vez se sintió un perverso por estar tocándolo. Aquel idiota le encantaba demasiado.

Zen suspiró excitado, avergonzado y culpable.

Se levantó como un rayo, empalmado. Se fue a su habitación y se cambió de ropa, pues él también seguía empapado. Se puso cómodo e intentó serenarse. Incluso de río de sí mismo ante la situación.

De pronto escuchó balbucir a Ángel, y corrió hasta él. Le temblaba todo el cuerpo, por lo que optó por taparlo con la sábana y una manta ligera.

Consideró que el calor en exceso sería contraproducente dadas las circunstancias.

Se quedó sentado a su lado en la cama, acariciándole la cara. Casi sin darse cuenta se acercó a su rostro y aspiró su aroma a hombre.

Zenón rozó con levedad los labios de Ángel con los suyos.

Se apartó con rapidez, al sentir que aquello era como violarlo ya que no contaba con su consentimiento.

Ángel se despertó de golpe y lo agarró del hombro, lo cual dejó al rubio congelado por el pánico.

—¡Por qué! —exclamó el moreno.

Zen balbució una disculpa, empero Ángel le interrumpió:

—¿Por qué mamá no me quiere? —inquirió con un tono infantiloides y buscando su regazo.

Zen se dejó abrazar mientras el chico sollozaba a moco.

—S-sí que te quiere... —atinó a decirle.

—¡No! Me pega siempre y me tiró por las escaleras —reveló el enfermo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Tengo frío... —Se soltó de Zen y buscó taparse de nuevo. Este le colocó bien la manta.

La mano caliente de Ángel lo buscó nuevamente y asió su camiseta.

—Mañana iremos al médico, ahora duérmete y descansa.

—No quiero ir... —dijo Ángel, como si se tratara de un niño pequeño.

—Estás delirando...

Zen le dio vueltas un rato a lo que había dicho sobre las escaleras y su madre.

—¿Y tú? —preguntó el enfermo.

—¿Yo qué? —Zen no comprendió nada en absoluto.

—¿Tú sí me quieres?

Aquella cuestión dejó al rubio descolocado y sin aire en los pulmones.

Con toda probabilidad, Ángel ni siquiera se dio cuenta de nada.

Zen cogió su mano caliente y le dio un pico en el reverso, luego apoyó la frente.

Lo arropó bien, fue al baño y mojó con agua fría una pequeña toalla para depositarla luego en la frente de Ángel, que dormitaba con profundidad.

Se sentó en el suelo cruzado de piernas y apoyó la cabeza sobre la cama, pensando una y otra vez en aquella pregunta: «¿Tú sí me quieres?».

Suspiró con profundidad, con los ojos cerrados, y tragó saliva.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, recordándole que tenía que abrigarse si no quería terminar resfriado también.

Cogió una silla, una manta y se sentó al lado de la cama del chico. El sueño le pudo tanto que fue incapaz de seguir allí, así que se metió en el cómodo y cálido lecho de Ángel, dándole la espalda e intentando no tocarlo.

Zen sintió el cuerpo de Ángel, semidesnudo, contra él.

No pudo moverse, solo sentir cómo una calidez desconocida le embargaba y daba una respuesta a la pregunta.

Capítulo 7

El niño pintó sobre el folio con sus colorines de cera, contento del resultado obtenido. Era un dibujo para su hermanita mayor.

Una mano violenta se lo quitó de las manos, y otra mano lo empujó hacia un lado, para apartarlo, pero sin soltarle del babero escolar.

—Te he dicho mil veces que no pintes tirado en el suelo, niño malcriado.

—Pero... mami...

—¡Te he dicho que no me llames mami!

Aquellas manos empujaron con más intensidad y le hicieron caer desde mucha altura, tanta que el niño se sumió en una oscuridad muy profunda de la que no consiguió salir.

Ángel se incorporó de la cama con violencia, sudando. Tragó saliva, por lo que le raspó la garganta por la inflamación. Tosió y se sorbió las mucosidades.

Cuando fue a rebuscar en la mesilla de noche unos pañuelos de papel, se pegó un susto de muerte al ver a Zenón bajo las mantas, a su lado, muy dormido.

Miro bajo las sábanas, comprobando que iba en calzoncillos, aunque no el rubio, que estaba en ropa de ir por casa.

Se mesó los cabellos mientras lo miraba dormitar con total tranquilidad. Hincó el codo en el colchón para observarlo con más detenimiento, en particular aquella cicatriz que estuvo tentado de rozar con las yemas de los dedos. En cambio, llevó estas a su barba castaña clara. Le resultó suave al tacto.

Al comprobar que Zen ni se inmutaba, acercó el rostro al de él y le olió. Los labios le temblaron al recorrerle el cosquilleo típico producido por un beso anhelado.

Aquel deseo le golpeó tan fuerte como la frente de Zenón contra la suya, al incorporarse este último.

—¡Joder! —chilló Ángel, con voz de gallo, llevándose las palmas de las

manos a la cabeza, donde el impacto, y removiéndose de dolor—. Pero, ¡tío! ¡Casi me partes la puta cabeza!

Zenón, que se frotó el chichón con fuerza, lo miró enfurruñado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Ángel, con total extrañeza—. ¿Tenía algo en la cara?

El joven se quedó parado, con las manos apretando la frente, aún con el mareo.

—Un bicho —contestó—. Que te iba a quitar cuando te has incorporado y me has dado con tu puto cabezón... —bufó, dolorido, sin mirarlo.

—A ver el chichón... —Zen le acarició la cabeza—. Rana o manzana —dijo sin más.

—¿Qué? —Ángel respondió con otra pregunta, sin comprender.

—Rana o manzana —insistió Zenón, con una sonrisa encantadora e irresistible.

—Rana —decidió.

—Sana, sana, culito de rana. Si no sana hoy, sanará mañana —canturreó el rubio.

Ángel primero se quedó perplejo, luego se enfurruñó.

—¿Me tomas por un crío? —Su voz, afectada por el catarro, no ayudó.

Zen fue a hacer un amago con las manos y la cabeza, a lo que Ángel le soltó un manotazo en el fuerte brazo.

—No tengo apenas voz. —Tosió—. ¿Qué haces en mi cama, maricón?

—¿No te acuerdas de nada?

—Sí, de estar con fiebre aquí tirado, muriéndome. Y ya.

El hombretón se mordió el labio, deslizó el brazo por la estrecha cintura de Ángel y lo atrajo hacia sí.

—Follamos —dijo sin más.

La cara de Ángel fue un divertidísimo poema. Parpadeó con esas largas pestañas un par de veces, y abrió la boca y la cerró intentando decir algo sin éxito.

Zenón se apartó, riendo a carcajada limpia. Cuanto más rio, más rojo se puso Ángel.

Tras un rato, Zen pudo mirar al chico sin que le entrara la risa tonta.

—Ay, qué bueno... Solo tenías mucha fiebre, te dormiste, te quité la ropa mojada y me quedé contigo porque no parabas de tiritar y estar jodido, delirando. Me resultó mucho más cómodo dormir aquí contigo, que ir y venir.

El moreno le miró en silencio, pensando en que había deseado besar a aquel hombre antes de que se pegaran el golpetazo. Y caviló unos instantes en si lo hubiera hecho de no ser por aquel hecho.

—Pareces tener fiebre todavía, deberíamos acudir a urgencias de inmediato, no vaya a peor —apuntilló Zen.

Al ver su mano aproximarse a la cara, para tomarle la temperatura, Ángel reculó asustado ante el inminente contacto.

—¡No! Odio los hospitales —confesó.

—¿Por qué?

—Porque sí. —Dio por zanjado el tema, dándose la vuelta y tapándose con las mantas.

Sintió que su compañero de piso se levantaba de la cama.

—Ayer, mientras delirabas, dijiste que tu madre te tiró por las escaleras.

Un escalofrío hizo tiritar el cuerpo del chico al escuchar aquello. El sueño, aún vívido, le produjo malestar.

—Perdona, no es de mi incumbencia. Voy a hacer el desayuno. Te haré un zumo de naranja, es bueno en vitamina C y para los constipados.

Ángel, al sentir la imperiosa necesidad de que no se fuera, habló:

—Me tiró...

Zen le observó desde la puerta y luego reculó hasta sentarse en el colchón. Miró a Ángel en silencio, con aquella extraña mirada producida por el ojo falso.

—Cuando tenía unos cinco años, me caí por las escaleras de casa. Raro que no me reventara los sesos, ni me rompiera nada importante. Eso sí, estuve en coma unos días, por lo visto. Y mi recuerdo, que no digo que sea real, es de que ella me pegó al borde y por eso me caí, o que me empujó deliberadamente.

—Me dejas de piedra.

—Ya te digo; no sé si es lo que pasó porque yo era muy pequeño. La

realidad es que toda mi infancia y adolescencia, hasta mi adultez y posterior emancipación, ella me ha detestado —concluyó.

—Lo lamento.

Una cálida mano le tocó el cabello, y una suave sonrisa intentó animarlo.

—Venga, llévame a urgencias —claudicó Ángel, al final.

—Nos vestimos y te llevo.

Zen salió por la puerta, dejando al enfermo mirando al techo.

A Ángel, Zenón le atraía. Solo una caricia suya le hacía temblar, solo un susurro de su voz y la vida no era tan solitaria.

Y no solo eso, sino que también existía un imán físico irremediable. Deseó besarlo, deseó hacerlo y ser correspondido. Tan solo en un segundo.

Zenón, mientras se ponía los pantalones y el jersey para salir, tragó saliva.

Sin pretenderlo, se acercaba demasiado a Ángel. Hasta el punto de ser demasiado peligroso.

—No te enamores, gilipollas —se dijo—. No de este chico. Nunca podrá ser...

En la sala de Urgencias del Dos de Maig, tras casi cuatro horas de espera matinal y un montón de gente en iguales circunstancias, por fin habían llamado a Ángel, por lo que Zen tuvo que esperar un rato más.

Aprovechó para ir a por una botella más de agua a la máquina expendedora, mientras pensaba en la escasa conversación con el enfermo, que apenas si podía hablar por la gravedad de su afonía.

Llegó a la conclusión de que el chico venía de una familia desestructurada. Algo que se daba más en familias de pocos recursos, sin ser este el caso, pues el Sr. Bosch estaba literalmente forrado, como abogado del diablo que era, o tenía fama de ser.

Tras darle un sorbo a su agua, sintió un toque en el brazo. Se volteó creyendo que sería Ángel. No obstante, se trató una chica de espectaculares ojos azules y cabello negro azabache.

—¡Hola! —lo saludó ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Henar, ¿verdad?

—¡Te has acordado de mi nombre! Qué ilusión.

—¿Qué haces aquí?

Zen se fijó en que iba acompañada de un hombre parecido a ella, de pelo negro, e iris de un azul muy claro. Un par de piercings adornaban su atractivo rostro de nariz prominente.

—Tengo un proceso gripal. ¿Y tú?

—Mi compañero de piso está en consulta, y ando a la espera...

De nuevo miró al chico moreno, que le observó a su vez sin ningún tipo de pudor.

—Primita, ¿no nos presentas? —El tipo tomó la iniciativa.

—Oh, sí, claro. Este es Z...

El moreno la apartó un poco, interrumpiendo, y se presentó él mismo, con todo el desparpajo del mundo, para asombro de Zenón.

—Soy Daniel, el primo de Henar. Encantado —apostilló, con una sonrisa ladeada y seductora.

—Igualmente —respondió el hombretón, más rojo que la grana.

—Henar, ¿este es el chico que me dijiste que me podía gustar? —Se dirigió a la mujer como si Zen no estuviera delante.

—Sí... —La chica no sabía qué cara ponerle a su nueva amistad de la vergüenza que sintió.

—¡Pues tenías toda la razón! —Afirmó con rotundidad—. Ya lo creo que me gusta...

Zen solo quiso que se lo tragara la tierra.

—Tan grande y tan vergonzoso. Me encanta —siguió diciendo Daniel, sin quitarle la vista de encima a Zen, que no supo ni qué decir.

—¡Vale ya, mariquita mala! —Henar abrazó a su primo por el cuello y se colgó de él, así que tuvo que llevarla a caballito—. Deja de ligar con este pobre hombre.

—Está bien —dijo en tono de cansancio. Pero luego sonrió de nuevo a Zen, con ese encanto natural que poseía.

Un carraspeo tras Zenón hizo que este se girara. Se trató de Ángel, que los miró con cara de pocos amigos y de estar hasta los mismísimos cojones de estar allí tanto tiempo.

—¿Qué te han dicho?

—Vayámonos ya —ordenó sin miramientos, forzando la voz.

Zen miró a la pareja de primos, intentando pedir perdón de algún modo, con la expresión apurada de su cara.

Ángel había reconocido a la chica guapa de la universidad, y sentido celos de inmediato.

—Bueno... —balbució Zen—, nos vemos por el campus.

—Estaremos en la fiesta del jueves universitario —comentó Henar.

—Ah... No sé si iremos.

—Te espero allí —concluyó Daniel, seguro de sí mismo.

—Adiós... —Zen los despidió con la mano mientras Ángel tironeaba de él con ansia viva por salir de aquel nido de enfermos, tras más de cuatro horas.

—Estoy hasta los cojones de todo —carraspeó, con desagrado, tras salir al exterior en dirección al coche.

—¿Qué te han dicho? —insistió el rubio.

—Faringitis. Que vaya a la farmacia a por los antibióticos y paracetamol en cantidades industriales.

—Vale, ahora busco una.

Zen miró en su móvil la ubicación de la botica de guardia más cercana.

—Una cosa buena de la faringitis, es que te mantendrá calladito y podré descansar las orejas —musitó Zenón, como si tal cosa.

Ángel le pegó un capón con énfasis, aunque luego expectoró y tuvo que aguantarse las ganas de decirle cuatro burradas bien dichas.

Dentro de la sala de espera, en Urgencias, Daniel preguntó por el chico moreno de voz enronquecida.

—Es el compañero de piso —aclaró Henar.

—¿También es gay? ¿Follan?

—¡No lo sé! Y haz el favor de no ser tan ordinario —le reprendió.

—Me cae mal. Es demasiado guapito, una dulce tentación para un hombretón así. Que, por cierto, está buenísimo.

—Si tú lo dices.

—Bah, qué sabrá una lesbiana de tíos.

—Que me parta un rayo ya, por Dios —se quejó, pensando en la perorata que su primo le iba a dar durante las próximas horas de eterna espera.

Tras un descanso en el piso, y la toma de medicamentos, Zen propuso a Ángel ir a ver a Gabriela.

—No es buena idea en mi estado. ¿Y si le pego algo?

—Ángel, cada segundo con tu hermana es de oro. Aprovéchalo, hazme caso.

La mirada entristecida del rubio le dijo a Ángel que lo debió de pasar muy mal cuando su madre faltó debido a una enfermedad tan dura.

—Tienes razón. Antes me ha preguntado qué tal estoy...

—No hay excusa, pues...

El chico sonrió un poco por haber encontrado un apoyo en Zen. No se sintió tan solo.

En realidad, no se sintió solo en absoluto.

Días antes hubiera deseado echarlo a patadas del piso. En cambio, aquel día, se dio cuenta de lo mucho que lo había necesitado sin ni siquiera conocerlo.

Zen sonrió lo mejor que pudo, con el pensamiento de su madre a cuestas, aunque supuso que había transmitido tristeza por la mirada que le echó Ángel, con esos ojos verdes y también tristes.

Al menos, el joven ya no le miraba con el desprecio de los primeros días, sino de forma más afable, pese a los arranques de mal genio intrínsecos en su persona.

Le vino a la cabeza el chocolate con guindilla. Dulce y a la vez picante. Así era Ángel, un contraste de sabores que casaban a la perfección.

Y eso no podía ser más que peligroso para él y su fragilidad interior a la hora de gestionar sentimientos.

Todas sus relaciones con hombres, que eran bien pocas, se estropearon por miedos e inseguridades.

Aquella no quería que se fuera al garete. Prefería una amistad sincera, a un rechazo evidente. Ángel no era gay. Y aunque lo fuese, no quería decir que le

podiera o quisiera corresponder.

El chocolate con guindilla no era para él.

Capítulo 8

El cielo comenzó a despejarse tras una noche de tormenta. Aún no era la hora de comer cuando los dos hombres hicieron acto de presencia en casa de los Bosch.

Ángel reconoció el Jeep aparcado a pocos metros de la entrada, ya en el interior de la finca, y aquello le puso de mal humor.

—¿Y esa cara? —indagó un extrañado Zenón.

El joven hizo un gesto con la mano intentando no darle importancia. En aquellos momentos apenas si tenía voz.

Tras entrar, se escucharon unas risas masculinas que provenían del saloncito auxiliar. El hombretón siguió a Ángel, tenso por si su madre se le echaba encima a sobarlo de nuevo.

Al lado del ventanal, por el que entraba el sol, se hallaban el Sr. Bosch y otro hombre, tomando unas cervezas frescas. Al ver entrar a la pareja, el padre de Ángel y su acompañante se pusieron en pie.

—¡Vaya! No sabía que veníais.

—Hola, papá... —Forzó la voz cuanto pudo.

—¿Qué te pasa?

—Que tiene faringitis —intervino Zen, para que su amigo no tuviese que hablar más de la cuenta.

—¡Ah! Tan débil de salud, como de costumbre —contestó el Gabriel, para desagrado de su hijo, que siempre se sentía denostado.

El hombre de gafas y pelo casi rapado, ya que tenía dos buenas entradas a los lados de la frente, esperó ser presentado, mientras miraba de arriba abajo al rubio.

—¡Ah! Sr. De la Cruz, este es Pedro Plaza, mi socio en la empresa.

—¡Encantado! —dijo el aludido, agarrando el bíceps de Zenón y apretándolo con fuerza—. Vaya, estás fuerte.

—Entreno mi cuerpo cada día... —musitó, incómodo por el contacto.

—¿De verdad tienes una carrera en Derecho?

—Tengo dos carreras y un máster, además de ser fuerte —respondió, intentando no parecer ofendido.

Como si cultivar y cuidar el cuerpo fuera incompatible con ser inteligente y tener tesón en los estudios y el trabajo.

El rubio se sintió molesto y le cayó mal Pedro desde el primer momento.

—¡Oh! Qué portento, Bosch. Buscaste bien un combo para tu hijo.

Zenón se percató enseguida de la mirada de odio que le echó el chico, sin ningún pudor.

Pedro, consciente, le pegó un manotazo en el brazo y se echó a reír.

—¿Has venido a ver a Gabri? —le preguntó el hombre.

—Sí. —Carraspeó y tosió para no tener que hablar más.

—Tu hermana está en su habitación... —El Sr. Bosch se puso serio de repente.

El rubio se dispuso a acompañar a Ángel. Sin embargo, este le hizo saber que iría solo, así que tuvo que quedarse con los dos socios.

Pedro, como para cambiar de tema, le preguntó a Gabriel varias cosas.

—¿En serio crees que van a secuestrarlo como a Gabri en su día?

A Zen no le vino de nuevas, pues su jefe ya le había explicado aquella historia:

Gabriela, poco después de su luna de miel, fue secuestrada, por escaso tiempo, y liberada a cambio de un dinero no revelado.

—No lo creo, es una excusa para tener controlado a mi hijo y que acabe la carrera de una vez. Tiene demasiados pájaros en la cabeza con la estupidez esa de estudiar Bellas Artes. En algún momento me retiraré y necesitarás un socio que me releve. O sea, mi hijo.

Terminó tajantemente. Luego miró a Zen y sonrió.

—¿Qué tal se comporta Ángel?

—Bien, se está adaptando rápido al cambio...

—No bajas la guardia. Tiene un don para camelar a la gente.

—No, señor.

—Recuerda que Bosch te paga mucho dinero —le comentó Pedro, tras echar un trago a la cerveza de botellín.

Zenón le echó una mirada seca que Pedro pareció captar, pero que le arrancó una sonrisa.

De forma definitiva, a Zenón le disgustó sobremanera aquel individuo.

—No olvides ese dato —apuntó Bosch.

—No se me olvida, señor —dijo el rubio, apretando los dientes, y con la certeza de que eran un par de cabrones.

En la habitación de Gabriela, esta recibió a su hermano tumbada en su cama con el suero puesto.

La cara del chico cambió a peor.

—¡Cariño! Podrías haberme avisado y...

Ángel corrió a abrazarla. Ella sintió las lágrimas aflorar a sus ojos cansados.

—No pasa nada, Ángel... Es rutinario.

Pero el joven sabía que no era cierto. Que tenía peor rostro que la noche anterior, más demacrado.

—Te quiero... —gimió casi sin voz.

—¿Qué te pasa?

—Faringitis, fiebre... —El joven sonrió restándole importancia.

—¿Viniste solo?

Gabriela lo reacomodó en su gran cama, mientras Ángel negaba con la cabeza.

—¿Y el macizo? No quiero que me vea con estas pintas, así será imposible ligármelo —bromeó.

Ángel no pudo evitar sonreír.

—Abajo, con tu ex y con papá...

Gabriela bufó.

—Pobrecito. Si aguantar a papá ya lleva lo suyo, soportar al otro gilipollas ya es de ser un santo.

Ángel le mesó el cabello castaño claro y enroscado a su hermana, mientras la miraba y a la vez parecía pensativo.

—¿Qué se te pasa por esa cabecita tuya, hermanito?

—¿Quisiste a Pedro?

—Lo suficiente como para casarme con él y darme cuenta de que no funcionaría.

—Os divorciasteis enseguida.

Ella asintió.

—No me fiaba de él, ya lo sabes. Pero es el socio de papá, así que he tenido que soportarlo en mi vida todo este tiempo. Llegué a creer que, cuando papá se retirara, yo llevaría la empresa, junto a Pedro. Ahora solo siento haberte fallado en eso.

—¿Fallado? —gimió.

—Claro. Tienes que ocupar mi puesto. Lo siento mucho...

La mujer se echó a llorar y Ángel le asió el rostro con ambas manos, dándole un beso en la mejilla derecha.

—Ni se te ocurra creer que voy a ocupar tu puesto porque tú no puedas. Le voy a dar por saco a ese hombre hasta conseguir que me desherede si hace falta, pero ni de puta coña trabajaré con él y Pedro. Mucho menos seré socio de tu ex, con el asco que le tengo.

Gabriela sonrió.

—Ese es mi hermano.

Un acceso de tos y mocos le sobrevino a Ángel y tuvo que apartarse.

—Perdón... —Carraspeó e intentó hablar sin éxito.

—No te fuerces.

Vio a Ángel ponerse colorado y nervioso.

—Tengo que contarte algo. —Consiguió sacar algo de voz.

Fue hasta el escritorio de Gabriela y buscó una libreta, donde escribió algo con el bolígrafo morado que había.

Luego arrancó la hoja y se acercó a una extrañada mujer, que recibió la nota sin que su hermano le mirase a la cara.

Al leer lo que decía se le arquearon las cejas. Luego elevó la mirada hacia su hermano y de nuevo al texto, que releyó hasta tres veces.

—¿Desde cuándo te pasa esto? —indagó.

Ángel no supo responder muy bien.

—No es nada malo.

—Lo sé... Pero...

—Pero... A ver, ¿te sucede desde Zenón o ya de antes?

El chico aspiró hondo y luego echo el aire.

Se sentó al lado de su hermana, para hablar en susurros, de forma confidencial.

—Me resistía a admitirlo. Ya sabes que ninguna novia me ha durado nada, que las dejaba porque no me enamoraba de ellas.

—Vale, entiendo. ¿Y ahora qué te pasa?

Ángel escondió la cabeza en la almohada.

—Que está todo del revés, que a mí me...

Su hermana le puso los dedos en la boca, para acallararlo.

—¡Hola, guapetón! —exclamó al ver entrar a Zenón por la puerta.

Ángel se dio la vuelta, rojo como la grana.

Zen, al notar el rubor, le puso la mano en la frente.

El moreno se apartó con brusquedad.

—Tienes fiebre —afirmó el rubio.

—Me voy a mear, me hago pis.

El joven salió por la puerta, pies en polvorosa, dejando a su amigo con la mano levantada y una expresión de desistimiento.

Gabriela aprovechó para levantarse, arrastrando consigo el suero.

Fue hasta el cajón de su mesa y sacó un sobre americano cerrado, blanco sin nada escrito. Aunque se notó que tenía algo dentro.

—Pensaba pedirle a mi abogado que se la diera tras... Bueno, tras mi muerte...

Ella miró a Zen con lágrimas en los ojos y este se acercó al ver que a la mujer la fallaban las fuerzas.

Sujetó a esta por la cintura y la levantó en brazos, depositando su cuerpo, ligero como un pluma, sobre el lecho mullido. La tapó y se sentó a su lado.

—Quiero que se la des tú.

Zen asió el sobre y asintió.

—Mi madre murió de cáncer hace pocos años, sé por lo que estás pasando. Y me pongo en la piel de Ángel...

—Entonces ya sabes cómo lo tienes que ayudar. Confío en ti. Y no porque mi padre te pague, sino porque desprendes bondad pura.

—Gracias por el cumplido. —Zen sonrió con sinceridad.

—Dásela en mi funeral y dile que me perdone.

—Así le transmitiré tus deseos, te lo prometo.

—Me queda poco, yo lo sé, lo siento. Sin embargo, me voy en paz conmigo misma. Solo padezco por mi hermano. Ahora un poco menos si vas a estar a su lado en todo momento.

—Puedes quedarte tranquila.

Zenón dobló el sobre y se lo metió en el pantalón.

Vio un papelito en el suelo y lo cogió.

A Gabriela le latió el corazón con fuerza, por si leía lo que allí había escrito su hermano.

No obstante, Zenón se limitó a dejarlo, bocabajo, sobre la mesilla de noche. Luego miró a los ojos verdosos de Gabriela, que le transmitieron paz.

Cuando los dos hombres se fueron a comer, la mujer asió la misiva de Ángel y la volvió a leer:

«Me estoy enamorando de Zenón. ¿Qué puedo hacer?».

—Esperar a que él se atreva a mirarte sin pudor, como te mira de reojo. Esperar a que tú te des cuenta y también te atrevas a mirarle de igual forma. Esperar a que suceda cuando tenga que suceder.

Gabriela se recostó sobre su cama y cerró los ojos, con una sonrisa cómplice en los labios. Ya se podía ir tranquila.

Capítulo 9

Ángel volvió a la habitación para despedirse de Gabriela, ya que no tenía más capacidad de aguante aquella tarde. Necesitaba volver a casa y tumbarse en su cama para sudar la fiebre que comenzó a subirle de nuevo.

—Nos vemos pronto... —prometió Ángel a su hermana.

Ella sonrió, y le acarició la cara con cariño.

—Sí, hasta pronto... —dijo ella, que se recostó sobre su cama, demasiado agotada ya para estar en otra posición—. Te quiero.

—Y yo...

Zenón esperó fuera a que tuvieran su momento de privacidad. Pronto, Ángel salió a su encuentro.

—Vámonos por el jardín trasero, no tengo ganas de ver a Pedro y a mi padre de nuevo.

—Ni yo —añadió Zenón.

Bajaron con cuidado por las escaleras y se encaminaron a la parte trasera del chalet. Zen siguió a su amigo, que caminó cerca de una piscina impresionante,

—Pedro te ha caído mal, ¿cierto? —indagó el moreno.

—Como el culo.

—Mi hermana se casó con él, para mi desagrado. Acabó por mandarlo a la mierda pocos meses después del secuestro relámpago. ¿Te ha contado algo mi padre?

—Sí, sobre eso me lo ha comentado todo, porque en parte estoy aquí para no perderte de vista ni un segundo.

Ángel echó unas risas y luego se puso a toser, con la voz enronquecida.

—El padre de Pedro y el mío eran amigos desde la adolescencia. Estudiaron lo mismo, a la vez, y montaron la empresa. Cuando se murió, Pedro aún era niño, así que ya se hizo cargo al sacarse la carrera.

—Vaya, murió joven entonces.

—Sí... Yo era pequeño y no le recuerdo apenas.

Ángel volvió a toser al llegar al coche. Le tendió las llaves a Zenón, que las cogió para conducir él.

—No puedo más —dijo el joven al dejarse caer sobre el asiento del copiloto.

—Ahora a descansar en casa.

Zenón se colocó el cinturón y se dispuso a poner el coche en marcha.

Cuando fue a poner primera, la mano izquierda de Ángel se posó encima de la suya.

El corazón del rubio latió con fuerza. Observó de inmediato a su acompañante, que se mantuvo con los ojos cerrados todo el tiempo, y la cara al frente.

—Gracias por ayudarme con lo de mi hermana... —susurró el moreno.

—De nada.

Zenón sonrió un poco, a pesar de que Ángel no le vio.

Después, el chico apartó la mano y la dejó en el regazo.

Zen puso primera y partió hacia su nuevo hogar junto a un compañero de piso difícil y, sin embargo, sensible a un tiempo.

Durante el viaje, ninguno dijo palabra.

Zen se concentró en la conducción, sobre todo por desconocimiento del tráfico y las zonas.

Ángel, ya acusado de fiebre alta, se dejó mecer por el movimiento del coche, con los ojos cerrados.

Pensó en su hermana y en lo que le escribió sobre Zenón.

Al plasmarlo sobre el papel fue como si se hubiera hecho real el enamoramiento.

Nunca se consideró abiertamente gay, y mucho menos con un padre homófobo reconocido. Pero no era tan tonto como para no darse cuenta de que las mujeres no le decían nada de especial, y que algunos hombres sí. Aunque nunca había sentido algo tan intenso, una atracción tan fuerte, un deseo de ser correspondido.

Hasta que Zenón no puso un pie en su vida, ninguna persona había provocado todas aquellas reacciones físicas y psicológicas.

No tenía ni una sola evidencia de que Zen fuese homosexual, excepto

aquellas bromas matinales, hechas para incomodarlo.

O cerraba su corazón a cal y canto, o lo lamentaría.

Solo debía controlar sus sentimientos y aprender a ver a Zenón como un amigo y compañero de piso.

Le miró un poco de reojo.

Sus manos grandes sobre el volante, o el cambio de marchas. Su cabello rubio, tirando a platino, y ondulado, sobre un rostro masculino con una cicatriz que, lejos de afearle, resaltaba su atractivo natural.

Ángel suspiró y dejó de torturarse.

Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, dejó caer los párpados, y descansó hasta llegar a casa.

Zen preparó un caldo sencillo para que Ángel cenase.

Este se pasó la tarde en cama, dormitando, aunque estuvo pendiente de su estado de salud en todo momento.

El hecho de cuidarlo agradaba sobremanera al hombretón

—Aquí está, junto con agua y la otra pastilla que toca tomarse —dijo, al entrar en el cuarto del joven.

—*Merci* —contestó tras erguirse y sentarse en la cama.

Ángel cogió la bandeja y la puso sobre sus muslos.

Con cierta dificultad ingirió el caldo templado, el agua y la pastilla.

—¿Me traes otro rollo de papel?

—Faltaría más. ¿Te pongo el pañalito también? —bromeó Zen.

Ángel le tiró la cuchara, que el rubio esquivo a tiempo, e impactó contra la pared del pasillo.

Escuchó las risas de Zen, mientras se sonaba las mucosidades una vez más, sin que aquello pareciera tener fin. No podía respirar de lo taponada que tenía la nariz.

Volvió a tumbarse y Zen le pasó el rollo.

El hombre se sentó a su lado y le miró. Ángel le observó a su vez, con la vista algo velada.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó el joven convaleciente.

—Porque me das ternura —confesó Zen.

—Vete a la mierda —contestó el otro, avergonzado.

Zenón oteó la habitación con curiosidad. Halló una pantalla bastante grande de ordenador, que le pareció de dibujo y diseño. De aquellas táctiles.

También dio con material de dibujo, y bocetos pinchados en un tablón de corcho. En dicho tablón, había una foto en la que salían él y Gabriela de niños.

Aquello le sacó una sonrisa.

—Son míos... —susurró Ángel.

—¿Los dibujos?

—Sí.

El rubio se puso en pie, y fue hasta los bocetos.

—Son muy buenos.

—*Merci...*

—Supongo que no estudias lo que quieres...

—No.

—Lo lamento. Y siento tener que estar aquí para recordarte que debes sacarte los créditos que te faltan para terminar la carrera de Derecho.

—Dime, ¿estudiaste lo que quisiste? —indagó el enfermo.

—En mi caso sí. También fui profesor un lapso corto de tiempo, cubriendo un baja de pocas semanas.

—¿Y por qué aceptaste este trabajo?

—Bueno, he de ganarme la vida —contestó Zenón, con sinceridad—. No voy a ejercer la abogacía tampoco.

—¿Y qué objetivos tienes en la vida?

—Quiero ser profesor. Descubrí que me gustaba ayudar a los alumnos y alumnas.

—A mí me gustaría hacer Bellas Artes, o ilustración. Sé que no tiene futuro...

—Eso nunca se sabe. ¿Te puedo dar un consejo?

—Mmm —murmuró a modo de respuesta.

—Acaba Derecho, haz las prácticas con tu padre... Y luego estudia lo que te dé la gana.

Ángel no dijo nada.

Zen se acercó, dándose cuenta de que el chico se había quedado dormido como un tronco.

Lo tapó bien, le acarició la frente y se llevó la bandeja con los restos de la cena.

Ya en su propia cama, Zen divagó un rato sobre los sentimientos hacia Ángel. No queriendo pensar más, asió su lector de eBooks para ponerse a leer un rato el libro que tenía inacabado desde el mismo día que el padre de Ángel contactó con él para proponerle aquel curioso trabajo doble: profesor y guardaespaldas.

Aunque le aseguró que no había ni un solo indicio de que a Ángel quisieran secuestrarle o hacerle algo, pues lo de Gabriela fue un hecho aislado y de hacía ya unos cuantos años.

Lo que jamás se esperó el hombretón, fue comenzar a enamorarse del chico de aquella manera tan rápida.

Se puso también los cascos para escuchar a uno de sus cantantes favoritos: Woodkid, un artista francés, también gay.

La primera canción que sonó fue I love you, su favorita.

*Whatever I feel for you
You only seem to care about you
Is there any chance you could see me too?
Because I love you
Is there anything I could do
Just to get some attention from you?
In the waves I've lost every trace of you
Where are you?*

Aquello le hizo pensar en Ángel de forma irremediable.

Capítulo 10

Un par de días después, Ángel ya estaba lo suficientemente bien como para atender sus obligaciones universitarias.

O así se lo recordó Zenón, al darse cuenta de que el joven fingía sentirse peor de lo que estaba.

—Contigo no cuela nada —gruñó con voz ronca Ángel, mientras se preparaba una tostada de margarina con miel.

—Veo que lo vas pillando.

Zen se echó café en la leche de soja.

Ambos se encontraban sentados a la barra americana de la cocina, que separaba esta del salón.

—Bébetelo el zumo natural —dijo Zen.

—Sí, mamá.

—¡Pues sí! Solo me ha faltado limpiarte el culo —bromeó.

—¡Ya te gustaría a ti verme el culo!

Zenón no dijo nada y sorbió de su taza con total disimulo, aunque por dentro pensó en lo mucho que le gustaría verle el trasero a su compañero de piso.

Zen se terminó el desayuno, luego tomó su medicación y se levantó para ponerse la cazadora vaquera.

—Entonces, a ver si lo entiendo —comenzó a decir el moreno.

—¿A qué te refieres? —Zenón frunció el entrecejo.

—Me vas a acompañar a todas esas aburridas clases.

—Correcto.

—Sin posibilidad de que yo consiga escaquearme.

—No te voy a dejar solo ni para ir a mear.

—Eres de esos que se ponen en el meadero de al lado y comparan su churra con la del otro... ¿O es que te gustan mirar pollas?

El hombretón se levantó, se acercó a él hasta llegar a su altura y mirarlo desde arriba, con una mueca en los carnosos labios.

—¿Y quién te ha dicho a ti que no sepa ya cómo es la tuya?

Ángel se ruborizó, así que se dio la vuelta sin decir nada y se dirigió al baño.

El chico escuchó la profunda risa de Zenón al otro lado de la puerta.

—Era broma, que te lo crees todo...

—¡Déjame cagar en paz!

—¿Seguro que no es para hacerte una paj...?

—¡Que te vayas! —insistió Ángel a grito pelado.

El moreno estaba sentado sobre la tapa del water, con las piernas cruzadas. Hizo un movimiento de dolor, pues le molestaban los testículos.

—Vale, pero vamos a llegar tarde, así que date prisa.

Ángel escuchó sus pasos alejarse y se relajó.

Se quedó así un rato hasta que se le bajó la excitación. Hablar de atributos masculinos con Zenón no fue buena idea.

Salió, cogió su mochila y su bolsa con el portátil. Zen ya estaba listo, con esos pantalones y camisa que se le pegaban al cuerpo de aquella forma, y una elegante chaqueta que no disimulaba sus músculos.

—Esto de tener que ir a clases desperdigadas da mucha pereza —comentó Ángel, intentando hacer como si no le pasara nada.

—Solo te quedan tres asignaturas troncales. Consigue los créditos que te faltan y serás libre como el viento. Yo me volveré a Madrid y tú no tendrás que soportarme más.

Mientras bajaban en el ascensor, Ángel pensó que no quería librarse de él.

Paradojas de la vida: días antes odió a aquel hombre como si no hubiera un mañana, y días después no quiso ni pensar en cuándo se iría.

En cualquier caso, lo que le comunicó a su hermana días atrás, no había sido un espejismo emocional o una conclusión errónea; se estaba enamorando.

Y Ángel era consciente porque nunca antes sus sentimientos románticos hacia alguien habían sido así de profundos, ni sus reacciones de atracción física tan intensas.

Aquel tío le gustaba, y mucho.

Comenzó a tener sentido el hecho de no haber tenido jamás pareja estable, solo rolletes esporádicos con un par de chicas, o dos meses escasos con la

última. Poco sexo e insatisfactorio por ambas partes.

No es que que hubiera querido negarse a sí mismo una posible homosexualidad, llegó a pensar en que era bisexual, aunque tampoco los hombres le volvieran loco. No obstante, sí era cierto que no optó por esa vertiente ya que su padre era un homófobo reconocido y las cosas hubieran ido a peor entre ellos.

Sin embargo, Zenón era distinto a todo hombre o mujer que hubiese conocido. Se veía su bondad, y lo paciente que era con él y su forma agresiva de ser. Cómo había tratado a su hermana, con una delicadeza y comprensión exquisitas. Zen no tenía dobleces, pese a saber poco de su vida. También poseía carácter. Y, para terminar, parecía un Dios nórdico. Que le faltase un ojo le resultaba secundario. La cicatriz dotaba su rostro de un atractivo muy masculino.

Sí, se estaba colando de verdad por primera vez en sus veintitrés años de vida.

Zenón se quedó al fondo de la clase, leyendo el último libro de Canción de Hielo y Fuego, que tenía pendiente desde hacía meses.

De vez en cuando observaba a Ángel tomar apuntes y confirmar que realmente estaba atento a la profesora.

Tenía permiso para estar allí, al estilo oyente, ya que el Sr. Bosch era muy amigo del Decano de la facultad de Derecho de la UB.

Ángel se sentó a su lado cuando la clase llegó a su final, y echó un ojo a la lectura de su compañero.

—¿Eso es Juego de Tronos?

—Juego de Tronos es la serie y el nombre del primer libro de la saga.

—¡Bueno, ya me entiendes! Yo que te imaginaba leyendo cosas más serias...

—¿Ensayos? ¿Política? ¿Derecho?

Se pusieron en pie, dispuestos a salir al pasillo.

Zen guardó el libraco en su bolsa.

—Me gusta más leer fantasía, misterio...

—Te imagino el protagonista de un libro; un bárbaro con taparrabos, a lo

Conan. Como un bárbaro.

Zen se echó a reír.

—Y tú eres el elfo, ¿no?

—¿Como Légolas? —Ángel hizo como si se sacara una flecha de la espalda y lo apuntase con su arco.

—Sí, pero en pijo insoportable y llorica.

El moreno le dio un fuerte manotazo en el brazo, y se hizo algo de daño en la mano.

—Ni cosquillas me has hecho.

Ángel, algo molesto, miró las notificaciones del móvil que había tenido en silencio durante las clases.

—¡Ah! Eva e Ignasi estarán en la cantina hasta las doce. Aún podemos encontrarlos.

—Está bien. Tenía pensado que fuéramos a la biblioteca, pero ya lo haremos después. Me cayeron bien, parecen buena gente y te tienen calado.

—Los conozco desde primero. Cuando eran pareja. Ya hace tiempo que no lo son, y se llevan mejor ahora que antes.

—Te aprecian mucho —dijo Zen, tras colocarse la gafas de sol.

—Calla —contestó tajante, muerto de la vergüenza.

Encontraron la cantina a medio llenar, pero no fue complicado dar con Eva e Ignasi. La mujer saludó con efusividad al hombretón.

—¡Guapetón! —Se le echó un poco encima, cosa que hizo gracia al rubio.

—Tú que eres feminista a tope... ¿Sabes que eso también es acoso? —le preguntó Ángel cuando ella se sentó de nuevo, molesto por la sobada gratuita.

—No me siento acosado por Eva, no te preocupes. Sé que lo hace de broma. Tampoco me ha tocado el culo, ¿eh?

—No me des ideas —dijo Eva, señalándolo con un regordete dedo.

Ángel no prestó atención a las chanzas entre Eva y Zen, al haber recibido un mensaje que le quitó el color de la cara.

—¿Qué te pasa? —indagó Ignasi.

—Que me ha escrito Inés.

—¿No habías ya roto con ella?

—Sí, pero dice que quiere que nos veamos de nuevo y hablarlo. No sé, yo ya le dije que no tenía futuro.

Zen se quedó un poco serio al escuchar a Ángel hablar de una chica, aunque ya no estuviera con ella.

—Bloquéala y punto —sugirió Eva, tras dar un sorbo a su infusión.

—Eso es un poco extremo —comentó Ángel—. Le voy a decir que no y ya está.

Escribió un rato concentrado en el mensaje y lo envió.

Zen suspiró, aliviado.

—¿Mañana vais a la fiesta universitaria?

—¿La de la Barceloneta? El local ese con nombre raro, no me acuerdo.

—Sí, El Shojô.

Ángel miró a Zen con cara de circunstancia.

—¿Quieres ir? —inquirió el rubio.

—Si usted me lo permite...

—Voy donde tú vayas.

—Vale, pero pagas las entradas y las copas.

—No bebo.

—Eso que te ahorras.

Ángel se echó a reír.

—Vale, nos vemos allí, que Ignasi y yo vamos con unas amigas. Cuando te vean estarás perdido, Zenón.

—Igual le interesa conocer a alguna —dijo Ignasi.

—Paso de rolletes, no soy ese tipo de hombre.

—¿Eres fiel?

—Si estuviera con alguien, sí, totalmente fiel.

A Ángel le gustó eso, le hizo sentir seguro. Luego se dio cuenta de que imaginarse en una relación con Zenón era absurdo, y le puso de mal humor de inmediato.

—¿Y si conocieras a la chica adecuada? ¿Te atreverías a tener una relación? —Quiso saber Eva.

Zen se quedó algo parado, porque no deseaba decir que era homosexual en aquellos momentos.

—Sí, claro.

Ángel no soportó más que hablaran de Zenón y relaciones con mujeres, por lo que se levantó con brusquedad.

—Vamos a la biblioteca —añadió, seco.

Los otros tres se quedaron sorprendidos por semejante reacción fuera de contexto.

Zen se levantó también.

—Nos vemos mañana —se despidió de Eva e Ignasi.

Estos hicieron un gesto con las manos y una sonrisa forzada al ver el azoramiento del rubio ante la falta de tacto de Ángel, que ni siquiera les dijo adiós.

Zen, tras salir de la cantina, cogió a Ángel por la mochila.

—¿Qué te pasa?

—Cosas mías.

—Vale, tú mismo. Sigue tratando como una mierda a tus amigos. A los únicos que tienes, por lo que he deducido.

—Necesito ir al baño —respondió, dirigiéndose hacia uno de la segunda planta, que no estaba tan concurrido.

Zenón lo siguió, haciendo su trabajo.

En la cantina, Eva dejó la taza vacía sobre la mesa, tras darle un último sorbo.

—¿Te has dado cuenta de algo?

—¿A qué te refieres?

—Hace nada, Ángel odiaba a Zenón con toda su alma porque su padre lo había puesto ahí en su camino, a la fuerza.

—Hasta ahí te sigo.

—Ahora lo mira con una cara de gilipollas que no se aguanta ni él.

Ignasi abrió la boca, al entender de lo que hablaba Eva.

—¿De veras lo crees?

Eva asintió su rubia cabeza.

—No salió con una tía hasta poco después de que nos conociéramos, esa amiga que tuve. No duraron ni una semana. Ella me dijo que solo besos, ni la intentó sobar siquiera.

—Eso no lo sabía. Sí que me contó que su primera vez con una tía fue un desastre porque no pudo ni terminar.

—Es que ha estado con esas dos chicas y con la tal Inés, que se la endosó el padre. Eso no quiere decir que sea gay, ya lo sé. Pero fijate en cómo mira a Zenón.

—Nada escapa a tu escrutinio.

—Yo creo que Ángel se reprime porque el padre es muy intolerante hacia las personas homosexuales. Recuerda las bromas que hizo de «maricones» aquella vez que fuimos a su casa, cuando Ángel aún vivía allí.

—Sí, casi te levantas y te vas.

Ignasi se echó a reír.

—No sé qué podríamos hacer para ayudarlo.

—Pues en principio, hasta que no nos lo confiese él... Me temo que nada —contestó Ignasi—. Es mejor no presionarlo, puede estar confuso. Y con lo de su hermana... ya tiene bastante y de sobra.

—Ay, pobre chica...

Eva negó con la cabeza, apesadumbrada.

—Si se dejara ayudar, si se abriera más a nosotros... —se lamentó la joven.

—Tal vez lo haga con Zenón.

—Ojalá.

Después de aquello, cada uno se fue a casa. No sin estar preocupados por su amigo.

En el segundo piso de la facultad, mientras Zenón miraba su móvil, a la espera de que Ángel saliera de los lavabos, Henar lo hizo del de mujeres. Ambos quedaron sorprendidos.

—¡Es el destino, amigo! —exclamó la hermosa joven.

—¿Qué haces por aquí?

—Estoy esperando a una amiga —dijo, entonando para dar a entender a qué se refería con la palabra amiga—. Una chica a la que ando conociendo.

Zen sonrió de oreja a oreja y Henar echó unas risillas picaruelas.

En ese instante, Ángel apareció en escena y malinterpretó los gestos de ambos amigos.

Era indudable hacían una pareja espectacular.

—Zenón, vámonos —formuló la orden sin ni siquiera saludar a la joven.

—¡Ángel! —Zen usó un tono de reproche al ver que el joven se iba sin más, pasillo arriba, en dirección a las escaleras de la izquierda.

—No pasa nada —susurró Henar—, ve enseguida que este corre mucho.

—Perdona, ¿eh? —se disculpó echando a andar.

—¿Nos vemos mañana en la fiesta?

—¡Sí!

—¡Vendrá mi primo!

Zen enrojeció al recordar a Daniel y sus miradas directas e intimidantes.

—¡Vale! —Zen se dio una última vuelta, saludando con la mano, y después corrió en pos del díscolo Ángel, al cual asió por el codo.

El joven se soltó, enfurecido.

—¿A ti qué te pasa? ¿Careces de educación? ¿Tanto te costaba saludar a Henar?

Ángel se desasíó del agarre, echó una feroz y chispeante mirada verde a Zen, y bajó el resto de escaleras sin dar una explicación.

No podía decirle Zen que los celos le estaban desgarrando las entrañas.

—Qué puta cruz —blasfemó el rubio, dando un golpe a la barandilla, sin comprender nada—. ¿A dónde vas? —preguntó Zenón al ver que se iba a la calle, directamente.

—Me voy a casa, en metro.

—Me tienes hartos con tus escenitas absurdas que carecen de sentido.

—¿A mí, qué?

—Ya, a ti qué. Vives en tu mundo y te da igual la vida real y los demás.

Bajaron las escaleras de la boca del metro más cercano.

Zen, por suerte, tenía un bono de cuando llegó a la ciudad condal, así que Ángel no se le escapó entre el gentío, que es lo que parecía pretender el chico.

No se dirigieron más la palabra hasta llegara a casa, donde Zenón inició una conversación unilateral.

—¿Sabes? No pareces un hombre de veintitrés años. Yo, a tu edad, era maduro y con cabeza.

No obtuvo respuesta de Ángel, que se despojó de la mochila, dejándola caer sobre el sofá.

—Este tipo de comportamientos son de vergüenza ajena y una falta de respeto.

El moreno siguió a su bola, como si no hubiera nadie más allí.

—Mañana ni fiesta ni hostias —dijo de manera tajante.

A modo de respuesta, Zen recibió un portazo en las narices cuando siguió a Ángel hasta su cuarto.

El rubio estuvo a punto de gritar de pura frustración.

Se sentó en un sillón, se frotó la frente con fuerza, respiró hondo y soltó el aire hasta ir calmando su furia.

El momento de paz apenas si duró unos minutos, pues apareció Ángel delante de él, llorando a moco.

Zen se quedó perplejo.

—Mi hermana esta ingresada... Me lo acaba de decir mi padre...

El rubio, sin decir palabra, se levantó y lo estrechó contra sí, rodeándolo por el cuello. Luego se separó un poco, sonrió y le dijo:

—Todo saldrá bien...

Ángel asintió.

—Venga, llamemos a un taxi, yo me encargo. Siéntate en el sofá.

Zenón se temió lo peor. Él sabía perfectamente el significado de que un enfermo terminal de cáncer estuviera ingresado.

Capítulo 11

Al haber dejado el coche tan lejos, por la rabieta de Ángel, se apearon del taxi en la mismísima puerta del Instituto Oncológico privado donde su hermana estaba ingresada y donde solían tratarla en la ciudad tras haber deseado quedarse en casa.

Un amable enfermero los condujo a la habitación, aunque Zen se quedó sentado fuera para respetar la privacidad de la familia.

Ya dentro de la estancia, Ángel, con visibles rastros de llorera, se acercó a Gabriela, que estaba sedada.

Allí se encontraban sus padres. Su madre no estaba en condiciones de estar a la gresca, así que se quedó sentada en el sofá, como un muñeco. Bosch, por otro lado, asió a su hijo por el hombro, afectado por las circunstancias.

—¿Cómo... qué...? —intentó articular palabra el chico.

—Como tiene metástasis, ya casi no comía y estaba débil. Decidimos traerla aquí, porque estará mejor atendida. Ahora está sedada...

Ángel vio a su padre muy mustio. Luego miró a su madre, que tenía la mirada perdida en ninguna parte.

Gabriela estaba muy dormida, con el brazo lleno de vendas para sujetar el catéter por el que le llegaba el suero.

—¿Y qué ha dicho el médico que la trata?

—El Dr. Rosell no le da ya muchos meses de vida. Van a intentar ahora que vuelva a comer y darle quimio, porque ya sabes que tu hermana se negó a eso último hace un mes... Esta noche descansará de seguido.

—Vale... ¿Y qué puedo hacer?

—Nos quedaremos tu madre y yo, mejor vete a casa. ¿Está el Sr. de la Cruz fuera?

—Sí.

—Pues volveos a casa y te iré informando.

Quiso replicar, pero escuchó a su madre removerse en el sofá y mirarlo como si fuera una molestia tenerlo allí. Al ser su hermana lo más importante, prefirió ceder.

Le dio un beso en la frente a Gabriela y se marchó. Justo antes de cerrar la puerta escuchó llorar a su madre.

Zen se levantó al verlo, aunque prefirió dejar que fuera Ángel quien hablara primero.

—Está dormida. La van a tener aquí, con quimio otra vez.

—¿Y el diagnóstico?

—Pocos meses... —Ángel medio sonrió, pero con una de esas muecas de pena.

Las lágrimas asomaron a sus ojos verdes y emitió un gemido.

—De verdad que lo siento en el alma, y te comprendo.

—Vamos a casa, estoy cansado.

Ángel se llevó las palmas de las manos a los ojos, para apartar las primeras lágrimas.

A Zen se le escapó una también y la limpió con rapidez.

Posó la mano por el hombro del chico, que se apoyó en él, mientras llamaba a un taxi que los recogiera.

Durante el camino de vuelta, ninguno dijo nada. Tampoco al llegar a casa.

Ángel se fue a su habitación, entrecerró la puerta y se metió en la cama tras despojarse de la ropa de calle.

Estuvo pensando largo rato y decidió llamar a su compañero:

—¡Zen!

Este se acercó a la puerta, sin sobrepasar el dintel.

—¿Necesitas agua o algo?

—¿Puedes sentarte aquí un momento?

El hombretón entró, cogió la silla del escritorio y se sentó.

—Perdóname por lo de antes.

—No importa, hay cosas en tu vida más...

—Sí, sí importa. No quiero seguir siendo así... Mi hermana ya me habría metido una buena bronca. Pero resulta que no puede... Ya que, en unos meses, ni siquiera estará en mi vida.

Ángel se puso a llorar.

Zen le acarició el pelo, muerto de pena.

Se veía reflejado en él, durante aquellos momentos en los que su madre se hallaba en idéntica situación. Solo que él no tenía a nadie más que al ex de su madre, Sebastián, que también lo estaba pasando fatal al verla así.

—Me tienes aquí, y a Eva, y a Ignasi. ¿Vale?

—Vale...

—¿Te deajo a solas?

—Por favor...

Zenón se puso en pie y salió para darle su privacidad.

Fue al salón y miró fotos de su madre en el móvil, que guardaba también en un disco duro externo, como un tesoro. Ella lo adoptó cuando nadie quería a un niño mayor y desmemoriado.

—Te quiero, mamá... —susurró, estrechando el móvil contra su ancho pecho.

Ángel durmió toda la tarde, y se levantó un poco más animado, dentro de lo que cabía.

Encontró a Zen en el salón, corrigiendo sus apuntes de la clase matinal.

—Oh, te has despertado...

—¿Qué hora es?

—Casi son las nueve. He ido a comprar a súper, porque ya no quedaba casi nada. Puesto una lavadora, limpiado los platos y... aquí ando corrigiendo tus desastres.

—Si quieres pedimos algo a domicilio.

—No me va, soy de comida sana. ¿Quieres unas hamburguesas de pavo? Las hago yo mismo.

—Claro...

Zen sonrió y corrió a hacerlas.

No es que Ángel tuviera hambre, aunque sí necesitaba comer.

Ya en la mesa, el moreno degustó aquel manjar.

—Oye, pues están estupendas.

—Se me da bien cocinar.

—Las mujeres se pegarán por ti —dijo, tras echarse a reír.

—Bueno, ahora me tienes a tu disposición.

Ángel enrojeció un poco, de placer.

Zen le habría dicho cualquier *moñada* en plan: «cocinaría para ti toda la vida».

—Mañana no tenemos que ir a clase si no te apetece y prefieres ir a ver a Gabriela.

—Iremos por la mañana, según lo que me diga mi padre, claro. Preferiría que estuviera despierta.

—Y olvídate de la fiesta esa.

—La fiesta... Ya veremos. No te preocupes.

—De acuerdo.

Ángel se acabó las dos hamburguesas con pan, queso y tomate, más animado que al empezar.

Fue a lavar los platos, y Zen se lo impidió.

—Hoy te permito descansar y que juegues a la play un rato.

—En el fondo eres un blandito —bromeó el joven—. ¿Quieres jugar conmigo?

—Sería un *gamer* consumado si no fuese porque es lo único del mundo que se me da terriblemente mal y no tengo paciencia.

—¡Lo único del mundo, dices! Cuánto egocentrismo —se burló de camino al sofá.

—El hombre perfecto, mírame. —Zen llevaba ya unos guantes de goma rosas y el delantal de R2-D2 de Ángel.

Este se echó a reír y Zen lo hizo a su vez, contento de que el joven estuviera mejor de ánimos.

—Me voy a la cama, Ángel —informó tras quitarse el delantal.

Zen se estiró cual largo era. La camiseta se levantó un poco y Ángel observó la línea de su cintura bien torneada.

—¿Seguro que no quieres probar una partida? —preguntó el chico, con el mando en la mano.

—Necesito dormir. Quédate un rato, aunque no te pases.

La mano grande de Zen acarició el hombro de Ángel, con delicadeza. Este

sintió un escalofrío y unas ganas casi incontrolables de abrazar y ser abrazado.

El hombretón se apartó y se fue a su habitación. No podía mentalmente más aquel día. Nunca consideró que tendría que involucrarse tanto a nivel emocional con Ángel y sus problemas. Eso fue antes de aceptar la propuesta y firmar el contrato.

Se suponía, por aquel entonces, que solo debían de ser unos meses con un chico algo conflictivo a nivel estudiantil. Ayudarlo con los créditos que le faltasen conseguir, tal vez hacer una amistad nueva.

No obstante, ni se le pasó por la cabeza que su relación con él fuera tan intensa, complicada, tan cargada de sentimientos. Tampoco que habría una hermana enferma de cáncer, como su propia madre.

Aquella jornada ya no podía más con su alma, así que se metió en la cama, se tapó con el edredón hasta la cabeza, tras poner la alarma en el móvil, y se quedó roque casi al instante.

Ángel apagó la consola casi después de escuchar la puerta de la habitación de Zen cerrarse.

Consideró ver algo en Netflix, pero no tuvo ganas suficientes.

Se levantó, lavó los dientes y también acabó en la cama, mirando el móvil.

No tenía sueño.

Preguntó a su padre por mensaje cómo estaba Gabriela, y este contestó que sin cambios.

Rabió por ir a pasar la noche con ella. Sin embargo, fue consciente de que no era una buena idea.

Tampoco quiso molestar a Zenón, al que oyó roncar un poco. Si se presentaba en la clínica sin él, su padre era muy capaz de despedirlo.

Así que, frustrado, dejó cargando el teléfono y cerró los ojos, pasando media noche sin poder dormir.

Zenón se acercó, de buena mañana, a la estancia de Ángel. Lo escuchó dormitar con profundidad en la oscuridad de la habitación, así que optó por dejarlo tranquilo un rato más. Justo en ese momento sonó el móvil del chico y este se despertó sobresaltado.

El rubio se apartó de la puerta, quedándose apoyado en la pared del pasillo, a la escucha de la conversación.

—¿Qué pasa, papá? —La voz de Ángel destilaba alarma—. Vale, papá... Ahora iremos... —Ya no pareció tan afectado.

Zen aprovechó para deslizarse hasta la cocina sin hacer ruido justo cuando su compañero apareció frotándose la macilenta cara.

—Hola... —susurró Zen.

—Mi padre me acaba de llamar. Resulta que mi madre se ha ido a casa a dormir, así que podemos visitar a Gabriela sin problemas... —informó, sentado en el sofá, con aspecto agotado.

—La relación con tu madre es muy tensa, ¿verdad?

—Sí... —musitó—. Voy a ducharme —cambió de tema.

—Te prepararé el desayuno...

Ángel no contestó, así que el hombretón simplemente hizo lo que había dicho y esperó a que el chico saliera rato después, afeitado y limpio.

Este se sentó a la barra de la cocina.

—¿Has dormido mal? —indagó Zen, aunque supuso cuál sería la respuesta.

Ángel le miró con los ojos cansados y bebió de su taza. Luego suspiró.

—Como dormí de tarde, luego no pude. Creo que serían las cuatro de la madrugada cuando me quedé sobado.

—Hoy no iremos a clase, así que después de comer podrás hacer la siesta si te apetece.

—La haría ahora —dijo, sonriendo un poco.

—Venga, ánimo. —Zen le dio un pequeño toque en el brazo, que produjo escalofríos a Ángel.

Cualquier roce de aquel hombre lo estimulaba físicamente. Además, sabía que Zenón sentía amistad por él, sin tener que ver con que trabajara para su padre, y que todos sus ánimos, frases de apoyo, y muestras de cariño físicas eran reales.

Y eso le hacía sentirse cada vez más atraído por él.

Zen, por su lado, tenía la necesidad de estrujar a Ángel contra él para transmitirle todo su cariño y apoyo. Lo habría hecho, pero sabía que el chico lo iba a interpretar como lo que era, tal cual. Porque ya no podría reprimirse.

Eso, entre hombres «heterosexuales», no se hacía.

—Vamos a vestirnos y luego llamamos a un taxi —terminó diciendo.

Se levantó y fue a vestirse.

Ángel estuvo a punto de darse la vuelta, agarrarlo por la camiseta y darle un abrazo largo e intenso. En cambio, estrujó la servilleta para contenerse.

Ya en la clínica, un demacrado Gabriel Bosch los esperaba.

Zenón le dio la mano en señal de saludo y respeto, y Ángel un breve abrazo.

—¿No deberías irte a casa? —le preguntó su hijo.

—Estoy esperando a Pedro, que me va a sustituir hasta la tarde.

—¿Y él qué pinta aquí? —siseó el joven, ofendido—. ¿Para qué estoy yo si no es para cuidar de ella?

—Se ofreció él con mucha amabilidad, y tú tienes clases...

—¿De verdad piensas que voy a ir a clase estando Gabriela aquí ingresada? Además, no quiere saber nada de Pedro.

—Está sedada, no se va a enterar de su presencia. E insisto en que vayas a clase.

—Sr. Bosch, disculpe que me meta... —interrumpió Zenón—. Yo le daré la clase esta tarde, tengo el temario... Ángel lo está pasando mal y no creo que pueda concentrarse en la universidad. Se lo digo con franqueza y con mucho respeto...

La voz suave, tranquila y afable de Zenón, aplacó el estrés del Sr. Bosch.

—Está bien, pero Pedro ya viene para acá. Así que te pido, hijo, que tengamos la fiesta en paz —claudicó.

Ángel asintió con la cabeza, aunque el ceño siguiera fruncido.

—Me voy a casa a descansar con tu madre.

El hombre se marchó del todo y se quedaron solos Ángel y Zenón.

—Gracias... —habló el chico, justo al entrar en la habitación donde Gabriela dormía, al igual que la tarde anterior.

—Me quedo fuer...

Una mano lo metió para dentro.

—No me dejes solo, por favor...

Los ojazos verdes y semi llorosos de Ángel le rompieron el corazón.

Entró también y se sentó en el sofá, observando la escena.

Ángel se tumbó al lado de su hermana, como pudo, y la besó sujetando su rostro. También le acarició el cabello.

Zen se sintió un intruso, y a la vez le hizo recordar a su propia madre en los últimos estertores de vida.

Sollozó en silencio, bajo las gafas de sol.

Una media hora después, apareció Pedro, que se quedó algo asombrado al verlos.

—Oh, no sabía que estabais aquí... ¿Y Bosch?

—Se fue a casa, no podía más... —informó Zenón.

Ángel ni siquiera se levantó de la cama, siguió aferrado a su hermana, como si la nueva presencia no estuviera.

Pedro se quedó algo cortado al principio.

—Bueno, ya podéis iros, me quedaré con ella hasta que vuelva mi socio.

—Vete tú, que aquí no pintas nada —le dijo Ángel, sin girarse si quiera.

El ambiente se puso tenso de inmediato.

—Fue mi pareja muchos años.

—Fue, tú lo has dicho. Y ella no se fiaba de ti, a saber lo qué le hiciste.

Zenón fue hacia Ángel, que justo se bajó del lecho y se encaró a Pedro, que le miró como con odio.

—Venga, deja que la vea un rato... No tenemos por qué irnos nosotros... —sugirió Zen.

Ángel le miró y asintió.

—Te puedes quedar un rato, pero no a solas con ella.

—¿De veras crees que le voy a hacer algo? Yo me divorcié enamorado.

—He dicho que a solas con ella no. Lo tomas o lo dejas.

—Vale.

Pedro levantó las manos en señal de aceptar. Sin embargo, se notó que no

soportaba a Ángel.

Este último se sentó en el sofá y Zen a su lado. El rubio observó la mirada fija de su amigo, puesta en la figura de Pedro, que lo único que hizo fue sujetar una delicada mano de Gabriela, durante unos minutos. Luego besó el reverso, como si se despidiera, y depositó la extremidad con cuidado sobre la cama.

Al darse la vuelta se le notó afectado, algo que no influyó en la mirada dura de Ángel.

Pedro pareció tentado de decirle algo. No obstante, se contuvo y miró hacia la puerta.

—Sr. de la Cruz —dijo, dirigiéndose a Zenón—, dígame a Bosch que me llame si necesita cualquier cosa. Estoy a su disposición.

—Así lo haré.

Luego Pedro se fue sin despedirse de Ángel.

Este suspiró tranquilo y fue a limpiarle la mano a su hermana con un pañuelo mojado.

Zenón se quedó perplejo.

—¿No es un poco exagerado lo que acabas de hacer?

—Mi hermana no lo quería ni ver, mucho menos que la tocara. Palabras textuales suyas.

—¿Se pelearon? ¿Qué pasó?

—Llevaban juntos desde los dieciocho años de ella, a los veinticinco se casó con él. Después de la luna de miel, fue lo del secuestro exprés. Mi hermana lo pasó muy mal, y él no supo ayudarla. Al final se divorciaron menos de un año después de la boda y, por algo que mi hermana no quiso contarme sobre él, no desea ni verlo. Incluso cuando comenzó con lo del cáncer de mama y las mastectomías, Pedro intentó por todos los medios acercarse a ella sin resultado.

—Pero, ¿la maltrató u acosó?

—No, solo insistía demasiado y mi hermana se enfadó de verdad.

—¿Y qué crees que él le pudo hacer?

—Pues ponerle los cuernos, imagino. ¿Qué otra cosa si no? Ella alegó diferencias irreconciliables...

—Vaya...

Ángel se sentó de nuevo en el sofá, agotado.

—Duerme un poco —propuso su amigo—. Ya estaré yo atento, confía en mí.

El chico le miró y se recostó, frunciendo las piernas para no molestar al rubio. Este lo agarró por los tobillos y estiró las extremidades de Ángel, sobre sus propias piernas, para que pudiera estar más cómodo.

El joven sonrió con los ojos cerrados, sintiéndose a gusto y en paz, dentro de las circunstancias que lo rodeaban.

Allí estaba a solas con su hermana, y con Zenón.

No quiso más.

Capítulo 12

—¿Seguro que quieres ir a la fiesta esa? —preguntó Zen desde el cuarto de baño, donde se estaba peinando.

—Sí, necesito despejarme un poco, o me explotará la cabeza —contestó Ángel, despatarrado en el sofá.

Tras volver sus padres a la clínica, Zen y él se fueron a casa a comer, y luego su compañero se hizo el loco con darle clase, así que lo dejó descansar un rato más.

Pensó en que para Zen también debía de ser dura toda aquella situación, pues su madre falleció por la terrible enfermedad. Pero nunca se quejaba ni decía nada al respecto, aguantando con estoicidad para no agobiarlo más.

—Ya estoy. ¿Voy bien? No suelo salir por ahí de noche...

Zen se plantó delante de Ángel, vestido con una camiseta sin mangas que dejaban ver parte de su anatomía bien cincelada, y unos pantalones vaqueros informales bien ajustados a sus torneadas piernas.

Ángel sintió que el calor le subía primero hasta la cabeza y luego le bajaba con fuerza a la entrepierna.

—¿Tan mal voy que no dices nada?

El joven cogió un cojín y le pegó con él tras ponerse en pie, varias veces.

—¡Te has puesto así para ligarte a la morena! ¡Pues aquí ni se te ocurra traerla! —chilló furioso.

Zen se echó a reír de forma desinhibida mientras se enfundaba en la chaqueta de falso cuero que le sentó como un guante.

—¿Tanto te gusta que te pones así de celoso? —Aunque Zen lo comentó de broma, le preocupó que fuera ese el problema de su comportamiento cuando los veía hablando juntos.

—¡No me gusta! ¡Es a ti a quien le gusta!

—Te aseguro que no es así. —Negó con la cabeza—. Además, le van los conejitos.

El moreno se quedó con el cojín en la mano y cara de imbécil.

—¿Lesbiana? ¿De verdad es lesbiana o me tomas el pelo?

Algo dentro de él le produjo una alegría tremenda y le cambió la cara.

—Es lesbiana, pero no le digas ni por asomo que te lo he contado. Dudo que lo esconda... Aunque es algo que me ha confiado a mí, no a ti.

Ángel se sintió el tío más estúpido del universo. Había estado sintiéndose celoso por una posible relación entre Zen y la chica, cuando no la habría en ningún caso.

—Siento decepcionarte. Ya te dije que no tenías nada que hacer con ella —comentó Zenón.

—No me gustaba, si es lo que crees.

—¿Y por qué te pones tan celoso siempre? —Zen lo preguntó sin que se le pasara por la cabeza la razón verdadera.

—Porque me perteneces por contrato —contestó el moreno, recurriendo a una broma.

Dejó el cojín y Zen se le acercó bastante.

—Bien, porque si me he vestido así ha sido solo para ti, ya que me pone cuando te enfadas.

Ángel lo miró con el corazón en un puño, casi sin respirar.

—Te lo crees todo, Angelito...

El hombretón le arreó un buen manotazo en el hombro, y se alejó para dirigirse a la puerta.

Abrió esta y salió para llamar al ascensor.

Ángel dudó en si salir o irse al baño a masturbarse porque tenía una buena erección.

Tragó saliva y se acercó a la salida.

—Baja, ahora voy...

—Te espero aquí...

—¡Qué bajas, coño! ¡Ahora voy! —Y cerró la puerta de golpe.

Zen se sobresaltó sin entender nada en absoluto, pero hizo lo que le había mandado.

En el baño, Ángel sacó su miembro y comenzó a masajearlo entre leves gemidos de placer. Lo necesitaba o iba a explotar. Solo tuvo que imaginar la

escena:

Zenón encima de él, comiéndoselo a besos, masturbándole con cada vez más intensidad, diciéndole guarradas de que iba a follárselo aquella misma noche, una y otra vez sin parar.

Ángel estaba tan excitado que no tardó en correrse y el semen salió disparado, manchando su mano y el suelo.

Después de aquello sintió escozor en el glande, pues su pene aún no se había relajado.

Se limpió con cuidado, y también el suelo.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero de vergüenza.

De algún modo se sintió mal habiendo tenido un orgasmo pensando en Zenón que, ajeno a todo, lo seguía esperando en el portal sin entender por qué Ángel tardaba tanto.

Ángel bajó ya de morros, sin poder ni mirar a su compañero de piso a la cara, e intentando no estar demasiado cerca de él. Este notó que estaba como enfadado, aunque apenas le dio importancia dado el carácter de Ángel, tan cambiante. Aunque el rubio intentó, en vano, iniciar alguna que otra conversación, el avergonzado joven no se lo puso nada fácil.

Así fue como llegaron al pub donde se estaba celebrando la fiesta universitaria. Zenón enseguida se sintió fuera de lugar. Dadas las escasas amistades mantenidas en sus años de estudios superiores, apenas si había acudido alguna, marchándose pronto a casa y sin tomar ni una gota de alcohol.

—¡Voy a buscar a Eva e Ignasi! —gritó Ángel, intentando hacerse oír por encima de la música y el barullo. Zen asintió sin decir palabra, agobiado nada más entrar.

Se acercó a la barra y pidió agua intentando calmar la ansiedad que comenzó a instaurarse en él.

Un leve roce en el brazo le hizo girar el rostro hacia la chica que se había atrevido a intentar llamar su atención.

—¡Nunca te había visto! —alzó ella la voz.

Las amigas de la joven se estaban partiendo de risa un poco más atrás.

Zen se vio envuelto en un buen problema.

—¡Acompaño a un amigo!

—¡Eres un tío sano! —Ella tocó la botella de agua que Zen sujetaba, con sensualidad, y eso le hizo ponerse más nervioso. Dio un paso hacia atrás y tropezó con otra chica.

—¡Perdona!

Esta hizo un gesto como que no pasaba nada, con una sonrisa de oreja a oreja al ver a semejante ejemplar masculino.

Zen no pudo más y se deslizó como pudo entre la gente para alejarse de allí a una zona un poco menos agobiante y lejos de las miradas de lo que le parecieron montones de mujeres.

Era consciente de su cierto atractivo nórdico, tampoco era la primera vez que una mujer intentaba algo con él, pero es que no sabía cómo lidiar con aquellas cosas. Solo pensar en que a las chicas les pasaba lo mismo le resultaba asqueroso, sobre todo porque muchos tíos aún no entendían lo que era un no. Al menos, a él no le siguió ninguna mujer.

Se bebió la botella de golpe, muerto de sed, cuando se dio cuenta de que llevaba ya un buen rato sin saber nada de Ángel. Entró un poco en pánico. Por un lado porque no debió dejarlo ir solo, por el otro porque no podía volver a la barra, donde había plantado a aquella chica de una forma nada educada.

—Mierda —masculló.

Anduvo buscándolo, hasta que dio con él haciendo algo que lo dejó de piedra.

Zen se quedó plantado a varios metros, mientras lo empujaban sin que se diera cuenta.

Ángel se estaba enrollando con una chica de pelo liso y castaño, litrona en mano. Y ella parecía muy contenta de la situación.

El rubio no pudo dejar de mirar, quedando como hipnotizado. Presenció cómo ella enroscaba sus brazos en el cuello de él, aunque Ángel tampoco es que tuviera una actitud muy cariñosa con la mujer.

El moreno le vio de pronto y se quitó a su acompañante de encima de un buen empujón. Trastabilló un poco y le cayó cerveza sobre los zapatos.

La chica pareció preocupada. La respuesta de Ángel fue pasar de ella e ir hacia Zen dando tumbos.

Ambos llegaron a la vez hasta el rubio, que sujetó del brazo a Ángel.

—¿Me quieres dejar en paz?! —le chilló el moreno a la muchacha, que se quedó confundidísima.

—¡Ángel! ¡No la trates así! —le reprendió Zenón.

—¿De qué vas! —Se defendió ella también—. ¡Pasas de mis mensajes y ahora me ves y te enrollas conmigo! ¡Y de nuevo pasas!

—Estoy borracho, si no ni te tocaba con un palo.

Ángel fue todo lo grosero que pudo. Sintió un fuerte tirón proveniente de su compañero, que no pensaba permitir semejante falta de respeto hacia nadie.

La mirada que le echó Zenón fue suficiente para que sintiera vergüenza de sí mismo. Le costó, aunque lo hizo, y pidió disculpas a la joven.

—Perdona, estoy borracho...

—¿Te vas a la mierda! ¡Lo mejor que me pudo pasar es que me dejases! Mi padre tenía razón; eres un gilipollas hijo de otro gilipollas. Anda y que te den, imbécil.

Zen la detuvo un momento antes de que ella se fuese, airada.

—Lo lamento mucho.

—*Merci...* —Hizo un gesto y se marchó con la cabeza bien alta.

—¿A ti qué te pasa?! —exclamó Zenón, girando a Ángel hacia él, enfadado de veras por haber tenido que presenciar aquel espectáculo.

—¿Era la tía con la que salía antes!

—¿Por qué la has tratado así? Si no querías nada con ella, haberla dejado tranquila. Lo que has hecho es lamentable.

—¿Eres mi padre ahora? ¿Qué más te da?

—¡Vergüenza ajena, eso es lo que me da! —dijo disgustado.

Ángel le tiró el contenido del gran vaso de plástico a la cara, dejando perdido al rubio, que sintió el olor de cerveza y lo mareó aumentando la ansiedad que ya padecía desde el momento que pisó aquel lugar.

La reacción fue darle un violento manotazo al vaso vacío, que cayó lejos de los pies de ambos.

A Ángel le latía el corazón con mucha intensidad, consciente de lo que acababa de pasar. Apretó los labios, pues fue incapaz de pedirle perdón en aquellos instantes pues sabía que de nada iba a servir.

La mirada intensa y dura de Zenón lo hizo empequeñecerse.

—Voy al puto baño a limpiarme, cabrón de mierda —dijo Zen, usando un lenguaje fuerte que denotaba el alto grado de enfado.

Zenón, de camino al baño, mientras se apartaba el pegajoso cabello de la cara, se encontró con los primos Henar y Daniel.

Al verlos se derrumbó, preso de la ansiedad.

—¡Ey! ¿Qué te ha pasado? —Henar se preocupó al instante y lo sujetó por los brazos.

—Pasa que soy imbécil. —Intentó no sollozar. Sin embargo, no fue capaz de detener las lágrimas, las cuales se mezclaron con la cerveza prendida en la perilla.

Se sintió tonto habiéndose colgado de Ángel y de preocuparse por él. No fue capaz de expresarse, así que Henar lo estrechó por la cintura y se apretujó contra su corpachón. Zenón la rodeó con sus brazos, agradecido.

—Ven, te acompaño al baño a que te quites esa cerveza de encima —sugirió Daniel, con una sonrisa comprensiva en el rostro.

—Eso, id y a limpiarse.

Henar se quedó preocupada, pero poco podía hacer si Zenón no deseaba contarle sus problemas.

Dentro del estrecho cubículo donde había un retrete, Zenón estaba sentado sobre la tapa. El suelo dejaba mucho que desear, con orín y pisadas de zapatos embarrados. Tampoco es que oliera demasiado bien. Pese a ello, Daniel se acuclilló y posó las manos sobre los muslos del hombre, que ya se había aseado y llevaba el cabello para atrás.

—Perdona, no me conoces de nada. Debo de estar molestándote... —se disculpó Zen, algo apurado por la situación.

Daniel sonrió con afabilidad.

—Estoy encantado de atender a un tío tan bueno.

Eso arrancó una carcajada a Zen, que se sorprendió de encontrarse tan a gusto con prácticamente un desconocido.

—Qué gracioso eres.

—¿Me quieres contar qué te pasa? —indagó, probando suerte.

Zenón dudó un instante, pero decidió sincerarse pues le era necesario.

—He tenido una trifulca con mi compañero de piso y me ha tirado la cerveza a la cara. Me tiene hasta los cojones...

—Te gusta, ¿verdad? —Daniel fue directo al grano. Zen asintió con la cabeza—. ¿Y ha hecho eso porque lo sabe?

—¡No! —Zen se puso nervioso—. En absoluto. No le he hablado de mi condición sexual en ningún momento. Le he hecho algunas bromas para fastidiarlo, pero nada más.

—¿Y si se lo dijeras qué crees que sucedería? Me refiero a lo de que eres gay.

—Creo que no me aceptaría —dijo con sinceridad, abatido.

En aquellos momentos fue incapaz de pensar en positivo y se imaginó la reacción de Ángel de mil formas posibles, todas malas.

—Puedo aceptar que no me corresponda y seguir adelante, pero no soportaría que me rechazara por mi homosexualidad. Seguro que te ha pasado ya, igual que a mí...

—Claro que me ha sucedido. Solo que a mí me importa una mierda, y a ti se te ve una persona muy sensible y buena que no se merece lo que le está pasando. Yo, desde luego, te consolaría si tú me dejaras, de la forma que quisieras...

Daniel fue muy sincero. Sus ojos de aquel azul tan intenso miraron a Zenón con tanto deseo y anhelo, que este se quedó sin respiración, impactado.

Aquel era un hombre sin tapujos, que le ofrecía una seguridad aplastante.

Esas manos llenas de anillos seguían posadas en sus muslos y le llamó la atención el piercing que rodeaba su labio inferior.

Zenón deslizó la mano por su nuca, lo agarró del cabello liso, negro y brillante para después acercarse y besarlo en la boca, con lengua.

Daniel se sorprendió, aunque en ningún caso perdió la oportunidad de oro que se le acababa de presentar, así que le devolvió el ardiente beso y se sentó encima del rubio, al que agarró del cuello. Luego deslizó las manos bajo la camiseta mojada, para apretar sus pectorales duros y marcados.

—Joder, estás buenísimo... —susurró en su oreja.

—Tú también —respondió Zen, con la respiración desacompasada.

Daniel fue al grano y bajó la mano hasta el miembro duro de Zenón, que gimió con el contacto.

—Proporcional a tu tamaño.

Zen se echó a reír sin poder creerse lo que estaba haciendo en un baño horrible con un hombre tan atrevido. No se reconoció a sí mismo.

Por desgracia empezó a dolerle la cicatriz y Zenón reconoció el peor síntoma de la ansiedad que padecía desde que tenía memoria. Se llevó la mano al ojo derecho y frotó su marca con fuerza, pues le tiraba y escocía.

—¿Estás bien? —le preguntó Daniel, con preocupación.

—No...

—¿Quieres parar?

Zen asintió con la cabeza.

—Este no es lugar. —Decidió.

—La verdad es que no.

Daniel se levantó, pero sin dejar de sujetar al hombretón por los hombros.

—Vamos con Henar y te tomas un agua o lo que quieras. Luego me das tu teléfono y quedamos en un sitio más agradable.

La voz y la sonrisa de Daniel tranquilizaron al hombre. El dolor en la cara comenzó a remitir poco a poco.

—Vale, me parece bien. En cuanto a lo que ha pasa...

—Shhh, ya lo hablaremos con calma.

Daniel no quiso agobiarlo aquella noche. No obstante, pensaba llevárselo a la cama como fuera.

Salieron del baño y se encontraron con Henar, que los esperaba fuera, preocupada. Ella ya había pensado en comprarle algo de beber, así que le dio la botella de agua fresca.

Enseguida notó la cara de satisfacción de su primo, y tuvo que aguantarse el enfado, porque ya se imaginaba lo que había intentando, o incluso conseguido. Y Zenón no era el típico tío con el que uno se podía acostar y luego pasar olímpicamente, cosa que Daniel hacía a todas horas. Ya tendría una charla con él.

—Voy a... A por mi chaqueta, a buscar a ese gilipollas de Ángel y a irnos a casa, porque ya me quiero largar de aquí.

Lo acompañaron hasta la guardarrope y cuando estuvo listo se despidieron.

—Me has de dar tu teléfono —le recordó Daniel.

—Ya te lo daré yo, no te preocupes. —Henar le echó una mirada a su primo que este comprendió al instante. Se conocían como si se hubieran parido—. Ya quedaremos a tomarnos un café, Zen —le dijo ella.

—Claro, cuando quieras me escribes. Y tú también... —comentó Zen, dirigiéndose a Daniel.

—Si esta zorra lesbiana me da tu teléfono, ni lo dudes.

Henar le pegó un puñetazo a Daniel en el brazo, con todas sus fuerzas. Después se despidieron de Zen, que fue en búsqueda y captura de Ángel.

—¡Daniel! Con este hombre ni se te ocurra.

—¿A qué te refieres? —Se hizo el loco.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Es privado —continuó.

—Te lo advierto. Ese chico es de oro, no es cualquier tío que te follas y luego le das la patada para seguir con el siguiente. Tu promiscuidad le haría mucho daño.

—Soy consciente de que soy el típico gay que la sociedad de mierda pone de típico y que doy mal ejemplo a los homosexuales de tipo vainilla que quieren casarse, formar una familia, y blabla. Pero a lo mejor resulta que Zenón me gusta más de lo que crees.

—Estás advertido. —Henar se relajó un poco.

Daniel rodó los ojos, hastiado.

Deseaba acostarse con él, pero le había provocado ternura ayudarlo con su ansiedad y malestar. El hecho de pensar en verle más de una vez, no necesariamente para follar, le hizo especial ilusión, algo que también le dejó algo descolocado pues nunca antes le pasó con ningún tío.

Ángel había estado buscando, con desespero, a Zenón. El barullo, la música alta, tener que apartar a codazos a la gente que bailaba, lo estaba poniendo de muy mala uva.

Consciente de su mal comportamiento, y avergonzado de ello, deseó con todas sus fuerzas encontrar a Zenón, abrazarlo y pedirle disculpas llorando si resultaba necesario. No quería perderle, no podía. Pensó en los baños y fue

hacia allí. Antes de entrar, se topó con alguien conocido. Se miraron un instante, antes de que Ángel pasara de largo, pero el tipo lo agarró de la chaqueta.

—¡Ey! ¿No eres amigo de Zen?

—Sí... ¿Lo has visto? —El pelo moreno y los ojos azules le hicieron recordar quién era: el primo de Henar.

—Hemos quedado aquí para enrollarnos, así que no creo que tarde.

Daniel soltó aquella bomba con una sonrisa ladina, consciente del efecto mariposa que iba a crearse.

Ángel se quedó en shock al principio, intentando digerir la información.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó el chico, pasmado.

—No, es lo que hacemos los gays a veces. Quedar, enrollarnos, follar... Como los heteros. —Echó más leña al fuego.

La cara que puso Ángel fue un poema digno de retratar. Daniel hubiera jurado que se estaba poniendo blanco.

—¡Vaya! Lo siento, no sabías que Zenón era gay. ¡Soy un imbécil! —Se hizo el inocente, poniendo una de sus expresiones de fingido arrepentimiento.

—No, no pasa nada... —musitó Ángel, más para sí, que para su interlocutor.

—Por favor, no le digas nada. Que no se entere de que te lo he contado. Es que creía que lo sabías...

—Ah... No importa, no te preocupes que no le diré nada de ti... Bueno, adiós...

Ángel se fue dando tumbos al principio, hasta salir de la sala.

Fuera le dio el frío en la cara de golpe, y también se llenaron sus pulmones de humo, pues mucha gente estaba fumando a las puertas del local.

Caminó hacia la boca del metro, ya que el coche continuaba aparcado cerca de la facultad.

A medida que sus pasos le acercaban al transporte público, una ira furibunda fue naciendo en él. Echó a correr, celoso, enfadado, sintiéndose imbécil. Todo el tiempo había estado ahí la solución a sus sentimientos, pero sin ser correspondidos. Ese gilipollas de Zenón prefería más a Daniel que a él. Ese cabrón insensible había sido incapaz de sincerarse con él sobre su

condición sexual. ¿Amigos? Los cojones. Para Zenón, él solo era un puto trabajo.

Bajó las escaleras a toda velocidad y pasó por el torno, dirección a casa. Sabía que el móvil le estaba sonando y vibrando en el bolsillo de la chaqueta. Como no paraba miró la pantalla. Colgó al ver el nombre de su odiado compañero de piso y apagó el teléfono para que se jodiera y preocupara, si es que le tenía un mínimo aprecio.

Fuera del local también, estaba Zenón junto a Eva e Ignasi, los cuales había encontrado por pura casualidad.

—Es que no lo hemos llegado ni a ver, la verdad —comentó el chico—. Habíamos quedado a una hora y ni se presentó. Pero como supusimos que estaba contigo...

—Hoy ha hecho muchas gilipolleces, chicos. Yo no entiendo por qué se comporta de forma tan infantiloides e insoportable.

La paciencia de Zenón estaba llegando a sus límites.

Volvió a llamar a su móvil, aunque en aquella ocasión saltó el típico mensaje de la compañía telefónica en la que avisaba de que el número estaba apagado o fuera de cobertura.

Eva probó también, con idéntico resultado.

—Conociéndolo, se ha ido a casa —dijo Ignasi—. Una vez, hace años, se pilló un pedo y desapareció. Resulta que se había largado él solito sin decir nada a nadie, hasta casa, cuando vivía con sus padres.

—Me voy corriendo. ¡Gracias!

Zen también echó a correr, aunque llamó a un taxi para no perder el tiempo haciendo dos trasbordos de metro.

Durante el trayecto pensó en presentar su renuncia al Sr. Bosch a la mañana siguiente. Consciente de la mala racha familiar, con una hija muriéndose, le supo mal. Sin embargo, no podía más con Ángel. Si aquella noche no conseguía hablar con el chico y conseguir de él una promesa de buen comportamiento, y unas disculpas sinceras, se acabó lo que se daba.

Ni siquiera sus sentimientos hacia Ángel eran lo suficientemente fuertes como para aguantar semejante falta de respeto hacia todo y todos.

Capítulo 13

Zenón entró en la casa, que estaba a oscuras. De inmediato vio que Ángel estaba sentado en el sofá, de espaldas a él.

Cerró con violencia la puerta, algo que hizo que el moreno se temiera la bronca inminente.

—¿Qué coño te pasa conmigo?! —exclamó Zenón, alterado.

—¿A ti qué te importa? —respondió Ángel tras tragar saliva con dificultad.

—¿Que no me importa? —preguntó mientras daba la vuelta al sofá para estar cara a cara con su interlocutor, en la oscuridad del salón—. ¡Claro! ¡No me importa que me tires cerveza a la cara! ¡Ni que te largues sin decir una palabra! ¡Ni que apagues el puto teléfono! ¡No me importa una mierda y por eso estoy así de alterado y preocupado!

—No te quiero en mi casa, así que vete —comentó de pronto Ángel, con la cabeza gacha, y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué? —La voz de Zen tembló, sin entender nada.

—¡Largo de mi casa, maricón de mierda! —chilló Ángel, levantándose del sofá—. ¡Qué sé que eres marica y me das asco! —Hizo varios aspavientos con los brazos y manos—. ¡Ni verte puedo! ¡¡Y pensar que me has tocado!!

Zen se quedó tan perplejo que no fue capaz de reaccionar, de pie, con los puños cerrados, temblorosos. La zona de la cicatriz le dio un pinchazo tal que cerró los ojos de dolor.

Dio un paso en dirección al pasillo, reculando. Se giró y fue decidido hacia su habitación, abrió el armario y sacó la maleta para comenzar a meter ropa, llorando a moco tendido.

No sabía cómo Ángel era sabedor de su homosexualidad, pero era lo de menos. Lo fuerte fue semejante rechazo, así que no pudo evitar sollozar de rabia e impotencia, también por puro enfado.

—¿Qué haces! —chilló Ángel desde la puerta.

Zenón no dijo una palabra y siguió metiendo la ropa a trompicones, cabreado.

—¿Qué haces! —repitió el moreno, acercándose a él y sujetando una

camiseta que Zen iba a depositar en el interior de la maleta.

—¡Irme de aquí ahora mismo! —El rubio tironeó de la prenda con tanta fuerza, que Ángel medio cayó sobre la cama y tuvo que soltarla.

—¡Imbécil! —gritó Ángel.

—¡Basta! —bramó Zenón, con la cara mojada por el llanto—. ¡Basta ya de insultarme por ser gay! ¡No voy a tolerarlo más!

Ángel intentó explicarse, pero lo hizo de forma torpe.

—Yo... Estoy... Estoy enfadado porque no habías confiado en mí para contarme algo así... Y... Yo... lo siento.

—¿Y por qué tendría que contártelo? ¿A caso mis preferencias sexuales habrían cambiado algo?

El chico deseó gritarle que lo habrían cambiado todo desde el principio, aunque no fue capaz.

—¡Eres mi mejor amigo! ¡Y me siento traicionado! —fue lo único capaz de expresar.

El pasmo de Zen fue en aumento.

—¿Desde cuándo me consideras tu mejor amigo? ¿No era un tío al que tu padre le paga para cuidar de ti? ¿Eh?

—No... No pienso eso, ni me das asco por ser gay...

—¡¡Pues me las has hecho pasar putas hoy, joder!! —Zenón lanzó unos pantalones dentro de la maleta, cabreado.

—¡No te vayas! —Ángel lo asió de la camiseta y tironeó de él—. No te vayas, por favor... Perdóname.

Zen no sabía qué hacer al verle en aquel estado. Medio borracho, medio llorando, medio vulnerable.

Intentó tocarlo, levantó las manos, siendo incapaz por si el joven se daba cuenta de sus sentimientos hacia él.

—No sé... —concluyó por fin—, no sé qué hacer... Si sigues comportándote así... yo no puedo vivir contigo.

Ángel reculó, soltándole, confuso.

—Voy... al terrado.

—¡Para qué! —Zen se preocupó instintivamente.

—¡Solo quiero pensar en paz! No me sigas, por favor...

Salió y fue hacia la entrada, cogió las llaves y salió para subir al último piso.

Zen se quedó de pie, sin saber muy bien qué hacer, así que se sentó en su cama y esperó a que Ángel bajase de nuevo.

En la terraza donde la gente solía tender la ropa, Ángel estaba sentado en el suelo, apoyado sobre una pared, observando unas sábanas mecerse al son de la ligera brisa.

Hacía frío, así que se arrebujó en la chaqueta, abrazado a sí mismo.

Zen era gay. Él mismo era gay, ya lo tenía claro. Sin embargo, no podía soportar la idea de que su amigo se pudiera enrollar con el tipo aquel, que lo prefiriera a él. Luego comprendió que Zenón ignoraba sus preferencias sexuales. Lo había visto besar a Inés aquella misma noche, así que debía de creer, y con razón, que era hetero.

—Eso va a cambiar. No voy a dejar que ese tío me lo quite. Como sea, pero conseguiré que se fije en mí... Por favor... —Ángel susurró aquella petición desesperada a la noche, como si alguna estrella pudiera ayudarlo. Pero en el cielo, por la contaminación lumínica, no se vio ninguna.

Algo más resolutivo, al menos para comenzar con buen pie de nuevo, bajó de nuevo al piso, dispuesto a ponerse de rodillas y pedirle perdón a Zen de forma sincera.

Se lo encontró sentado en el respaldo del sofá, de cara a él, llorando como un niño. Al verlo entrar, sollozó más.

Ángel lo abrazó sin pensar en nada más y Zenón hizo lo mismo por su cintura. Algo quería decir sin ser capaz de articular palabra.

El moreno lo asió de la masculina mandíbula.

—Perdóname, no volveré a insultarte ni a tratarte mal. Seré un amigo ejemplar... Pero no llores, por favor...

—Tengo algo que... decirte... —La voz de Zen se quebró.

Al chico le latió el corazón con fuerza, pues su imaginación y sus anhelos le llevaron a pensar en que Zenón formularía una declaración de sentimientos.

—Dime... Adelante. Sea lo que sea, lo entenderé... Lo aceptaré... —Sonrió un poco.

Zen miró sus preciosos ojos verdes y se le rompió el corazón ante lo que iba a pasar a continuación.

—Me ha llamado tu padre, porque tú tienes el teléfono apagado... —La expresión facial de Ángel cambió—. Tu hermana ha fallecido hace media hora...

Zenón acababa de hacer lo más difícil de su vida.

Tuvo que agarrar bien a Ángel, pues a este le fallaron las piernas y se convirtió en un muñeco de trapo entre sus brazos.

—Es mentira... ¿Por qué me mientes? —Entró en estado de negación.

—Lo siento muchísimo...

El vómito acudió a la garganta de Ángel, que se puso a arrojar todo lo que tenía en el estómago.

Zen le sujetó de la frente, dejando que se desahogara en paz, escuchando sus sollozos y silenciando los propios.

Una hora más tarde estaban en la clínica. Zen tuvo que hacerlo todo, porque Ángel seguía en estado de shock. Lo tuvo que guiar, pues parecía un zombi.

Allí se encontraron con Gabriel y Pedro, que consolaba al abatido abogado.

Este vio a su hijo y se levantó, aunque no fue capaz de ofrecerle ni un mísero abrazo, solo un toque en el laxo hombro de su hijo.

—¿Y mamá? —susurró Ángel, al no verla allí.

—Le han tenido que dar unos calmantes fuertes y está descansando en otra habitación.

El chico intentó obtener respuestas en los ojos de su padre. Este, sin embargo, apartó la mirada sin saber qué decir.

—Voy... con tu madre... —fue lo único capaz de expresar.

Se fue por el pasillo y quedaron los tres solos.

Siendo Pedro consciente de que sobraba allí, se excusó antes de irse. También se le veía afectado.

—Te acompaño en el sentimiento... —musitó.

—Gracias... —contestó Ángel, de forma mecánica.

Cuando se hubo marchado, Zenón frotó la espalda de su amigo con mucho cariño.

—¿Quieres entrar a verla?

El joven miró hacia la puerta de la estancia y asintió.

—¿Vendrías conmigo? No puedo solo...

—Por supuesto. Soy tu mejor amigo —admitió.

Se adentraron y cerraron la puerta tras de sí.

Ángel caminó hasta el cuerpo de la que había sido su hermana, pues ella ya no estaba allí. La miró largo rato, dejando que las lágrimas rodaran por sus mejillas pálidas. Zen se mantuvo tras él, por si le fallaban las fuerzas a su amigo.

El moreno alargó la mano y tocó la fría piel de la cara de Gabriela. Luego sus labios inertes y sus párpados inmóviles.

Se inclinó hacia ella y le besó una de sus mejillas marchitas.

—Fuiste mi hermana y mi madre. Me criaste tú... Me quisiste a pesar de mi carácter. No creo en Dios, pero un ángel nuevo brilla en el cielo, como una estrella... La que me guiará en la vida.

Aquellas palabras tan tiernas emocionaron a Zenón, que abrazó a Ángel por detrás, rodeándolo con sus fuertes extremidades. El chico se apoyó en el pecho del hombretón y suspiró.

Gabriela se había tenido que marchar, pero no se sentía solo.

—Ella te quería más que a nada. Me consta... —susurró Zenón.

—Lo sé...

Se quedaron así hasta que Ángel estuvo preparado para decirle adiós a Gabriela de veras.

Su estrella velaría por él desde ahí arriba.

Capítulo 14

El día del funeral, uno más bien simbólico ya que Gabriela era atea y así lo había dejado claro en su testamento, la casa de los Bosch estaba llena de todo tipo de gente: abogados, jueces, políticos... Y muy pocos amigos de ella, algo que enervó a Ángel.

—Ha venido un montón de gentuza que ni la conocía. Esto parece una reunión social de mi padre.

Dejó el marco con la foto de su hermana en la mesa. En ella estaba sana y bien, de vacaciones en la playa, con el cabello largo y ondulado al viento, sonriéndole a la vida sin saber los pocos años que le quedaban entonces.

—Estamos aquí nosotros, y sabes lo mucho que la apreciábamos —intentó consolarlo Eva—. También vinieron sus dos mejores amigas... Pobrecitas.

—No me extraña que se hayan ido ya con este ambiente. Mi padre lo convierte todo en politiquero.

Ángel fue incapaz de no sentirse indignado.

La mano de Zen acabó en su hombro, intentando aplacar la furia que le carcomía. El joven le abrazó por la cintura, buscando su consuelo y calor, antes la atenta mirada de Eva, que observó a Ignasi, el cual asintió con la cabeza al recordar aquella conversación en la cantina.

Pedro se acercó entonces a ellos, con cara de estar apesadumbrado de veras.

—Ángel, por fin te veo. ¿Cómo estás? —Cometió el error de tocar al chico en el hombro, algo que le dio mucho repelús a este.

—¡No me toques! —exclamó a la vez que le daba un manotazo para cortar todo contacto físico.

—Ey, sé que estás dolido, pero no es para ponerse así... —Pedro alzó las manos en señal de paz.

—Deja ya de fingir que la querías. ¡Está muerta! ¡No tengo por qué seguir aguantándote!

Los presentes se giraron, estupefactos. Zen, Eva e Ignasi se temieron lo peor.

—¡Claro que la quería! Siempre la he querid...

No pudo acabar la frase, pues Ángel le golpeó con el puño cerrado en toda la cara, haciéndole saltar las gafas y sangrar la nariz. Un murmullo de asombro generalizado se alzó entre la multitud.

Entre Zenón e Ignasi apartaron a su amigo, que de no ser por ellos habría seguido con un par de patadas de regalo.

—¡Hijo de puta! ¡Te casaste con ella por el dinero de mi padre y para quedarte con toda la puta empresa! ¡Me lo dijo ella!

Pedro se tapó la nariz para que se detuviera la hemorragia.

Alguien cogió las gafas de Pedro y se las dio. Ángel palideció al ver a su padre con aquella expresión en la cara. Esperó que le dijera de todo, pero Bosch empezó su discurso con un guantazo que dejó a su hijo bien callado.

Zen intentó decir algo, indignado. Gabriel Bosch fue tajante:

—Cállese, Sr. de la Cruz, o lo despido.

El hombretón se tuvo que limitar a sujetar a un Ángel trastocado por los acontecimientos.

—No eres capaz ni de comportarte como un hombre en el funeral de tu hermana. Me avergüenzas como hijo. ¡Fuera de mi vista ahora mismo! —Hizo un movimiento con el brazo indicándole que desapareciese de allí de inmediato.

Tras eso, acompañó a Pedro para curarle la nariz.

La gente murmuró todo tipo de cosas y Ángel no lo soportó.

—Vamos al baño de arriba a limpiarte la nariz. Te está sangrando —sugirió Zenón.

El joven asintió sin decir palabra.

—Nosotros será mejor que nos vayamos —comentó Eva.

—Sí, mejor. Nos vemos en clase... —susurró el moreno—. Gracias por venir.

Eva le dio un beso en la mejilla y un pañuelo de papel para que se tapara las fosas nasales. Ignasi unas palmaditas en la espalda.

El hombretón lo asió por el brazo izquierdo y ambos subieron al piso de arriba, al baño al lado del antiguo cuarto de Gabriela.

Ya dentro, Ángel se lavó bien la cara, aunque no se pudo quitar la sangre

de la camisa.

—No es la primera vez que me arrea un tortazo por ponerle en ridículo. Solo que la última vez fue con quince años...

—Lo mejor será que nos vayamos a casa. Aquí nada más podemos hacer.

Zenón llevaba encima el sobre que Gabriela le había confiado, pero no quiso dárselo en aquellos momentos. Tampoco sabía cuál era su contenido y cómo podía afectar al ánimo de Ángel.

—Será lo mejor, sí. No soporto esta casa ni a mis padres. Ya nada me ata a este lugar.

Cuando caminaban por el pasillo, Zen escuchó un leve llanto en la habitación de Gabriela.

—Ángel, hay alguien en...

Este observó que la puerta estaba medio abierta, así que miró quién podía estar allí.

—Mamá... —susurró, entrando con cuidado.

Puede que no se llevara nada bien con ella, pero era más que consciente de que amaba a su hija con locura y era la que peor lo estaba pasando.

Allí estaba ella, abrazada a un peluche muy viejo, de un osito, tendida sobre la cama de Gabriela.

—Mamá —volvió a decir para llamar su atención.

La mujer le observó con los ojos anegados en lágrimas de puro dolor. Se levantó un poco, frotándose la cara mojada. Miró luego el osito.

—Se lo regalé cuando nació, se lo puse en su cunita... —musitó, con voz temblorosa.

Ángel sintió mucha pena en aquellos instantes. Dejó de lado las rencillas con ella y se acercó un poco.

—Por eso ella lo guardó siempre...

—¡Fuera de aquí! —gritó la mujer de pronto, como si por fin hubiera reconocido a la persona que le hablaba.

Ángel reculó por la hostilidad. Antes de que pudiera darse cuenta, su madre cogió una vela gruesa y se la lanzó con fuerza. Zen, anticipándose a sus movimientos, recibió el golpe al interponerse entre el objeto y Ángel, que se quedó perplejo.

—¡Qué se vaya! —exigió la histérica mujer.

Zen se acercó para intentar tranquilizarla, mientras su compañero observó la escena en estado de shock.

—¡Señora, por favor, tranquila! —Intentó apaciguarla, sujetándola por la cara con cuidado.

—¡Tenía que haberse muerto él y no mi hija! —exclamó—. ¡Ese no tenía que haber nacido jamás!

—Señora, eso no se le dice a un hijo... Recapacite...

Ella miró a Zen con cara de cierto arrepentimiento.

—Es que no es mi hijo, es... es de otra mujer con la que mi marido me puso los cuernos...

Ángel apretó los labios y algo de dentro se rompió un poco más. Sin embargo, por fin pudo dar explicación a muchas cosas, aunque no estuvieran justificadas, como el maltrato constante de aquella mujer.

—Lo siento, Ángel... —La mujer sollozó con fuerza, al darse cuenta de lo que acababa de hacer tras veintitrés años callada.

Cuando Zen se giró para ver al chico, este ya no estaba allí.

Ayudó a recostarse a la señora, con el osito entre sus brazos, y cerró la puerta tras salir.

Ángel observó las casas colindantes, desde la terraza superior, apoyado en la barandilla de piedra.

Toda su infancia había sido una burda patraña. Gabriela tenía que saberlo, pero debió de prometerles a sus padres mantenerse callada. En el fondo lo sabía, porque no encajaba del todo allí.

Alguien, de improviso, estiró de su camisa y unos buenos brazos lo estrecharon contra sí.

—No te vuelvas a escapar, o me da un ataque al corazón.

La masculina voz de Zenón hizo que a Ángel le temblaran las piernas.

—No te escondas de mí... —le susurró cerca del oído.

El joven se sujetó de sus brazos, sintiendo aquel corpachón en la espalda, como un apoyo incondicional.

En aquellos momentos, Zen tuvo un pensamiento claro y conciso: estaba

enamorado. Lo que sentía por Ángel no podía ser nada más, ni otra cosa, ni fruto de una confusión. Lo quería, con todo su ser.

Ojalá hubiera podido decirle «Te quiero muchísimo», pero no era posible.

Consciente de sus abrumadores sentimientos, se apartó con una excusa.

—Perdona, no te gusta que te toquen tanto.

Ángel se aguantó las ganas y sonrió con tristeza.

—Tengo algo para ti —comentó el rubio, mientras sacaba un sobre del interior de su chaqueta.

Se lo tendió a Ángel, que lo cogió. Luego miró a Zen, confuso.

—Me lo dio tu hermana una de las últimas veces que estuvimos aquí. No sé si es el mejor momento para que la leas, o tal vez sí... En todo caso...

Ángel no dijo nada, solo la abrió, teniendo cuidado de que el viento que soplaba allí arriba, al aire libre, no se llevara las palabras de Gabriela.

Ángel, antes de nada quiero pedirte perdón. Perdón por no haber sido valiente y haberme callado tantos años uno de los secretos de esta familia, y que te afecta tanto.

Quiero que sepas que eres la persona que más quiero. Viniste al mundo y me hizo una ilusión tremenda. Tener un hermanito al que cuidar, con el que jugar, al que crié en la medida de lo posible para una niña y luego una adolescente.

Tenemos el mismo padre, pero no la misma madre. Muchas veces me ha parecido entender que lo sospechabas. Sin embargo, cuando tienes seis años y tu autoritario padre te obliga a prometerle que te vas a estar callada hasta que él decida, no es fácil.

No sé quién es tu madre, solo recuerdo que trabajó aquí de cocinera. He intentado que papá me lo dijera, sin resultado y unas cuantas discusiones. Tuve que desistir.

El problema es que mi tiempo se termina y papá no tiene intención de decirte la verdad, así que te la escribo.

Perdóname, no me guardes rencor.

Esta carta llegará a ti, no sé cuándo ni cómo, pero de la forma adecuada lo hará.

Te quiero mucho, pienso en ti cada día. No sabes lo feliz que me hacen tus mensajes diarios, los memes absurdos que me hacen reír a carcajadas y tus visitas a pesar de lo mucho que odias pisar este lugar.

Está claro que si lees esto, es que ya no estoy con vosotros. Siento haberme ido así.

Vive la vida como tú quieras, con quien tú desees, haz lo que gustes. Porque nunca sabemos cuándo será nuestro último día.

Te quiero.

Gabriela.

Las lágrimas se deslizaron a borbotones por el rostro de Ángel, que estrujó la carta. Luego miró dentro del sobre, pues quedaba una foto antigua dentro.

Se la enseñó a Zen con una sonrisa en los labios.

—Ella se disfrazó de princesa y yo de angelito.

Zen no quiso preguntar qué decía la carta, aunque Ángel habló:

—En resumidas cuentas, mi madre no es mi madre, lo es una antigua empleada del hogar. Y me pide perdón por no habérmelo dicho antes.

—Debe ser difícil contarle eso a quien quieres...

—¿Cómo no la voy a perdonar? Era mi única familia real. Ni mi madre verdadera me quiso, que me dejó con unos padres así... Suerte de tener a mi hermana, si no ya me habría suicidado.

—No digas esas burradas.

Zen lo sujetó por el rostro y limpió sus mejillas mojadas con sumo cuidado.

—No sabemos lo que pasó con tu verdadera madre, pero podemos averiguarlo.

—No soportaría otro rechazo más, así que no quiero saber nada de ella.

Zenón asintió.

—Escúchame. ¿Cómo alguien no iba a quererte? Eres un chico maravilloso...

Ángel creyó derretirse. Estuvo tentado de dejarse llevar y besar aquellos

labios carnosos y sensuales, sentir el roce de su barba rubia, hundirse entre sus brazos... No obstante no se vio capaz y soltó una tontería absurda.

—¿Te has enamorado de mí o qué?

La cara de susto de Zen fue un poema. Soltó a Ángel y reculó poniendo las manos a la espalda.

—¡No me malinterpretes! Tú eres solo mi amigo. Eres demasiado joven para mí, no... no me gustas en ese sentido como hombre. Solo como amigo — balbució, intentando hacerse comprender, acongojado.

Ángel se sintió estúpido. Menos mal que no lo había besado. Así que sonrió un poco para calmar a Zen.

—No te preocupes, era una de mis bromas estúpidas para hacerte sentir incómodo. Ya me conoces. Eres tan inocentón... —Río un poco y luego se puso a llorar de nuevo.

Zen volvió a sujetarlo, esta vez por los hombros, dejando que se desahogara.

El viento sopló con fuerza y Ángel dejó que se llevara la carta de Gabriela, que se alzó por encima de los tejados, hasta perderse en ningún lugar.

—Adiós, princesa...

Capítulo 15

Cuatro días después del funeral, Zenón fue citado en las oficinas del Sr. Bosch, para hablar con este. El rubio supuso que el tema sería Ángel y su comportamiento, aunque le constaba que el chico estaba arrepentido. Tampoco es que tuviera muchas ganas de hacer nada, así que lo había dejado en casa, durmiendo.

Esperó con paciencia a que se le permitiera el acceso al despacho, y se entretuvo con el móvil.

Escribió a Ángel para saber si estaba despierto. Sin embargo, no recibió respuesta ni estaba en línea. De pronto, un iconito apareció en la parte superior izquierda de la pantalla. Se extrañó ya que era un mensaje de un número desconocido.

«Hola, rubio espectacular».

Supo de inmediato que se trataba de Daniel, así que lo añadió a sus contactos con una sonrisilla.

«Hola, ojazos azules».

«¿Te apetece quedar este viernes a cenar?».

El rubio dudó un instante y contestó con rapidez una excusa sencilla, pues la administrativa que llevaba los asuntos de Bosch le dio paso a la oficina de este.

Entró con cuidado y se sentó frente al hombre, que cerró la tapa de su portátil para atenderlo.

—Buenas tardes —saludó Zenón, tendiéndole la mano. Gabriel se la estrechó.

Su rostro denotó cansancio y pena por la reciente pérdida.

—¿Cómo está mi hijo? —indagó el abogado.

—Lleva unos días deprimido y no hemos ido a clase. Pero le he impartido yo las lecciones correspondientes —se apresuró a decir para que no se enfadara. De aquel hombre se esperaba cualquier cosa.

—Mi mujer... También está bastante deprimida. Yo vengo a trabajar para

no tener que ver eso cada día —gruñó.

A Zenón le pareció un comentario grosero, machista y fuera de lugar. A pesar de ello, mantuvo cerrada la boca.

Debía procurar que Bosch no lo despidiese en aquellos momentos tan duros para su amigo.

—Bien, cuando Ángel esté preparado para volver a la universidad... avíseme, Sr. de la Cruz.

—Lo haré, no le quepa duda.

Hubo un silencio incómodo. Zenón no sabía si aquel hombre quería algo más o ya podía irse. Porque hacerle ir en persona para solo aquello le extrañó mucho.

—Mi mujer, el día del funeral, parece que dijo cosas inapropiadas... —dejó caer.

Zenón se removió en el asiento, incómodo.

—Algo dijo, sí... —susurró.

—¿Ángel ha mostrado interés por lo que ella comentó?

Zenón negó con la cabeza. No pensaba contarle a ese hombre lo que hacía sufrir a Ángel la situación de engaño durante toda su vida.

—¿Ningún interés, Sr. de la Cruz?

Zenón supo de inmediato que estaba utilizando la técnica de un abogado experimentado. Como si él estuviera en el banquillo de los acusados y aquello fuese una rueda de preguntas.

Pero él también era abogado, y no precisamente gilipollas.

—Le afectó en ese momento, ya que no se esperaba conocer algo así de ese modo tan repentino, en un día como aquel. En cualquier caso, no hemos hablado del tema más de lo necesario, Sr. Bosch. Y me consta que no le interesa saber quién es esa mujer. Espero que esta explicación haya contestado a su pregunta de forma satisfactoria.

Gabriel se dijo para sí mismo que aquel tipo tenía labia. Su madre adoptiva le enseñó muy bien.

—Excelente. Si cambia de opinión y comienza a dar señales de... curiosidad, usted ya sabe lo que debe de hacer.

—No le quepa duda de que será debidamente informado de ello.

—Excelente. Nos vemos el mes que viene, en una nueva reunión, si no hay impedimentos o tengo que viajar.

Bosch le ofreció la mano, que Zen apretó con más fuerza de la debida, adrede.

Le tenía un asco a aquel hombre que iba en aumento en cada ocasión en la que coincidían.

Después de aquello, salió del despacho, de las oficinas y de aquel mundo tan agobiante, directo a casa.

Recordó entonces a Daniel y su mensaje. Se detuvo unos instantes en la esquina de la calle para responderle en condiciones.

«¿Te van los italianos?».

Daniel apenas si tardó unos segundos en responder.

«Me van, me van. Pero ahora prefiero a un vikingo en particular».

Zenón rió carcajadas, pues se estaba refiriendo a otra cosa.

«Quería decir ir a cenar a un italiano», respondió.

«XDDDD Me encantaría cenar en un italiano con el vikingo».

«Pues elige tú, porque seguro que conoces buenos sitios. Y ya me dirás lugar y hora. Me tengo que ir a casa. He dejado solo a Ángel».

«Ok. Hasta pronto, rubio».

Zenón no pudo evitar sonreír. No estaba acostumbrado a flirtear.

Sintió que traicionaba un poco los sentimientos hacia Ángel. No obstante, este no le correspondía y ya le había dejado claro que no sentía por él más que una profunda amistad. Con que no le volviera a rechazar por sus gustos sexuales era suficiente.

En casa de Henar, Daniel sonrió como un estúpido más de lo que hubiera querido.

—¿Qué te ha contestado? —preguntó su prima con curiosidad, sentada en un cómodo sofá.

—Que sí, que le va bien ir a cenar. Me ha dejado elegir el italiano. ¿Crees que tendrá ganas de probar el *penne*?

La chica entendió rápidamente la alusión a los macarrones en el idioma original.

—No. Es un hombre que va despacio en todo. Así que no lo aturulles, o te parto las piernas, maricona mala.

—¡Oh! Cuánta violencia, y de mi propia familia —se quejó en modo gay llorón. Luego se levantó del sofá y se sentó a lado de ella, para darle un beso en la mejilla.

—¿Qué más quieres? Te he dado su móvil. Has conseguido quedar con él...

—¿Crees que le gusta mucho ese chico?

—¿Ángel? —Daniel asintió con la cabeza—. No te sabría decir. Supongo que le atrae, pero sabe que no puede haber nada entre ellos. Además, ya te dije que la hermana del chico falleció la noche de la fiesta. Ahora mismo lo debe de estar pasando mal y Zenón lo apoyará.

—Ya... —bufó un poco, torciendo el gesto.

—Son amigos. No intentes romper eso para beneficio propio. Beneficio sexual, además.

—A mí Zenón me gusta. No se encuentran hombres así todos los días: guapo, sexy, misterioso con su cicatriz, con ese tatuaje en el pecho, listo de cojones...

—No, en los cuartos oscuros no se ve nada —dijo con sarcasmo su prima.

—¡Eso es injusto! ¿A caso no tengo derecho a conocer a alguien y probar a ir en serio?

Henar reculó y le miró de arriba abajo, sorprendida.

—Bueno, estás madurando y todo. Ya era hora con casi treinta años que tienes.

Daniel la achuchó y le dio un buen beso en la mejilla, que ella correspondió.

Henar cruzó dedos para que aquel cabeza de chorlito adicto al sexo no le rompiera el corazón a un buenazo como Zen.

Ángel miró el móvil y leyó los mensajes del grupo que tenía con Eva e Ignasi. No le apeteció responder, como en los anteriores días.

Se dio la vuelta en la cama y cerró los agotados ojos, a la espera de que Zenón volviera de la reunión mensual con su querido y amado padre.

Pensó en ese cabrón hijo de puta. Ese que escondió que su madre no era su

madre. De saberlo, al menos no habría sufrido tanto por la falta de afecto de esta.

También pensó en Gabriela, y en el sentimiento de culpa que tuvo que tener hasta el último momento por guardar ese secreto.

En cualquier caso, no deseaba conocer a una madre que lo abandonó en el seno de una familia de mentira y desestructurada.

Ángel escuchó la puerta principal abrirse, y una sonrisa saltó a su boca de forma natural. Volvió a sentirse seguro, arropado y comprendido.

Zen no tardó en aparecer en la estancia de Ángel, encontrándolo recostado de lado. Se acuclilló a su vera y sonrió.

—¿Qué quieres para cenar?

—La sopa de este medio día estaba bien...

—Ok. Pero mañana te haré hamburguesas caseras, porque necesitas comer proteínas sólidas.

Antes de que Zen pudiese ponerse en pie, el joven lo asió de la solapa de la chaqueta.

—¿Qué quería mi padre? —indagó.

—Saber cómo estabas.

—¿Y no me puede llamar él? —Se sintió molesto.

—Ya sabes que no... Y eso que lo conozco poco, pero lo he calado. Es un hombre a la antigua usanza.

—Demasiado, diría yo.

Ángel se puso bocarriba.

—También quería saber lo que había dicho tu madre...

—No es mi madre. Yo no tengo de eso. —Frunció el ceño con fuerza y se cruzó de brazos.

—¿No quieres saber nada de la verdadera?

—¡¿Para qué?! Me dejó con esa gente. Excepto mi hermana, claro está.

—No conoces las circunstancias.

—Ni ganas —concluyó.

Zenón suspiró. Ángel estaba cerrado en banda.

—Venga, ve a ducharte y luego a la cocina a cenar. Voy a calentar la sopa.

¿Fideos? —preguntó.

—Sí, va bien.

Cuando Zen se fue, Ángel golpeó con los puños cerrados el colchón, a los lados de su cuerpo.

Que le jodieran a toda su familia. O lo que fuera aquello.

Al día siguiente, Zenón dejó durmiendo a Ángel de buena mañana, y se encaminó a la casa de los padres de este, resuelto a hablar con la mujer de Bosch, sin que este se enterara.

La señora que se encargaba de la casa lo pasó a una habitación tranquila, sin mucha luz. La mujer de Gabriel estaba allí, fumando, pero con la vista perdida un poco en la nada.

—Buenos días, Natalia... —Recordó su nombre con claridad.

Ella se sobresaltó al verlo, aunque se recompuso de inmediato. Intentó ponerse bien el pelo y la ropa, tras levantarse.

—No, por favor, quédese sentada.

—Mi... marido no está.

—Lo sé. Quería hablar con usted de lo que sucedió la otra tarde, durante...

—Zenón no supo seguir.

—Oh... Sí, claro. Lamento mucho el incidente y mi comportamiento... — Pareció apenada—. Por favor, toma asiento.

Le indicó un sillón cercano al suyo.

—¿Cómo... está Ángel?

—Debería llamarlo usted —le sugirió Zenón.

—Ya lo he intentado, y no me coge el móvil. También le he escrito y ni siquiera lo ha leído.

—Vaya... Tendré que hablar con él.

—No, no. He llegado a la conclusión de que nuestra relación finaliza aquí. He sido una madre horrible, sobre todo por cargar a mi hija con esa responsabilidad siendo tan pequeña. Pero estaba... llena de odio hacia mi marido y lo pagaba con Ángel.

—De eso quiero hablar, Natalia. Él cree que le tiró por unas escaleras. ¿Es consciente de eso?

—No lo tiré, pero fui la responsable de que se cayese... —admitió delante de aquel semi desconocido—. Estaba pintando en el suelo, en la parte superior de las escaleras, revolcado por la moqueta. Le había dicho mil veces que no estuviera ahí. Perdí los nervios, lo levanté por el brazo y se me escurrió. El resultado fue que se cayó por las escaleras y estuvo en coma varios días con un brazo roto.

Pareció bastante afectada, pues se le llenaron los ojos de lágrimas.

—A mi marido le dije que se cayó solo.

—¿Tanto miedo le tenía? —Ella admitió con la cabeza—. ¿Ejercía violencia doméstica sobre usted?

—¡No! Bueno, nuestra relación siempre ha sido muy tormentosa. Imagínate, me he hecho pasar por la madre del hijo de otra. Es un abogado muy poderoso, muy... efectivo para convencer. Adoraba a Gabriela, y quiere tanto a Ángel que le es insoportable no tenerlo bajo control. Sí, es un controlador. Supongo que ahora sí se tipificaría como violencia doméstica, de género... No sé mucho de eso, me temo.

—Bueno, Ángel es adulto de sobras y, es obvio, se defiende de su padre a su modo.

—Le voy a interponer una demanda de divorcio —le hizo saber—. Sin mi hija es absurdo seguir con él. Esto es una pantomima desde hace más de veinte años. ¡Y yo no soy una santa! Tengo mis necesidades.

—Hágalo entonces.

Hubo un breve silencio.

—Verá, Natalia. Me gustaría saber quién es la verdadera madre de Ángel... Si es posible.

—Solo sé su nombre y apellidos. No tengo ni idea de qué anda haciendo ahora ni dónde puede estar.

—Ese dato es más que suficiente.

Natalia rebuscó en una mesillita hasta dar con un papel y un bolígrafo. Apuntó allí el deseado dato, dobló varias veces el papelito y se lo tendió a Zenón. Este, con rapidez, lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—Muchísimas gracias.

—Cuida de Ángel —pidió ella.

Zen se levantó, asintiendo.

—Si sigo aquí es por él. Y usted, suerte con el divorcio.

Ella hizo la señal de silencio con el dedo sobre los labios, y Zenón le guiñó un ojo.

—¡Marcela! —Natalia llamó a su fiel trabajadora del hogar, que apareció de inmediato—. Acompaña a este caballero hasta la puerta. Y recuerda que nunca ha estado aquí.

La mujer asintió con una sonrisa, llevando al hombretón hasta la salida.

Zen cogió el coche de Ángel y volvió al piso tras detenerse a comprar, sin que el chico se hubiera enterado de nada, creyendo que Zenón había ido al súper.

Ya en su habitación, Zen sacó el papelito y leyó el nombre y apellidos de la madre de Ángel.

—Bonito nombre... —susurró.

El siguiente paso sería llamar a su abogado y ex marido de su madre, para que le averiguara, con sus contactos policiales, dónde estaba aquella mujer.

Capítulo 16

—¿En serio vas a salir con ese tío? —La cara de asco de Ángel fue puro poema.

—¿Y por qué no? ¿Qué tiene de malo? —Zenón casi se echó a reír, mientras se ponía una camiseta ajustada negra.

Ángel observó la musculatura de su espalda y lo bien que le quedaban los pantalones a la altura del trasero.

—Nada, supongo. Pero ten cuidado con él.

Zen se giró para mirar al chico, aguantándose la risa.

—Tengo veintiocho años, ¿eres consciente de ello?

El moreno se fue de la habitación de Zenón, con el ceño fruncido, camino a jugar a la Play, para comerse las ganas de ser él quien se fuera a un italiano a cenar con el rubio macizo. Se puso el juego que tenía a medias y siguió a lo suyo.

—Otro día vamos tú y yo.

—Pero a otro sitio, no crean que yo soy marica —soltó sin filtro.

—Te voy a meter tal leche que el mando de la Play va a volar por la ventana, junto a tu cabeza —respondió Zenón, más bien de broma, a la par que se ponía la chaqueta y cogía las llaves—. Gracias por dejarme el coche.

—Suerte para aparcar por Barcelona.

—Lo dejo cerca de casa de Daniel y vamos en metro. Pero como no sé a qué hora volveré...

—No me interesan los detalles escabrosos de tu cita de maricas.

Al final se llevó un buen capón.

—¡¿Qué haces?! —gritó, sorprendido.

—Te lo habías ganado, Angelito. Hala, no te duermas tarde.

Ángel se recostó sobre el sofá, y se frotó la cabeza, donde más picaba por la colleja.

Zen se fue y el joven lanzó el mando de la Play sobre la esquina del blando mueble sobre el que estaba estirado, dejando al personaje del videojuego

parado en medio de un prado.

El moreno bufó con fuerza, celoso a más no poder. Aquel tal Daniel le caía como el culo.

—Él me ve solo como su amigo... No como un hombre con el que tener una relación...

Las lágrimas acudieron a sus ojos, y le ardieron.

—Ningún otro vale la pena, solo tú... Joder.

Cogió su móvil y escribió a Eva. Por lo visto estaba de cena con las amigas.

«¿Necesitas algo, cielo?».

«Hablar... Pero quedamos otro día. Pásalo bien».

«Seguro?????».

«Sí, mejor te lo cuento en persona».

Ella le envió corazoncitos y luego dejó de estar en línea.

Se sentó de nuevo, cogió el mando y se concentró en el juego, para no pensar en Zenón y Daniel enrollándose tras la cena.

El italiano elegido estaba en el barrio de Gràcia, y era bastante conocido.

—¿Te gusta?

—Es muy chic. Me esperaba algo más tradicional —reconoció Zen. Al ver la cara de circunstancia de Daniel, se apresuró a terminar la frase—. Pero me encana, es fascinante.

—Te recomiendo el *risotto con boletus* y queso por encima. Está delicioso.

—Te haré caso. Gracias.

Zen estaba un poco nervioso, tuvo que reconocer. Daniel pondría histérico a cualquiera con esa forma de mirar.

—Te queda muy bien esa camisa de estilo oriental, azul y plateada. Casa con tus ojos. Ya quisiera ser yo más elocuente vistiendo.

—Tu estilo es perfecto, Zenón.

—Pues qué aburrido. —Se echó a reír.

Daniel sonrió, pagado de sí mismo por estar allí con aquel ejemplar

masculino. Aunque se dio cuenta de que intentaba tapar el ojo sintético con los cabellos rubios y ligeramente ondulados.

—Ey, ya te he visto de cerca. No te tapes.

—La gente se me queda mirando y lo paso mal si no llevo las gafas de sol. Y aquí dentro no tiene sentido ponérselas.

—Vale, pero que sepas que a mí no me importa.

—Gracias...

El camarero los interrumpió para tomar nota de la cena. Zen hizo caso a su cita y pidió el *risotto* con *boletus* con queso al gusto. Daniel prefirió los *fiocchetti* de pera.

Durante la cena hablaron de su vida y estudios de forma muy fluida.

—¿No recuerdas nada antes de los ocho años? —Zen negó con la cabeza. Masticó un poco de arroz y se limpió con su servilleta.

—Mi madre adoptiva, Mari Carmen, que ha sido la mejor que uno podía tener, me adoptó porque no podía tener hijos. Al ser un niño tan mayor no hubo muchos problemas. Ella es mi madre, no conozco otra.

—Pero sabría qué pasó con tus padres...

—Ah, sí. Murieron en un accidente de tráfico. Yo sobreviví, como es obvio, pero sin memoria. El problema es que ni tenían familia ni nada, por lo visto...

—Te crió muy bien. Porque... ya no está, ¿cierto?

—Murió de cáncer hace dos años. Me queda el ex marido de mi madre, Sebastián, con el que me llevo muy bien. Se divorciaron antes de que yo apareciese en sus vidas, por lo que no lo considero mi padre. Sin embargo, ellos permanecieron muy unidos, así que ha estado presente en mi vida y es un apoyo.

—Yo no tuve tanta suerte. Mi padre no aceptó que su hijo pequeño fuera homosexual. Así que, en cuanto cumplí la mayoría de edad, *bye, bye*.

—¿Y el resto de tu familia? Tu madre, hermanos...

—No sé nada de ellos. Me desvinculé del todo. Excepto de Henar, que como es lesbiana...

—¿También a ella la excluyen?

—No, en absoluto. Solo que yo paso de toda esa gente.

—Bueno, hay muchos tipos de familias... —Pensó en la de Ángel y se entristeció. Aún estaba esperando noticias sobre la verdadera madre.

—¿Postre? ¿Te hace un tiramisú a medias?

—Me encantaría.

Continuaron hablando largo rato, tras el postre y el café, hasta que fue hora de abandonar su sitio en el restaurante para que lo ocuparan otras reservas.

Caminaron hacia la boca del metro, con tranquilidad.

—¿Vamos a tomar una copa a un bar de ambiente?

—Es un poco tarde. —Zen miró el móvil.

—¿Es por ese chico? ¿Tanto te gusta?

—Ya lo estoy superando. Es mi amigo hetero. Lo que pasa es que hace poco murió su hermana, como sabes.

—Lo entiendo. —A Daniel se le llevaron los demonios—. Hagamos una cosa. ¿Quieres dar un paseo? Cerca de mi casa hay una rambla pequeña. Y ya luego te vas.

—Está bien.

Bajaron a la boca del metro para coger el tren que los llevara hasta donde vivían Daniel y Henar, ya que compartían piso.

El vagón estaba a rebosar de gente, así que Daniel aprovechó para pegarse al corpachón de Zen.

—Ten cuidado con los ladrones —comentó.

—Vengo de Madrid, no te preocupes.

—Es verdad, tienes razón.

Daniel deslizó la mano por su pecho, por encima de la negra y apretada camiseta, hasta llegar al corazón. El moreno sintió que Zen estaba taquicárdico y eso le hizo sonreír.

—Yo robo corazones... —susurró Daniel.

—¿Ah sí? El mío es muy delicado. Ten cuidado con él... —murmuró Zenón, sin atreverse a mirarlo.

Daniel no dijo nada pues el tren se detuvo en una parada y la gente empezó a salir y entrar, empujándolos un poco, pero pensó mucho en las palabras de Henar durante la duración del viaje.

Caminaron por la rambla prácticamente solos. Aquella era una zona tranquila de Guinardó, cerca de Gràcia, por donde habían cenado.

—Te invitaría a subir a casa, per...

—No es el momento —lo cortó Zenón—. Perdona...

Bajó la cabeza, avergonzado.

—Pero sé que quieres ir despacio —concluyó la frase—. De todos modos no dejaré que te vayas sin que me vuelvas a dar un beso —dejó caer.

Zen sonrió, sin mirarlo.

—Algo te gustaré si eso pasó y... has aceptado cenar conmigo.

El rubio miró a su alrededor. No había apenas gente, así que sujetó a Daniel por la mandíbula y lo besó con ternura. Le gustó el sabor de sus labios, y de su lengua deslizarse por la suya, con cuidado. Los dedos del moreno acariciaron su barba.

Se separaron con lentitud.

—Vaya... Va a ser difícil volver a casa solo...

—Paciencia, por favor —demandó Zen.

Daniel asintió.

—Te acompaño al coche.

—Te lo agradezco, porque no tengo ni idea de donde estoy.

El moreno lo cogió de la mano en un acto íntimo.

Para Zen era la primera vez y le costó un poco, aunque tampoco quiso soltarse.

Al llegar a casa, Zenón se encontró la consola encendida y al personaje casi muerto. Ángel dormía como un tronco, acurrucado en el sofá.

—Ey...

—Mmm...

—Ay, Dios... —suspiró el hombretón—. Ey, ayúdame a llevarte a la cama.

Ángel se incorporó, aunque dejando el peso muerto para que Zenón lo levantara en brazos y aprovecharse de la situación. Este lo tendió sobre el colchón y luego lo tapó.

—¿Qué tal la cena...?

—Bien...

—¿Habéis hecho cosas de maricas?

—¡No!

Ángel sonrió, satisfecho de que la honra de Zen continuara intacta.

—Vale, voy a dormir... Puede irse, niñera.

—Te estás ganando otra colleja... —Zen se echó a reír.

—Mañana si eso... —La voz de Ángel comenzó a desvanecerse. Un par de minutos después ya estaba dormido.

Zen le apartó el cabello de la cara y observó sus facciones.

Era muy guapo, el cabrón.

Se fue a su cuarto y se tumbó sobre el lecho.

La madeja que era su cabeza estaba liada hasta límites insospechados.

Sí, le gustaba Daniel.

Sin embargo, estaba enamorado de Ángel.

Uno era un hombre gay con las cosas claras, el otro un chico heterosexual.

El asunto debería de ser obvio.

Pero el corazón hacía lo que le daba la gana.

Así que no quiso pensar más y se fue a dormir.

Capítulo 17

El olor a lentejas recién hechas inundó las fosas nasales de Ángel, que frunció la nariz en un gesto de asco. Optó por ignorar al cocinero que lo llamaba a la mesa y seguir con la Play.

Desde la muerte de Gabriela no tenía ningunas ganas de salir o estudiar, tampoco de comer demasiado, por lo que había bajado un poco de peso.

Para colmo, Zenón volvió a salir con Daniel a tomar algo en su día libre de la semana anterior, y aquello le producía un malestar denominado celos.

No pudo en ningún caso quejarse del excelente trato de Zen en casa, de cuando salían a comprar o al gym. Su corazón era tan grande como él. Por eso le gustaba tantísimo, cada día más.

Pensar en que estaba conociendo a otro le ponía taquicárdico. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Ya la había quedado claro que Zen lo veía como un amigo, únicamente.

De pronto, la pantalla de la televisión se apagó y no había llegado aún a una zona del juego donde pudiese guardar. Casi le dio un buen jamacuco.

—A comer —indicó Zenón, con un par de cables desenchufados en las manos.

Ángel se quedó perplejo y balbució con torpeza al principio, hasta reaccionar con muy mal humor.

—¡No había podido guardar! ¿Y si te has cargado mi 4K y la consola, gilipollas?

—No se ha roto nada, ni que fuera una subida de tensión. Es hora de comer y luego te llevo a clase como quedamos ayer que haríamos.

—A veces se me olvida que estás trabajando —contestó con los dientes apretados y las manos bien agarradas al respaldo del sofá, por pura rabia—. ¿Cuánto te paga mi papi?

Ángel era consciente de que aquel tema sentaba muy mal a Zenón.

—Hoy es mi día libre. Así que haz el favor de ir a ducharte, comer las nutritivas lentejas e ir a clase después. Ya te he dicho que te llevo. Por lo demás, soy una persona que tiene derecho a descansar un poco de vez en cuando.

—¿Has quedado con ese tío? —indagó con los ojos achinados, observando.

—Ese tío tiene un nombre y es Daniel —respondió con acritud, dejando la olla de lentejas sobre la mesa ya lista para comenzar a comer.

—¿Vais a follar? —inquirió, en tono agresivo, apretando cada vez más el respaldo del sofá, tras el cual estaba apoyado.

—A lo mejor —contestó Zenón, con el ceño muy fruncido y una expresión hosca.

—Es asqueroso. Aquí ni se te ocurra, te lo advierto.

—¡Te estás pasando otra vez!

La tensión podía cortarse con un cuchillo.

Zen se adelantó hasta Ángel con rapidez. Este reculó, asustado, al comprobar que iba a por él.

Ángel casi se cayó de espaldas sobre el suelo. No obstante, el rubio lo agarró por la cintura, levantándolo como un saco de patatas, sobre su hombro derecho.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —gritó con la cabeza bocabajo, pataleando—. ¡Qué me sueltes, coño!

De pronto ya estaban en el cuarto de baño, y Zen lo depositó sobre la bañera, sin que a Ángel le diera tiempo de reaccionar cuando el agua helada cayó sobre él, proveniente de la alcachofa de ducha de la pared.

Soltó un buen grito y un puñado de improperios dirigidos hacia su verdugo.

—¡Tú estás loco, cabrón!

El moreno, calado hasta los huesos, consiguió apartar la mano de Zen del grifo y detuvo el agua.

A intentar levantarse casi se cayó de culo. Zenón no movió un dedo para ayudarlo.

—Que te jodan, cabronazo.

El moreno consiguió salir y coger una toalla con la que secarse el chorreante cabello oscuro.

—Reacciona de una puta vez, Ángel. Llevas más de dos semanas sin casi salir, jugando todo el santo día y comiendo de forma ridícula. ¡Mira lo delgado que te estás quedando!

—¡¡A ti qué te importa!! ¡¡Tengo todo el derecho del mundo a deprimirme porque mi hermana ha muerto y mi familia es una farsa!!

—¡Claro que me importa! Y a Ignasi, y a Eva. No los quieres ver. Solo saben de ti por mí.

—¡Me da igual! ¡¿Tú qué sabes de los que yo sien...?! —Ángel se detuvo al ver la expresión de pena que emanaba del rostro de su amigo.

—Sí que lo sé. Sabes que lo sé —fue la respuesta del rubio—. Me levanté yo solo. Tú nos tienes a nosotros. Así que ya vale —concluyó.

Ángel tembló de frío y Zen le pasó una toalla seca por los hombros.

—Contigo solo valen las terapias de choque. Perdóname...

El joven dejó caer su cuerpo sobre el pecho de Zen, agarrado al delantal que llevaba, apoyando la cabeza húmeda sobre el ancho hombro.

El rubio lo abrazó con fuerza contra sí, sin poder ni querer evitarlo.

—Lo siento, Zenón... Estoy siendo un egoísta. Lo pasas mal, necesitas descansar de mis paranoias, quedar con ese tío que te gusta...

—No es eso, Ángel... —Quiso poder expresar sus verdaderos anhelos en aquel íntimo instante, pero se vio incapaz. El chico le necesitaba más que nunca como amigo, no como estúpido enamorado de un imposible.

Ángel, por su parte, tenía desbocado el corazón por aquel íntimo contacto. Para su desgracia, Zen lo cortó, frotándole con fuerza la toalla sobre el cuerpo húmedo.

—Dúchate con agua calentita un rato largo, que yo voy a esperarte para comer. Te haré otra cosa si quieres.

—No hace falta, me comeré esas apestosas lentejas tuyas.

El rubio sonrió al fin.

Cuando se disponía a marcharse, Ángel se quitó la ropa en un suspiro, quedándose totalmente desnudo ante un Zenón estupefacto, incapaz de apartar la vista de aquel cuerpo que le parecía tan sexy.

Bizqueó intentando no mirar el pene semi erecto del chico, que había hecho aquello a propósito. También sus testículos velludos no escaparon a una miradita rápida.

—Me... me voy. Disfruta de la ducha... —Zen se tambaleó, semi drogado, hasta la cocina. Se sentó sobre una de las sillas altas, con las piernas bien

abiertas.

El pantalón le iba a reventar si no se bajaba la cremallera y recolocaba sus turgentes partes.

—¿Es consciente de que no soy de piedra? Pufff... —bufó, mientras se frotaba el hinchado pene, que acabó por sacarse de los calzoncillos para poder masajearlo, preso de un calentón importante. No pudo evitar imaginarse enjabonando a Ángel con las manos, y duchándose con él, para luego comérselo...

En la ducha, Ángel apoyó la frente sobre las frías baldosas de la pared, preguntándose por qué Zenón no lo veía como un hombre.

No tardó en salir y secarse. Se puso la misma ropa y cogió otra toalla para un cabello que ya comenzaba a tener demasiado largo, aunque no le disgustó la idea de dejárselo crecer.

Caminó a ciegas por el pasillo, mientras se friccionaba con fuerza el pelo.

—¿Ya está puesta la mesa? —preguntó.

A Zen le heló la sangre verlo allí, pues acababa de correrse y tenía las manos bien pringadas, así como el calzoncillo y el pantalón.

Se tapó con el delantal y escondió las manos a la espalda, rezando para que la barra americana tapara el desastre, con el corazón en un puño muy apretado.

—Sí... —respondió en un hilillo de voz.

Pero Ángel ni se percató de lo que había estado haciendo Zenón, ya que se quitó la toalla de la cabeza justo cuando volvió hacia el baño a dejarla en el cesto de la ropa sucia.

Zenón se apresuró a limpiarse lo mejor que pudo, con papel de cocina y el grifo de la pila.

Se sentó a la mesa, sin quitarse el delantal, y esperó a que Ángel volviera.

Durante la comida, ninguno fue capaz de abrir la boca.

Uno por vergüenza y el otro por frustración.

Tras dejar a Ángel en la facultad, bajo la supervisión de Eva para que no se escaqueara de la clase, Zen volvió a casa y dejó el coche en el parking después de comerse todo el traficazo.

Llegó tarde a la cita con Daniel, que lo esperó con paciencia en la cafetería de la vuelta de la esquina, aunque ya estaba avisado del retraso.

Zenón se sentó, un poco acalorado por las prisas, frente a Daniel, que sonrió de oreja a oreja al verlo.

—Tranquilo, que no pasa nada. Me he entretenido hablando con los amigos por el WhatsApp.

—Ya te has terminado el café, supongo.

—Ah, sí, perdona. ¡Espera! No pidas nada —exclamó al ver a Zen levantarse para ir a la barra—. Vives cerca, ¿verdad? ¿Por qué no me llevas a tu casa?

Zen dudó, ya que no era su casa, pero le debía algo a Daniel por la espera. Miró el reloj para calcular cuánto tardaría Ángel en volver, ya que le dijo que tras las clases se quedaría con Eva para pasar rato con ella.

—De acuerdo. Yo te pago el café. —Corrió hacia la barra para que a Daniel no le diera tiempo de replicar.

El dependiente, uno gay con algo de pluma, se quedó embobado mirando a Zenón tras el pago y Daniel se sintió celoso por primera vez en su vida, a excepción de la tirria enfermiza que Ángel le producía. Él mismo se quedó algo anonadado tras darse cuenta. Sus ligues le importaban más bien poco. Con echarles un polvo le era suficiente y luego puerta; cada uno en su casita y bien lejos.

Zenón se le estaba yendo de las manos.

Ya en casa, sentados en el sofá, Daniel se quitó los zapatos y puso las piernas sobre las de Zen, estirándose. Miró alrededor y sonrió.

—No parecéis dos tíos conviviendo. Esto está todo impoluto.

—Ángel deshace y yo recojo sus desastres. Soy un poco maniático.

—Yo también. Mi casa ha de estar perfecta. Es Henar la que lo deshace todo y yo recojo —contó, riéndose—. A Ángel le caigo mal, ¿a qué sí?

—Como el culo. Aunque le suele caer todo el mundo mal. Al principio también andaba mosca con Henar.

—¿Con mi prima? ¿Y la razón?

Zenón hizo un gesto con los hombros, de ignorancia. Daniel comenzó a

sospechar algo.

—¿En qué consiste tu trabajo? —Quiso saber el moreno.

—Controlo un poco lo que hace, los estudios... Le acompaño a casi todas partes. Técnicamente soy una especie de guardaespaldas profesor.

—¡Uf! Eso es muy sexy.

—¡No creo que a él se lo parezca! —Se echó a reír—. Al comienzo se lo tomó muy mal.

—¿Y cómo es que te ofrecieron este trabajo?

—Su padre y mi madre se conocían desde hacía mucho. Ella era jueza, y él es abogado privado.

—Entiendo. Pero tú resides en Madrid... ¿Volverás allí?

—No lo sé... Supongo que sí. Estoy a la espera de que el curso que viene me llamen otra vez de la bolsa de trabajo para ser profesor de instituto.

—¿Y qué es lo que impartes? —La curiosidad por Zenón fue en aumento.

—En teoría historia, pero lo que me ofrezcan me irá bien para ganar puntos. También ando a la espera de las oposiciones. Me las sé de memoria ya, de tanto esperar.

—Oye... ¿No eras abogado? ¿Cómo das clases de historia entonces?

—Es que también soy licenciado en historia. Ambas cosas. —Zen sonrió—. Y un máster.

—Me dejas alucinado. O sea, que tienes dos licenciaturas, un máster y, ya para rematar la faena, estás buenísimo. No entiendo qué haces soltero.

Zenón se mantuvo callado, incapaz de expresar las razones.

—Me cuesta conocer hombres. —Se puso muy rojo.

—Aquí tienes uno muy interesado en ti... —Daniel se acercó para rodearle el cuello con los brazos y darle un beso cerca de la cicatriz.

A Zenón le escoció un poco esta, aunque intentó que no le entrara ansiedad.

—Me haces cosquillas. —Giró la cara hacia él y sintió sus labios calientes sobre su boca, y su lengua se abrió paso por ella sin mucha dificultad.

—Necesito tener sexo contigo.

Zen se quedó rígido al escuchar aquello y el corazón le fue a cien.

Tras pensarlo unos segundos, aceptó.

—Vamos a mi habitación.

Daniel se levantó, empalmado, y cogió de la mano al grandote que temblaba como un flan.

—Haremos lo que tú quieras.

—Soy virgen —soltó de pronto Zenón—. Así que no sé si podré... acabar... o...

—Shhh, te repito que haremos lo que tú quieras.

Daniel, algo sorprendido por tal revelación, estiró de él hacia el pasillo, donde supuso estaría su cuarto. Zen lo guió después hasta él y cerró la puerta tras de sí.

Eva y Ángel pasearon por el Park Güell. Ella no vivía muy lejos, por lo que el chico quiso acompañarla para poder hablar con tranquilidad.

La tarde era buena, con sol y temperatura agradable.

Eva notó el nerviosismo de su amigo, que ya venía de atrás, cuando se encontraron en el campus. La clase se anuló por ausencia del profesor, por lo que ambos decidieron marcharse a un lugar más agradable.

—¿Nos sentamos a la sombra? —propuso Eva, algo cansada de caminar cuesta arriba.

—Deberías perder peso, con lo mona que eres.

La joven le echó una mirada asesina a Ángel, que sonrió a sabiendas de que aquella broma le sentaría como una patada. Como castigo recibió un cachete en la cara.

—¡Auch! Pero...

—Esa torta va por haber estado ausente y sin apenas contestar nuestros mensajes. Ignasi y yo estábamos preocupadísimos por ti. Y, por otro lado, estoy buenísima con mi sobrepeso, sana y tengo unas tetas que ya quisieran muchas.

—Lo segundo, ya lo sé. Lo primero, lo siento... Sigo bastante afectado por las circunstancias.

—Ya sabes que te entiendo.

—Sí, perdona. Tu padre...

—Fue hace muchos años. Nunca se olvida el dolor, pero se aprende a

soportarlo y a superar estas cosas con el tiempo. Te prometo que estarás mejor.

Sonrió a su amigo, que la abrazó para sorpresa de la joven.

—Me comentaste que querías hablar conmigo de algo. Y estoy segura de que no es lo de Gabriela.

—No, es de otra cosa. A ver... Creo que tengo la suficiente confianza contigo como para contarte algo que me está comiendo la cabeza.

—¿Y con Ignasi no? —preguntó, confusa.

—Sí... También. Lo que pasa es que prefería empezar contigo, para que me ayudes después con él.

—Ok, dispara. —Hizo el gesto con los dedos de la mano.

—¿Qué opinión te merece Zen?

Eva no se esperó que comenzara por ahí, aunque contestó.

—Un tío de diez, y no lo digo por el físico potentorro que tiene —comentó, mordiéndose los labios—. ¡Qué lástima para el mundo femenino!

—¿Para el mundo femenino? —Su amiga estaba loca.

—Porque es gay.

—¡¿Cómo lo sabes?! ¿Te lo ha dicho él? —Eva negó con la cabeza y una sonrisilla en los labios.

—Es mi radar gay.

—Eso es verdad.

—Mi radar gay, Ángel —repitió.

—Ya lo has dicho.

—Mi radar gay, Ángel —se reiteró, palabra por palabra y una mirada como dándole pie a que se sincerara con ella.

—¡No te entiendo!

—¡Coño, hijo! ¿No es de eso de lo que me querías hablar?

Ángel se quedó pasmado al entender la indirecta, y se puso como la grana. Tardó un minuto en atreverse a decir lo que quería.

—Me gusta una barbaridad... —confesó en un hilo de voz. Luego carraspeó.

—Lo sé... Se te nota.

—¿Mucho? —Ángel quedó preocupado.

—Sí...

—Entonces... Ignasi...

—También sabe que eres gay —susurró—. Y le da igual. Solo quiere que seas feliz.

Ángel se sintió aliviado. Su compi de Play seguiría siéndolo.

—¿Zen y tú estáis juntos? —preguntó Eva de pronto, cuando se le encendió la bombilla. Lo preguntó con mucha ilusión.

La cara de Ángel se lo dijo todo. Este miró al suelo, donde las palomas picoteaban en busca de alimento.

—Cuando me enteré de que él era gay, me dijo que no me preocupase, que no me veía como un hombre.

—Ouch. Eso duele...

—Además, ha empezado a salir con el tipo ese que es primo de Henar, la chica morena de ojos azules.

—Sí, sé quién es ella. No sabía que Zen saliera con un tío... Vaya, lo siento.

—¿Qué cojones hago? Me gusta tanto que creo que me estoy enamorando muy fuerte...

La cabeza de Eva se puso a maquinarse alguna maldad.

—Róbale el novio al tío ese que dices —dijo sin más, con la cara más seria que Ángel le había visto en su vida.

—No hago esas cosas.

—Oh, sí que las haces. Desde hoy. Vas y le haces ver a ese tontaina de Zenón que sí eres un hombre que vale la pena.

—Espera a que me lo crea yo primero.

—¡Eres tonto! Haz lo que quieras. —Eva se levantó y limpió su falda en la zona del trasero.

Espantó a las palomas al echarse a andar. Ángel la siguió, confuso.

—¡Eva! ¿Y de qué forma?

—Lucha por él si crees que es el adecuado para ti. Y punto. Pórtate mal y róbase el novio al tipo —reiteró—. Demuéstrale lo mucho que te importa que

esté contigo. Que no quieres que se vaya. ¡Con hechos! Porque las palabras se las lleva el viento.

Ángel echó el aire que tenía retenido en los pulmones y asintió.

—Venga, cagando leches —lo espoleó—. ¡Ahora!

—¡Sí! Ya me voy para casa, así que coge el metro y vete a la tuya.

Cuando salieron del parque, vieron un accidente. Un coche había atropellado a una chica, aunque ya estaba atendida por los servicios sanitarios de urgencia.

—Mira, nunca se sabe lo que nos puede pasar... —susurró Eva, apenada—. No pierdas el tiempo siendo infeliz, porque es precioso y escaso.

—Tienes razón —dijo el chico, viendo cómo la ambulancia se llevaba a la muchacha.

Eva lo besó a traición, aunque su amigo se dejó. Y lo estrechó contra ella, algo afectada por lo que habían visto.

—No me gustaría que te pasara nada malo. Así que vive la vida, porque tan solo tenemos una.

—Sí...

—Nos vemos... —se despidió ella. Ángel le dio un buen beso en la frente antes de que se separaran. Luego se encaminó hacia la boca del metro más cercano.

Miró la hora nada más llegar al portal de casa. Con toda probabilidad Zenón no estaría, pero al menos podría meditar con tranquilidad cómo hacer las cosas.

Una señora bastante elegante y guapa estaba apoyada al lado del portal. Se fijó en ella porque lo estaba mirando con una expresión extraña, como de vergüenza.

Metió las llaves en la puerta y, cuando iba a adentrarse en el zaguán, la mujer le habló, sin atreverse a tocarlo.

—¿Eres Ángel Bosch? —su voz fue trémula.

—Sí... —asintió con extrañeza.

—Verás, conozco a tu madre...

—¿Ha pasado algo? —Miró el móvil, pero no había ninguna llamada ni mensaje de su padre.

—Me refiero a que conozco a tu madre biológica...

Ángel se quedó tan estupefacto que no supo qué decir, y se quedó plantado en el portal a medio entrar.

Capítulo 18

Daniel bajó por el vientre desnudo y turgente de Zenón, llegando a su vello. Este jadeó por los masajes que el moreno le dio en los testículos. Sintió la lengua de Daniel recorrer su miembro inhiesto, con mucha pericia. Aquel tío experimentado sabía lo que se hacía.

Zen comenzó a ponerse nervioso.

—Espera... para, por favor... —Miró al techo, con el corazón desbocado por aquella nueva experiencia.

—¿Te he hecho daño? —Se preocupó Daniel.

—No... Es que necesito parar un momento. No estoy preparado para esto.

El hombre se levantó, anonadado.

—¿Qué te pasa? —preguntó, muy intrigado.

—Es la primera experiencia que tengo, en serio.

Se tapó la cara con las manos, de pura vergüenza.

—Aunque no lo creas, contigo he llegado más lejos que con cualquier tío. En cuanto intentaban algo, salía corriendo.

Daniel se mosqueó, ya que estaba muy cachondo. No estaba acostumbrado a algo así, aunque poco podía hacer. No le iba a violar, como era lógico.

—¿Confías en mí? —le preguntó.

—Sí...

—Relájate y déjate llevar.

Zenón asintió, intentando de nuevo dejarse hacer una felación.

No supo si podría correrse, pues ya se había masturbado en la cocina antes de comer. Ese pensamiento le llevó a Ángel, desnudo, de nuevo. Entre la imagen grabada a fuego de su cuerpo esbelto, con su bello suave en las piernas, su casi lampiño pecho y ese sexo semi erecto que se hubiera comido entero, la erección le creció del todo.

Daniel se quedó satisfecho creyendo que era gracias a su felación. Sin embargo, Zenón solo podía imaginar que era Ángel quien se la hacía y así todo

fue rodado y se corrió casi sin pensar.

—Me corro —atinó a decir antes de gemir de forma gutural.

Daniel se apartó a tiempo y observó, satisfecho, el semen salir, aunque no tanta cantidad como creyó.

—Uf... —Zen se apartó el pelo de la cara, del puro sofoco. Daniel se tumbó sobre él, con cuidado de no aplastar su miembro aún hinchado y sensible.

—¿Ha sido tan malo?

—No, qué va... —tuvo que admitir Zen. Aunque el sentimiento de culpa comenzó a crecer en su interior y sintió que le debía algo a Daniel.

Lo empujó sobre la cama y lo besó con fuerza, deslizando la mano hacia su pene preparado para el combate. Comenzó a masajearlo con lentitud.

—A esto puedo llegar hoy... —le dijo.

—Me vale...

Daniel sonrió y cerró los ojos, dejándose llevar, ante la mirada de un Zenón lleno de remordimientos.

Ángel indicó a la mujer, supuesta amiga de su verdadera madre, que le acompañase a una cafetería cercana. Justo en la que Daniel y Zen había quedado rato antes.

Se sentaron al fondo, uno frente al otro.

La señora le pareció a Ángel muy guapa, morena y de ojos verdes. No tendría muchos más de cuarenta y cinco años. Era elegante vistiendo, y se la notaba muy nerviosa.

La camarera les tomó nota y los dejó solos.

—Me llamo Laura. Soy amiga íntima de tu madre. Ella no se atreve a venir a verte así, de sopetón. Y me ha pedido que...

—Allanarle el camino —la cortó, de forma algo hosca. Adoptó su postura de brazos cruzados.

La camarera les dejó lo que habían pedido con cara de circunstancia, pues se podía cortar la tensión con un cuchillo.

—Para ella no fue sencillo tener que renunciar a ti —se disculpó. Luego removiéndose, muy nerviosa, la tila—. Era muy jovencita, sin recursos... que no

tenía donde caerse muerta.

—Las excusas no me valen. Quien quiere a su hijo, lo cría como sea. De todo se sale.

Ángel siguió con su actitud acusatoria.

—Eso no fue así. Tu padre la obligó a dejarte con él o...

—¿Y cuánto dinero recibió a cambio? Porque si no tenía donde caerse muerta, bien que le vendría la pasta. Espero que al menos fuera una buena cantidad.

—¡Eso no fue así! No quiso ningún dinero, no lo aceptó...

—Pues qué gilipollas —le cortó—. Ya que se folla a un empresario que la deja preñada, y no quiere a su hijo, pues al menos sacarse un buen pastizal.

La mujer miró a Ángel y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Sacó de su bolso, nerviosa por aquellas palabras, unos pañuelos. Las manos le temblaron, sus mejillas se pusieron rojas de vergüenza y se limpió lo mejor que pudo el rimel sin atreverse a levantar la mirada.

—Señora... —Ángel se sorprendió ante una reacción tan desmesurada, y entonces sintió que se había excedido en sus comentarios. Fue cuando se percató de que a cualquier mujer no le afectaría algo así y lo comprendió todo —. ¿Eres tú mi madre...?

Ella se limpió las lágrimas, ante la atenta mirada de los presentes. La camarera se acercó para saber si estaba bien.

—Sí... Voy al baño... —Se fue sin responder a Ángel, que estuvo tentado de dejar pagada la cuenta e irse. De nada hubiera servido, ya que la tal Laura, si es que era su madre real, ya sabía de él. Pero, ¿cómo?

Mientras le dio vueltas al coco, Laura volvió a la mesa, algo más tranquila.

—Lo siento... —Se apartó el cabello de la cara, en un gesto muy femenino.

—¿Me vas a responder? —inquirió su interlocutor.

—Sí, soy tu madre. —Ella le miró a los ojos, que eran del mismo color que los suyos.

—No sé si irme o qué...

—Deja que te lo explique al menos. Luego decide si quieres conocerme o no...

—Me parece bien —concluyó, pero sin dejar de tener los brazos cruzados.

—Trabajé para tu padre como cocinera de la familia. Yo tenía veintiún años, era mi primer trabajo, que conseguí gracias a unos contactos de mi prima. El caso es que a tu padre le gusté hasta tal punto de decir que iba a dejar a su mujer por mí. Yo no me lo creí, por supuesto, porque son una pareja con mucho patrimonio y divorciarse hubiera sido un desastre para su carrera en la abogacía, pues ya sabes que tu abuelo por parte de ella era juez.

—Sí, le recuerdo vagamente, pero sé que fue un juez con mucho poder aquí.

—Y a nivel nacional... El caso es que acabé cediendo ante las constantes presiones de tu padre...

—¿Te forzó? —Ángel ya se esperaba cualquier cosa.

—Por aquel entonces cualquiera hubiera afirmado que me acosté con él por voluntad propia. No voy a negar que era guapo y me atraía... No obstante, ahora se consideraría acoso sexual. Como yo no deseaba perder mi trabajo, porque quería ayudar a mis padres en paro...

—¿Mis abuelos? —Ella afirmó en silencio.

—Ya no están, lo siento. Yo era la pequeña y me tuvieron muy mayores...

Ángel se sintió fatal y empezó a aflojar el cruce de brazos.

—Me vi más bien obligada a tener sexo con él en varias ocasiones y sin protección. No solo me dejó embarazada, también me pegó algo que ya no recuerdo y que, por suerte, no afectó al embarazo.

—Menudo hijo de... —El chico se mordió la lengua.

—Para evitar un escándalo, su mujer pidió que abortara. —Ángel hizo un gesto con la cabeza, medio sonriendo—. Yo no quise. Estoy a favor de que cada mujer elija, pero yo no quise —se reiteró.

—Gracias... —susurró el joven.

—Yo te quería, te quería mucho. Tu abuelo —continuó con el relato—, consideró que tu madre adoptiva se hiciera pasar por embarazada y la mandó a otro sitio durante el tiempo de gestación, con la excusa de que era un embarazo de alto riesgo.

Ángel comprendió mejor a la que había sido su madre hasta entonces. Aunque no le pareció justificable su actitud hacia él siendo tan solo un niño pequeño.

—Y cuando me pariste, ellos hicieron el paripé.

—Sí, estuvimos en la misma clínica. Tu padre me dio a firmar un documento legal donde renunciaba a ti. Si intentaba incumplir lo pactado, iría a por mí judicialmente y hundiría a mis padres. Intentó darme cinco millones de pesetas en un sobre, y los rechacé. Yo no soy una hipócrita.

—¿Por qué firmaste aquello?

—Por tu bien... Para que no tuvieras problemas económicos. Y estuvieras con una hermanita.

—Tuve carencias afectivas, excepto por Gabriela...

—Lo siento, en aquellos instantes no pensé que eso fuera a suceder. Y lamento mucho lo de tu hermana... Te doy el pésame.

—Gracias...

—Tu padre solo me permitió verte en una ocasión: cuando estuviste en coma tras la caída por las escaleras. Me llamó y casi me muero al enterarme. Estuve cada día contigo hasta que una mañana, Gabriel me dijo que te habías despertado y que me marchara o me echaría a la justicia encima.

Los brazos de Ángel estaban laxos sobre su regazo tras escuchar a Laura hablar así.

—¿Y cuando fui mayor de edad por qué no me buscaste?

—Él me dijo que ya sabías de mí y no querías verme. Aun así le dije que tenías todo el derecho a conocerme. Y fue cuando nos amenazó, a mi marido y a mí, con mover hilos para que los Servicios Sociales nos quitaran a nuestra hija pequeña.

Ángel abrió la boca, pasmado.

—¿Tengo una hermana?

—Sí, mira... —Laura rebuscó en su bolso hasta dar con una cartera alargada. Sacó una foto donde salía con su marido y la niña.

Ángel se inclinó y no pudo evitar sonreír al ver a la chiquilla, delgada y pizpireta, justo en medio de su padres.

—Se llama Sofía, y tiene trece años. Cuando tu padre nos amenazó de aquella forma, no pude arriesgarme a perder a otra parte de mí... Decidí esperar a que fuera mayor para que tu padre no pudiera molestarnos. Mi marido estuvo de acuerdo, como es lógico.

—¿Y el cabronazo de mi padre no podría joderos ahora también? ¿Por qué correr el riesgo?

—Porque ahora sé que me mentía todo el tiempo. Que sabes de mí desde hace nada y menos...

Ella lo miró con cara de pena y anhelo por tocarlo.

El chico dejó una mano sobre la mesa, cerca de la cartera con la foto. Notó enseguida que Laura deseaba un primer contacto físico tras tantísimos años. Pese a eso esperó un poco, pues aún tenía muchas preguntas sin responder.

—¿Y Sofía sabe de mí?

—Desde siempre. Lo que más quiere del mundo es conocerte. Y con esto no pretendo hacerte chantaje emocional —se disculpó.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Ese amigo tuyo, Zenón. Qué nombre tan curioso. —Rio al decirlo—. Él vino a verme. Por lo visto averiguó mi nombre y un amigo suyo con contactos policiales le consiguió mi dirección. Apareció en la puerta de casa, imponente. ¡La verdad es que es guapo a rabiar! Suena un poco siniestro que te investiguen, pero deduje que era buena persona por lo que me estaba contando sobre ti. Te aprecia muchísimo.

Ángel intentó digerir tanta información de golpe. Iba a matar a ese hombre, con lentitud, por meterse donde no le llamaban. Pero, a la vez, le halagó que hiciera eso por él.

—Me contó lo de Gabriela, que ella te escribió la verdad en una carta. Y que no sabías nada de mí.

—¿Y decidiste arriesgarte?

—Mi familia me animó a ello, porque estaba cagadita... Bueno, lo sigo estando.

Ángel asió su mano y se produjo el ansiado contacto para ambos.

Laura se echó a llorar en silencio.

—¿Me aceptas? —preguntó la emocionada mujer.

—Sí... Pero tienes que saber algo sobre mí.

Ella no pareció comprender.

—Soy gay —dijo sin más, poniéndola a prueba.

Laura al principio parpadeó y se limpió con un pañuelo las lágrimas vertidas.

—Ahora entiendo lo de Zenón... Es tu pareja. —Dio por hecho.

Su hijo se quedó algo perplejo ante aquello. No solo por una reacción tan normal, sino también por la conclusión de Laura.

Recordó las palabras de Eva, tragó saliva y dijo algo que no tenía vuelta atrás:

—Sí, es mi novio. Y no aceptaré que se le rechace...

—Ah, pero si me parece que hacéis una pareja perfecta. Es muy guapo y afable. Se nota que te quiere una barbaridad.

—¿Te parece bien?

—¡Estupendo! Si eres feliz, yo lo soy.

Sus manos se apretaron con fuerza, forjando un nuevo vínculo.

Zen bebió un largo trago de la botella de agua, sentado en calzoncillos sobre su cama. Se había duchado y no llevaba el ojo sintético, por lo que portaba un parche al estilo pirata.

Se sintió fatal por Daniel y estar pensando en Ángel mientras se corría. No sabía ya qué hacer al respecto, si seguir con aquella extraña relación que no podía ir a ninguna parte o cortarla.

Estaba inmerso en sus pensamientos cuando apareció Ángel por la puerta, de brazos cruzados y con cara de pocos amigos.

Se quedó helado al verlo allí.

—¿Y la clase? No llegabas hasta las...

—¡La clase se aplazó! Pregúntale a Eva si no me crees. Y, de todos modos, ya se habría acabado hace rato.

Ángel lo miró con extrañeza, frunciendo la nariz como solía hacer.

—¿Qué coño llevas puesto en la cara?

—No llevo el ojo.

El chico se sentó a la vera de la cama y miró de manera directa al paquete de Zen, sonriendo. Su masculinidad le ponía muy cachondo.

—He conocido a Laura, mi madre. ¿Te suena?

Zenón se puso blanco, pues había quedado con ella en que antes de nada hablaría con Ángel para prepararlo. Estaba claro que el ansia materna le pudo más.

—Por esa cara que pones, parece que no te lo esperabas.

—No tenía que ser así la cosa, no.

Ángel se sentó a su vera en el colchón, muy pegado a él, casi encima y disfrutando del momento.

—¿Quién te dio permiso para contactar con ella? Porque yo no lo hice... Y no era asunto tuyo.

A pesar del tono de sus palabras, los ojos verdes del chico lo miraron con una intensidad que puso la piel de gallina al hombre.

El moreno se fue acercando a su rostro y sonrió de lado. A Zen el corazón le latió de forma que pareció una taquicardia.

El dedo del chico le acarició el parche.

—Ni se te ocurra... No es agradable de ver.

—¿Por qué contactaste con ella? —demandó en un susurro sensual.

—Te merecías saber la verdad.

—¿Y si no me hubiera gustado? —contraatacó, acercándose más.

—No te lo habría contado. Porque no soporto verte sufrir.

El cuerpo de Ángel estaba sobre el de Zen, que tuvo que recular hasta casi tumbarse.

—Ahora mismo no sé si matarte por lo que has hecho sin mi consentimiento, o follarte... —musitó, mirándole los labios al rubio, y deslizándolo el dedo por su cicatriz y el parche.

El corazón de Zen casi explotó y sonrió, nervioso.

—Casi prefiero lo segundo a lo primero... —bromeó.

Antes de que Ángel le pudiera plantar un beso profundo y anhelante, Daniel lo agarró por el pelo con fuerza para echarlo hacia atrás.

—¡Quítate de encima, niño mierda! —chilló el hombre, con todas sus fuerzas.

A Zen casi le da un síncope, pues de puro nerviosismo había olvidado que Daniel estaba en el baño.

Ángel se levantó, encarándose y con la manos sobre el sufrido cuero cabelludo.

—¡¿Qué coño haces en mi casa?! —gritó, furibundo.

—¡Lo que me sale de los cojones!

—Zenón, te dije con claridad que no quería que trajeras tías a casa —le dijo al girarse hacia él.

—¿Y qué haces tú encima de Zen, perra en celo?! —contraatacó.

Zenón se levantó e interpuso entre ambos, sujetando a Daniel para dirigirlo fuera de la habitación, con Ángel pisándoles los talones, fuera de sí y lleno de celos.

—Vale, Daniel. No es lo que parece. Ángel solo hace tonterías de crío...

—Sí, muy tonto es el niño ese, pero bien que te estaba metiendo mano y te dejabas encantado.

—De verdad, no es lo que parece. Solo hace cosas inmaduras incluso para su edad. —Intentó serenarlo ya en la puerta de casa.

Ángel se quedó escondido en la esquina del pasillo, bastante hecho polvo por las palabras de Zen.

Intentó escuchar los susurros sin mucho éxito.

—Ángel no es gay —continuó exculpándole Zen.

—Ya, pero, ¿y si yo no hubiera estado presente? ¿Qué habrías hecho? Porque sé lo que sientes por él.

—Nada... —susurró, rezando para que Ángel no los escuchara—. Estoy contigo, ¿vale? —Lo asió por el cuello para poder platearle un beso. Daniel no se pudo resistir, porque aquel hombre le gustaba más que cualquier otro.

Se apartó con el ceño fruncido.

—Que sepas que me voy muy enfadado.

Se soltó de su contacto para dirigirse hacia el ascensor.

—Lo siento...

—Ya hablaremos, ahora necesito pensar —dijo el moreno antes de meterse en el elevador y darle al botón de planta baja.

Mientras bajaba, Daniel se percató de los celos y el miedo a perder a alguien como a Zen, lo cual chocó con su premisa de nunca enamorarse y mucho menos estar en pareja. Sí, necesitaba pensar.

El hombretón cerró la puerta y se quitó el parche. Apoyó la frente sobre la cálida madera.

—Siento la broma que te he hecho, no pensé que desembocara en semejante problema para ti.

—No pasa nada. La culpa es mía por dejarle subir a tu casa. Al fin y al cabo no es la mía. Y también lamento mucho el haberme metido donde no me llamaban, con lo de Laura...

—Me alegro de que lo hicieras. He descubierto la verdad y que tengo otra hermana, así que he ganado algo muy bueno y que me hacía mucha falta...

—Entonces, yo también me alegro.

Ángel se fue a su cuarto, en silencio. Se apoyó en la puerta y fue dejándose caer hasta que sus nalgas dieron con el suelo. Las lágrimas brotaron de sus ojos verdes, por la frustración y el ridículo, por semejante embrollo.

No se vio capaz de intentar nada con un hombre, hecho y derecho, que lo consideraba un crío y no le veía más allá que como un amigo muy importante. Ni si quiera aquello último lo pudo consolar, porque le amaba. Porque estaba enamorado.

Para colmo, le tendría que contar en algún momento la pantomima de que eran pareja ante su madre. Y si Zen se negaba, lo iba a pasar muy mal.

Zenón se quedó en la puerta, llorando también. Si Daniel no hubiera estado allí, Ángel le habría hecho perder los papeles. Le quería ya tanto que era imposible la vuelta atrás. Seguir con Daniel también era un absurdo.

No supo qué hacer. Solo volverse a su cuarto, meterse en la cama y seguir sollozando en silencio.

Dos almas sufrieron mucho aquella noche. Tan cerca y a la par tan lejanas, por el simple hecho de los propios miedos. Por esconderse la una de la otra y de los sentimientos verdaderos.

Capítulo 19

Los días posteriores a aquel suceso, Ángel se comportó de forma mansa. Dejó de jugar tanto a la Play, y le dio por dibujar con su tableta gráfica. Laura le había enviado una foto de Sofía, y quería hacerle un retrato digital.

Zenón lo observó, concentrado en la pantalla de su ordenador, dibujando.

—Eres muy bueno —comentó.

Ángel le miró un momento y sonrió un poco.

—No tanto. Soy autodidacta. Todo lo que sé lo he estudiado y aplicado por mi cuenta, o con cursos de Internet.

—Seguro que le va a encantar. ¿Estás nervioso? —indagó.

—Sí, bastante.

Ángel dejó el lápiz para dibujar digitalmente sobre la tableta. Guardó el trabajo y se levantó, estirándose para aliviarse la espalda por las horas dedicadas a la ilustración.

Zen le intentó hacer un masaje, pero el joven se apartó con cierta prudencia. Desde lo sucedido con Daniel, Ángel evitó a su compañero todo lo posible. Tan solo habló con él del tema de Laura y su familia y cómo dio con ella.

El hombretón no quiso importunarlo, así que se apartó.

—Ya está la comida... Por si te apetece venir hoy...

—Ya comeré aquí, *merci*.

Zen se fue, abatido.

Se sentó a la mesa de nuevo a solas, sin mucho apetito. Ángel apareció para coger su plato y un vaso de agua, tras lo cual desapareció en su cuarto otra vez, como cada día.

La situación se estaba haciendo insoportable para ambos. Se echaban de menos. Las pullas, las risas, ir a sitios juntos, quedar con Eva e Ignasi los cuatro, ver Netflix por las noches y un largo etcétera.

Llevaban muy poco conviviendo, aun así se sentían muy unidos.

A Zen le dio por llorar sobre la sopa, y bajó tanto la cabeza que el cabello rubio se le metió en el plato.

—¡Zen! —exclamó Ángel al verlo tras volver para dejar el plato.

El hombre levanto la cabeza, asustado, y se le quedó el cabello pegado a la cara con fideos incluidos.

Ángel fue incapaz de no echarse a reír a carcajadas.

Corrió a por el paño de cocina para limpiarlo, porque el hombre no pareció reaccionar. Fue entonces cuando Ángel se percató de que Zenón estaba llorando.

—¡Ey! ¿Qué te pasa?

—Estoy harto de esta situación tan incómoda.

Se limpió él mismo el pelo y la cara con el paño.

—Yo también, pero es que me siento mal.

—Y yo...

—Esta noche vamos a cenar a casa de tu madre y no podemos ni estar en la misma habitación comiendo. Y no sé fingir.

Ángel se sintió fatal, porque había sido él quien más se avergonzaba de su comportamiento, que sufría por mantenerse alejado sin pensar en los sentimientos de su mejor amigo.

—Tan grande que eres, y tan sensiblote... —Posó la mano sobre su hombro.

—¿Me lo dices tú que eres don berrinches? —Zen le miró con una sonrisa en la boca.

Se puso en pie, todavía quitándose algunos fideos de la cara.

—Voy a ducharme...

El joven le miró irse con la cabeza gacha y un aura depresiva. Ambos lo estaban pasando mal.

Cogió el móvil y pensó en llamar a Laura para contarle la verdad sobre la relación sentimental que se cría que Zen y él mantenían. Sin embargo, no fue capaz.

Necesitaba saber lo que se sentía siendo el novio de Zenón, aunque solo fuera un par de horas. Luego le contaría la verdad a su madre.

Zen era un buenazo y seguro que comprendería las razones que le llevaron

a poner a prueba a Laura y su familia.

Llegó la noche y Ángel condujo hasta Canet de Mar, donde residía su madre y donde también regentaba un restaurante en época turística junto con su marido, al lado de la playa.

Zenón siguió bastante callado, pendiente del móvil casi todo el camino. Hubiera querido sincerarse y pedirle el favor de que se hiciera pasar por su pareja, pero se sintió incapacitado.

—¿Hablas con tu novio? —preguntó el conductor.

—No es mi novio, solo nos estamos conociendo.

—Ah, perdona... Espero que ya se le haya pasado el enfado.

—Sí, no te preocupes. En realidad hablaba con Henar para que me dé un poco de terapia —decidió contarle mientras Ángel buscaba aparcamiento. Según el Maps del navegador, ya estaban muy cerca del destino.

—¿Terapia? Pero ella aún no está licenciada y... que yo sepa, no puede dar terapia a familia o amigos.

—Solo necesito hablar —murmuró Zen.

Ángel ya no dijo nada y aparcó.

¿Por qué no hablaba con él? ¿Por qué con otra persona? Se sintió excluido. Caminaron no demasiado hasta llegar a un adosado de dos plantas.

—Es aquí.

—¿Estás nervioso?

—¿Tú qué crees? Voy a conocer a mi hermana pequeña y al marido de mi madre. Me cago vivo. ¿Pensarán bien de mí?

—Claro que sí, eres un buen chico.

Cuando Zen estiró el brazo para llamar, Ángel casi se le colgó encima.

—¡Espera!

—¿Qué pasa?

—Tengo que contarte una cosa. —Titubeó al principio—. Para probar a mi madre, le dije que era gay y entonces no sé cómo... se lió la cosa y cree que somos pareja...

El rubio se quedó perplejo, sin saber cómo reaccionar. Antes de que

podiera decir nada, Ángel tocó al timbre con urgencia.

—Por favor... —susurró, cogiéndole de la mano y apretándola con intensidad.

La puerta se abrió y Laura los recibió con los brazos abiertos.

—¡Pasad!

Prácticamente los empujó dentro. Allí estaban José y Sofía, marido e hija. Él con su camiseta de Star Wars y ella monísima, igualita que su madre.

—¡Os presento! Estos son Ángel y Zenón, y estos son José y Sofía. ¡Una nueva familia unida!

Zen enseguida se soltó de Ángel, incómodo por el contacto, más que nada por el embrollo en el que lo acababa de meter. Pese a ello, se comportó con la buena educación que se esperaba de él.

—Encantado —dijo cuando le dio la mano a José. Luego besó la pequeña mano de Sofía, que enrojeció—. Señorita Sofía, es un placer.

Laura empujó a Ángel con suavidad hacia la chiquilla y su esposo, que lo abrazaron enseguida, algo a lo que el pobre chico no estaba acostumbrado.

Una desconocida sensación de calidez y felicidad lo inundó, emocionándolo.

—¡Tenía tantas ganas de conocer a mi hermanito mayor! Hace años y todo.

El joven quedó sorprendido de que Sofía fuera tan cariñosa desde el principio.

—Y yo de conocerte a ti, preciosa. Qué guapa eres —la halagó, asiendo su carita—. Vaya ojazos.

—¡Como los tuyos y los de mamá!

—Es verdad —interrumpió José—. Mismos ojos verdes intensos, mismos gestos. Os parecéis mucho los tres.

—¿Por lo guapos que somos? —preguntó su mujer.

—Más bien por la mala leche que intuyo que tiene Ángel, igualita que la vuestra.

Laura le pegó en el culo con una patada lateral.

—¡Idiota!

—Sí, igualitos —afirmó Zenón, riéndose.

Ángel hubiera replicado de no ser por lo contento que le puso verlo sonreír.

La jovencísima Sofía se acercó a Zenón, mirando desde bastante más abajo.

—¿Eres el novio de mi hermanito? Qué suerte tiene, pareces un modelo o un actor. Tu pelo rubio me encanta y también la cicatriz y el ojo ese tan chulo... ¿Te duele? —preguntó de pronto, preocupada.

—No, guapa, no me duele en absoluto. Y sí, soy su novio.

Ángel respiró tranquilo con aquella respuesta. Se temió que lo negara.

—Tú también tienes suerte, ¿eh? ¡Mira qué hermano tengo! ¡Es un bombón! Y no lo digo porque sea de mi familia.

Zen se limitó a sonreír. En el fondo, Ángel supo que su amigo estaba incómodo con semejante pantomima.

—Desde luego que tengo suerte. Toda la que podía desear.

Zenón asió a Ángel por los hombros y le dio un cálido beso en la rasurada mejilla. Este creyó que las piernas se le iban a volver de gelatina.

Pero el contacto fue breve y el rubio se apartó para ir a sentarse a la mesa, donde José ya los esperaba para dar cuenta de las excelentes viandas preparadas por Laura, chef profesional.

—¡Venga, a la mesa! —Laura palmeó para llamarlos. Al ver a su hijo algo retraído, se acercó a él con preocupación—. ¿Qué te sucede?

—Nunca había cenado en familia con un ambiente tan natural y acogedor. Estoy un poco abrumado —reconoció mesándose el cabello.

Ella lo abrazó con fuerza, con toda la que nunca pudo antes. Ángel le devolvió el abrazo con igual ímpetu.

—Soy tan feliz, Ángel...

—Y yo, mamá... —susurró. Nunca antes la había llamado «mamá», aunque sí estaba en sus pensamientos.

—¡A la mesa! —exigió un marido muerto de hambre y con sonoros rugidos estomacales—. Porque si no os juro que me lo como todo yo solo.

Sofía se rio a todo volumen y Zen se acomodó en su asiento asignado. Ángel se sentó a su lado, como no podía ser de otra manera, y Laura presidió la mesa por el otro lado, frente a José.

Durante la cena todo fueron bromas y meterse con Ángel, que se defendió con uñas y dientes. Acabaron con los postres, llenos a reventar.

—Esto está buenísimo, Laura —la halagó Zenón—. Se nota la profesionalidad.

—¡Ah! Deformación profesional. —Se echó a reír—. Aunque le he puesto mucho más amor. Espero que se haya notado ese sentimiento en particular.

—La mejor cena del mundo, mamá —comentó Ángel, aún con la boca llena por la mousse de chocolate y naranja casera—. Esto está de muerte.

—Siento interrumpir, pero... ¿el baño está...? —inquirió Zenón.

—Ah, arriba hay uno, nada más subir la escaleras a la derecha.

El hombre se levantó.

—Ángel, tienes la camiseta manchada de chocolate. Ven conmigo y te aseas.

—Ah, ¿dónde?

Zen lo agarró de la prenda y estiró del joven.

Subieron en silencio y se encerraron en el baño.

—¿Dónde me he manchado? La camiseta es negra, pero vamos...

—¿Tú en qué estabas pensando? ¿Por qué me metes en estos fregados? ¿Para qué le mientes a la única madre que tienes? —lo acusó.

Ángel no supo ni qué decir.

—¿En serio creíste que te rechazaría por ser un supuesto gay y tener pareja? ¿No eres consciente de que esa mujer lleva sin ti veintitrés años? ¡Te adora! Y lo primero que haces es comportarte como un embustero.

—Lo siento, de verdad. Se me fue de las manos. He intentado llamarla, contarle la verdad. El miedo a que me rechace es real —explicó con nerviosismo.

—Mira, puedo entender que estuvieras cagado y la quisieras probar. Lo de que seas gay da lo mismo, porque es una mentira fácil de arreglar. El problema aquí es que me has metido en un lío que te cagas. No sé ni cómo comportarme delante de ellos. Siento vergüenza si te toco, o tengo que parecer tu novio.

—Vaya, no sabía que te diera tanta grima...

Zen cerró la boca y apretó los labios en una mueca. Luego soltó el aire

contenido en los pulmones largo rato.

—A lo mejor lo que me pasa es que...

—Qué... ¿qué te pasa? —preguntó Zen, sin entender que Ángel intentaba declararse.

La voz chillona de Sofía los llamó desde el otro lado de la puerta, y les pegó un susto de muerte.

—¡Vamos a descorchar el champán!

—¡Ya bajamos! —contestó Zen. Luego miró a Ángel—. Por hoy fingiremos. Pero ya está. Mañana les dirás la verdad.

Ángel asintió en silencio.

Tras beber un poco y brindar, Sofía con medio vasito, Laura y José retiraron la mesa. Zen intentó ayudar y fue expulsado al jardín trasero, donde Sofía le enseñaba fotos a su hermano, desde su móvil.

—Y esta es mi amiga Vanessa... —le contó.

—¿Qué hacéis?—Sintió curiosidad el hombretón.

—¡Ah! Le enseñaba fotos. ¡Es que me encanta hacer! Quiero ser fotógrafa profesional. ¿Os puedo hacer una juntos?

—Claro —aseguró Zen.

—Sentaos en la hamaca, hay sitio para los dos.

Ángel y Zenón siguieron sus órdenes. Este último pasó el brazo por encima del moreno, para atraerlo hacia él.

—No estés tan tenso —dijo Zen, acercando con sensualidad sus labios a la oreja del chico. Este cerró los ojos al sentir el escalofrío.

—¡Pero besaos! No os dé corte.

—Sofía, no creo que sea adecuado —se excusó su hermano.

Zen observó su azoramiento y decidió vengarse y a la vez hacer su sueño realidad.

—Yo no tengo ningún problema en que nos besemos delante de ella. Hay que normalizar la situación. Tenemos derecho a expresar nuestros sentimientos, y más estando en familia.

El corazón de Ángel comenzó a latir con tanta fuerza que sintió que se le

iba a salir por la boca. No fue capaz de decir nada.

Ante la mirada, a través del móvil, de la joven Sofía, Zen observó con intensidad al chico que estaba entre sus brazos y que no podía dejar de mirarlo a su vez.

El hombre acarició el cabello liso de Ángel un rato, que se dejó sin oponer resistencia. Aquellos turgentes labios tocar los suyos, y el roce de su vello facial, lo hicieron estremecerse. Primero un beso corto y suave, luego otro, y otro hasta que sintió su lengua húmeda adentrarse.

Zen se sorprendió de que le devolviera los besos, los cuales estaba disfrutando. Si no hubiera sido porque había una jovencita delante, aquellos besos habrían sido voraces.

Antes de perder el sentido de la realidad, se apartó con lentitud. Observó la expresión de Ángel y cómo le temblaba la boca, supuso que de la «extraña» experiencia de ser besado por otro hombre. No obstante, él se lo había buscado y jamás se arrepentiría de lo que se acababa de llevar para sí.

Sintió la imperiosa necesidad de decirle «te quiero», y al igual le sucedió a Ángel. Sin embargo, no pasó nada de eso.

Unos metros más allá, Sofía los contempló y luego miró la tierna foto que había hecho con el móvil. Llegó a la conclusión de que juntos desprendían amor puro y verdadero. La cara de enamoramiento de su hermano le encantó, y la ternura de Zen fue mágica.

Se levantó para ir a enseñarles a sus padres la foto, aunque seguro que la regañarían por importunar en momentos íntimos.

Zenón se apartó de inmediato, y se puso en pie. Ángel lo siguió, con las piernas de goma, resuelto a decirle, en aquellos mismos instantes, que estaba enamorado de él y le diera una oportunidad.

Por desgracia, Zen se dio la vuelta con la cara más sería que le había visto nunca y eso retuvo sus intenciones.

—Cuando apruebes el examen que te queda para alcanzar todos los créditos que te faltan, mi contrato llegará a su fin. Entonces yo me volveré a mi casa.

Ángel intentó replicar, sin éxito.

—¿Qué les dirás? ¿Que me dejaste? ¿Que te dejé?

—¡Mañana le diré la verdad a mi madre! ¡Y no tienes que irte! Mi casa es

la tuya. Busca trabajo aquí.

—No lo entiendes, Ángel. Quiero irme a mi casa de una maldita vez. Ya me he cansado de todo esto y de tus tonterías y ocurrencias de niño pijo. Necesito volver y recuperar mi vida, por anodina que esta fuera. Lo prefiero mil veces a seguir aquí.

Ángel se le quedó mirando, sin saber qué decir.

Zen se dio la vuelta, y apoyó la mano en la puerta corredera.

—Y ahora sigamos con la farsa que has montado —concluyó antes de meterse en la casa.

El chico se sentó de nuevo, sin fuerzas.

Zen fue conciso y claro con sus deseos de marcharse.

Y Ángel pensó en que, costara lo que costase, impediría que se fuera y conseguiría que le amara.

Porque quería sentir aquellos besos toda la vida.

Capítulo 20

Zen estaba sentado en un enorme sofá de piel, en una gran sala de espera. Había más sofás, sillas y sillones. También un par de mesas bajas. En una de ellas se podían ver colorines y papeles para pintar, pero a él no le gustaba hacer eso porque solo sabía pintar a gente mala.

Se rascó la cara, intentando llegar debajo de la gasa que le tapaba el ojito, donde la cicatriz. Seguramente se quedaría sin el ojo, o eso le había dicho su nueva mamá.

Sus papás estaban muertos, por un accidente, así que su nueva familia era esa señora tan amable.

Justo entró por la puerta, con un señor. Ella se le acercó y le acarició la cara con cariño.

—Zen, ahora van a venir unos niños a jugar aquí. Estos nenes no dan miedo, son muy simpáticos. ¿Vale?

Zen se retrajo un poco, pero asintió.

—Mamá tiene un juicio con este señor, el papá de los nenes.

El niño lo miró y le dio repelús; estaba muy serio.

Al final el señor hizo pasar a una chiquilla algo más mayor que él y a un niño mucho más pequeño, que llevaba un babero y le colgaba un moquito de la nariz. Se le notó que había estado llorando mucho.

—Gabri —dijo el hombre—, quédate aquí con tu hermano. Papá va a tardar mucho hoy. Volverá a la hora de comer.

—Vale, papá.

—¡Papá! —lloriqueó el niño morenito y tierno.

—Shhh —lo reprendió—. Gabri, ocúpate luego de darle el almuerzo.

La niña asintió, levantando al crío en brazos ya que hacía pucheritos.

La mamá de Zen le dio un beso a este y salió con el hombre serio.

Zen los observó, retraído en sí mismo y agarrado a un cojín. Por una extraña razón le tenía miedo a toda la gente. Pavor a que le hicieran daño. Eso no impidió que los mirara todo el rato, curioso.

—Pinta ahí, no fuera de la mesa —le indicó la niña guapa a su hermanito.

Tenía el pelo castaño claro, trenzado y largo. A Zen le pareció un ángel de esos de las estampas. La niña le devolvió la mirada y le guiñó un ojo, sonriendo.

Le dio tanta vergüenza que tuvo que taparse con el cojín.

—¿Qué pasa a nene en ojito? —El pequeño lo señaló con el dedo.

—Shhh, no le molestes. Pinta ahí, no en la mesa —le repitió.

Los dos hermanos estuvieron entretenidos un ratito, bajo la incierta mirada del pobre Zenón., hasta que tocó almorzar.

La jovencita sacó una fiambra y unos tetrabriks de zumo. Al pobre rubito le sonaron las tripas. Él también tenía almuerzo, aunque no le dio tiempo a ir por él, pues la niña le tendió un sándwich

Dudó en si cogerlo o no. Su sonrisa angelical no le produjo miedo, así que se levantó del sofá y lo tomó, sentándose un poco más cerca de ellos. Asintió con la cabeza para dar las gracias. También compartió con ellos su comida, por lo que todos quedaron bastante satisfechos.

El niño pequeño se puso perdido de crema de cacao, así que la chica lo limpió bien. Se la vio también un poco apurada.

Zenón intentó preguntarle algo, y no supo articular palabra, como de costumbre.

—Tengo que hacer pipí... ¿Podrías vigilar a mi hermanito?

El rubio asintió enérgicamente con la cabeza. Poco después la niña los dejó a solas.

—Hola, nene —dijo el niño morenito, apretándose a sí mismo su mofletuda carilla ruborosa.

Zen pensó que aquel crío daba mucho miedo. Aunque también que resultaba gracioso y achuchable como un peluchito. Sus ojazos verdes lo miraron, danzarines.

—Mida lo que hago. —Después se metió dos plastidecor por las fosas nasales.

Zen, consciente del peligro, reaccionó dándole un manotazo. Los colorines salieron disparados y le dejó una marca roja en la carita.

El pequeño demonio se quedó perplejo al principio. Segundos después ya estaba sollozando a grito pelado y llamando a su hermana.

—¡Nene malo! —chilló, pegándole a su vez.

Zen no supo gestionar semejante situación y se puso a llorar tan fuerte como él, aunque sin ser capaz de articular palabra.

El pequeño bichillo se calló de inmediato, porque tenía más cuento que otra cosa. Al ver llorar a un niño mayor le dio pena, tanta que se deslizó hasta él y lo cogió de la cara.

—¿Tenez pupa? —Le tocó la gasa con cuidado. Zen asintió—. Yo te curo —dijo, muy seguro de sí mismo.

Puso la manita regordeta sobre el apósito y recitó su ritual de sanación preferido:

—Zana, zana, culito de rana, zi no zana hoy zanadá mañana.

Procedió a sellar la mágica frase con un beso suave, no fuera a hacerle más daño a nene grande y alto.

Zen lo abrazó, agradecido, espachurrando su cuerpecito.

La niña guapa también volvió y los abrazó a su vez. Era lo suficiente adulta como para darse cuenta de que aquel niño rubio y alto no estaba bien en absoluto.

—G... g..grac..cias... —gimió Zenón, en un esfuerzo titánico para él.

Era la primera vez que hablaba desde que se despertó en aquel hospital y no podía recordar nada de su pasado, ni quién era, ni su nombre, ni nada. Solo una sensación de tristeza y dolor, de miedo atroz.

Pero allí, en aquella estancia, conoció a sus ángeles salvadores. Seguía sin recordar. Pero, al menos, su voz volvía a existir.

El juicio se alargó un poco hasta el receso, y cuando la fiscal y el abogado defensor fueron a llevar a sus hijos a comer, los encontraron dormidos como troncos encima del sofá, cuales gatos enroscados unos en otros.

No tuvieron más remedio que despertarlos.

—Gabri, coge a Ángel y vamos... —El crío estaba dormido como un tronco.

Zen se quedó sentado, mirándolos con anhelo.

—Adiós, Zen —dijo la chiquilla, mientras su hermano se despedía con la manita, medio dormido aún.

La madre de Zenón se quedó extrañada. ¿Cómo sabían su nombre? Aún era reciente lo del pobre crío, y no recordaba ni leer ni escribir.

—Adiós... —susurró el rubito, acompañando su despedida con un movimiento de mano.

La puerta se cerró y se quedaron madre adoptiva e hijo.

—¡Zen! Has... hablado...

El niño sonrió de oreja a oreja.

—Los ángeles... me salvaron... —dijo con cierta dificultad y algo afónico.

La mujer lo abrazó con toda la fuerza del mundo y se echó a llorar, mientras el niño sonreía feliz.

—Zenón, ¿estás bien? Te has quedado blanco...

Este miró a su abogado, el cual había viajado desde Madrid hasta Barcelona para darle él mismo aquellos papeles que tenía entre las manos y que no sabía cómo podía continuar sosteniendo.

—Lamento darte la noticia así. Siempre le dije a Mari Carmen que te lo tenía que haber contado todo. Supongo que no pensó en que este momento llegaría... Y yo no tenía potestad, ni su permiso, para decirte la verdad del asunto.

—Es que... No me lo puedo... creer, Sebastián. Por más que lo leo, me parece tan inverosímil, tan... de película de mafiosos que...

—Lo fue, créeme, lo fue...

—Voy a necesitar unas horas para asimilar todo esto. Quédate a comer si quieres.

—No puedo. Es un viaje exprés. Me has de firmar estos papeles y ya está, nada más. Tengo el vuelo en tres horas y un juicio mañana.

—Claro, lo comprendo... —asintió Zen.

Sebastián le tendió un boli negro, con el que firmó los papeles que le acababan de rebelar algo tremendamente perturbador de su pasado, antes de

perder la memoria.

Cuando Sebastián se tuvo que marchar, el hombretón dejó de fingir cierta serenidad. Fue directo a por las copias de los papeles y los estrujó hasta hacerlos pedazos.

—¡¡Joder!! —bramó a pleno pulmón, y siguió hasta desgañitarse.

Le pegó tal patada al sofá que lo movió del sitio. Cogió el mantel de la mesa principal y tiró de este con tanta fuerza que todos los apuntes y papeles que había encima, junto a unos vasos con agua, salieron volando o se estrellaron contra el suelo.

No contento con ello, se dobló para volver a gritar, fuera de sí.

A la vez, en uno de los pasillos de la Facultad de Derecho, Ángel se quedó plantado frente a la puerta de la clase en la que debía realizar el último examen que le quedaba y alcanzar los créditos necesarios. La cuestión que pasó por su mente fue simple. Y, no obstante, complicada de resolver.

Entrar y hacer el examen, el cual dominaba a la perfección pues Zen así se había asegurado de que fuese durante los días anteriores, o darse la vuelta y faltar para tener que esperar a la siguiente convocatoria para que Zenón no se fuese a Madrid.

No había sido una semana agradable para ninguno de los dos. Zenón no le dirigió la palabra más que para darle clases y lo básico, como las comidas. Se puso tan estricto que dio miedo verlo con gesto serio.

Así que se aplicó hasta la saciedad en aprenderse el temario, dolores de cabeza incluidos. No se rebeló ni hizo de las suyas, por si cogía las maletas, renunciaba y se iba sin más. Capaz lo vio tal y como estaban las cosas de tensas.

Los alumnos fueron pasando uno tras otro, incluso le miraron o lo empujaron levemente ya que estaba en medio, delante de la entrada.

Pasaron los minutos sin que ya no quedara nadie más que él.

El profesor fue a cerrar las puertas y lo vio allí plantado.

—¿Vienes a hacer al examen? Ya vamos a empezar.

Y entonces, Ángel tuvo que decidir.

Tres horas después, Ángel volvió a casa y entró, con una sonrisa en la cara, bastante animado. Incluso llegó pensando que podría invitar a cenar a Zen a una pizzería tradicional italiana que estaba por el barrio.

La sonrisa se le borró de la cara de inmediato, al ver a Zenón sentado en el suelo, apoyado en el respaldo de un sofá movido y con papeles y vasos de cristal rotos a su alrededor. De hecho se quedó pálido.

—¿Qué... ha pasado?

—Lo siento... —El rubio lloró con desconsuelo, consciente de la que había armado allí—. Ahora lo recojo...

Intentó ponerse en pie, con suma desidia.

—¡Espera! No te muevas, hay cristales ahí —lo avisó, apartando los trozos con las zapatillas. Luego se arrodilló ante él y lo cogió por los hombros, por encima de la chaqueta.

—Ha sido un ataque de rabia —se confesó, sin mirar a la cara a su interlocutor.

—¿Por qué? Tú no eres así... El berrinchudo soy yo, acuérdate.

Zen sonrió un poco y miró a Ángel. Luego se puso a llorar como un niño. Abrazó al chico con todas sus fuerzas, intentando aferrarse a algo tangible, real, caliente.

—Toda mi vida es una gran mentira... Mis padres no murieron en un accidente.

—¿Cómo que no? —Ángel estaba perplejo—. ¿Cómo lo sabes?

—Ha venido Sebastián, mi abogado, a traerme los papeles de defunción de mi padre y otras cuestiones legales que necesitaban mi firma.

—¿Tu padre? No entiendo nada. —Abrazó más a Zen, que tenía la cara pegada contra su hombro. Pudo notar la humedad y el calor de su aliento.

—Era un puto proxeneta, un drogadicto, un traficante. Murió hace dos días tras una larga hepatitis. ¡Y mi madre me lo escondió! —Alzó la voz.

—¿Y quién era tu madre real entonces?

—Una pobre prostituta a la que dejó embarazada.

—¿Dónde está?! Tal vez podamos encontrarla como hiciste con mi madre... —Intentó animarlo. La cara de Zen fue un poema.

—Muerta. Él la mató... A... puñaladas. Y de eso no sé más por el

momento...

El llanto se intensificó.

—¿Por qué mi madre adoptiva me ocultó algo así? —se preguntó.

—Porque te quería muchísimo y no podía verte sufrir... Como hizo mi hermana conmigo y lo de mi verdadera madre. Ambos compartimos la misma sensación. No le eches la culpa por ser un poco cobarde.

Ángel tuvo razón y su amigo lo sabía. Pese a todo, la angustia estaba allí y era real.

—¿Cómo perdí el ojo? ¿Y por qué ésta pérdida de memoria? No fue por ningún golpe en el accidente de tráfico, porque no hubo accidente...

La ansiedad siguió aumentando y Zen comenzó a temblar.

—¿Quién soy de verdad? ¿Cuál era mi nombre? Este hombre de aquí es una mentira, es...

—¿Zen, escúchame! —Tuvo que pararlo Ángel. Le cogió de la cara mojada por el llanto, y se acercó a él para mirarlo directamente a los ojos—. Tú eres Zenón y nadie más que Zenón.

—Pero...

—Tú eres tus recuerdos, tú eres el hombre que se ha hecho a sí mismo a pesar de las lagunas. Tú eres Zenón, todos te queremos. Eres un tío muy especial y la mejor persona que he conocido. Mi mejor amigo, mi profesor, mi niñera, mi guardaespaldas... El tío capullo que me ha dado la familia que me hacía falta.

—Gracias... —musitó un Zenón, emocionado de veras.

Ángel lo abrazó y le besó en la oreja y en la mejilla, cerca de la cicatriz. De haber podido, también en los labios. Pero se contuvo porque no era el momento.

El chico se apartó un poco, con cara de suspicacia.

—No me habrás roto la Play.

Eso arrancó una carcajada a Zen, que fue lo pretendido por su compañero. Negó con la cabeza.

—Tú descansa, que yo limpiaré todo este desastre y haré la cena.

Ángel se puso en pie.

—¿Cómo ha ido el examen? —Recordó Zenón a bote pronto.

—No te preocupes por eso ahora.

Cuando Ángel se dio la vuelta, el rubio vio en la parte trasera de su camiseta unas alas.

«Cuando era niño perdí el habla y la memoria. Unos niños que me parecieron ángeles me devolvieron la esperanza. Por eso me tatué unas alas en el pecho, para recordar el principio de mi nueva vida».

Aquel fue el pensamiento de Zen, al mirar a Ángel, a su ángel particular. Aunque aquel ángel sanara heridas, también le abría otras imposibles de curar. Y no podía seguir así.

Capítulo 21

Zenón se despertó de buena mañana, sorprendido por haber dormitado tantas horas seguidas.

Tras lo ocurrido se duchó, comió un poco de lo que Ángel le hizo, mientras él barría los cristales rotos, recogía el mantel y ponía todo en su sitio. Se sintió muy agradecido por ello. Incluso notó al chico más maduro.

Tras aquello fue a tumbarse en su cama para descansar debido al dolor de cabeza, la angustia y el mal rato.

Miró al techo y cerró los ojos de nuevo. La ansiedad seguía con él. Ya no estaba enfadado con su madre. Ahora odiaba a su padre y se alegró de que estuviera muerto por fin. Esperó que padeciera hasta sus últimos hálitos de vida.

Luego pensó en su verdadera madre y en lo que tuvo que pasar siendo prostituta. Se preguntó si tendría familia, si podría buscar a esas personas y conocer un poco más su origen escandinavo. Sebastián solo le pudo decir que era de por allí. Cuando todo aquello sucedió, él y su madre adoptiva ya estaban divorciados, así que no conocía todos los pormenores. Solo los de su padre porque estaba en la cárcel y se lo prometió a su ex esposa.

El cuerpo le recordó que tenía una vejiga muy pesada, así que se puso en pie para acudir al baño.

Miccionó hasta quedarse a gusto, se lavó la cara y se peinó. Unos toquecitos en la puerta lo sacaron de sus ensoñaciones.

—Pasa.

Ángel, muy despeinado, entró y se puso a orinar. Zen intentó mirar para otro lado, y se lavó los dientes.

—¿Cómo has dormido? —indagó Ángel.

—Del tirón. Lo cual me sorprende dadas las circunstancias...

—Estabas agotado mentalmente, es normal... —dijo—. Yo acabé el dibujo para mi hermana. —Se emocionó al poder volver a decir aquello—. Hoy voy a verlos, hemos quedado en el restaurante para que me lo enseñen. En breve lo abrirán ya al público, por la venida del buen tiempo.

—Me alegra mucho oír eso.

Zen salió del baño para dirigirse a la cocina y prepararse unas tortitas de avena.

—No te he dicho que vengas por lo que ya sabes... —Ángel lo siguió, cogiendo leche de la nevera.

El rubio prefirió no entrar en temas pantanosos.

—Yo he quedado con Henar. Ayer le conté un poco por encima mi situación psicológica actual y me ha dicho que vaya esta mañana a su casa.

—Si te apetece, podríamos ir a cenar juntos a la pizzería Minoa. Esa de la esquina. Están muy ricas las pizzas...

—No sé, ya veremos cómo ando para entonces... —No quiso asegurárselo—. Por las noches se suele estar peor.

—Con Eva e Ignasi... Eso te ayudará a desconectar...

Zen sonrió con tristeza, intentando expresar la misma respuesta.

—¡Bueno! Ya me escribirás si sí o si no.

Ángel no quiso insistir.

—¿Fue difícil el examen? —preguntó de nuevo el rubio.

—No te preocupes por eso ahora. Me voy a vestir y parto a Canet.

—Qué pronto.

—Quieren enseñarme el pueblo, pasear por la playa y más cosas en familia.

Ángel rodeó la barra americana y pasó el brazo por los anchos hombros de Zen, mirándolo de muy cerca. Luego le dio un beso en la mejilla, con fuerza.

—¡Ángel! Me has babeado toda la cara —se quejó cuando el chico lo dejó estar.

—No seas quisquilloso. No todos los días un tío bueno como yo te va a sobar y besuquear.

Zenón emitió un suspiro de pura paciencia.

Cuando el chico se fue, un buen rato después, a Zen le sonó el móvil: un mensaje.

Se trató de un número desconocido. Pero pronto vio que era Sofia.

«Hola! Te mando la foto».

Zen le dio a descargar la imagen y vio el beso que Ángel y él se dieron jornadas antes. El corazón le dio un vuelvo.

«Estáis súper enamorados».

Seguido de corazoncitos y caritas con ojos de corazón.

Zen le respondió con mano temblorosa.

«Muchas gracias, linda. Pasadlo bien y siento no haber podido ir».

La jovencita le mandó caritas tristes y luego graciosas.

Quiso borrar la foto de su dispositivo, y fue incapaz. Se echó a llorar como un bendito crío pequeño.

—Te quiero y no puedo continuar así...

Ángel se sintió mal cuando Sofía le mandó a Zen la foto. No supo si este se cabrearía de nuevo y sintió cierto nerviosismo. Sabía que a la niña no le diría nada, y eso lo alivió.

La idea inicial, días antes, era contarle a su nueva familia que Zenón y él no estaban juntos. Quería hacerlo. Iba a hacerlo.

Al final fue incapaz ante el entusiasmo de la niña con el tema. Cuando, de hecho, le enseñó la foto, con sus filtros y tonterías, se quedó embobado al recordar las sensaciones de aquel mágico instante.

En breve se lo contaría a su madre, y que esta se lo dijera a su hija, porque él no se veía capaz de quitarle semejante ilusión.

—¿Estás bien? —le preguntó la niña al verlo observar la foto.

—Sí... Es que... Te ha quedado muy bonita. Eres una gran fotógrafa.

—Se me da bien captar los sentimientos.

Ángel se vio a sí mismo entregado al beso. Y a Zenón fingiendo muy bien.

—¡¿Qué hacéis allí?! —gritó Laura a unos metros de ellos, caminando por la arena de la playa vacía—. Vamos, casi llegamos al restaurante y su playita.

Sofía echó a correr, descalza sobre la fina arena. Ángel miró de nuevo la foto hasta que la pantalla perdió luz y se apagó del todo.

—¡Vamos! —exclamó Laura, más lejos aún que antes.

El chico anduvo también por la arena, en dirección al restaurante, intentando decidir si borraba o no la imagen.

Henar hizo que Zen se tumbara sobre el sofá, cual paciente.

—¿Es necesario?

—Para que te relajes un poco, sí. Porque estás muy tenso —le explicó—. No puedo ejercer exactamente de psicóloga contigo porque somos amigos... Aunque sé escuchar muy bien y algún consejo podré darte, así de manera extraoficial.

Zen sonrió, un poco más destensado.

—Ya me contaste ayer lo más importante. Ahora quiero saber si has comenzado a recordar algo.

—No, nada en absoluto. Sé que esta noche he soñado cosas relacionadas y ya no las recuerdo.

—No pasa nada, es natural y no debes de agobiarte por ello.

—Desde que me enteré de que mi padre era tan mala persona, porque también fue un pieza en la cárcel, la cicatriz me duele a ratos, como pinchazos.

Se llevó la mano a la cara, en un gestor de dolor.

—Es muy posible que esa cicatriz esté relacionada con él y por esa razón tu cuerpo reacciona de forma psicósomática. Esto quiere decir que el cuerpo reacciona a la mente, trastornos físicos y desequilibrios psíquicos. La taquicardia, el estrés, colon irritable son algunos ejemplos. A ti te duele la cicatriz, ya que la herida está curada hace mucho tiempo.

—Veinte años —aclaró, entendiendo mejor su situación—. ¿Y por qué también me duele cuando tengo acercamientos con otros hombres?

Henar puso cara de preocupación.

—Explícate mejor...

—Tengo veintiocho años y soy virgen. Empiezo a conocer a un hombre y en cuanto hay que pasar al tema sexual... comienza a dolerme la cicatriz y salgo espantado.

—¿Te ha pasado con Daniel también?

—Con él he conseguido llegar un poco más lejos, pero nada de sexo anal.

Henar alucinó que su primo siguiera interesado en Zenón, con lo que le gustaba follar. Al margen de eso, algo muy grave subyacía en la mente de su amigo.

—Aquí te recomiendo ir a un psicólogo profesional que además sepa de hipnosis. No la que tú crees, esa de la tele, sino una que ayuda a soltar la mente y que afloren los recuerdos. Y al psiquiatra también, porque igual necesitas ansiolíticos durante un tiempo para paliar esta ansiedad tan fuerte que tienes.

—Estoy cabreado y hartó. Necesito volver a mi casa, estar con mi soledad... —Las lágrimas comenzaron a brotar un buen rato, hasta que se calmó.

Henar no se movió de su sillón, observando.

—Perdona, ¿tienes un pañuelo?

Ella sacó un paquetito de su bolso y se lo tendió.

—Joder, me hacía falta. Muchas gracias.

—De nada, cielo. —Henar se acercó para acucillarse a su lado—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Estás enamorado de Ángel?

Zen tardó en responder, pero lo hizo:

—Sí —susurró.

—¿Y él no siente nada?

—No lo tengo claro. Hace cosas extrañas —se sinceró—. Aunque no entiendo qué significan. Él sabe que soy gay. Si sintiera realmente algo así por mí, ¿no me lo habría dicho ya?

—Estás saliendo con Daniel.

—Aun así. Quiero decir, él... No me ha dicho nada. Es un chico de los que te suelta todo a la cara sin contemplaciones.

—Las cosas no se expresan solo con palabras, muchas veces se hacen con hechos.

Zen la miró, como pensando. Tuvo un pequeño espasmo y levantó las cejas, luego se incorporó de golpe.

—¿Qué te pasa?

—Claro, él... aquella vez, o... cuando lo de la foto. —Zen pareció confuso.

—¿Qué foto? ¿De qué hablas?

En aquellos momentos, Daniel llamó a la puerta desde fuera y luego entró.

—Perdón... ¡Oh! Zen... —Al verlo se le iluminó la cara. En cambio, el rubio sintió de nuevo cierta ansiedad—. Justo te iba a llamar para ver si podíamos quedar esta noche —dijo con sensualidad

Zenón se quedó bloqueado sin saber qué hacer. Decidió hablar con él en privado.

Henar los dejó a solas.

—Si estás preocupado con lo del otro día, ya no me importa —le hizo saber Daniel—. Y quería que supieras que me gustas muchísimo y que...

—No sigas, por favor... —le detuvo—. Esto no va a ninguna parte. Lo siento.

Daniel se quedó planchado.

—Es por Ángel —afirmó el moreno.

—Es por muchas cosas, Daniel. Puedes preguntarle a Henar los problemas que he tenido estos últimos dos días, le doy mi permiso. Y luego... sí, estoy enamorado de Ángel y no puedo seguir mareándote. Yo no soy así.

—Vaya, así que te vas con el crío. ¿Ya te lo has follado? Ah, no, que no puedes —respondió, ofuscado.

Zenón frunció el ceño.

—¿Te crees que no sé de qué palo vas? Me juego lo que sea a que me hubieras dejado tirado después si hubieras conseguido lo que pretendías.

Daniel se sintió furioso, pues por vez primera habría deseado comenzar una relación seria.

—¡Adivina cómo se enteró Ángel de que eras gay!

La cara de su contrincante fue un poema.

—No me puedo creer que seas tan mezquino con tal de echar un polvo.

—Nos hemos usado mutuamente, así que no seas hipócrita —respondió Daniel.

—Me das pena, te vas a quedar solo.

—¿Cómo tú? Que no eres capaz de tener una relación sexual normal —contraatacó donde más dolía, de nuevo.

Zen se puso las gafas de sol y lo miró tras los cristales. Se giró un poco y dijo, antes de irse:

—Sí, como yo. Hasta nunca.

Cuando Zen salió de la habitación, dio con Henar en su cuarto. Tocó a su puerta.

—¿Ya habéis hablado?

—Sí, y no ha resultado muy agradable al final...

—¿Ha sido grosero contigo? —Zen asintió en silencio, con la cabeza—. Le voy a meter una bronca épica.

—Déjale, no vale la pena. Solo vengo a despedirme y agradecerte el haberme escuchado y dado herramientas para solucionar mis problemas.

—Un consejo. Bueno, dos: busca tus orígenes, aunque tengas miedo de que no te guste lo que encuentres. Y dile a Ángel lo que sientes por él. Lo peor que puede pasar es que te diga que no.

—De todos modos me voy a volver en breve a Madrid, así que... No sé qué hacer.

—Es tuya la decisión.

Zen abrazó a la joven con fuerza y le dio un beso en la coronilla.

—Por si no volvemos a vernos.

—Yo creo que sí... —susurró ella, emocionada.

—Adiós, preciosa. Que sepas que de ser los dos hetero, me habría chocado contigo adrede...

Ella sonrió y asintió.

Después de que Zen se marchara entró en el salón y dio con Daniel bastante decaído, fumando.

—¿Qué le has dicho? —preguntó su prima.

—Cosas que mejor habérmelas callado, porque soy imbécil.

Henar pensó en que las personas se escondían de todo. Del amor, de las relaciones, del dolor, de otros seres humanos y de uno mismo.

Justo cuando Zenón iba a llamar a Ángel para decirle que quería ir a cenar con él en la pizzería a solas, le sonó el móvil, tratándose de Bosch.

—¿Sí?

—Sr. de la Cruz, necesito que venga de inmediato a mis oficinas —dijo en un tono de voz nada halagüeño.

—Claro, lo que tarde en metro.

—¿Dónde está Ángel? Quiero hablar también con él.

Zen se vio en una buena tesitura, ya que no le podía decir que su hijo estaba en Canet de Mar con su nueva familia.

—Con unos amigos, comiendo...

—Bien, le contactaré yo. Ahora quiero que usted se acerque ya.

Después de eso le colgó y Zenón se empezó a temer que algo no iba bien. Así que, preocupado, se fue a la boca de metro más cercana.

Capítulo 22

Subió en el ascensor, muerto de los nervios. ¿Qué le querría decir Bosch? Le pareció muy seco, más de lo normal.

Llegó a la recepción y preguntó por el Sr. Bosch. La señorita que le atendió, le dijo que esperara un momento, tras lo cual avisó al interesado a través del teléfono de la centralita.

Tras diez minutos de angustiosa espera, apareció Gabriel con otro señor, al cual despidió de forma afable y muy educada. Cuando este se hubo marchado, se dio la vuelta hacia Zen con una mirada muy distinta, llena de furia contenida.

Le hizo un gesto duro para que entrase en su despacho, así que lo hizo sin rechistar y se sentó en la silla, frente a Bosch, que se encendió un cigarro como si tal cosa, saltándose la ley como si estuviera por encima de ella.

—Su madre siempre fue una gran abogada, fiscal y persona. Así que cuando lo adoptó a usted, a los ocho años de edad, supe que había tenido una potra increíble, dadas las circunstancias. Y más tras lo sucedido con sus padres —comenzó a decir—. Después de ver su currículum, Sr. de la Cruz, no dudé ni un instante en que sería la persona perfecta para hacerse cargo de mi díscolo hijo. Pero me equivoqué.

—¿Por qué dice eso? —preguntó un Zenón anonadado.

—¿Por qué no acompañó a mi hijo a hacer ese último examen?

—Porque vino mi abogado desde Madrid a entregarme unos papeles que debía firmar cuanto antes, muy importantes.

—Ah, sí. Lo de su padre... Ya me he enterado de que ha fallecido hace poco.

—¿Cómo sabe eso? ¿Conocía ese hecho? —dijo, alterado.

Bosch no dijo nada, depositó el cigarro en el cenicero, dejando que se consumiese, y deslizó un sobre por la mesa en dirección a Zen.

—Está despedido —escupió sin más.

Zenón quedó estupefacto.

—Le doy su finiquito y el cheque. A pesar del incumplimiento de contrato.

El rubio se levantó, ofuscadísimo. Puso ambas manos sobre la mesa, sin hacer caso al sobre.

—¡No lo entiendo!

—Se ha dejado engañar por mi hijo, como un idiota.

—Sigo sin entender de qué me habla —expresó, estresado por la situación.

—Ni siquiera se ha enterado aún. Ángel sabe muy bien mentir, o esconder las cosas.

—¡He hecho todo lo que usted me ha dicho! Vigilarlo sin sentido, enseñarle sobre algo que aborrece, obligarlo a ir a clases que no soporta, ver cómo le pegaba un bofetón delante de la gente en el funeral de Gabriela y no poder ni defenderlo.

Gabriel le miró más cabreado si cabía.

—¡No se presentó al examen! ¡Y por lo tanto no se podrá sacar la carrera! —bramó.

Zen intentó hablar, pero no salió nada de su boca que pudiera excusar al chico.

—Él me dijo que... —Intentó defenderlo, hasta que se dio cuenta de que Ángel, en ningún caso, le había respondido sobre el examen, poniendo alguna excusa en todas las ocasiones en las que le preguntó por ello.

«¡Me ha engañado el muy cabrón!».

Sintió un enfado muy potente hacia Ángel.

Gabriel cogió el sobre y se lo tendió a Zen.

—Cójalo y váyase a Madrid.

—¡Cállese ya! —chilló ofuscado—. ¡Si hubiera querido más a su hijo, ahora no estaríamos aquí con esta mierda! ¡Le falta cariño!

Luego le arrancó el sobre de la mano y lo lanzó hacia un lado con furia.

—¡Y quédese con su puto dinero! ¡Si acepté esto fue por la amistad que le unía a mi madre! ¡Pero yo no le debo nada!

Bosch echó otra calada al cigarro, soltó el humo y luego apagó el pitillo estrujándolo contra el cenicero, tan tranquilo.

—Me debe que su padre se mantuviera en la cárcel los suficientes años, por haberle convencido de que era el mejor trato con la fiscalía, cuando no era así.

—¿Fue su abogado? —preguntó con perplejidad.

—Sí, y Mari Carmen la fiscal. Así que, a sabiendas del tipo de hombre que era su padre, hicimos ese trato. Le fallé a un cliente con mucha influencia y dinero, con tal de que no saliera pronto. Le quedaban dos años para la libertad condicional. Por fortuna, la hepatitis ha finiquitado el tema. Ese hombre era un pieza, y mató a su mujer porque le estaba defendiendo a usted de él.

—¿Y mi madre real...? ¿Quién...? —Zen cada vez estaba más en shock.

—Era su mujer, a la que tenía de prostituta también. Y de su familia española, Sr. de la Cruz, mejor ni hablamos, porque vaya gentuza. Su abuela intentó conseguir la custodia. Sin embargo, no se la concedieron ya que no tenía medios económicos. No le recomiendo buscar a esa gente.

—¿Y la familia de mi madre? —Intentó averiguar.

—Su familia materna es de Noruega y sus abuelos no quisieron saber nada de usted, negando haber tenido esa hija.

Zenón no pudo soportar tanta información de golpe. La cicatriz comenzó a arder como nunca antes en toda su vida, tanto que incluso se mareó.

Se dio la vuelta con la intención de irse.

—Me apena que mi hijo se haya reído de usted así, con lo desgraciado de su vida y su pasado. Pero Ángel es como es y no tiene remedio.

Fue lo último que Zen escuchó de Bosch, pues salió por la puerta más blanco que el papel y sin ganas de nada más que de irse a Madrid.

Se preguntó quién era. El hijo de un putero drogadicto y asesino. El hijo de una pobre mujer obligada a prostituirse para poder cuidarlo.

Aquello le fue insoportable.

De pronto, una mano tiró de su chaqueta con fuerza.

—¡Ey! Que no me ves... Tienes muy mala cara, ¿qué ha pasado?

El rubio miró a su interlocutor como si contemplase un fantasma. Allí estaba Ángel, que lo había humillado con lo del examen al cual no se presentó, faltando a su promesa y a su amistad. Desde luego, a aquel chico le importaban bien poco los sentimientos ajenos, y mucho menos correspondía su afecto.

—¡Vete a la mierda, cabronazo! —le chilló, apartando su mano de un golpe que dañó a Ángel.

—¿Qué te pasa? —indagó, sin entender una palabra. Volvió a intentar tocarlo y Zen reaccionó de forma violenta, casi pegándole. El joven hizo el gesto de taparse para absorber el golpe que no llegó a tener lugar.

—¡No quiero verte nunca más! —chilló Zen, sollozando con fuerza.

Zen se metió rápido en el ascensor y pulsó el botón de cerrar puertas.

El moreno intentó alcanzarlo sin éxito, pues Bosch reclamó su presencia en el despacho.

—Entra ahora mismo —ordenó.

—¡Pero Zen se va!

—¡Que entres! —insistió.

Ángel miró al ascensor y luego a su padre, del cual había recibido una llamada mientras comía con su familia en Canet. Intentó no hacerle caso, pero aquel tono de voz con el que le habló no auguró nada bueno y fue mejor no cabrearlo más, así que se tuvo que disculpar e irse de vuelta a Barcelona capital.

Entró por fin y su padre le indicó que se sentara. Ángel no lo hizo, así que su padre tampoco.

—¿Qué coño le has hecho a Zen?

—Despedirlo por tu culpa —contestó.

—¡Por mi culpa! ¿De qué coño vas?

—De que no hiciste el examen. Tengo contactos en la facultad, y me conozco todos tus movimientos. Como el Sr. de la Cruz no te acompañó, cometió un error. Así que a la calle.

—¡Readmítelo! ¡Aprobaré en la siguiente convocatoria! —suplicó.

—Ángel, espero que esto te sirva de lección para que no juegues con las personas igual que lo haces con esos juegos para críos en la consola.

—No me acompañó porque vino su...

—¡No me cuentes tonterías que ya sé! Independientemente de eso, tu responsabilidad era entrar al puto examen y haberlo aprobado. Pero no, preferiste joderle la vida a ese hombre.

—¡Lo has despedido tú para darme una lección a mí! Readmítelo, te juro que...

—No.

Ángel reaccionó de inmediato, golpeando la pantalla del ordenador con tal fuerza, que esta se cayó al suelo y se resquebrajó.

Gabriel ni se inmutó, pues ya se conocía de sobra las rabietas de Ángel.

—Te lo descontaré del dinero mensual.

—¡Si no lo contratas otra vez te juro que no me vuelves a ver el pelo en tu puta vida! —estalló en un chillido.

Bosch se echó a reír a carcajada limpia.

—¿Sin coche, ni piso, ni dinero? —Continuó con las risas y unas toses.

—Me voy con Laura, no te necesito más.

Gabriel Bosch miró a su hijo con perplejidad.

—Sí. Ya la conozco. Y te juro que como la vuelvas a amenazar con quitarle a su hija Sofía, ¡voy a machacarte! ¿O te piensas que no conozco los chanchullos de abogado del diablo que tienes por ahí? ¿Y si voy a la Fiscalía del Estado y les revelo todo lo que sé y tengo recopilado tuyo? Me has tomado siempre por imbécil y por desgracia te he tenido demasiado miedo. Pero se acabó.

Bosch se sentó, asustado por vez primera.

—Y que sepas que soy gay, y que estoy enamorado de Zenón.

Aquello sí que no se lo esperó, ya que se encendió su rostro.

—¡Cállate! —bramó el hombre—. ¡¡Lo dices para joderme!! —Se levantó para dar la vuelta a la mesa, hasta ponerse frente a Ángel.

—Quiero a ese hombre —dijo, palabra por palabra, para enfatizar la importancia de sus significado.

Bosch intentó darle un bofetón, que Ángel supo esquivar a la perfección. Gabriel trastabilló hasta caer de rodillas a los pies de su hijo. Observó sus zapatillas, muy agobiado con aquella revelación.

—Me quitaste a mi madre, me quitaste mis sueños de ser artista, me quitaste una infancia feliz. Y ahora me quitas a la persona que más quiero. ¿Por qué me desprecias tanto? Bueno, ahora ya tienes una buena razón, ¿eh? Un hijo sarasa.

—¡Fuera de mi vista! —escupió el hombre, alzando la voz y un brazo—. ¡No quiero verte nunca más, maricón de mierda!

Ángel se dio la vuelta en dirección a la puerta.

—Nunca me decepcionas, papá, has hecho justo lo que esperaba de ti.
Después de aquello salió.

Gabriel se quedó arrodillado en el suelo, con las manos agarradas al cabello engominado.

—Mi hijo no... Mi hijo también no, por favor...

Ángel buscó a Zen en casa, pero allí no estaba y sus cosas permanecían en el mismo lugar donde las dejó. Se le ocurrió ir a casa de Henar, ya que una vez llevó a Zen en coche hasta allí. Estaba cerca de un pub en Gràcia al que había ido alguna vez, así que tenía los pisos ubicados, aunque sin saber el número de portal ni la planta y puerta.

Llamó de nuevo a Zen, sin éxito.

Miró el cuadro de pisos y nombres, sin tener ni idea de cuál sería. Fue a llamar a uno cualquiera para indagar, cuando una voz conocida atrajo su atención.

—Hola, Ángel.

Se trató de Henar, que venía cargada con la compra. De inmediato se ofreció a ayudarla.

—Busco a Zen, no me da tono su teléfono y no está en casa.

—Bueno, ahora le llamo yo a ver. Sube conmigo, esto pesa. —Sacó la lengua tras decirlo.

Al entrar en la casa no se escuchó nada. Dejaron las bolsas en la cocina y Henar hizo la llamada, pero le saltó el contestador.

—Lo siento. ¿Pasa algo? Estás pálido. —Se preocupó.

—Se ha enfadado conmigo... Y tuvo un ataque de ansiedad muy fuerte ayer.

—Lo sé. Voy a preguntarle a Daniel, aunque dudo que...

—¡Henar! Me dijiste que hasta las ocho no... —Daniel apareció en albornoz por la puerta de su cuarto. No obstante, al ver a Ángel se quedó callado. Luego estalló.

—¡Fuera de mi casa, perra en celo! —exigió.

—¿Está Zen contigo?! —Ángel ignoró las órdenes.

—¡No! ¡Se fue hace mucho rato!

—Eres un mentiroso, seguro que está contigo.

El chico anduvo con firmeza hasta la habitación y abrió la puerta del todo. Allí se encontró a un tío desnudo fumándose un cigarro, y que lo miró con cara de circunstancia.

Ángel se giró hacia Daniel, indignado.

—¡Eres un cabrón infiel! —lo acusó.

—Que te jodan —dijo Daniel, levantando el dedo.

Antes de que pudiera reaccionar, recibió un buen puñetazo de Ángel. Ni corto ni perezoso, Daniel se lo devolvió con todas sus ganas.

—¡Me cago en tu puta madre!

Henar pegó un chillido e intentó detenerlos, aunque fue difícil dada su estatura y peso lidiar con dos tíos más grandes que ella. Por su parte, el tío desnudo observó impasible la pelea.

—¡Maricón de mierda! —siguió diciendo Ángel, hasta que Henar se puso frente a su primo, a pesar de poder recibir algún buen golpe. El chico se detuvo en seco, jadeante.

—¡Basta! ¡Basta ya de pelearos! —suplicó.

Daniel escupió sangre y Ángel se limpió la nariz con el puño de la manga.

—Se lo voy a contar todo.

—Haz lo que quieras, a él se la va a sudar, niño de mierdas.

—Que te jodan.

Se dio la vuelta resuelto a irse de allí. Antes de salir pidió disculpas a Henar.

—Lo lamento mucho por ti, pero no por él.

Y se fue a casa, donde Zen tendría que aparecer tarde o temprano.

Zenón cerró la maleta llena de sus cosas, cogió su portátil y su cartera. Miró bien el no dejarse el cargador del móvil y en llevar su identificación.

Antes de irse para casa, tras la trifulca con Ángel, fue a la Estación de Sants y compró un billete de AVE, para aquella misma noche, dirección Madrid Puerta de Atocha. Luego ya cogería un taxi hasta casa, en Rivas. Lo único que deseaba con todas sus fuerzas era dormir en su cama, en la

intimidad de su soledad. Tal y como estaba antes de meterse en aquel maldito lío.

Salió de la casa y miró el móvil, con una llamada perdida de Henar. Las de Ángel no salieron pues lo tenía bloqueado de todas las formas posibles, aunque supuso que las hubo.

Se detuvo un momento y la llamó. Esta le cogió el teléfono de inmediato.

—Hola. He visto tu llamada.

—¿Está Ángel contigo?

—No... ¿por qué? —preguntó, suspicaz.

—Te estaba buscando. Supongo que se habrá ido ya para casa. Y ha pasado algo que...

Zen vio que el ascensor que iba a detenerse en aquella planta, así que cogió la maleta y se fue hacia las escaleras.

—Te llamo luego. —Colgó a la chica de inmediato y bajó todo lo rápido que pudo.

Ángel apareció cuando se abrieron las puertas, y se dio cuenta de que Zenón bajaba a pie. Lo siguió tras constatarlo mirando por el hueco de la escalera.

—¡Zenón! ¡Espera! ¡Puedo explicártelo!

—¡Vete a la mierda! —le gritó este y el eco rebotó.

Prácticamente lo alcanzó ya en la puerta de salida a la calle, y se le agarró a la chaqueta como una lapa, sin aliento.

—Por favor —jadeó—, deja que... te lo explique.

—¡Me has fallado como amigo! No me sale de los cojones perd...

Al verle la nariz amoratada y los restos de sangre, se quedó helado. En seguida lo asió de la cara con preocupación.

—¿Ha sido tu padre?

—No, me pegué con Daniel. Te estaba poniendo los cuernos con otro tío, lo vi con mis propios ojos.

Zen lo soltó, cada vez más agobiado.

—¡No estamos juntos! ¡Así que puede acostarse con quien le dé la gana! A quién se le ocurre...

—V...vale, me he equivocado en eso, lo siento mucho. Solo pretendía defenderte.

—¡No necesito que tú me defiendas! —le echó en cara—. Y te has equivocado en todo. En especial al no entrar en ese puñetero examen al que me prometiste que irías y aprobarías.

—Pensé en que, si lo dejaba pasar, me podría presentar a la siguiente convocatoria, tras el verano. Eso haría que te quedaras conmigo más tiempo...

—¿Qué? —Zenón no entendió nada en absoluto—. ¿Crees en serio que no me habría cabreado? Oh, qué ideal: pasar con el niño pijo y caprichoso de Ángel Bosch todas las puñeteras vacaciones, sin volver a mi casa, a mis oposiciones, a mi anodina vida normal. ¡Qué gran idea para retenerme! ¡Qué inteligente por tu parte creer que al capullo de Bosch le iba a parecer de puta madre! ¡Madura, joder! —concluyó tras los sarcasmos.

La taquicardia del moreno aumentó por momentos, y le faltó el aire. A pesar de ello, habló:

—Lo hice porque estoy enamorado de ti... No soporto la idea de perderte...

Zenón, incrédulo ya a cualquier cosa que Ángel le dijese, negó con la cabeza.

—Tú solo te quieres a ti mismo. Y es lamentable intentar manipular mis sentimientos a ese nivel. Muy, muy lamentable.

—Es la verdad. Te quiero —volvió a sincerarse, con lágrimas en los ojos.

Zen le miró y flaqueó brevemente. El llanto también brotó de él.

—Adiós.

Salió por el portal y Ángel tuvo que dejarle ir.

Ángel, sumido en un eclipse que le dejaba sin luz, estaba tumbado sobre la cama de Zen, que aún mantenía su olor personal.

Llamó a su madre, pues necesitó hablar con alguien. Laura fue su primer pensamiento.

—¡Hola, cielo! ¿Todo bien?

Ángel se puso a llorar.

—¡Ángel! ¿Qué ha pasado?

—Se ha ido, para siempre...

—¿Quién? Por Dios, hijo, dime algo que pueda entender. —Se la notó muy nerviosa.

—Zenón se ha marchado a Madrid, me ha dejado...

—¿Qué? ¿Por qué?

—Nunca fuimos pareja, yo se lo pedí para comprobar que aceptabais mi homosexualidad... Y no le hizo ni pizca de gracia —confesó al fin.

—Ay, cariño... No era necesario.

—Pero es que yo sí estoy enamorado de él... Él de mí... no...

Laura se quedó callada un rato. Luego habló con claridad:

—Yo no sé lo que él te habrá contado, pero te digo que está enamorado de ti. Hay cosas que no se pueden fingir. Me di cuenta de muchos gestos, de muchas miradas. He visto la foto. Eso no se finge de ninguna manera.

—Si es cierto yo me sinceré y se marchó de todos modos.

—Algo gordo ha tenido que pasar para que se vaya de buenas a primeras. Y si no me lo cuentas... poco podré ayudarte.

—Le fallé como amigo e hice muchas cosas mal.

—Pues ya sabes cómo proceder.

—¿Qué...? —preguntó muy perdido.

—No dejes pasar el amor verdadero. Demuéstrale que es real y que no vas a parar hasta que lo entienda. Si luego decide seguir su vida sin ti, tendrás que aceptarlo.

Después de haber tomado la decisión de irse, Zen se subió al taxi que le estaba esperando en doble fila. Durante el camino a Sants, sonó en la radio *Rolling in the deep*, de Adele.

Su letra le hizo llorar en silencio, en la oscuridad ya de la noche y del taxi.

No podía estar con Ángel sin antes encontrarse a sí mismo y saber quién era. Por el momento decidió esconderse, esconderse de todo y todos.

Miró la foto del beso por última vez, la rozó con las yemas de los

dedos, y luego la borró de su vida para siempre.

*See how I leave
With every piece of you
Don't underestimate
The things that I will do
There's a fire starting in my heart
Reaching a fever pitch
And it's bringing me out the dark
The scars of your love
Remind me of us
They keep me thinking
That we almost had it all*

Capítulo 23

Ignasi terminó de meter la última caja en la *furgo* de su padre, que le prestó para la ocasión, y cerró las puertas. Eva y Ángel se apoyaron en la pared de la calle, agotados. Ella le dio un buen trago a la botella de agua.

—¿Cómo podías tener tantas cosas? —dijo en modo queja.

—Acumulamos mucha mierda cuando vivimos solos. —Ángel se echó a reír.

—La *furgo* y tu coche, madre mía —comentó Ignasi—. Bueno, ¿qué? ¿Partimos para Canet?

—Id tirando vosotros que estáis en doble fila. Yo voy a cerrar arriba y salgo del parking.

—Vale, pásame la ubicación de casa de tu madre.

Tras hacerlo e irse Eva e Ignasi, Ángel subió a lo que había sido su casa hasta aquel día. Miró el interior por vez última, y cerró tras de sí con doble vuelta. Bajó al coche y se fue definitivamente de allí.

Entre todos ayudaron a meter las cajas, maletas y bolsas en un suspiro, dentro del adosado. Ya hacía un calor más veraniego que primaveral.

Cenaron todos juntos, lo cual alegró los tristes días de Ángel sin Zenón presente. Allí tenía una hermana, una madre, un buen marido de su madre y dos amigos estupendos a los que trataría mejor.

Algo dentro de él estaba cambiado. Se sentía más fuerte para hacer frente a las nuevas cosas de la vida.

Eva e Ignasi volvieron a Barcelona con la furgoneta vacía, y entre los demás distribuyeron mejor los enseres de la mudanza. Al final, Ángel salió al jardincillo trasero y se estiró cuan largo era sobre una tumbona, a mirar el cielo despejado.

Aquel sería su nuevo hogar. Tenía que buscar trabajo y ayudar a su madre con los gastos. Durante el verano se prepararía para entrar en un módulo superior de Ilustración. Algo menos costoso que tener que pagar los costes universitarios.

Ya no era el niño pijo y con dinero ilimitado de antes, aunque tampoco hizo un uso excesivo de ese dinero, con ello pagaba la carrera de Derecho y otras cosas como el alquiler, la comida y algún capricho.

Zenón ya hacía una semana que no estaba con él, y lo echaba dolorosamente de menos. Sabía que por mucho que lo llamara o escribiese, él le tenía bloqueado en todas partes. Y no lo culpaba.

—¿En qué piensas? —le preguntó José.

—En las vueltas que da la vida. Hoy estamos en un sitio y mañana en otro.

El hombre se sentó en una silla de jardín, a su lado.

—Tu madre me ha contado lo de Zenón. Espero que no te moleste.

—En absoluto. También te considero mi familia. Eres el marido de mi madre y un buen padre para mi hermana.

—Todos hemos hecho idioteces de jóvenes. Aunque a Laura ya la conocí con treinta años, no te creas que le gusté a la primera. Menudo carácter se gastaba con los hombres. Inteligente, guapa a rabiar y buena chef. Odiaba a todos sus compañeros hombres.

—¿Os conocisteis en el trabajo?

—Sí. Yo era camarero por aquel entonces y no veas qué broncas me echaba por mi forma de tomar las comandas. No sé ni cómo se casó conmigo un año después.

—Algo harías, digo yo.

—El dueño la empezó a acosar sexualmente.

Ángel soltó un suspiro, hastiado ya de que aquellas mierdas machistas le pasaran todas a su madre.

—Pues ella se me sinceró una noche, tras el servicio. Me dijo que quería denunciarlo, pero que la justicia no le daría la razón al no tener pruebas. Que ya sabía mucho de todo eso por problemas en el pasado.

—¿Y lo denunciaste tú?

—Le pegué al tío. —José se echó a reír a carcajada limpia—. Le arreeé un puñetazo en medio del restaurante que fue épico. Cayó sobre una mesa con comensales.

—¿Y qué pasó?! —Ángel alucinó.

—Que me despidió, me puso una denuncia y echó a Laura cuando contó lo del acoso a todo el mundo. Pero así me la gané, sin quererlo ni beberlo.

—Me gustas más ahora.

—¿Qué hacéis, chicos? —Laura apareció en la puerta corredera—. Sofía ya está roque. Y tú deberías descansar, jovencito.

—Sí, señora —contestó José.

—Me refería al otro jovencito, carcamal cuarentón.

—Ahora entramos. Vete para la cama tú, por favor.

Laura supuso que le querría dar un consejo a Ángel e hizo lo que le pidió.

—Tú también pegaste a aquel tío, ¿no?

—Sí, pero en mi caso fue contraproducente. Y aún me duele la nariz.

—Bueno, la cuestión es que no puedes dejar que las cosas acaben aquí. Ya te lo dijo Laura, que hicieras algo. Muévete, vete a verlo, habla con él.

—No tengo ni idea de dónde vive. Además, me ha bloqueado. Su amiga Henar me ha dicho que no puede traicionar su confianza y yo no sé ya cómo...

—Tu padre lo contrató. Él sabe.

Ángel lo miró perplejo. ¿Cómo no lo había pensado antes?

—No me lo va a decir, me odia por ser gay.

—No te odia, solo que está acojonado. Ese hombre es un cabronazo, perdona que te lo diga.

—No, si opino igual...

—En fin, no te quedes parado, solo eso.

José se levantó de la silla y se estiró.

—Venga, a sobar. Hasta mañana.

—Hasta mañana, José...

Ángel miró de nuevo al cielo, sintió la brisa ya algo más fresca y tomó una determinación: al día siguiente su padre y él se tendrían que ver las caras.

Zenón, tras unos días ya en su casa, estaba inmerso en averiguar más cosas sobre sus verdaderos padres. Con la ayuda de Sebastián había conseguido el sumario del caso, ya que su madre no había guardado en casa nada con tal de proteger a su hijo de la dura verdad. Las pruebas físicas, y fotos de los hechos no estaban, así que tuvo que conformarse con leer el acta sumarial, que no era escasa.

Pudo saber entonces que su padre se llamaba Joel Heredia Ruiz, originario de Barcelona, pero con familia vasca. Y, resumiendo, era un pieza. Con apenas treinta y cinco años ya dominaba el negocio de las drogas en la ciudad condal, además de ser un proxeneta. Propiedades por toda Cataluña y distintos negocios para blanquear el dinero de las drogas y la prostitución.

Pero cuando mató a su mujer, Aia Borgen, se le pudo detener antes de lo esperado y juzgarlo por todo el tema de las drogas. También se añadió una pena por el asesinato. Sin embargo, a la Fiscalía del Estado lo único que le interesaba era el tema de sus múltiples posesiones, casas y la droga incautada, así como detener a todos los colaboradores y socios de Heredia. Las prostitutas fueron lo de menos, su madre un daño colateral muy afortunado para ellos porque lo pudieron detener.

Eso dolió a Zen muchísimo. Que las pobres chicas allí confinadas, prostitutas obligadas al fin y al cabo pues casi todas eran extranjeras sin

papeles, no importaran a nadie. Que su madre, Aia, no importase a nadie...

Esta era de origen Noruego, nacida en Oslo. El día de su asesinato tenía veintinueve años. Su marido la cosió a puñaladas tras haber matado ésta a un cliente y herido a su esposo con su propio revólver.

Sobre él mismo no había demasiado, solo que se llamaba Karol Heredia Borgen.

—Algo es algo —suspiró, tras dejar los papeles sobre la mesa.

La cabeza le dolía muchísimo, así que tuvo que tomarse un ibuprofeno e irse a la cama. El resto del sumario ya lo había mirado por encima y solo eran transcripciones de teléfonos pinchados, de testigos y un largo etcétera que a él no le servían.

Al menos ya tenía los nombres de sus padres y el suyo propio.

Miró el móvil un instante, por inercia. Tenía un mensaje de Henar:

«Hola, Zen. Espero que estés mejor. Solo quería que supieras que Ángel me ha preguntado por ti y me he mantenido firme como me pediste. Un besito».

Prefirió contestar al día siguiente. Aquella noche ya no podía más, sintiendo ganas de sollozar.

—Ángel... —gimió.

Recordó sus palabras, su declaración de amor.

—Todavía no puedo... Necesito estar solo y saber quién soy.

A la mañana siguiente despertó un poco mejor de ánimos y fue a hablar con un amigo suyo que trabajaba en la comisaría. En su momento él le tiró los trastos, aunque no fue capaz de darle mucha bola por el miedo que le tenía al sexo.

—¡Zenón! —lo saludó con una sonrisa de oreja a oreja tras verlo sentarse a su mesa, en la oficina de denuncias.

—Hola, Javier. ¿Cómo estás?

—Desde que has aparecido, mucho mejor... —se le insinuó—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Ha pasado algo? Te veo un poco de mala cara.

—Necesito un favor. Que me averigües algo de estas personas.

Le tendió un papelito con los nombres y apellidos de sus padres.

—¿Y eso?

—Son mis verdaderos padres. Sé que él ha muerto hace poco, así que sería más bien sobre su familia. Y ella... Lo que sea me vale.

—Ok, pero que no salga de aquí. Te llamaré en cuanto sepa cosas. Por lo demás, ¿qué tal te va? ¿No te fuiste a Barcelona a trabajar?

—Sí, pero ya terminé —respondió sin muchas ganas de decir nada más.

—Cuando quieras podemos volver a quedar, si te apetece... —volvió a insinuarse. Zen carraspeó, con la cara roja.

—Ahora mismo no me es posible, te pido disculpas.

Javier sonrió.

—Tenía que intentarlo. El soltero de oro. Es difícil alcanzar su corazón.

Zen sonrió pensando en Ángel y a la vez sintió pena. Después de aquello se marchó a casa de nuevo para mirar vuelos a Oslo.

Ángel fue al chalet familiar, a una hora en la que sabía que su padre estaría allí sí o sí. Entró con sus llaves, sin llamar, y se fue directo al saloncito.

Allí se encontró con Pedro, cosa que no le sorprendió en absoluto, pues era el hijo postizo que siempre desearon tener.

—¿Y mi padre? —preguntó, directo al grano.

—Ha ido al mueble bar a por...

Pasó de él y fue al salón principal. Gabriel Bosch se quedó perplejo al verle allí, aunque no se puso a chillar.

Pedro llegó también y Ángel le miró con cara de mala hostia.

—Puto capullo de los cojones, haz el favor de largarte. Esto es privado entre mi padre y yo. ¿Lo has entendido?

—¡No me hables así! —se defendió.

—¡Qué te largues!

Bosch le hizo un amago con la cabeza a Pedro, en silencio. Este último se fue con los puños apretados.

—Aquí tienes las llaves del piso en alquiler, del coche y las de esta casa.

Las fue tirando sobre una mesa contigua.

—Las tarjetas de crédito, aunque ya he visto que las has bloqueado, y el auto está ahí fuera para que hagas con él lo que te dé la puta gana. Ah, y el iPhone tampoco me hace falta. —Lo depositó también en la mesa.

Bosch no dijo nada, solo miró a su hijo con gesto serio, aunque sin la dureza habitual.

—Ahora me vas a decir dónde vive Zenón —exigió el chico.

—Eso no lo puedo hacer.

Ángel se sacó del bolsillo un papelito donde tenía apuntados varios nombres.

—Caso Piña. Muy original el nombre, por cierto.

La cara de su padre fue un poema.

—Ya te dije que sabía cosas de ti, y que no soy tan bobo como tú te crees. Por cierto, tengo más en la lista. Esto es sencillo: tú me dices dónde vive Zen, y yo no mando a la prensa ninguna piña.

—Mañana te haré llegar su dirección.

—Perfecto, ya puedes imaginarte dónde y con quién vivo.

Se dio la vuelta sin decir ni adiós. Se cruzó con la que había sido su madre, que le detuvo un instante.

—Espera...

Ángel se paró, aunque no la miró.

—Quiero que sepas que yo no te tiré por las escaleras, que fue un desafortunado accidente del que soy culpable. Te lo juro por Gabri... —Se le quebró la voz, a punto de llorar por los remordimientos.

—Estás perdonada —contestó. Fue hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

—Volqué mis frustraciones en ti, un niño pequeño. Me arrepiento de haber sido tan mala madre.

—Me vale si a partir de ahora nos llevamos mejor. Nos une el amor hacia Gabri, que es lo más puro que hay.

—Tienes razón... —La mujer le tocó la mejilla.

Al final, Ángel siguió su camino, aliviado de saber la verdad.

Fuera de la parcela lo estaban esperando Ignasi y Eva, pues ya era de noche y pedir un taxi desde allí hasta Canet, era arruinarse. Así que le hicieron el favor.

—¡Ángel! —Pedro lo llamó antes de que Ángel pusiera un pie fuera de la propiedad.

—¡Qué quieres!

—Eres un gilipollas —le soltó de golpe.

—Y tú un puto trepa que no le llegaba a mi hermana a la suela del zapato. Quédate con mi padre, todo para ti, ya que te falta el tuyo. Y vete a la mierda, Pedrete.

Salió y se metió en la furgoneta del padre de Ignasi.

Los tres partieron hacia Canet de Mar y vieron sonreír a Ángel de oreja a oreja.

—¿La tienes?

—Mañana me la manda. Ha sido bastante fácil en cuanto le he leído el primer caso de la lista.

—¿Cuándo se te ocurrió recopilar todas sus mierdas? —indagó Eva.

—Mientras vivía con ellos. Fui haciendo copias de sus cosas, por si alguna vez hacía falta. A ver, en realidad no tengo gran cosa. Me he tirado más bien un par de faroles, aunque es cierto que tengo cositas...

—Puto crack —admitió Ignasi.

—Bueno, ¿y ahora qué? —Quiso saber la chica.

—Me iré a buscar a Zen, ya de ya.

—¿Y no crees que puede sentirse agobiado?

—Solo quiero hablarle, que le quede claro que deseo pedirle perdón, que sepa lo que he hecho, y que le quiero de veras. Después de eso, la decisión será suya.

Sus amigos asintieron, y lo animaron.

Ángel, aquella noche, durmió con un poco más de esperanza.

Capítulo 24

Tras saber más datos sobre sus verdaderos padres, Zenón cogió el AVE de nuevo en dirección a Barcelona, y desde allí se iría a Oslo. Aunque Bosch le dijo que su familia paterna era como era, no quiso perder la oportunidad de saber más.

Tenía un tío, Aitor Heredia, que también había pasado unos años en la cárcel y no era un hombre de fiar. Y quedaba su abuela, de la cual no supo nada más que el nombre: Carme Ruiz.

Con aquellos datos, acabó en el barrio de El Raval, que no es que fuera de lo mejorcito de la ciudad condal. De hecho, la gente de por allí lo miró pensando que era un extranjero más bien perdido.

Llegó al edificio donde era de suponer que vivía su tío y tocó al timbre repetidas veces, hasta que una mujer le respondió.

—*Qui es?*

—Perdone, busco a Aitor Heredia.

—¿Quién eres? Mi marido no está.

—Soy su sobrino...

—Mi marido no tiene ningún sobrino. —Y le colgó.

Tuvo que volver a llamar de nuevo.

—¡Aquí ya no se venden drogas! —gritó la mujer.

—No vengo a por nada de eso, solo quiero hablar con él. Soy su sobrino Karol, hijo de Joel, el que ha muerto hace poco...

—*Un moment* —respondió en catalán, aunque Zen no tenía problema para entender lo más básico.

Poco después le abrió la puerta y Zenón subió tres pisos a pie, por unas escaleras bastante viejas, pues el edificio no es que fuera muy moderno, como todos los de aquella zona.

En la puerta lo estaba esperando Aitor, un hombre alto y bastante ajado por sus antiguas adicciones. Su esposa estaba detrás, observando.

Zen se quitó las gafas y sonrió.

—Buenos días —saludó, intentando ser cortés. Le tendió la mano a su

tío, que la cogió brevemente. Este le indicó que pasase.

Aitor miró al hombre de arriba abajo y asintió.

—Sí, sí, es mi sobrino, Anna —informó a su mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Es igual que Joel —dijo con hosquedad.

Zenón estuvo algo tenso al principio, de puros nervios.

Fueron todos a un saloncito con muebles viejos y se sentaron.

—*Vols aigua?* —le preguntó la señora, tras deducir que era un hombre sano en sus costumbres.

—Sí, *merci* —respondió Zen.

—Tráeme una cerveza a mí y luego nos dejas a solas.

Zen bebió del vaso, en cuanto Anna se lo trajo, y lo dejó sobre la mesa. Su tío abrió la cerveza y pegó un trago.

—¿Has venido por lo de tu padre? Tuviste muchos años para visitarlo en la cárcel —dijo con resquemor—. Murió muy jodido de todo.

—En realidad... No sabía que tuviera un padre hasta que me llegaron los papeles de defunción.

Aitor lo miró sorprendido.

—Legalmente soy Zenón de la Cruz.

—¡Ah! Ese apellido es de la puta fiscal.

Zenón se puso tenso al oírle insultar así a su madre.

—Le pido un respeto, es la que me crió. Además, perdí la memoria y no recuerdo cosas de mis padres, por no decir nada en absoluto.

—Tu abuela no tuvo nada que hacer para conseguir la custodia, no ante una fiscal que alegó de todo para quedarse contigo. A saber los chanchullos...

—No sé nada de todo eso, sinceramente.

—Pregúntale, y verás... Que te lo cuente ella.

—Murió de cáncer hace un tiempo... —contó con voz débil.

Aitor echó unas roncadas risas.

—No puedo decir que lo sienta. Mi madre sufrió mucho al no poder saber nada más de ti.

—¿Dónde está? Sé que aún está viva. Tal vez le dé una alegría. —Zen tuvo esperanzas.

Su tío puso cara de ceniza y negó con la cabeza.

—Es mejor que no...

—Pero...

—¿Qué no! —gritó Aitor—. Dime a qué has venido. Te doy el beneficio de la duda porque dices que no te acuerdas de nada. Y espero que no me estés engañando.

—Solo quiero saber más sobre mis padres, sobre esta rama de la familia.

—Pues tu abuelo era vasco, Aitor se llamaba. Vino a trabajar a Barcelona y conoció a mi madre, Carme. Tuvieron dos hijos, tu padre y yo. Trabajaron muy duro, pero qué le vamos a hacer, Joel se metió donde no debía y yo con él, el pequeño. He estado en rehabilitación mucho. No me drogo desde hace ya diez años y espero seguir así.

—Me alegro por eso —comentó con sinceridad.

—El resto de la familia paterna está en Euskadi y nos repudia, no tenemos contacto. La de mi madre... Pues ella es hija única. En cuanto a mí, tuve una niña que murió de sobredosis hace... diez años.

Zen entendió por qué había dejado la drogadicción.

—Lo lamento muchísimo —dijo, afectado.

—Gracias.

—En cuanto a tu madre, era noruega y vino de Oslo a estudiar o algo así. Joel siempre la tuvo sobreprotegida.

—¿Y pese a eso la prostituyó?

—No estoy orgulloso de Joel, la verdad. Lo de los estupefacientes, bueno... Yo era drogadicto. Pero lo de las prostitutas... No, no me gustaba nada ese asunto. No sé cómo Aia acabó cediendo, lo siento.

—No pasa nada, es suficiente...

Zen comenzó a tener un terrible dolor de cabeza.

—Una última pregunta: ¿sabes cómo me hice esta cicatriz?

Aitor lo miró y parpadeó un poco.

—No, lo siento.

El rubio supo de inmediato que le estaba mintiendo. Pese a ello asintió, aceptando la respuesta.

—Bueno, no quiero molestar más. —Se levantó dispuesto a irse y no molestar más.

Su tío no lo hizo, sino que se quedó sentado con los codos apoyados en las piernas.

—¿Vas a ir al cementerio a ver a tu padre?

—No —contestó Zen con contundencia—. Mató a mi madre a puñaladas.

—No te lo voy a reprochar. Solo quiero que sepas que durante sus últimos tiempos de enfermedad hepática... Preguntó mucho por ti. Como es lógico, no pude decirle nada al respecto.

—El karma es así —respondió Zen, sin muchos miramientos.

—Bien sé lo qué es eso —susurró, pensando en la muerte de su propia hija, que fue accidental y por su culpa. Cumplió condena por ello, pero ni mil condenas hubieran sido suficientes para recuperarla.

—Gracias por... atenderme. Ahora seguiré mi viaje hacia Oslo.

—Tus abuelos maternos no te quisieron nunca. Siento ser tan franco.

—Lo sé... Sin embargo, no se puede perder la esperanza y aún me queda un poco de eso. Encontrarse a sí mismo es complicado, sobre todo cuando lo desconoces todo.

Al final Aitor se puso en pie y llamó a su esposa.

—Anna, tráela —le ordenó.

—¿Seguro? —preguntó ella con reticencia. Su marido asintió, triste.

Zen no compendió nada hasta que vio aparecer los pies de una anciana, apoyados en los reposapiés de una silla de ruedas. Esta miraba al infinito y Zenón comprendió enseguida la situación.

—Es tu abuela, como habrás supuesto.

El hombretón sintió las lágrimas arder en el borde de los ojos. Se arrodilló ante ella y le cogió de una marchita mano, con mucho cuidado.

—Mira mamá, es Karol, tu nieto...

La mujer no hizo ningún movimiento, solo miró a Zen con sus ojillos escondidos por las arrugas.

—¿Qué le pasa? —Quiso saber Zenón.

—¿Joel? —Una vocecilla salió de la mujer—. Joel, hijo —gimió.

—No, soy Karol... —Intentó sacarla de su error.

—Joel... —La otra manita le tocó la cara—. Qué guapo estás. ¿Me has traído al niño?

El rubio entendió que padecía Alzheimer y se sintió fatal. Las lágrimas terminaron por saltar.

—Está en el colegio, mamá —le siguió el juego, cogiéndola de ambas manos.

—¿Y Aia?

—Pronto vendrán los dos a verte... Te lo prometo.

Carme sonrió mirando al que creyó su hijo, antes de que se girara hacia Aitor.

—Papá, ¿quién es este señor tan rubio?

Su hijo suspiró y le pidió a su mujer que se la llevara de nuevo a su habitación.

—Lo lamento mucho —se disculpó Zenón, limpiándose las lágrimas de la cara y barba.

—Aunque no lo creas, la has hecho feliz unos segundos... —Aitor sonrió un poco.

Zen se puso en pie, con la cabeza gacha y sollozando todavía, con la mano en la cara.

—Físicamente eres tu padre, menos por el color del cabello y los rasgos nórdicos, pero... tienes el corazón bondadoso de Aia.

—Gracias... Será mejor que me vaya. Gracias por todo —repitió con afectación.

Aitor y Anna lo acompañaron a la salida.

—No es que... no queramos saber de ti. Pero es mejor que tú no sepas más de nosotros y sigas con tu vida —le recomendó su tío.

Zen asintió sin decir más, y se fue bajando hasta la calle, aún con las mejillas mojadas.

Después de aquella experiencia tan intensa, Zen estaba bajo de defensas, así que cedió a sus propios deseos y se acercó a casa de Ángel.

Como no le abrió el portal, llamó a la vecina. Esta lo reconoció por la cámara y le dejó pasar. Al llegar al piso, la chica le esperó con la puerta abierta.

—¡Hola! Cuánto tiempo —saludó Zen.

—Sí... ¿Qué haces aquí?

—He vuelto a visitar a Ángel.

—Pero si se fue. ¿No te lo dijo?

Zen se quedó helado.

—Ah... no... Perdimos un poco el contacto.

—Ya sé que te fuiste muy enfadado, se os escuchó por toda la finca.

El rubio sintió mucha vergüenza.

—¿Y dónde está?

—Se fue a vivir con su madre, creí entenderle. Sus amigos y él hicieron la mudanza hace poquísimo. Siento no poder ayudarte más.

—Muchas gracias. Iré a verle allí... Adiós.

—*Adéu!*

Bajó a la calle, confuso. No, no iría a Canet, no le daba tiempo. Cogía el avión en tres horas y ya debía partir para el Prat. Así que caminó hacia el metro con algo dentro que le retorció el alma.

Quería verlo, volver a verlo y decirle que también le quería. Pero era mejor esperar un poco, a su vuelta de Oslo.

Mientras tanto, Laura y José acercaron a Ángel hasta el aeropuerto del Prat, donde cogería un avión hacia Madrid. El chico ya tenía en su poder la dirección. Su padre cumplió lo prometido.

Dejaron el coche en el parking y lo acompañaron hasta el control.

—Gracias por ayudarme a pagarlo —dijo mientras los abrazaba.

—Vuelve con novio, ¿vale? —bromeó Laura.

—Lo intentaré, al menos...

—Tú puedes, tío. —José le pegó un buen cachete.

—Os iré informando, tengo que irme ya.

Tras pasar el control, fue a uno de los múltiples baños del aeropuerto

para aliviarse. Luego buscó la puerta de embarque y subió al avión en hora.

Zen, en otra terminal, también esperaba coger su vuelo. Miró el móvil y desbloqueó el número de Ángel, con la intención de llamarlo. Lo pensó largo rato, con detenimiento. Al final no lo hizo, aunque tampoco lo bloqueó de nuevo, simplemente pulsó el modo avión. En Oslo no tenía *roaming* contratado, así que no hubiera podido hablar bien con el chico. Prefirió seguir escondido un poco más.

Capítulo 25

Antes de que Zenón aterrizase en el aeropuerto de Oslo-Gardemoen, Ángel lo hizo en el de Madrid-Barajas Adolfo Suárez.

El chico, con su pequeña maleta de mano, se dirigió hacia Rivas. Le costó un poco llegar hasta allí, pero consiguió hacerlo antes de que fuera de noche.

Dejó las cosas en el hostel y se encaminó hacia casa de Zen con el Google Maps del móvil. No estaba muy lejos de donde había cogido el hospedaje.

Con el corazón en un puño llegó al bloque de pisos y buscó el timbre.

«Mari Carmen de la Cruz-Zenón de la Cruz», leyó antes de pulsarlo.

No obtuvo respuesta tras intentarlo en tres o cuatro ocasiones, por lo que dedujo que no estaba en casa. Tal vez se había ido a cenar con alguien, o a dar una vuelta.

Decidió esperarlo y no entrar a pesar de que lo hicieron varios vecinos.

Cuando fueron pasadas las doce de la noche, estaba ya demasiado cansado y no pudo más, por lo que se volvió al hostel con bastante desanimo.

Se metió en la cama, puso a cargar el móvil y quedó dormido casi de inmediato.

Durante las mismas horas, en Oslo, Zen también fue al hotel para dejar sus escasas pertenencias. Sacó la libreta donde tenía apuntada la dirección de sus abuelos y su tía Kristin.

Sebastián le ayudó un poco con eso y, buceando por Internet, encontró a la que parecía la hermana de su madre en Facebook. Le escribió un mensaje privado para saber si eran familia y aquel sí les dio mucha alegría a ambos. Esta le proporcionó la dirección de sus padres, tras constatar que estaba hablando con su sobrino.

En todo caso, habían quedado al día siguiente en una plaza conocida del

Sentrum de Oslo. Aunque antes iría a visitar a sus abuelos, en una localidad cercana, Andebu. Allí tenían una buena casa pues ya estaban jubilados.

A Zen le dio por pensar en lo diferentes que eran sus dos familias. ¿Cómo habrían acabado juntos sus padres? Esperó que su tía se lo pudiera decir, pues no tenía mucha esperanza en que sus abuelos fueran a hablar demasiado del tema.

Poco después de ducharse, se metió en la cama y se durmió pensando en Ángel y en que, en cuanto volviera a España, lo llamaría. Podía haberle escrito, pues tenía WiFi en el hotel, pero prefirió esperar un par de días y poder contarle todo en persona.

Ángel, de buena mañana, volvió a la vivienda de Zen. Llamó con idéntico resultado. Tras dos horas de espera, volvió a llamar haciéndose pasar por publicidad y entró, algo confuso y enfadado por la extraña situación.

Tocó a la puerta y no abrió nadie.

—Te mato... —bufó.

Se sentó en las escaleras adyacentes y telefoneó a su madre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Que no está —contestó con enfado—. No abre abajo, ni arriba.

—Bueno, un poco de paciencia, habrá salido a hacer sus cosas.

—Llevo aquí desde las ocho de la mañana. Y ayer estuve hasta las doce de la noche plantado como un idiota. Me estoy enfadando muchísimo con él.

—No es justo, él no sabe nada.

—¡Porque me tiene bloqueado! Así que imagino que sigue enfadado conmigo, por lo que yo también tengo derecho a enfadarme con él tras tantos días igual.

—¿Quieres que lo llame yo? A mí no me tiene bloqueada. No lo he hecho hasta ahora porque querías solucionar la situación por ti mismo, cosa que me parece perfecta... Pero...

—Vale, solo para que venga de una vez. Luego ya me las apaño yo.

Ángel esperó un rato hasta que su madre le devolvió la llamada unos diez minutos después.

—Tiene el móvil apagado o fuera de cobertura. Le he escrito y no le llega el mensaje. Así que me da que me tiene boqueada también.

—Pues vaya mierda. Vale, gracias, mamá. Si sabes algo me avisas.

—Un beso, hijo.

—Un beso.

Colgó y bufó, cansando ya. A la hora de comer se fue un momento al bar de la esquina y volvió bocadillo en mano y refresco.

La vecina lo vio al salir y se le quedó mirando extrañada, pero no dijo nada y se fue. Cuando, al volver, se encontró al chico allí sentado, le preguntó:

—¿Esperas a alguien?

—A Zenón, el hombre que vive ahí...

—¡Ah! Qué buen chico es desde siempre. ¿Eres amigo suyo? —indagó.

—Sí, he venido a visitarlo —respondió, con cierta esperanza.

—Está de viaje, se fue ayer por la mañana. ¡No para! Ha venido de Barcelona hace nada y ya de vacaciones.

Ángel se quedó planchado.

—¿Y sabe cuándo vuelve?

—No, lo siento. Le diré que ha venido a verlo un amigo suyo. ¿Cómo te llamas?

Ángel se levantó sin responder al principio.

—¿Sabe? No le diga nada, ya le llamo yo. Quería sorprenderlo, pero no ha salido bien. —Echó unas risas tras decir aquello, pero por dentro se estaba quemando de rabia.

Así que de vacaciones. Qué bien poco le importaba todo a ese capullo.

Se despidió de la señora y se fue al hostel, a recoger sus cosas. Tenía el vuelo al día siguiente. Sin embargo, se miró otro para aquella misma noche.

No quería seguir allí ni un minuto más, perdiendo el tiempo con una persona que ya le había demostrado que todo le importaba una mierda.

Llamó a su madre y los avisó de a qué hora llegaba, sin dar más explicaciones.

Zen, por su lado, y ajeno a aquello, llegó a Andebu sin desentonar ni un ápice entre la población. Incluso se llevó algunas miradas de chicas con las que se cruzó.

Tener sangre nórdica le hizo sentir orgulloso. Le gustó su diversidad española, aunque viniera de un padre repugnante, y la noruega. Pediría la doble nacionalidad en cuanto le fuese posible y estudiaría la lengua oficial para poder comunicarse mejor con su nueva familia, aunque allí hablaban con mucha fluidez el inglés, el cual dominaba a la perfección.

El corazón le fue a cien al llegar a la casa de sus abuelos. Típica construcción noruega, cerca del campo.

Llamó a la puerta y le abrió una mujer de no más de sesenta y cinco años, con el cabello ya blanco. Un tono bonito pues había sido rubia y se notó.

Zen sonrió, sin quitarse las gafas de sol, y comenzó a hablar en inglés, con la esperanza de que le entendieran.

—Soy Karol, el hijo de Aia...

La mujer se puso tensa y no supo reaccionar.

—¿Me entiende? —Quiso saber Zen, al verla como perdida.

Ella asintió y le tendió una mano, temblorosa. Zen la asió con fuerza, sonriendo aliviado.

De pronto apareció un hombre tan alto como él, de aspecto severo. Ya estaba casi calvo y le pareció más mayor que su abuela.

Dijo algo en su idioma y su esposa soltó a Zen de golpe.

—Hola, soy Karol, hijo de Aia. Soy vuestro nieto.

—No tenemos ningún nieto llamado Karol, ni ninguna hija llamada Aia. Se ha equivocado usted, señor —le informó en un perfecto inglés.

Zen miró a su abuela, que le devolvió una mirada cargada de tristeza, arrepentimiento y culpabilidad.

—Estoy seguro de que no me equivoco. Vengo de España, y mi verdadero nombre es Karol y mi madre es Aia —insistió.

—¡Le repito que no tenemos ninguna hija llamada así, ni ningún nieto en España!

—Pero... —intentó hablar sin éxito, pues le cerró la puerta en las narices.

Zen se quedó bastante aturdido. Se dio la vuelta y caminó largo rato por el sendero que daba hacia el municipio, bajo árboles y rodeado de una campiña.

No iba a insistir, desde luego. Bosch ya le dijo que en su momento renegaron de él. Pensó que con el tiempo sería distinto, aunque no pareció ser así. Aunque dedujo que fue todo cosa de su abuelo, no de su abuela. Tal vez, con el tiempo, podría acercarse a ella a través de su tía Kristin.

Tras volver a la capital, comió a solas en un restaurante. Le resultó gracioso que le hablasen en noruego, ya que en España a veces le hablaban en inglés.

Miró el móvil por inercia, recordando al instante que no tenía conexión. Podía haber comprado una tarjeta especial para esos casos, pero por dos días no le pareció necesario.

Se moría de ganas por hablar con Ángel, contarle todo lo que había descubierto de sí mismo. No podía parar de pensar en él, de arrepentirse por haberse marchado aquel día en el que el chico le confesó sus sentimientos.

Podía, por fin, comprender su actitud egoísta, su necesidad de tenerle cerca.

Sonrió al recordarlo, aunque también sintió cierta tristeza por haberle hecho sufrir. Aquella misma noche le escribiría un mensaje, pensó con ilusión en ello.

Ya era hora de que partir hacia la cita con su tía, así que llegó con antelación y la esperó sentado en la cafetería que ella le dijo.

Una mujer de cabellos claros, no tanto como los suyos propios, y que le recordó a Renée Zellweger, lo miró unos segundos antes de caminar hacia él, con una sonrisa en la cara.

Se levantó de inmediato.

—¡Hola! —la saludó él.

—Hola, Zen —contestó ella, sentándose a su lado tras darle un abrazo.

Pidió un té para beber—. Bueno, ¿qué te parece Oslo? —indagó también con un perfecto inglés.

—Es muy bonito. Lástima que me tenga que marchar mañana. —Zen estaba muy nervioso.

—¿No puedes quedarte más tiempo? Ey, tranquilo...

—No, he de... He de arreglar muchas cosas en España. Pero volveré, no te quepa duda. Y espero que acompañado.

—¿Tienes pareja? —preguntó con curiosidad, tocándole el brazo en un acto de cercanía.

Zen titubeó un instante.

—No, no la tengo. Pero hay alguien a quien quiero... Un chico.

—Ah, ¿es español?

—Sí.

Zen sabía que en Noruega, los homosexuales estaban bien vistos desde hacía ya mucho tiempo, así que no tuvo reparo en hablar de sus gustos.

Le trajeron a Kristin su té, que tomó poco a poco.

Zen la observó. Tendría poco más de cuarenta y dos o cuarenta y tres años, a lo sumo.

—Yo estoy casada, y tengo un hijo de diez años.

—¿En serio? ¿Tengo un primo? —Se emocionó al saberlo.

—Oh, sí. Y os parecéis un poco. Va a ser tan alto como tú, aunque... En tu caso, te pareces más a tu padre.

A Zen no le extrañó, pues su tío también lo había dejado caer.

Kristin rebuscó en su gran bolso y sacó un sobre con fotos dentro.

—Mira, estos son Aia y tu padre Joel. Te pusieron Karol porque mi padre se llama así.

Zen recordó el incidente de horas antes, pero le dio igual. Por fin sabría cómo eran sus padres de jóvenes.

Aia era una belleza rubia, de cabellos blanquecinos algo ondulados, ojos enormes y de color miel, como los suyos. Y Joel, mucho más alto que ella, castaño de cabello ondulado y ojos rasgados. Sí, se le parecía bastante.

—Ella se fue con dieciocho años a Barcelona, en intercambio, para estudiar español. Allí se conocieron en una fiesta y se volvieron inseparables. Pero, por lo visto, tu padre ya traficaba con drogas a un nivel más bajo y ella no lo sabía. Se quedó embarazada. Mi madre insistió en que volviera enseguida, y ella... no lo hizo. Ignoro por qué...

—Entonces mi abuela sí la quería.

Su tía asintió con la cabeza.

—Cuando se fue yo tenía ocho años, nunca la volví a ver. Solo en estas fotos que me enviaba cada mes. En esta acababas de nacer. Mira qué bonito eras y que guapa estaba Aia...

La foto hizo que Zen rompiera a llorar como un niño, bajo las gafas de sol. Se las quitó para poder limpiarse los ojos bien. El corazón se le contrajo en el pecho. Primero miró la cara de felicidad de su madre al tenerle en brazos. Qué hermosa era. Y luego se miró a sí mismo: una bolita de queso con escaso pelito blanquecino y las mejillas arreboladas. Aquel sentimiento fue nuevo, y dulce.

Fue pasando fotos, hasta que se acabaron, muy emocionado de observar a Aia junto a él de niño.

—Un día dejé de recibir sus cartas, y sus fotos... Yo tenía dieciséis años. Mis padres me dijeron que estaba muerta, que tú estabas muerto.

—¿¿Cómo?! ¿Yo? —Aquello dejó perplejo a Zen.

—Mi padre nunca aceptó su vida en España. De hecho, yo no supe, hasta su muerte, que había sido prostituta de lujo, aunque fuera la mujer de Joel. Para mis padres eso fue una vergüenza. Así que... me mintieron.

—Por lo visto no quisieron mi custodia —se sinceró el hombre.

—Sí, ahora lo sé porque con los años mi madre me lo contó todo. También me imagino que esta mañana habrán renegado de ti y de Aia, si es que los has encontrado en casa.

—Los he encontrado... —contestó, con pesadumbre.

—Es cosa de mi padre. Tu abuela siempre te quiso. Eran otros tiempos y sola qué podía hacer si su marido se negaba en rotundo a traerte a casa. Y yo... con dieciséis añitos... menos aún contaba mi opinión.

—Lo entiendo, no te preocupes. De todos modos, yo... Tengo amnesia disociativa, la cual está causada por un trauma y se supone que es

temporal, aunque llevo ya veinte años sin recordar apenas nada. Como te conté por Facebook, ni siquiera era consciente de cómo me llamaba antes hasta que mi padre murió.

Ella sujetó la mano de Zen con fuerza.

—¿Quieres venir esta noche a cenar a casa? Conocerás a mi marido y a tu primo Brander —le propuso.

—Estaré encantado —aceptó con emoción.

Zen fue a devolverle las fotos, pero ella se lo impidió.

—Quédatelas.

—Pero...

—Las escaneé. Pienso que mi hermana hubiera querido que las tuvieras, eres lo que más amaba en este mundo. Y pienso también que, por su última carta, pensaba escaparse contigo y volver aquí. Porque me dijo que pronto nos veríamos y conocería a mi sobrino, el niño más bueno del mundo.

Aquello emocionó a Zen.

—A veces tengo pesadillas y pensamientos negativos con mi padre. Y pienso, ¿y si soy como él? ¿Y si hago daño a quien más quiero? ¿Y si ese mal suyo está intrínseco en mí y en mis genes?

Kristin lo observó un rato.

—Puede que la forma de tu rostro, de tus ojos, tus labios, tu cuerpo... sean los de Joel. Pero tu mirada es la de Aia. Y Aia era la chica más buena del mundo.

—¿Sabes cómo perdí el ojo? —preguntó con cierta esperanza.

Su tía negó con la cabeza, siendo sincera, y Zen asintió sin muchas esperanzas de averiguarlo a corto plazo. Era la única pieza que le faltaba por montar de aquel puzle.

Tras acabarse sus respectivas bebidas, Kristin le proporcionó la dirección de su casa, con la promesa de una buena cena y risas. Su hijo tenía ganas de conocerlo.

Aquella noche, Zen sonrió y rio con su nueva familia, que le acogió con los brazos abiertos. Su primo, de diez años, lo miró con admiración, y le estuvo enseñando llaves de judo ya que el crío daba la casualidad de que había empezado a practicarlo.

Kristin le enseñó las cartas, aunque al estar en noruego no entendió nada en absoluto. Ella se las tradujo.

La velada terminó y Zen prometió volver lo antes posible.

Se acercó al hotel, se duchó y se metió en la cama. Ya pasaba de medianoche. No obstante, quiso escribir a Ángel.

Se conectó al WiFi del hotel y le llegó un mensaje de Laura.

«Hola, Zenón. Ángel ha ido a Madrid a verte. Te está esperando en la puerta de tu casa. ¿Podrías ir? Gracias».

Zenón se quedó blanco, se levantó corriendo de la cama y encendió la luz, sin saber qué responder al principio.

«Estoy en Oslo, buscando a mi familia. Volveré mañana. Dile que llegaré sobre las tres de la tarde».

Luego escribió a Ángel:

«Tu madre me ha dicho que me estás esperando en Rivas. Estoy de viaje pero mañana ya vuelvo. Llego sobre las tres a casa, espérame, por favor. Tenemos mucho de lo que hablar y quiero pedirte perdón por haberte dejado así. Yo estoy enamorado de ti también, como un imbécil, desde que te vi por primera vez. Te quiero muchísimo».

Le dio a enviar y esperó ansioso a que le llegase. No fue así. Tras más de diez minutos, probó a llamar vía WhatsApp, sin éxito.

Volvió a escribir repetidas veces pero jamás le llegaban los mensajes.

Vio que a Laura sí, aunque no lo había leído. Era tarde, podría ser que estuvieran durmiendo ambos ya.

Aspiró y espiró con el corazón a cien. Dejó el móvil cargando y puso la alarma para no perder el vuelo al día siguiente.

No obstante, se despertó en varias ocasiones y miró la aplicación, que seguía igual, hasta que cayó rendido del todo agarrado al móvil como si se le fuera la vida en ello.

Lo que no sabía era que Ángel ya estaba en su casa y en su cama, dando vueltas sin poder pegar ojo. Su madre y José dormían ya hacía mucho, así como Sofía en el cuarto contiguo, porque la escuchó roncar.

Estaba tan enfadado, que había bloqueado a Zenón también. Que le dieran por saco. No quería saber nada más.

Le olvidaría como fuese y punto.

Capítulo 26

Ángel paseó un poco por la playa, bajo la luz de la menguante luna. Era su veinticuatro cumpleaños, el primero en muchísimo tiempo que celebraría en familia, aunque sin su hermana Gabri.

También pensó en Zen y suspiró, entre la desilusión y la nostalgia. No supo de él tras volver a casa, a pesar de que su madre le escribió. Pero por lo visto, Zen había bloqueado a todo el mundo con tal de no saber de él.

José y Laura habían cerrado el restaurante al público aquella noche por fiesta privada. Acudirían también Eva, Ignasi y Henar, que había sido muy amable siempre preguntándole qué tal estaba, por lo que decidió agradecersele invitándola.

—¡Ángel! —lo llamó Sofía, a grito pelado, desde la puerta del restaurante que daba a la playa privada, o así lo tenían alquilado su madre y José. Normalmente ponían mesas en la tarima flotante de fuera, o en la arena, con el permiso del ayuntamiento, previo pago, y si se cumplía la normativa.

Les había costado mucho tiempo tener un local como aquel, y era uno de los más famosos en Canet de Mar, por no decir el más popular.

El chico caminó de vuelta al edificio de dos plantas y entró, esperando que sus amigos ya hubiesen llegado. Al no encontrarlos miró el reloj y frunció el ceño.

—¿En serio? —se dijo—. Llevan una hora de retraso.

—Han ido a por tu regalo —le recordó Laura.

—¿No lo podían haber comprado antes? No sé, es lo normal. —Se enfurruñó.

—¡Hermanito! ¿Quieres ver la tarta? He ayudado a papá a hacerla —dijo con entusiasmo juvenil, agarrando al chico del brazo con fuerza.

—¡Au! —se quejó al sentir sus uñas.

—¡No, Sofía! No se saca hasta después de la cena y bien que lo sabes.

La muchacha bufó, dejando caer su peso muerto en una silla. Echó mano de unas patatillas, muerta de hambre que estaba ya.

—Voy a llamar a Eva, porque esto no me parece normal...

—Déjalo. —Laura le impidió hacerlo—. Seguro que ya están de camino.
Ángel comenzó a sospechar algo y se puso suspicaz.

—Aquí pasa algo... ¿Qué es?

—¿Pasar? Nooo. —Intentó disimular, pero se le dio fatal.

Justo entraron los tres que faltaban, animados como si ya llevaran un par de copas, a carcajada limpia. Sobre todo Henar y Eva que, por lo visto, habían hecho buenas migas.

Y lo hicieron sin una sola caja o bolsa de regalo, algo que dejó a Ángel más confuso si cabía.

—¡Buenas noches! —dijo Ignasi.

—¡Angelito! —empezó a decir Eva—. Perdona el retraso, venidos de recoger tu regalazo.

—¿Y dónde está?

—No te lo vamos a dar aún. Primero tendremos que cenar, charlar, sacar la tarta... —comenzó a enumerar.

—¡Quiero mi puto regalo ya! —exigió con los brazos en cruz y actitud chulesca—. Porque lleváis más de una hora de retraso.

Eva y Henar volvieron a partirse de la risa e Ignasi tampoco pudo contenerse. Sofia se mondó junto a ellos, pues estaba metida en el ajo desde el principio, tanto como Laura y José.

Un confuso Ángel los miró como si observara una panda de locos en el manicomio.

—No me jodáis con vuestras bromitas. Espero que sea un regalo de verdad y no una chorrada de esas de abrir muchas cajas para nada, una dentro de la otra.

—Este es fácil abrirlo. —A Henar le dio un ataque de risa que lloró y todo.

—Enorme, es... enorme el regalo. —Eva la siguió en la broma.

—Te va a encantar, hijo. Todo fue idea mía.

Ángel comenzó a agobiarse bastante.

—¡Dejad de torturarme! —pidió con angustia. No estaba para tonterías, ni bromas. Solo quería pasar un rato agradable con las personas queridas, aunque Gabriela le faltase.

—Creo que ese regalo... Soy yo.

Una voz conocida a su espalda le hizo poner la piel de gallina al cumpleaños. No se giró al principio, incrédulo y con el corazón a cien.

—Feliz cumpleaños, Ángel.

Este se giró a medias y miró de reojo a Zenón, que estaba allí plantado con un floripondio en el pelo y varias bolsas llenas de regalos.

—Lamento el retraso. Un problemilla con el avión... —intentó disculparse.

Las risas cesaron de inmediato al darse cuenta de la tensión que había entre ambos, o más bien por parte de Ángel, que parecía irradiar algo parecido a odio.

—Te he... comprado la tableta gráfica que querías, y las gafas 3D... ¡Oh, vaya! La acabo de cagar, se supone que era sorpresa... —balbució Zen, cada vez más acongojado.

Ángel le dio la espalda y gritó:

—¡Pues vaya regalo de mierda me habéis traído! ¡No lo quiero! ¡Ni ese, ni ninguno, ni cena, ni tarta, ni hostias! ¡Gracias por joderme el cumpleaños!

—¡Deja de comportarte como un crío! —le chilló Ignasi, indignado, el cual casi nunca alzaba la voz. Ángel se quedó sorprendido, pero frunció más el ceño después.

—¡No quiero saber nada de ese! —concluyó, saliendo por el lateral del restaurante, por encima del entarimado de madera

Se fue hacia la derecha, a una zona más apartada cerca de una pared lateral, y se sentó, apoyando los brazos en las rodillas y bajando la cabeza entre las piernas.

Zenón se quedó bastante en shock. Se esperaba una reacción algo adversa, pero no tal explosión. Se llevó la mano al lazo atado al pelo y se lo quitó.

—No ha sabido de mí en dos semanas, entiendo que esta forma no fue buena idea. Lo siento, Laura... —le pidió disculpas por la opinión.

—No, Zenón, no me pidas perdón, porque el capullo que tiene que pedirlo está ahí fuera.

La mujer, indignadísima, se dirigió hacia la playa.

—¡Laura, espera! Dejémoslo un rato —rogó el rubio, ante la mirada de los presentes—. Será mejor que me vaya.

—Tú no te muevas de donde estás. Voy a pedirle que vuelva y que hable

contigo. Tenéis que afrontar lo que sentís y ya está bien de niñerías, que sois dos hombres hechos y derechos.

Laura, más decidida que nunca, salió en búsqueda y captura de su hijo.

Ángel, apoyado en el coche de su madre, se estaba comiendo la cabeza con lo que debía o no hacer.

Estaba enfadado con Zen por haberlo bloqueado y largarse de viaje como si tal cosa. Se sintió estúpido por seguirlo hasta su casa para, al menos, hablar como adultos. Pero no, ese capullo rubio estaba por ahí.

—¡Ángel! ¿Pero qué te pasa? —indagó su madre al llegar hasta él. Su hijo se removió, incómodo.

—Déjame tranquilo o me largo —fue tajante.

—No estás en posición de exigirme nada. ¿Qué te has creído? —Ella lo agarró del brazo y le dio la vuelta hacia sí—. A mí no me hables como lo has hecho ahí dentro a tus amigos. ¿Te ha quedado claro?

La expresión de Laura lo acojonó, así que asintió en silencio y con la cabeza gacha, como un niño pequeño amonestado por su madre.

—Te lo hemos traído. ¿No es lo que querías? ¿Volver a verlo?

—Ese cobarde idiota ya no me importa.

Sus palabras no coincidieron con las lágrimas que corrían por sus mejillas y que se apresuró a limpiar.

—Vamos, eso no te lo crees ni tú —dijo ella con franqueza—. Entre todos te hemos preparado esto, sí. Somos culpables de joderte el cumpleaños, como bien dijiste, sí. Pero por tu bien, porque si no ibas a seguir adelante como una amargado, con una cuenta pendiente y enamorado de Zenón hasta las trancas.

—Se fue por ahí sin importarle mis sentimientos, y me bloqueó.

—Estás equivocado. Te desbloqueó, y al no poder ponerse en contacto contigo lo hizo conmigo, ya que yo sí le escribí. ¿Recuerdas? Sus razones para estar fuera del país que te las cuente él cuando hagáis las paces.

—Mamá. Te respeto lo que más. Pero es que no quiero verlo, ni escuchar sus historietas. Así que te pido, os pido a todos, que le digáis que se vaya y luego volveré como si nada hubiese pasado aquí. Celebraremos mi cumpleaños y ya está.

Ángel siguió en sus trece.

Luego se alejó de ella y se puso a correr un poco, para irse más rápido.

Laura lo miró y pensó: «no sé quién es más cobarde de los dos, no sé quién es el que más se esconde. Ese chico no supo afrontar la situación en su momento, y Ángel no sabe superarla ahora. El amor no es difícil, sino que lo hacemos complicado nosotros».

En el restaurante, Zen se sentó en una silla, y bebió un poco de cerveza que le trajo José.

—Bebe, hombre. A ver si así te llega la valentía.

—Fue mala idea presentarme así, sin que supiera de mí antes.

—Sí, mi mujer tiene ideas pésimas.

—¡Te he oído! —exclamó ella al poner el pie dentro del local.

José se puso tras Zen, para protegerse de alguna patadita en el culo o colleja en el cogote.

—En absoluto fue mala idea. Solo retrasamos unos días el reencuentro, como sorpresa de cumpleaños. Lo que pasa es que Ángel es más cabezón que yo.

Zen, en esos instantes, recordó brevemente lo sucedido.

Tras dormir fatal, miró los mensajes enviados la noche antes. A Ángel no le llegaban, ni veía su foto, así que le tendría bloqueado. Le estaba bien merecido por hacerle lo mismo. La que sí le respondió fue Laura, y le contó que Ángel ya estaba en casa, durmiendo, con una buena decepción a cuestas.

Quedaron en que, como su cumpleaños estaba a la vuelta de la esquina, lo mejor era esperar a ese día y mentir un poco a Ángel.

—Pese a todo sigo pensando que es mala idea y debería irme a un hotel, o algo...

—Zen —dijo Henar, interrumpiéndole—, no puedes seguir escondiéndote de esta forma. No entiendo qué te da tanto miedo. Lo peor que te puede pasar es que te rechace, que ya lo ha hecho al fin y al cabo, al igual que lo hiciste tú en un momento de estrés y ansiedad.

Zenón recapacitó y se puso en pie, pegando un buen trago a la cerveza, que apuró hasta el final.

El brazo delgado de Ignasi le rodeó por el cuello, y un cuchillo de

restaurante se posó en su pecho, sin hacer presión.

—Como vuelvas a hacer infeliz a mi amigo... Te rajo.

Luego lo soltó, dejando a Zen sorprendido.

Apareció Sofía, con los bracitos en jarras, y se le acercó mirando desde muy abajo, como cuarenta centímetros más cerca del suelo.

—Grandullón cobardica, si se te ocurre fallar de nuevo a mi hermanito, me las pagarás porque te daré una paliza.

La diferencia física no pareció ser un problema para ella.

—Te prometo que no le volveré a fallar.

—Pues entonces sal ahí y desvírgalo —soltó como si tal cosa.

Henar y Eva se echaron a reír, y José se llevó una mano a la sien.

—Zenón, ven conmigo —pidió Laura, que salió a la zona de la playa. El hombre la siguió.

—Lamento tantas molestias...

—Dame la mano —demandó, rebuscando algo en los bolsillos de su vestido. De pronto plantó su mano sobre la manaza de Zenón, que se quedó helado al ver lo que ella le había dejado allí.

—¡Sal ahí y sé un hombre, machote! —Laura pegó un buen mamporrazo en la espalda de Zen, que casi cayó de bruces al trastabillar con la escalerilla.

Después, ella se metió en el restaurante como si tal cosa.

Zen miró su mano y vio preservativos tamaño grande en ella. ¿Por qué todos presuponían que era un hombre «bien dotado»? Aunque estaban en lo cierto. Había otros más pequeños también. Para Ángel, imaginó.

Los guardó con rapidez en el pantalón, más avergonzado que otra cosa, y buscó a Ángel.

Lo encontró a lo lejos, fuera del perímetro privado, donde más oscuridad había.

Aún no hacía tanto calor como para que fuera temporada alta completa. De hecho, el fresco hizo temblar a Zen, o tal vez fueran los nervios.

Tragó saliva, aspiró fuerte y se sentó al lado de Ángel, que lo miró con cara de pocos amigos.

—Ángel, quiero hablar contigo y explicártelo todo —le pidió.

El chico le echó otra mirada furibunda.

—Todos mis cumpleaños han sido una mierda. Pensé que este lo sería más aún sin mi hermana Gabriela. Luego todo cambió cuando mi madre me propuso celebrarlo. Al fin, un cumpleaños en familia con las personas que más aprecio. Pero has tenido que jodérmelo apareciendo.

—Lo siento... —susurró Zen, sin dejar de mirar a Ángel con cara de enamorado hasta las trancas—. ¿Sabes que cuando te enfadas me pones un montón? Ya te lo dije una vez...

Ángel apartó la mirada, taquicárdico.

—Vete, largo. Y que esta vez sea la definitiva.

—El pelo así, más largo y suelto al natural, te queda muy bien. Estás muy guapo.

Zenón le pasó el brazo alrededor de la cintura. Aquello le dio un vuelco al corazón a Ángel, que también sintió su estómago encogerse.

—Me encanta tu cintura estrecha, puedo estrujarte, y olerte. —Zen comenzó a dejarse llevar, atraído por su aroma y su calor, por el anhelo de hacer todos sus deseos realidad.

Ángel tembló, su respiración se disparó como loca y comenzó a respirar agitadamente.

—Si no te callas te partiré la cara... —susurró en un tono de deseo.

Zen le sujetó bien por la cintura, apretándolo contra su pecho, lo que hizo gemir de manera involuntaria al moreno.

Con la otra mano, el hombretón le retiró el cabello de la cara y deslizó las yemas por el rostro, hasta la boca, donde introdujo un poco los dedos, abriendo sus labios carnosos y calientes.

Ángel fue incapaz de resistirse y le lamió los dedos dejándose llevar. Aquella señal fue suficiente para que Zen atrapara su boca hambrienta y le diera todo lo que estaba deseando, como su lengua.

Zenón terminó por tenderlo sobre la arena fría y ponerse encima, frotando la pelvis contra la del chico. Las manos de Ángel serpentearon por la ancha espalda de Zen, hasta llegar a sus glúteos prietos. Los apretó con fuerza, arrancando un placentero gemido de él.

Fueron incapaces de no comerse la boca el uno al otro.

Ángel le rodeó con las piernas y los brazos.

—Me gustas desde que te vi salir del ascensor y esos ojos verdes me miraron —musitó Zenón, parando para tomar aire, pero sin dejar de besar sus labios hinchados—. No te veo como un crío, ni solo como un amigo. Te veo, te siento como un hombre. Y deseo follar contigo desde hace mucho... —se atrevió a decir el rubio, dejándose llevar como nunca antes en toda su vida. Sin miedos, ni complejos, ni dolores en la cicatriz.

Ángel, en vez reaccionar bien se lo tomó a mal, para variar, empujándole.

—¡Y por qué te follabas al capullo de Daniel! —estalló.

—No nos acostamos más que una vez y solo me hizo una mamada. Pensé en ti todo el rato.

—¡Eso no me consuela! —Se resistió un poco, adrede.

—Creía que no podía estar contigo, que eras hetero. Lo hice ya por desesperación. Olvídalo ya, por favor, cariño... —le susurró en el oído, mientras que con la mano le tocó en la abultada entrepierna.

—No me toques la polla, que me duele... —jadeó Ángel.

—Yo te la aliviaré...

Zen fue bajando por su abdomen al descubierto, y desabotonó con cuidado sus pantalones, hasta dejar que aquella erección pudiera ser libre. Deslizó la lengua por el glande, arrancando un jadeo estremecedor a Ángel.

Este se giró, muerto de la vergüenza al recordar que estaban en la playa, aunque en una zona a oscuras.

—Para, no podemos continuar aquí. Si vienen los Mossos estamos bien jodidos... —La preocupación fue real.

—Vale, tienes razón. Dime dónde podemos ir a costarnos, cariño. —Zen estaba muy desesperado. A él sí que le dolía la tremenda erección presionada por los pantalones.

—No voy a acostarme contigo porque a ti te dé la gana —dijo, muy digno—. Perdiste la oportunidad cuando fui a tu casa y estabas vete a saber dónde.

—Puedo explicarlo: estaba en Noruega, buscando a mi familia biológica. También fui antes a buscarte al piso donde vivimos y ya no estabas.

Ángel empezó a calmarse.

—Tu madre ideó esto para que nos reencontráramos de una vez, aclarásemos nuestras diferencias, los malos entendidos... No tenía mucha esperanza de recuperarte. Pero si he venido es porque estoy enamorado de ti.

Lo estoy casi desde el principio —confesó del tirón, sin miedo.

El joven lo miró desde su posición, bajo él, y le acarició la barba con suavidad, rascándola. Eso arrancó una sonrisa a Zen.

—¿Y por qué, cuando te dije que te quería, te fuiste...? Ni te imaginas lo que sufrí.

—Sí lo imagino, porque yo sufrí igual. En ese momento no era yo, no tenía ni idea de quién habitaba mi cuerpo. Ahora lo sé, he vuelto plenamente consciente de quién es Zenón. Y estoy preparado para afrontar el mayor reto de mi vida, que es pasarla contigo si tú me dejas.

Ambos se pusieron a sollozar, de emoción.

El corazón de Ángel se abrió y eso le hizo soltar un largo suspiro.

—Por favor, dame una oportunidad de demostrarte lo mucho que te amo. No me iré de tu lado nunca más.

—¿Me lo prometes? —Zen asintió con un susurro, antes de tomar sus labios de nuevo. Le dio un beso largo y profundo que el moreno disfrutó con plenitud.

Zen se apartó un poco y sonrió, mirándole.

Ángel deslizó los dedos por su cicatriz, sin que el rubio se lo impidiera.

—Yo también estoy enamorado de ti —le confesó, ya sin miedos, ni dolor—. No deseo que te escondas más de mí. Quiero curar todas tus heridas, las de dentro y las de fuera.

Zenón sujetó la mano de Ángel, apretándola contra su cara marcada.

—Qué bonito, maricones. —Una voz distorsionada les habló desde arriba.

Ambos pegaron un bote por lo inesperado de la situación. Se quedaron blancos, y se les heló la sangre ante lo que vieron:

Un hombre, todo vestido de negro de arriba abajo, con un pasamontañas que tan solo dejaba entrever sus ojos en la oscuridad de la noche, los estaba apuntando con una pistola sin titubear.

Capítulo 27

—¡Vamos! ¡Moveos, maricones de mierda! —les espetó moviendo la pistola con un gesto amenazante.

Ángel se levantó rápido y enfadado.

—¡Si esto es una broma no hace ni puta gracia! —le chilló.

Zen se le puso delante en un acto reflejo.

—Shhh —susurró a su compañero, consciente del peligro real.

—A este maricón de aquí no me importa pegarle un tiro, porque me estorba.

Acto seguido caminó hacia ellos y apretó con fuerza el cañón de la pistola en la cara de Zen. Este se mantuvo con la mirada al frente, sin cruzarla con el hombre, y con los brazos sujetando a Ángel tras su cuerpo tenso.

Ángel se dio cuenta de que no era ninguna broma.

—Y, ahora, caminad hacia aquella furgoneta. ¡Vamos!

Ángel pasó delante, dirigido por Zenón en todo momento. Este último notó en la espalda la pistola, empujando hacia el callejón de carga y descarga del restaurante.

El tipo abrió una puerta y los instó a subir.

Zen, antes de hacerlo, susurró:

—Si le haces algo te mataré... aunque me vaya la vida en ello.

—Eso ya lo veremos. ¡Sube! Y ahora dadme lo móviles.

Ambos secuestrados se los dieron y el individuo los guardó en un bolsillo, tras apagarlos para que nadie los rastreara.

—¿Qué quieres de nosotros? —se atrevió a preguntarle Ángel.

—De este nada —dijo refiriéndose a Zen—, pero de ti quiero el dinero de tu padre.

—No va a darte nada por mí, me odia.

—Tendremos que probar, y si no cuela, pues... dos maricas menos en el mundo.

Cerró la furgoneta de golpe y luego sintieron que se subía y la ponía en

marcha.

Era una de esas furgonetas sin cristales, por lo que se quedaron a oscuras del todo, a merced de los movimientos inesperados, giros, rotondas, acelerones y frenazos.

Ángel estaba temblando de miedo, porque fue imposible seguir aguantando.

—¿Y si nos mata? Mi padre no va a pagar por nuestras vidas.

—Sí lo hará, no te preocupes. No es un insensible, aunque te lo parezca.

Zen pensó que era más probable que él no saliera de esa a que no lo hiciera Ángel.

—Zen, no es la noche de sexo que esperabas, ¿eh? —intentó bromear al sentir la voz de Zen temblorosa. Este lo estrechó más contra así.

—Es la mejor noche de mi vida, porque estoy con la persona que amo y que me ama. Aunque el lugar y las circunstancias no sean del todo románticas... —bromeó también.

Ángel se le abrazó con todas las fuerzas que tenía y se echó a llorar, de puro miedo.

—Antes de conocerte estaba frustrado y perdido. Inmerso en un desconocimiento de mí mismo que me impedía avanzar. Mi cabreo con el mundo iba aumentando a medida de que la enfermedad de Gabri empeoraba, y mis padres me... trataban fatal. Y entonces llegaste tú y removiste los cimientos de esa vida triste. El tío más genial, buena persona y buenorro que había visto en toda mi vida —confesó, con una leve risa—. Y que no se fijaba en mí por más tonterías que hiciese para llamar su atención. Por Dios, perdóname por lo del examen. Solo quería evitar que te fueras y mi cerebro de idiota no dio para más.

—Si alguien es idiota aquí soy yo, que no me enteraba de tus indirectas, que se pensaba que solo eras un chico extravagante y cariñoso a la vez, que tenía una extraña forma de expresarse. Pero el problema fue mi incapacidad para creer que alguien como tú se enamorara de alguien como yo... Y es que te quiero tanto...

Ambos se besaron con fuerza, varias veces.

—Te quiero tanto, Ángel, que si te pasara algo me moriría...

—Me sucede igual. Ese sentimiento de incertidumbre me desespera. Por favor, cuéntame qué has averiguado sobre tu familia. Necesito no pensar en a

dónde nos lleva ese pirado.

—Claro...

Zen le fue relatando primero el encuentro con su tío y su abuela enferma. Le explicó que su padre, Joel, había sido una persona horrible que mató a su mujer a puñaladas. Que Bosch fue el abogado y su madre adoptiva, Mari Carmen, la fiscal.

—¿Mi padre? —Ángel se quedó perplejo.

—Así es, por eso nos conocía a mi madre y a mí.

—El abogado del diablo, para variar.

—Era su trabajo, cariño. Y según me dijo, hizo más bien un trato poco ventajoso. Le debió de hacer creer a mi padre que era lo mejor. Así que, dentro de lo que cabía, hizo justicia a su modo.

—¿Y la familia materna? —Prefirió cambiar de tema.

—Mis abuelos, o más bien mi abuelo, reniegan de mí y de mi madre. Mi tía Kristin, en cambio, fue muy simpática y hasta tengo un primillo. Me contó lo que su hermana le escribía, y me dio muchas fotos de mi madre y de mí en distintas épocas. De bebé estoy para comerme. Al menos sé que ella me quiso con todo su corazón...

Las lágrimas le rodaron por las mejillas, Ángel lo notó en la oscuridad. No pudo parar de besarlo en la cara, los párpados y los labios, compartiendo con él la humedad del llanto.

—Gracias a ti... tengo familia. Una madre, una hermana, un José que me aprecia de veras, y amigos incondicionales que no sé cómo me soportan.

—Y yo ya estoy en paz y tengo suficiente con quien soy ahora —musitó Zen en la oreja de Ángel—. Tú me complementas.

La furgoneta comenzó a dar bandazos, así que supusieron que el tipo había dejado la carretera para meterse por algún lugar con asfaltado defectuoso o carente de él.

—Los demás tienen que darse cuenta de que hemos desaparecido —dijo esperanzado Ángel.

—Seguro que llaman a los Mossos d'Esquadra.

Pero no las tuvo todas contigo, pues lo probable es que pensarán que se habían ido a alguna parte para estar en la intimidad. Al menos durante un buen rato.

La furgoneta se detuvo, los nervios se dispararon y la puerta se abrió. Otra vez aquel cañón los apuntó sin titubear.

—Salid —ordenó el hombre.

Lo hicieron midiendo cada uno de sus movimientos, por si era de gatillo fácil.

Ignoraban el grado de locura de aquel secuestrador.

—¡Caminad hasta la casa!

Lo hicieron sin rechistar, dirigidos hasta una edificación a medio terminar en una parcela de a saber dónde. La única luz era la de la luna. Anduvieron con cuidado entre escombros y materiales de construcción.

El tipo abrió y los condujo escaleras abajo, a la zona del sótano, donde había un pasillo mal iluminado con dos puertas. Los obligó a entrar en una habitación con un colchón en el suelo. También había una botella de agua sin abrir. Pero nada más.

Zen pensó en reducirlo de alguna manera, con sus conocimientos de Judo, aunque se esperó no fuese a ponerse agresivo o salir mal. La prudencia ganó la partida. No se perdonaría jamás que le sucediese algo terrible a Ángel.

—Estaos calladitos, y nadie resultará herido. Todavía —dijo al final, para ponerlos más nerviosos.

—Si nos haces algo no vas a cobrar nada —le contestó Ángel.

El tipo levantó más el arma y apretó el gatillo sin titubear ni un segundo. Un sonido muy fuerte rebotó por las paredes y les hizo cerrar los ojos en un acto reflejo.

El disparo atravesó el brazo izquierdo de Zen e impactó contra la pared del fondo. El casquillo acabó por el suelo.

Zen cayó de lado sobre el colchón, agarrándose con fuerza el brazo, y moviendo las piernas en señal de dolor insoportable. Pero no chilló, ni emitió más sonido que una respiración acelerada.

El chico, impactado por lo rápido que había sido todo, reaccionó y se puso sobre él, intentando calmarlo.

—Joder... —fue lo único que salió de la boca de Zen.

La sangre mojó su camisa de manga corta y el colchón, con un color rojizo oscuro.

—Lo siguiente será reventarle la cabeza a ese marica, como si fuera un melón.

Tras la amenaza, cerró la puerta de metal y pasó los pestillos exteriores.

—¡Zen! Joder, joder... —La respiración de Ángel se disparó—. Perdóname, es culpa mía.

—Es culpa de ese puto cabrón —gimió apretando los dientes ante el intenso dolor—. Ayúdame a sentarme —pidió.

Zen terminó apoyado en la pared, con la mano apretada en la herida.

—Necesito taponar esto como sea.

—Sí, sí. —El moreno se quitó la camiseta de tirantes y la rompió para usarla como venda, expulsando antes de arena. La anudó fuertemente alrededor de la herida, para así taponar esta hasta que pareció dejar de sangrar.

Fue a por la botella de agua, que comprobó estaba cerrada, y bebió antes por si notaba un sabor raro. Todo pareció normal, así que se la dio a Zen, que tenía la boca seca.

Observó la sangre que había empapado su camisa, y también manchado el colchón. Luego lo miró a él y pasó el brazo por su cuello para que pudiera apoyarse de forma más cómoda, en su pecho. Sintió temblar a Zen.

—¿Tienes miedo?

—Tengo frío...

Allí la temperatura era mucho más baja y Zen comenzó a tener fiebre casi de inmediato y a ponerse pálido. No pudo mover el cuerpo, así que su compañero lo ayudó a tumbarse para que no se marease más con la bajada de tensión.

—Joder, voy a matar a ese cabrón. Lo juro —prometió Ángel, angustiado y enfadado.

—No cometas locuras, esté yo consciente o no, te lo pido por favor...

—Ojalá no hubieras venido, ni me quisieras. Ahora no tendrías que pasar por esto —gimió, con la garganta tomada por el llanto.

—Estoy justo donde quiero estar; contigo. Y prefiero mil veces tener que pasar por esto junto a ti. Solo de pensar en que... te habría secuestrado solo. Aquí solo... No, yo quiero estar aquí...

A Zen la voz se le fue apagando y le resultó dificultoso seguir.

Ángel intentó que siguiera consciente.

—Ojalá pudiéramos hacer el amor... En este lugar o en cualquier sitio —susurró el chico, acariciando su cara macilenta.

—Soy virgen... Un tío virgen de veintiocho años. —Rio levemente.

—Yo te desvirgaría ahora mismo si pudiera. No sabes lo muy cerdo que me pones. El día que dormiste conmigo la primera vez, deseé besarte esos morros tan sexys y sentir tu barba.

—Y yo deseé meterte mano la noche anterior, cuando te desnudé porque estabas empapado y frío. Al menos algo pude...

—Me masturbé pensando en ti antes de irnos a la fiesta, porque ibas tan guapo... Y me dijiste aquellas cosas...

—Y yo lo hice el día en el que te desnudaste delante de mí adrede, en la cocina. Cuando apareciste casi me da algo, con la toalla en la cabeza.

—Somos idiotas —admitió Ángel, abrazándolo más, acurrucado a su lado.

—Tu madre me dio preservativos, y te juro que si no fuera peligroso, hacía el amor contigo aquí mismo.

—Hagámoslo... —susurró Ángel, deslizando su mano por debajo de los pantalones de Zen, sintiendo su sexo y rodeándolo.

—Es peligroso, me falta sangre. Si se me va toda ahí me puedo desmayar... Y la tengo muy grande.

Tuvo lógica, así que Ángel dejó a su presa.

—Pero te lo puedo hacer yo a ti, la mano derecha me funciona. —Zen sonrió bajo la mortecina luz de la habitación.

Ángel lo besó con fuerza y le metió la lengua. Luego se bajó los pantalones y la ropa interior, hasta despojarse de las prendas.

—Ponte un preservativo, hay en mi pantalón.

—Vale, esto está muy insalubre...

Lo hizo y la mano de Zen sujetó su sexo erecto y comenzó a frotarlo con cadencia, sintiendo cómo se hacía cada vez más grande entre sus dedos. El glande enrojecido estaba sensible, preparado.

—Oh, Dios, Zen... Así... —murmuró antes de volver a su boca ansiosa.

Ángel gimió con cada vez más fuerza, pues estaba muy cachondo desde hacía ya mucho tiempo.

—¿Te gusta así? Mi ángel, mi precioso ángel de alas negras... —Zen comenzó a delirar y perder un poco el sentido de la realidad. Le dio la sensación de que unas plumas oscuras lo rodeaban.

Ángel se corrió con fuerza, expulsando su semen en varias ráfagas. Luego se quedó tranquilo al fin.

Buscó un pañuelo que tenía en el pantalón para limpiarse como buenamente pudo tras deshacerse del condón usado.

Al mirar al hombretón vio que lo observaba, con una leve sonrisa, pero los ojos velados.

—¡Zen! ¡Despierta! —Le arreó un bofetón que lo espabiló un poco, pero no lo suficiente.

—Mi ángel de alas negras... —le escuchó repetir en diversas ocasiones.

—¡Joder! No te duermas, no te duermas, no te duermas... —Lo zarandéo con cuidado, pero Zenón ya había perdido el conocimiento.

Ángel, aún desnudo, abrazó a Zen con todas sus fuerzas, intentando despertarlo.

—Mierda... Sigue respirando, por favor...

El rubio estaba enfebrecido, desmayado y no se enteró de que los observaban desde el principio por una pequeña cámara colocada en una oscura esquina del techo. Ángel tampoco lo supo pues su prioridad fue otra, como la de mantener vivo a Zen.

En otra habitación, el secuestrador observó todos los movimientos de los cautivos desde su portátil. Bajó la tapa de un golpetazo, asqueado.

—Repugnante.

Capítulo 28

Aia corrió por toda la finca buscando a su hijo Karol, como una desesperada. Incluso salió hasta la gran piscina por si el niño había caído en ella sin que nadie se enterase. Por fortuna no fue así.

Pero no se hallaba en su cuarto, ni con las chicas que estaban de descanso y que muchas veces lo cuidaban ya que era el único niño en la mansión de su marido. Lo querían muchísimo.

Así que la última opción fue preguntarle a Joel, que estaría en su despacho. Antes de poder llegar allí, se encontró con Eliza, que la detuvo al verla tan sofocada.

—¿Qué pasa, Aia?

—El niño, no lo encuentro. —La mujer no podía dejar de tocarse el pelo, estirándose, nerviosa.

Eliza miró a ambos lados del pasillo, por si estaba por allí alguno de los vigilantes que se ocupaban de la seguridad de la finca y las chicas. Se acercó a Aia para susurrarle algo:

—He visto a Acosta.

Aquello dejó blanca a la pobre Aia. Besó a Eliza, en señal de agradecimiento, y corrió todo lo que sus altos tacones se lo permitieron.

Sabía que estaba faltando a la cita con un cliente bastante importante, pero su hijo iba primero, aunque luego le costara una buena bronca de Joel o algún tortazo como castigo.

Tenía ya ahorrado lo suficiente como para largarse a Oslo con el niño, y las chicas la ayudarían a salir de allí. No le importaba una paliza si con eso encontraba al Karol. Al fin y al cabo, se irían pronto, antes de que cumpliera ocho años.

Así que no dudó un instante en entrar sin llamar en el gran despacho de su marido que, para variar, se estaba metiendo coca.

—¡Joel! ¿Dónde está tu hijo Karol? —chilló.

Este levantó la cabeza del susto y estuvo un rato mirando al techo y limpiándose la enrojecida nariz con la mano.

Luego miró a su mujer con ojos de cabreo.

—¡Nena! Te he dicho que no me molestes cuando me estoy metiendo coca. ¡Joder!

Encima de la mesa había dos rallas más para colocarse, dinero y un revólver que tenía Joel por si las moscas.

—¿Qué te pasa? —preguntó con paciencia él.

—¿Sabes dónde está tu hijo?

—Yo qué sé, estará por ahí jugando. —No le dio la menor importancia.

—¡No está por ninguna parte! Y él sabe que me tiene que decir a dónde va en todo momento. Pídeles a los chicos que lo busquen.

—Eh, cálmate, preciosa —dijo, acercándose a ella con cuidado—. Tómame una raya, sabes que tú tienes lo que quieras.

—No quiero nada —contestó, mirando nerviosa la droga.

Llevaba un año limpia, por el bien de su hijo y el plan de irse.

—¡Qué te la metas! ¡A ver si así te vuelves más dulce, nena! ¡Porque estás insoportable!

Cogió a su mujer por la cabeza y se la plantó contra la mesa.

—¡Déjame!

Joel la soltó.

—Porque te quiero, aunque no me lo explico, voy a dejar que te vayas a hacer tu puto trabajo. ¿Te crees que no sé que te has escaqueado? He tenido que mandar a Marcela para que te cubra.

—He visto a Acosta en la finca —mintió para no involucrar a Eliza—. Lo he visto. ¿Te lo ha vuelto a pedir? —preguntó con una angustia patente.

Joel se quedó callado unos segundos.

—Me lo pide cada vez que viene, nena.

—¡Eso ya lo sé! ¡Pero no encuentro a mi hijo! —gritó como una loca.

Joel intentó tranquilizarla, sujetándola por la cintura.

—Cariño, tenéis de todo. Cuido de ti y del niño. Es mi hijo. ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—¡Porque te conozco lo suficiente para saber lo muy hijo de puta que eres, cabrón!

Se desasíó de él.

Joel, tocándose la nariz y arrugándola, se echó a reír levemente.

—El niño está en buenas manos, no te preocupes. Y ahora vete a hacer tu trabajo.

—¡¿Dónde está mi hijo?!—exigió saber, histérica.

—Le debía el favor a Acosta, por culpa nuestra los Mossos incautaron su mercancía. No quería problemas con él y me lo volvió a pedir a cambio de olvidarlo todo.

Aia creyó que se iba a desmayar allí mismo, de la impresión. Casi vomitó sobre la moqueta.

—¡Aia! —Joel la asió por los brazos al ver que iba a caerse redonda—. Venga, solo será una vez. Total, tu hijo es marica, qué más da.

La ira, el odio, la furia... Todo se concentró en la mujer, que se desasíó de Joel dándole un golpe tremendo en el cuello, tal y como le habían enseñado hace años otras chicas, para defenderse de violaciones o agresiones perpetradas por un clientes.

El hombre trastabilló con la mesa al recular y movió el revólver, que llamó la atención de su mujer.

Lo cogió sin titubear y le dio un buen uso, pegándole un tiro en la cabeza a Joel.

La sangre se esparció por la mesa y Joel cayó hacia un lado, bocabajo.

La respiración de Aia fue cada vez más densa y rápida, casi un ataque de ansiedad. Corrió en dirección a la puerta antes de que llegasen los guardaespaldas y subió por unas escaleras que llevaban a unas dependencias especiales, solo para clientes VIP.

Fue entrando sin llamar a todas y cada una de ellas. Estaban todas vacías, menos la del fondo, cerrada por dentro.

—¡Karol! —gritó con todas sus fuerzas. Luego recordó que estaban insonorizadas.

Empezó a pegarle patadas al pomo de la puerta y se rompió los zapatos, que tiró a un lado.

Miró el revólver y apuntó, rezando por tener buena suerte.

Gritó a la vez que disparaba y saltó todo aquel trozo de puerta.

Entró como un remolino y se encontró a su hijo, llorando como un desesperado, desnudo y a la merced de Acosta, el pederasta que siempre le pedía a Joel lo mismo: poder follarse al niño. Y Joel lo había permitido.

—¡¡Mamá! ¡¡Me duele!! —sollozó intentando deshacerse del agarre de Acosta, un cincuentón que estaba violando al pobre crío.

Aia levantó el arma de nuevo y le pegó un tiro en la cabeza a un asombrado violador, que murió en el acto y cayó sobre el niño, que pataleó e intentó quitárselo de encima.

Aia tiró la pistola y corrió hacia su hijo ensangrentado, arrastrándolo fuera de la cama, lejos de ese pedazo de carne podrida y repugnante.

Lo abrazó con todas sus fuerzas, para reconfortarlo, esperando a que llegaran los guardaespaldas que, seguramente, se los llevarían. Al niño no le pasaría nada, pero sí a ella. Había matado a dos hombres importantes en el mundo de las drogas. Pero le dio igual, porque su hijo estaba a salvo.

—Mamá, me ha hecho mucho daño, mucho... —sollozó el pequeño Karol de siete años.

—No pasa nada, recuerda que mamá te quiere, te querrá siempre, siempre, mi amor... —Lloró con desconsuelo.

Al ver que no venía nadie, extrañada, hizo levantarse al niño y cogió su ropa.

—¡Papá! —exclamó Karol.

Aia se dio la vuelta y encontró a Joel, con la oreja reventada y ensangrentado.

—¡Has intentado matarme, puta! —le gritó él—. ¡Ven aquí!

—¡Vete, Karol! —grito Aia al ver que Joel iba a por ella con un cuchillo en la mano.

El niño se apartó cuando su padre agarró por el cuello a su madre, y la arrastró hacia un lado.

—¡Te mataré!

—¡No, papá! —Karol le asió del brazo que llevaba el enorme cuchillo de sierra, colgándose para impedir lo que sabía iba a pasar.

Joel, drogado, herido y fuera de sí, se quitó de encima al niño, con la mala suerte de que le rajó todo el ojo derecho de abajo a arriba.

Karol se dio un golpe en la cabeza contra la pared y quedó semiinconsciente, sentado. El ojo sano observó, en una sucesión de extrañas imágenes, cómo su padre mataba a su madre a cuchillazos. Y ya nunca más fue Karol.

Capítulo 29

Ángel, ya vestido, abrazó a Zen con cuidado, pues este seguía inconsciente y febril.

Escuchó la puerta abrirse y apareció el tipo de negro con un botiquín en una mano y la pistola en la otra. Ángel miró lo primero; Zen necesitaba cura inmediata.

—¿Quieres el botiquín, maricón? Pues arrástrate hasta aquí a cuatro patas.

Ángel sintió ira, porque supo de inmediato que estaba jugando con él para humillarlo.

El hombre dejó el maletín en el suelo, a sus pies. El chico hizo lo que le dijo, gateando. Nada más llegar, el tipo lo agarró del pelo y empujó su cara contra la entrepierna. Ángel giró el rostro, asqueado al sentir el bulto.

—Si quieres el botiquín, chúpame la polla —exigió poniéndole la pistola en la cabeza.

A Ángel, lejos de entrarle miedo, le dio mucha rabia, que acumuló a cada segundo.

—A los maricas os gusta chupar pollas, ¿no? Y que os den por el culo. ¡Pues hazlo!

Tiró hacia atrás de su cabeza y la dirigió al techo, hacia la pequeña cámara.

—Os he visto, pedazo de desviados. —Apretó su rostro tapado contra el de Ángel y este comenzó a sospechar quién era el secuestrador. Por mucho que un sintetizador de voz variase esta—. Le haré chantaje a tu padre toda su puta vida, hasta destrozarlo, con tal de que sufra. Y si no hace lo que le pido, sacaré el vídeo a la luz.

El moreno vio el patrón de odio cada vez más claro y se imaginó quién era, lo que le hizo perderle miedo.

—Odio a tu padre y a ti, maldito niño pijito de mierda que siempre ha ten... —Ángel se levantó con tanto ímpetu, que le dio un cabezazo tremendo bajo la barbilla y lo echó hacia atrás. Luego lo agarró del mono negro y, con la pierna, le realizó una llave de judo básica, como Zen le había enseñado en algunas ocasiones.

Ambos cayeron sobre el suelo de cemento. Ángel se le puso encima enseguida y lo golpeó con el codo en toda la cara, fue hasta la mano que agarraba la pistola y consiguió que la soltara.

Forcejearon para cogerla, pero Ángel la asió primero y tiró hacia atrás, rebotando ésta en el colchón, cerca de Zen, que seguía sin conocimiento.

Aquel tipo no era un profesional, y el sintetizador se movió, por lo que pudo escuchar su voz real y dio en el clavo con su identidad.

—¡Pedro! ¡¡Deja de resistirte, cabrón!! —chilló Ángel.

Al verse descubierto, Pedro se detuvo en seco. El moreno le arrancó el pasamontañas de la cabeza.

—¿Por qué? ¿¿Por qué nos has hecho pasar por esto?! —gritó el chico, fuera de sí—. ¡¡Me cago en tu puta vida!! ¡Zenón está herido! —Lo señaló.

—Odio a tu padre —contestó—. Y quiero joderlo a toda costa.

—Te ha tratado mejor que a mí, eres su socio, te vas a quedar ya con todo.

—¡Porque le pesa la culpa por matar a mi padre! —se puso a chillar.

Ángel se quedó unos segundos anonadado.

—Mi padre será muchas cosas, pero es incapaz de matar a nadie... Eso no. Tu padre murió de un paro cardíaco.

—¡Claro que se le paró el corazón! Lo tenía tan destrozado que se quitó la vida, se suicidó, se metió vete a saber qué por vena, tan fuerte que fue fulminante. ¡Y yo lo tuve que presenciar! Entré... entré en su despacho aquella tarde y me lo encontré.

Pedro se echó a llorar, se mesó el corto cabello ralo.

—Llevaba días raro, deambulando por la casa como un alma en pena. No iba a trabajar, no comía, se la pasaba encerrado en su despacho. Sí, aquel día se quedó allí. Mamá intentó no darle importancia, pero yo conocía a mi padre. Era muy bueno, ¿sabes? Siempre me mostraba cariño, me hacía caso... Pero ya no. Algo malo le sucedía. Así que cogí la llave de mi madre, la del despacho —se explicó—, abrí la puerta y allí estaba sentado en su silla, tras el escritorio.

Ángel se puso blanco ante la triste narración.

—Tenía colgando del brazo la jeringa. Como... como un yonqui. La boca llena de babas y los ojos abiertos, con la cabeza torcida hacia un lado... —A Pedro se le quebró la voz.

El joven sintió la tentación de sujetarle del hombro ante semejante historia. Parecía que lo estuviera viendo en aquellos mismos instantes como una película.

—Yo solo tenía nueve años... Y mi padre estaba muerto. Había dejado una nota de suicidio. No era para su familia, sino para Bosch. Así que la cogí y me la llevé. Luego salí del cuarto, cerré la puerta con la llave de mi madre y se la dejé en su mesilla de noche. La avisé de que papá no contestaba y ya lo demás es historia. Inventaron lo del paro cardíaco porque no iban a decir que se metió drogas y se murió. Bosch, mi madre, ellos tenían en su mirada un sentimiento de culpabilidad tremendo; sabían que fue un suicido.

—¿Por qué lo hizo? —se atrevió a preguntarle Ángel.

—Leí la carta esa noche, bajo la manta de mi cama, con la linterna... Mi padre se despedía de Bosch, se despedía porque no podía vivir sin él, sabiendo que le odiaba. Estaba enamorado de Bosch desde que se conocieron de adolescentes. Llevaba veinte años enamorado de él. No pudo más y se lo dijo. Tu padre le repudió, lo... lo insultó por ser gay, le rechazó hasta el punto de decirle que desapareciese de su vida y del mapa. Y lo hizo, espoleado por Bosch. Él es el culpable, el asesino...

Ángel dejó que las lágrimas le rodaran por las mejillas. Abrazó a Pedro, que se le abrazó también.

—Pedro, no tenemos la culpa de los errores que nuestros padres cometieron. Ni tenemos que pagar por ello. Aún podemos arreglarlo si me ayudas con Zen y llamamos a la ambulancia y a los Mossos. Por favor...

Pedro lo miró, medio convencido.

—Ninguno de los tres nos merecemos esto. Hazlo por Gabri... —sugirió Ángel.

—La quise —sollozó al decirlo—. La quise de verdad.

—Ya lo sé.

—La cagué, la secuestré yo.

Ángel no se sorprendió en absoluto tras haber oído su historia.

—Solo quería asustar a Bosch. Pero no pude verla sufrir, ¿sabes? Ella lo supo siempre, por eso me dejó... Quería confesarme antes de que muriese, pedirle el perdón... Y la muy zorra se murió... y no pude. Esa puta zorra... Me alegro de que esté muerta.

El rostro de Ángel cambió de inmediato al escucharle decir aquello de su hermana.

—¿Qué has dicho? —siseó, apartándose de él, agarrándole de la ropa.

—¡Me alegro de que esté muerta!

El puñetazo de Ángel le hizo saltar un diente ensangrentado. Pero agarró al chico de los brazos y lo empujó hacia un lado. Enseguida, Ángel lo agarró de la cabeza y se la empujó hasta el suelo, en un fuerte golpe.

Pedro le rodeó con las piernas y se cambiaron las tornas; Ángel terminó debajo, con las fuertes garras de su cuñado oprimiéndole el cuello. Intentó hacer palanca tal y como había visto una vez por Internet, dificultando el ahogamiento.

—¡Os voy a matar a todos! ¡A ti, al marica de tu novio, a tu padre, a tu madre, a tu hermana, a tus amigos! ¡¡Todos muertos!!

Los chillidos de Pedro rebotaron por todas partes, como los de una rata rabiosa.

Ángel, ya con falta de aire, subió la pelvis intentando quitarse de encima a Pedro, pero pesaba demasiado y cada vez le costaba más mantener la consciencia y la fuerza necesarias.

En esos mismo instantes, Zen se incorporó sobre el colchón, como si hubiera salido de una pesadilla. Respiró con dificultad y se tocó la dolorida cicatriz. Vio sangre en sus manos y soltó un gemido de intenso dolor. Su cicatriz, su ojo, su padre destrozándose.

Escuchó gemidos, gritos, y allí estaba Joel, matando a Aia, delante de él.

Vio el revólver que trajo su madre, con el que había matado al hombre malo que le hizo tanto daño, y le obligó a hacer cosas horribles. Lo cogió y apuntó a la espalda de su padre. Apretó el gatillo.

Un terrible sonido le hizo cerrar el otro ojo, soltar el arma y caer hacia atrás al suelo.

—Mamá... —susurró antes de volver a perder el conocimiento.

Pedro cayó de lado, con un balazo atravesándole el pecho. Ángel recobró el aire de inmediato y respiró hondo pese a la dificultad, pues tenía las vías respiratorias bien oprimidas aún. Tosió y miró a Pedro, que se estaba arrastrando por el suelo sucio, dejando un reguero a su paso. Parecía querer ir hacia alguna parte de la habitación.

Ángel no le hizo caso y gateó en la dirección de Zen, que era el que le había pegado el tiro a Pedro.

—¡Zen! —gimió casi sin voz. Lo sintió frío al tacto, ya sin fiebre. Le tomó el pulso: era débil.

—Os mataré... —escuchó decir a Pedro, que casi tenía la pistola en la mano.

Antes de que pudiera nacer nada, un montón de Mossos irrumpieron por el pasillo, echando abajo las puertas, y uno de ellos, al ver el peligro, le pegó un tiro al secuestrador. El golpe de gracia que lo mató.

Allí se quedó el cuerpo, desangrándose un rato, siendo ignorado.

Los agentes dirigieron a Ángel fuera, a la ambulancia. Pronto vieron que sacaban a Zen en camilla y se lo llevaban a toda velocidad al hospital más cercano, allá donde fuera que estuviesen.

Los paramédicos le tomaron el pulso, le hicieron preguntas y observaron los daños en su garganta y pulmones. Se sintió mareado por haber tenido falta de oxígeno casi hasta perder el conocimiento.

Lo tumbaron en la camilla y se lo llevaron al constatar que la sangre no era suya y no tenía heridas graves.

La paramédica lo cogió de la mano, para consolarlo.

—Tu amigo ya está estable. Me han dicho mis compañeros que le están haciendo la transfusión de sangre. También le han limpiado la herida y le han puesto vendas.

—Es mi novio... —susurró.

—¡Pues bien guapo que es! —Ella se echó a reír, para tranquilizarlo.

—El otro... ¿está muerto? —Quiso saber.

—Sí, lo está —contestó sin el menor atisbo de pena.

Ángel no supo ni qué sentir. Por un lado alivio por haber salido de semejante embrollo, por otro una cierta lástima por Pedro y sus circunstancias personales. Desde luego, la mierda que rodeaba a su padre no acababa jamás y salpicaba a todos.

Dos horas después, y en un hospital distinto al de Zen, el Hospital del Mar, Ángel estaba tumbado en su aséptica cama, sin compañero de cuarto por el

momento, ya que al señor que estaba con él le acababan de dar el alta médica.

Había pedido a la enfermera que le diera información sobre Zenón de La Cruz, ya que ignoraba en qué hospital estaba. Solo sabía que no en aquel. Así que esperó pacientemente, también a que llegaran su familia y amigos.

La puerta se abrió con cuidado y entró Laura, que al ver a su hijo sano y salvo se echó a llorar y corrió hacia él, casi poniéndose encima.

—Mamá... —le costó hablar.

—Hijo, no fuerces la voz. ¡Oh! Dios, estas horribles marcas en tu cuello. ¿Te duelen?

Ángel asintió.

Tras Laura entraron todos los demás. Sofía sollozaba y José la tenía bien asida.

—Ve con tu hermano —la instó a ello. La chiquilla se acercó y su madre le hizo sitio para que lo pudiese abrazar.

Tanto Eva, Ignasi como Henar también entraron.

—No nos dimos cuenta de que pasaba algo hasta que os llamábamos y teníais ambos los teléfonos apagados —comentó el chico.

—Buf, si es que nos creíamos que estabais en plan romántico por alguna parte. Pero lo del teléfono nos puso en sobre aviso —siguió Eva—. Y luego llamó Bosch para avisarnos de que estabas aquí.

—Nos secuestró enseguida que vio la oportunidad —informó Ángel, con una voz ronca y algo forzada. Se sorprendió también de que su padre tuviera la deferencia de avisarlos. Sobre todo porque aún no le había visto el pelo.

—Yo aluciné al enterarme de que fue Pedro. Siempre me pareció que estaba fingiendo, pero de ahí a ser un pirado... —dijo Eva, aún en shock.

Ángel se guardó lo que sabía, y no supo ni qué sentir.

—¿Sabes algo de Zen? —preguntó Eva.

El chico negó con la cabeza.

—Bueno, que se lo llevaron a otro hospital para tratarle la herida de bala y estaba estable. La verdad es que estoy muy nervioso y desesperado por... Por saber de él. Dios, esto es insoportable.

Alguien tocó a la puerta y entraron dos Mossos d'Esquadra.

—Tenemos que tomarle declaración —dijo uno—. Si son tan amables de

salir todos...

Laura y Sofía besaron a Ángel y fueron las últimas en dejar la habitación.

—¿Está en condiciones de declarar? —le preguntó uno de ellos.

—Sí...

Y tuvo que comenzar a relatar su versión de los hechos desde el principio hasta el final.

Cuando estaban todos esperando en una zona del hospital para pacientes y visitantes, Eva vio al Sr. Bosch pasar de largo en dirección a la habitación de su hijo.

La chica se levantó y lo llamó, pues sabía que Ángel estaba con los Mossos.

—¡Sr. Bosch! —exclamó.

Este se detuvo en seco y se dio la vuelta. No iba con su aspecto habitual, sino vestido con un polo y unos pantalones normales, y los cabellos sin engominar hacia atrás. Se le vio abatido.

Laura se hizo paso entre todos y le arreó un buen tortazo en la cara, con todo el odio del mundo. Era la primera vez que se veían ya en unos años.

José tuvo que detener a su esposa, porque de no ser así, esta hubiera continuado.

—¡Mal padre! No te dejé a mi hijo para que lo trataras como una mierda toda su vida. ¡Mira lo que ha pasado! ¡Todo por tus mierdas!

—Laura, cálmate, aquí no puedes ponerte así a gritar. Nos van a echar —la instó su esposo, al cual hizo caso y se alejó de Gabriel Bosch.

—Lo siento mucho, Laura. Tienes toda la razón —se disculpó, bajando la cabeza con vergüenza, ante la estupefacción del resto de presentes.

José cogió a su hija de la mano y acompañó a Laura al ascensor.

—Estaremos en la cafetería —informó a los amigos de Ángel.

Bosch casi ni se atrevió a preguntar, así que Ignasi tomó la iniciativa.

—Ahora están tomándole declaración los Mossos. Tendrá que tener paciencia.

—Sí, lo sé... Gracias.

Y se fue a esperar al lado de la habitación, apoyado en la pared y con el móvil en la mano.

—Joder, no parece el mismo —comentó Eva, sentándose de nuevo—. Y vaya hostia que le ha arreado Laura.

—Yo también lo habría hecho —dijo Henar, poniéndose a su lado—. Pero el que me preocupa es Zen. Estamos todos aquí con Ángel. Y él a saber en qué hospital está, solo. ¿Y si se despierta sin nadie a su lado? Qué triste... Y sin tener noticias de Ángel.

—Bosch tiene que saber algo —comentó Ignasi.

Eva se puso en pie y fue hacia él, pero justo en aquellos instantes salieron ambos Mossos y Bosch entró en el cuarto. Ni corta, ni perezosa, les preguntó a los agentes.

—Disculpen, simpáticos policías. —Tonteó un poco—. Somos amigos del otro herido, Zenón de la Cruz, y pensábamos que también estaba aquí ingresado. No tenemos ni idea de dónde está. No sé si ustedes podrían decírnoslo.

—Lo ingresaron de urgencia en un hospital más cercano en ese momento, el de Sant Celoni.

—¡Gracias por la información!

Eva se dio la vuelta hacia sus amigos.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos?

—De inmediato —decidió Henar—. Zenón tiene una fragilidad mental tremenda, ahí donde lo veis. Sus traumas lo han estado mortificando toda la vida. A saber esto cómo le ha afectado.

Bajaron a la cafetería para avisar a Laura de a dónde iban y a ella le pareció perfecto.

—¿Ese cabrón sigue allí? —preguntó por Bosch.

—Sí... Pero es mejor dejarlos hablar.

—Tienen razón, cariño —sugirió José.

Laura asintió y siguió tomándose una tila doble para aplacar los nervios.

En la habitación, Bosch estaba sentado en una silla, frente a Ángel, que lo miró desde la cama. Durante un rato ninguno dijo nada, hasta que Gabriel se

puso a sollozar. Su hijo ni se inmutó al verlo así, aunque fuese la primera vez en toda su vida.

—¿Sabes por qué ha pasado todo esto, papá? —comenzó a preguntar Ángel—. Por tu culpa. Me dijo: Bosch mató a mi padre. No le di crédito, pero cuando me lo explicó entonces lo entendí. Y a raíz de eso, convertiste a un niño en un puto psicópata vengativo que vio a su padre muerto tras su escritorio.

—Ahora lo sé... —Se sacó un sobre del bolsillo, con una carta muy vieja pero bien cuidada, doblada en cuatro—. Me la dejó en el despacho esta tarde y me dijo que la leyera más tarde, así que le hice caso. Yo... jamás llegué a verla, pero siempre supe por qué mi mejor amigo se había matado. Por mi culpa, sí. Luego... Recibí su llamada, sin esconderse, diciéndome que te iba a matar y que fuera a por tu cadáver hasta la casa que se habían empezado a construir Gabri y él antes de casarse.

Ángel sintió un nudo en el estómago. Realmente los habría matado de no ser por Zenón. Se llevó la mano a la boca, con angustia.

—Llamé a los Mossos de inmediato y llegaron a tiempo...

—La secuestró él... —contó el chico. Bosch levantó la cabeza, asombrado—. Sí, por eso ella se divorció y apenas quiso saber de él. Y tú lo mantuviste a tu lado, alimentando el odio con tu mala conciencia. Porque sabías que por tu puta culpa, aquel chico se había quedado sin padre.

Bosch volvió a llorar.

—¿Tanto odio le tienes a los gays que hasta rechazas a tu propio hijo? ¿Por eso no me quieres? ¿Por eso me repudias? —gritó con voz ronca.

Gabriel se levantó y abrazó a su hijo con fuerza.

—¡No te odio! ¡Te quiero! —Ángel se sintió abrumado de pronto ante semejante acto de cariño—. No he sabido ser un buen padre, te privé del amor materno verdadero, y de muchas cosas. La muerte de mi mejor amigo me amargó más el carácter, de mi socio, del único que me ha querido de verdad. Se mató porque lo traté como una mierda por ser gay y amarme. Nunca pensé que fuera tan grave como para que se suicidase.

—¿Por eso tu reacción al saber que yo era gay?

—Sí, reviví toda aquella desesperación. No quería que eso te llevara a sufrir el rechazo de la sociedad, o incluso la muerte. Este mundo está lleno de personas horribles que matan a los que odian. Lo he visto tantas veces, en

tantos casos, durante tantísimos años.

—Papá, pero Zen y yo sí nos queremos y estamos en una época más avanzada donde la homosexualidad no se vive ni se ve como antes. Y, en todo caso, es cosa mía...

Tosió por el extremo esfuerzo de hablar tanto.

—Entonces, ese hombre te quiere de verdad...

—Sí —musitó, sin dejar de abrazar a su padre.

—No voy a oponerme a tu relación con él, ni te obligaré a que estudies lo que no desees. Te devolveré el coche y te daré dinero.

—No, papá. Solo quiero tu cariño, y que me aceptes como soy. Lo demás no me interesa.

Gabriel asintió y le dio la carta a su hijo.

—Tengo que volver a casa. Tu madre... Perdón, Natalia está bastante preocupada.

—Puede venir si quiere... —Dio permiso.

Bosch asintió en silencio. Le dio un beso en la cabeza a Ángel y se fue.

El chico desdobló con sumo cuidado la carta de suicidio. Tuvo miedo de leerla, pero lo hizo. Al terminar, la dobló con lágrimas en los ojos, que cayeron hasta el papel y lo mojaron, uniéndose a los borrones de unas lágrimas pasadas.

Pensó en Zenón, y en que lo quería tanto que, si lo perdía, no querría vivir. Ojalá pudiera estar con él en aquellos momentos.

En el otro hospital Zenón se despertó de la anestesia, algo mareado y con el brazo en cabestrillo. En la otra mano tenía puesto el catéter para el suero. Intentó moverse pero no tuvo fuerzas.

El dolor de la cicatriz lo estaba matando, a pesar de todo los medicamentos y calmantes que le habían inyectado. Claro, le acababan de rajar la cara.

Al final pudo tocarse esta y, para su sorpresa, la cicatriz estaba cerrada, aunque no viera nada por aquel ojo.

Sintió el brazo herido y recordó de golpe el tiro del secuestrador. Buscó a Ángel, desesperado, y no lo vio. Todo estaba en silencio porque era de noche.

Una figura, sentada en el sofá, le llamó la atención. El hombre le sonrió de

forma ladina.

La figura salió de las sobras y se puso a su lado. Tenía la oreja reventada y llena de sangre, como la camisa y las manos.

—Papá...

—Sí, Karol, soy yo. Y has matado a un hombre.

Capítulo 30

Zenón se quedó mirando a su padre, que parecía estar allí de verdad. Le tembló la boca, pero antes de poder hablar llamaron a la puerta y entró un enfermero del turno de noche.

—Estás despierto. Muy bien, voy a regularte esto. —Estuvo toqueteando la bolsa de suero e inyectando algunos calmantes a su catéter.

El rubio miró de nuevo a su padre, que seguía allí, callado. No entendió nada. ¿Por qué aquel enfermero no lo veía?

—¿Te duele el brazo?

—No...

Luego le tomó las constantes, tensión y le sacó un poco de sangre. También le pinchó en la tripa algo que no supo qué era.

—Cualquier cosa que necesites, le das al botón de este mando, y vendremos. ¿De acuerdo?

Zen asintió.

En la cama de al lado había un señor mayor, respirando con pesadez. Por lo demás todo estaba tranquilo, se escuchaban toses de vez en cuando, y al cuerpo de enfermería ir de vez en cuando a alguna habitación.

Él estaba tan confuso que no pudo pensar con claridad. Además, su padre seguía allí como un vigía, al acecho, de pie junto a su cama.

—Lo mataste tú. Pero ¿fue al secuestrador o a tu ángel de alas negras? —habló de pronto y Zen dio un respingo.

La duda comenzó a carcomerle como un cáncer.

Llamó al enfermero, que tardó un poco en llegar.

Este se encontró a Zen teniendo un ataque de ansiedad y dificultades para respirar.

—Voy a llamar al médico.

—No, solo quiero saber si Ángel está bien.

—Lo siento, no sé quién es Ángel. Nadie ha venido a verte ni ha preguntado por ti. Te trajeron de urgencia por herida de bala. Incluso los Mossos se fueron sin poder tomarte declaración.

—Vale...

—Tranquilo, voy a intentar averiguar algo. ¿Eh? Venga, grandullón.

Lo dejó de nuevo a solas, con el señor mayor y su padre.

—Está claro, lo has matado tú. Si no... Estaría aquí en este hospital, contigo. Cogiste la pistola del tipo, y ¡Bang! Le volaste la cabeza a Ángel creyendo que era a mí a quien matabas. Ah, al final ambos hemos matado al amor de nuestra vida. Porque yo quería a tu madre, la quería mucho. Solo yo podía matarla.

—Cállate —susurró Zen.

—Has salido a mí, un puto psicópata. Ahora que ya lo recuerdas todo, sabes que tienes mis genes. Tarde o temprano, te volverás peor.

Zen giró la cabeza y cerró los ojos con fuerza, intentando hacer que Joel desapareciera.

El enfermero entró de nuevo y parecía tranquilo.

—Zenón... Han venido unos amigos tuyos —susurró para no despertar al otro paciente—. No pueden pasar todos porque es de madrugada, pero volverán mañana. He dejado a una de ellas venir un momento.

Permitió el paso a Henar, que se acercó a él con su rostro en paz al verlo bien. Le dio un abrazo muy grande y Zen se agarró a ella como si le fuera la vida en ello.

—Ángel está bien —le informó con rapidez.

Zenón se echó a llorar de puro alivio.

—Lo llevaron a otro hospital. No está herido, solo magullado. —El nerviosismo de Zen fue patente desde un primer momento.

—¿Y el tipo...? —El miedo de preguntar qué había pasado se le vio en la expresión del rostro.

—Muerto, nunca más os volverá a hacer daño. Resulta que era el tal Pedro, el socio del padre de Ángel.

Zen quedó impactado por la noticia. No se esperó nunca algo así. Siempre le dio mala espina, pero no tanta como para creer que pudiera tener tan pésimas intenciones.

—¿Los demás están todos bien?

—Sí, no te tienes que preocupar por nada.

El hombretón se recostó sobre la cama de nuevo, con un mareo terrible. El enfermero tuvo que pedirle a Henar que saliera.

—Vendremos mañana —prometió ella antes de irse.

El enfermero le puso a Zen un calmante para ayudarlo a dormir.

—Esto es de la anestesia, no te preocupes. Venga, quédate tranquilo que tu amigo está bien.

Zenón asintió, con lágrimas en los ojos. Luego el hombre se fue y lo dejó solo y a oscuras, con sus fantasmas. Aunque el suyo particular en ningún momento se había ido de allí.

—Mira, tu ángel no está muerto, pero mataste al tipo ese. ¡Bang!

Fue lo último que escuchó antes de caer rendido en un sueño profundo.

Al día siguiente dieron el alta a Ángel, pues estaba perfecto. Ya sabía en qué lugar estaba Zenón ingresado, así que quiso ir directamente a verlo.

Durante el trayecto en coche, Sofía no se despegó de él.

—¿Te duelen mucho las marcas esas del cuello?

—Sí —asintió, aún con la voz ronca.

Pedro dejó las marcas de sus dedos en su cuello y se habían amoratado. Sin embargo, hacía demasiado calor como para ponerse cuello alto o un pañuelo. En cualquier caso le dio igual, no tenía que avergonzarse de haber sido una víctima. Lo importante era haber sobrevivido.

—¿Tienes ganas de ver a Zenoncito? —preguntó la chiquilla.

—Me muero de ganas de abrazarlo, besarlo, y estar con él. Me quedaré a todas horas hasta que le den el alta.

—Eso ni hablar, nos iremos turnando —informó Laura desde el asiento del copiloto.

—No me importa dormir en la silla —respondió, enfurruñado.

—Ya lo hablaremos. —Dio por terminada la conversación. Además, ya estaban a punto de llegar.

En la habitación de Zen estaban Ignasi, Henar, Daniel y Eva, además de dos familiares del señor enfermo.

Daniel apenas si dijo nada, acojonado como estaba de ver a Zen en aquella tesitura. Eva intentó animar al hombretón, que apenas si reaccionó de lo aplatanado que estaba. Además, Henar se dio cuenta de que no paraba de mirar a su derecha, como si observara a alguien, o escuchara algo con detenimiento.

—¡Y nos comimos toda la tarta! —se echó a reír Eva, contando alguna anécdota. Zen sonrió levemente. Ignasi fue el que estuvo más callado, observando al hombre. Al final le pidió a Eva salir. Daniel dijo un par de cosas a Zen, que le ignoró, y también acabó por salir a fumar fuera del recinto.

Se quedaron Henar, Zen y Joel.

—¿Qué estás mirando, Zen? —Este giró la testa hacia ella.

—Nada —mintió.

La chica ladeó la cabeza en señal de no creerle.

—Tienes un comportamiento errático —concluyó.

—Deja de psicoanalizarme —le contestó con un tono de voz poco habitual en él, desagradable. Aquello no amilanó a Henar en absoluto.

—Has sufrido una terrible experiencia, es lógico que estés en shock. Debes pedirle a tu médico que te mande a un psicólogo de apoyo.

—Que dejes de meterte en mis asuntos y de darme consejitos —escupió.

La joven respiró hondo, entendiendo la situación. Prefirió no ahondar en el problema, pues ella no era psicóloga titulada aún. Pese a ello, se quedó a su lado, sentada en la silla, que movió al lado donde él no paraba de mirar.

Zen tuvo miedo de pronto, al ver a una joven tan buena y guapa, dulce e inteligente, al lado de Joel, que la miró con cara de deseo.

—La aprecias de corazón, ¿eh? Pero contigo no está a salvo y lo sabes bien. Es mejor que la apartes de ti.

—Henar... Déjame solo y diles a los demás que se vayan a casa. No quiero más visitas.

Ella se levantó, le dio un beso en la mejilla y se fue. Miró a Zen por última vez y le escuchó susurrar algo, a alguien. Obviamente no era al señor, ni a sus parientes, sino a alguien invisible.

Aquello le hizo sentir un nudo en el estómago. Zen estaba mucho peor de lo que imaginó.

Daniel se acabó el cigarro, tiró la colilla al suelo y la apagó con el pie. Al levantar la vista se encontró a Ángel ante él, a pocos metros, parado mirándole.

Bajó la cabeza pues no quiso problemas. No obstante, el chico se le acercó.

—Gracias por venir a verlo —agradeció Ángel. Daniel asintió con la cabeza, pero prefirió permanecer callado.

Al subir se encontraron con Eva, Ignasi y Henar sentados en una salita de espera anexa al pasillo de habitaciones. Tenían una expresión apesadumbrada.

—¿Qué pasa?! —exclamó, asustado. Echó a correr hacia el cuarto de Zen, pero Ignasi le detuvo.

—¡Él está bien! Pero espera un momento. Anda... como perdido y no hace mucho caso, así que ten paciencia si se comporta de forma extraña.

—Vale... ¿Puedo ir a ver a mi novio ya?

Ignasi le dio una palmada en el pecho y asintió. Ángel se encaminó hacia la habitación y entró poco a poco. Zen miraba hacia alguna parte de su derecha.

—Buenos días —saludó a los presentes y estos le respondieron igual. Zen no se giró al escuchar su voz.

—Ya lo tienes aquí —canturreó Joel, con su cara desfigurada.

—Cariño... Soy yo... —Zen le miró al fin, entre un sentimiento de alivio y otro de rechazo. Recibió un beso en los resecos labios que le hizo estremecer de amor. Sujetó al chico por el brazo y observó sus marcas en el cuello.

—¿Te duelen?

—Un poco, pero no importa. Estamos vivos, estamos bien.

Ángel lo abrazó intentando no hacerle daño en la herida.

—Te quiero, te quiero mucho, Zen... —musitó bajito.

—Ah, Aia también me quería al principio. —Joel lo tuvo que joder hablando—. Luego me odiaba con toda su alma. Mira lo que me hizo.

Le enseñó el lado de la cara al que le faltaba una oreja y parte del cuero cabelludo.

Zen cerró los ojos y gimió.

Estaba luchando entre pedirle ayuda a Ángel, o empujarlo lejos de él para

que no sufriera a su lado.

—Ángel... —jadeó—, vete, por favor... Aléjate de mí —rogó con angustia.

—No te dejaré solo nunca más en toda la vida. Siempre juntos a partir de ahora. —Se puso cabezón.

—Mataste al otro, pero podías haber sido Ángel el que recibiera el balazo. ¡Bang! —escuchó decir a Joel, en un tonillo de guasa.

—¡Qué te largues, joder! —Lo empujó con tanta fuerza que Ángel casi se cayó al suelo, de no ser porque se agarró a las barras laterales de la cama.

La familia de al lado se asustó. Justo en ese instante entraron los Mossos d'Esquadra preguntado qué pasaba.

El moreno no supo qué contestar, solo salió dando tumbos hasta llegar a la salita de espera. Laura lo abrazó al verle con aquella expresión de congoja.

—No sé qué le pasa, pero no es él... No es él... —Ángel se echó a llorar en su regazo.

—Acaba de pasar por un trauma tremendo, tenemos que dejarle cierto espacio. ¿Vale? Vámonos, los Mossos lo querrán interrogar. Volveremos mañana.

Ángel tuvo que ceder ante la evidencia, con el corazón hecho trizas.

Henar se levantó y fue hasta él.

—Escucha, voy a hacer todo lo posible por ayudarlo. Creo que puede tener algún brote sicótico porque le he visto hablar con alguien que no existe. Igual que en su momento perdió la memoria por un trauma grave, ahora todo ha podido desencadenar este comportamiento inusual en él.

—¿Eso no necesita un tratamiento con fármacos?

—Claro, por eso es importante primero que le hagan una valoración los profesionales. Yo me encargaré, de verdad. Confía en mí.

—Confío en ti, sé que le tienes mucho aprecio desde aquel día en el que te cruzaste con él y sentí celos. —Sonrió un poco, con los ojos llorosos.

—Ya le gustabas, te lo aseguro. Y te quiere, pero no puede ahora porque algo gordo se lo impide. —Henar se echó a llorar—. Ay, pobre...

—Venga, vámonos todos a casa —insistió Laura—. Mañana volveremos Ángel y yo de buena mañana.

—Me voy a quedar —comentó Henar—. Esperaré a que los Mossos terminen y entraré un momento. Id tranquilos. Decidle a mi primo que estoy aquí y que se vaya a comer. Ya le avisaré cuándo tiene que venir a recogerme.

La chica se sentó y limpió las lágrimas, esperando.

Los dos Mossos d'Escuadra le pidieron a la familia de al lado si podían ir a dar una vuelta con el señor enfermo, así que se lo llevaron a pasear en silla de ruedas.

Zenón se concentró en los dos agentes, pues entendió la gravedad de la situación.

—Vienen a detenerte —le informó Joel. En este caso, Zen le ignoró porque intentó parecer cuerdo ante la ley, no fuera a ser peor. Era abogado, así que conocía de sobra cómo funcionaba todo.

—Sr. De la Cruz, venimos a tomarle declaración sobre el secuestro.

—Adelante —dio su permiso.

Le hicieron una serie de preguntas, que coincidieron con la versión de Ángel, incluso las partes más íntimas.

—Luego me desmayé del todo.

—¿No recuerda nada más?

Zen pensó en que lo había recordado todo, de hecho. Pero su pasado. ¿Cómo iba a contarles aquella versión tan loca?

—Venga, díles que me mataste —le instó su padre.

Zen habló:

—Estaba como en un estado de vigilia, cogí una pistola que se encontraba a mi lado y disparé a Pedro. Bueno, ahora sé que era Pedro, en ese momento no...

—¿No lo reconoció? Ya no llevaba el pasamontañas.

—La verdad es que solo vi una figura que intentaba matar a otra. Así que disparé y lo maté.

Los Mossos se miraron el uno al otro.

—No, Sr. De la Cruz. Lo mató un compañero del cuerpo al entrar. La autopsia lo dejó claro. Además, seguía vivo cuando los compañeros llegaron, aunque con una herida grave de bala. En cualquier caso, usted no lo mató.

Zen soltó un estertor de alivio y se echó a llorar.

—Joder... Creía que...

Uno de los dos agentes le tocó en el hombro bueno.

—No se preocupe, no hay cargos contra usted, solo es una víctima más.
¿Recuerda alguna cosa extra?

—No, volví a perder el conocimiento.

Al terminar los Mossos se fueron tras hacer su trabajo y se quedó casi solo en la habitación.

—Me mentiste —le dijo a Joel, con tono de enfado.

—¿Yo? Estoy en tu puta cabeza, en todo caso te lo quisiste creer tú. Eso sí, ¿y si la figura a disparar hubiera sido la de tu hermoso ángel de alas negras? ¿Te lo habrías perdonado alguna vez?

—¡Cállate! —exigió a su padre—. No estás aquí.

—Sí que estoy. Y lo seguiré estando toda tu vida.

Cerró los ojos con fuerza.

—No estás, no estás, no estás...

Los abrió con la esperanza de que su padre se hubiera desvanecido.

—Puedo hacer que lo mates si sigues a su lado. Es tuyo, te pertenece, como Aia era solo mía. Y un día, lo matarás para que nadie más te lo quite.

—¡Qué te calles! ¡Yo no soy como tú!

Con la puerta entreabierta, Henar lo observó todo. Poco a poco la cerró y se fue, angustiada.

Zenón, definitivamente, no estaba bien.

Capítulo 31

Henar, al día siguiente y sin falta, habló con el médico que atendía a Zenón y le explicó sus sospechas y lo que le había visto hacer. Así que pidió permiso para poder estar presente cuando el psiquiatra abordara a Zen. Resultó ser una mujer de mediana edad, bastante amable.

Zen las vio entrar en la habitación y se quedó sorprendido. Dejó a un lado la insípida comida de hospital, de buena gana, y miró a ambas mujeres.

—Hola, Zenón. —La médica le tendió la mano y el hombre se la estrechó—. Soy la doctora Puig, perteneciente al área de psiquiatría. Me encargo de atender pacientes con problemas tras traumas causados como el secuestro que sufriste y el tiro en el brazo.

Zen le echó una mirada a Henar de las que mataban, pero ella se mantuvo seria y firme.

—¿Cómo te sientes? Por favor, sé sincero.

Zen se lo pensó un rato.

—Es una larga historia —contestó con sequedad.

—¿No les irás a hablar de mí? —susurró Joel—. Van a pensar que estás zumbado, te empastillarán y parecerás un zombi drogadicto, como yo. O peor, acabarás en un centro de esos.

—Tengo todo el tiempo que sea necesario, Zenón.

—Bueno... Perdí la memoria de niño, durante el secuestro la recuperé por el shock y descubrí que mi padre me vendió a un pederasta por negocios y que me violó, mi madre intentó salvarme y mi padre la mató delante de mí, además de rajarme la puta cara —acabó el resumen con un tono de muy mala leche.

Joel silbó y se echó a reír.

Henar notó que a Zen se le iba la mirada hacia la derecha de nuevo. Tras escuchar aquel relato también se quedó acongojada por la crudeza de sus palabras.

—¿Cuándo te pasó eso? ¿Qué edad tenías? —La doctora ni se inmutó, solo lo apuntó en el informe.

—No lo sé, no habría cumplido aún los ocho años. ¿Ya está? ¿Puedo seguir

comiendo?

—¿Algo más que me quieras contar? —Zen cogió un trozo de pan sin sal y se lo metió en la boca.

—No.

—Voy a hablar con el psicólogo también. Necesitarás terapia...

—No la quiero. Lo único que deseo es que me den el puto alta de una puta vez e irme a mi casa.

Zenón nunca se había comportado de aquella forma tan grosera, ni era tan malhablado.

—Pero Zen, no estás en condiciones de... —comenzó a decir Henar.

—Eres una metomentodo. Y te pido que me dejes tranquilo y no insistas.

La joven de azules ojos frunció el ceño y fue hasta él, para quitarle la bandeja y darle un abrazo. Zen intentó zafarse pero no pudo evitarlo y acabó rendido a su calidez y olor. Se echó a llorar como un niño.

La psiquiatra decidió irse, mientras Zenón sollozaba largo rato.

Henar le dio pañuelos para que se sonara los mocos, pues le había puesto perdida la camiseta. También le retiró los cabellos mojados de la cara y aseó su perilla e incipiente barba rubia.

Él la miró como un niño asustado.

—Henar... —susurró—. Él está aquí...

—¿Quién? ¿Quién está?

—Mi padre... —dijo casi inaudiblemente.

—¿Lo oyes?

—Lo veo y me habla —confesó en voz baja—. Tiene la cara medio desfigurada. Es así como lo vi por última vez antes de perder la memoria.

—¡Vaya! ¡Ya has tenido que revelar nuestro secreto! Tener hijos para esto —se quejó Joel.

Zen cerró los ojos al escucharlo.

—Ahora me está hablando.

—No hay nadie, ¿eres consciente?

—Sí. Sé que estoy alucinando muy fuerte. Pero tengo mucho miedo de que me diagnostiquen una enfermedad mental... —Lloró de nuevo.

El señor de la cama de al lado se removió, algo molesto por los cuchicheos, aunque siguió viendo la tele sin decir ni pío.

—Es más común de lo que crees. Puedes estar teniendo una depresión, o haberte esto producido un brote sicótico que tenías latente. Se tiene que tratar.

—Lo sé, pero el miedo es real. Y no quiero hacer pasar a Ángel por este infierno, ¿entiendes? Mi padre no para de hablarme, no se va ni en sueños.

Joel continuó con su parloteo incesante ante cada cosa que Zen le contaba a Henar.

—Es complicado ignorarlo —añadió—. No para de replicar.

Henar consideró que aquello era muy duro y muy grave.

—Entonces, ¿quieres a Ángel?

—Claro... Es lo que más quiero, lo más importante. Esa es la razón de que desee alejarlo de mí. Necesito que sea feliz sin estar con un pirado que a saber qué puede hacerle.

—¿Hacerle? ¿Tú?

—¿Y si empiezo a flipar más? ¿Y si le hago daño?

—Por eso hay que ponerle solución —le insistió.

—Si consigo que este cabrón deje de atormentarme, si soy capaz de llevar una vida normal, Ángel ya habrá rehecho la suya.

—Ni siquiera le estás dando la oportunidad de decidir si quiere pasar por esto contigo o no.

—Es mi decisión.

Henar no dio réplica, solo lo abrazó más.

—¿Cómo se llama ese cabrón?

—Joel...

—Joel, no vas a comerte a tu hijo, no lo vas a vender más, no lo vas a destruir. No te lo permitiré.

—Vaya con la putita lesbiana, qué mal genio —bufó el aludido.

Zen apretó los labios y abrazó más a la chica con su extremidad sana.

La chica se reunió con Ángel aquella misma tarde, en una cafetería de Gràcia. Este ya tenía la voz normal y las marcas del cuello comenzaban a

diluirse.

—¿Cómo está? No he querido ir, porque la última vez fue muy... —No deseó recordarlo.

—Está jodido, Ángel, no te voy a engañar. La psiquiatra ya lo ha visitado, y me ha prometido que colaborará con ella.

—¿Psiquiatra? ¿Por qué? —preguntó con extrañeza y nerviosismo.

—Como siempre... no pued...

—No puedes decírmelo —terminó su frase.

—Uno porque le contó cosas a la psiquiatra que son de médico paciente, y dos porque es decisión suya que lo sepas... o no.

—¿Por qué me excluye así de su vida cada vez que algo malo pasa?

—Ahí donde lo ves es un tío muy sensible y delicado. Ha sufrido mucho y ahora está peor que nunca.

Ángel bajó la cabeza, dejando el cuerpo caer sobre el respaldo de la silla. No se tomó la tila, sino que la dejó enfriar.

—¿Y yo no estoy mal acaso? Es la segunda vez que me rechaza, y después de venir en mi cumpleaños... Lo peor es que sé que me quiere.

—Claro que te quiere. Sé que le voy a hacer una putada, pero el día que le den el alta por lo del brazo, vendrás conmigo y te lo llevarás tú al hotel. Es la única manera de que afronte su situación. Eso sí, ten paciencia infinita porque está fatal.

—Conociéndolo, y si se estresa, eso es jugármelo todo a una sola carta.

—Sí, exacto.

—Vale, juego entonces. Porque no estoy dispuesto a dejar pasar a un hombre como él, a una persona tan maravillosa, a alguien que me quiere de forma sincera y cree en mí. Yo deseo estar con él toda mi vida. Antes no creía en esos cuentos de hadas del amor verdadero, del amor de tu vida... Y ahora me he vuelto un idiota romántico enamorado que solo pide ser correspondido por quien ama.

—¿Has oído una canción que se llama *I love you*, de *Woodkid*? —preguntó ella.

—Ahora no caigo.

—Búscala. Escúchala. Piensa en ella. Tú ahora eres el protagonista de esa

letra maravillosa. Debes escribir la continuación...

Ángel se quedó intrigado y, tras despedirse de Henar, la buscó en su nuevo móvil. La fue escuchando de camino a casa de Eva y entonces lo entendió todo.

*Whatever I feel for you
You only seem to care about you
Is there any chance you could see me too?
Because I love you
Is there anything I could do
Just to get some attention from you?
In the waves I've lost every trace of you
Where are you?*

Sí, tenía que darle otro final.

No pasaron muchos días antes de que a Zen le dieran el alta. También prometió a la psiquiatra seguir yendo a las inter consultas para tratar esas alucinaciones con su padre, ya que al final se lo tuvo que contar para que la ayuda fuera efectiva. Ya había comenzado el tratamiento, aunque tenía en cuenta que podían pasar muchos meses antes de notar mejorías.

De hecho, Joel caminó a su lado y se metió con él en el ascensor.

—¿Qué? ¿A dónde vamos ahora?

Zen no respondió, tal y como le había indicado la doctora.

—Llevas dos días pasando de tu padre. Deberías sentir vergüenza. Qué mal te educué.

Zen se contuvo con fuerzas. Hubiera querido replicarle unas cuantas cosas sobre esa afirmación.

Casi nunca estaba con él, sino por ahí de viaje con sus chanchullos de drogas. Y cuando sí estaba no es que le hiciera mucho caso. Le compraba todas las consolas, libros y juegos que le daba la gana; eso era todo. La que le crió fue su madre, con todo el cariño del mundo.

Recordó unas palabras de Aia:

«Cuando salgamos de aquí, podrás ser un niño normal como todos».

De hecho las escuchó a su izquierda. Se giró pero allí no estaba ella. No, solo se encontraba Joel a su derecha, como de costumbre.

Salió del ascensor, pasó por delante de Información y se dirigió hacia las puertas de salida. Henar entró en esos momentos y fue a abrazarlo. La recibió con una sonrisa.

—Hace calor, ya te aviso. ¿No te molesta llevar ese cabestrillo?

—No, está bastante bien porque es bueno. Me sujeta el brazo, aunque ya me han dicho que lo tengo bastante bien y solo necesitaré rehabilitación.

—¿Crees que me podrán reponer la oreja que me falta, hijo mío? —se burló Joel. Zen cerró los ojos y suspiró, hasta las narices.

—¿Está aquí? —indagó la chica.

—Nunca se fue, me temo. Intento no responderle. Sé que es mi puto cerebro y que es una proyección de mis problemas. Pero llega a cansar no poder ni ir a mear a solas.

—¡Oh, estás bromeando! Eso me gusta mucho. —Se le agarró del brazo derecho con fuerza y cariño—. Por cierto... —comenzó a decir mientras salían—, me ha surgido un inconveniente y no podré llevarte al hotel.

—No pasa nada, llamaré... —Al salir del todo vio a Ángel, más guapo que nunca con ropa nueva y un corte de pelo que lo favorecía mucho, plantado a la espera de que salieran.

—¡Ángel te acercará!

—¡Mira! El amorcito de tu vida. ¿Preparado para hacerle daño? —molestó Joel.

Henar se acercó a darle un beso a Zen, pidiéndole que se inclinase, y le susurró unas disculpas al oído.

—¡Nos vemos pronto, chicos!

—Adiós... —susurró Zen. Luego se puso las gafas de sol y comenzó a caminar en dirección a una parada de taxis, ignorando la presencia de Ángel, que corrió tras él sin perder la calma.

—¡Zen! Mi padre me ha devuelto el coche y he decidido volver al piso por el momento, así que no hace falta que vayas a un hotel...

—Voy porque es lo que quiero —respondió de forma seca y siguió su

camino, acelerando el paso. Ángel se apresuró a adelantarlo antes de abriera la puerta del primer taxi de la cola.

—Vale, te llevo al hotel. Y hablamos un rato.

—Te dije que no quería verte más —fue tajante, intentando pasar sin éxito pues el moreno no se lo permitió.

—¡Espera un momento, por favor! —rogó con desesperación.

—El chiquillo está loco por ti. Maricón me tenías que salir, ya tengo mala suerte —hizo su chanza Joel.

Zenón ignoró el comentario y miró a esos ojos verdes tan intensos, a esos labios carnosos, a su cabello cayendo liso sobre la frente, hacia un lado. Vio las marcas en su cuello y se le partió el alma. Como siempre, Ángel desmontaba todas sus defensas.

—Yo te escuché a ti en la playa. Creo que merezco también mi oportunidad de hablar... —pidió.

—Está bien... Pero me llevas al hotel y luego te vas a casa.

—¡Claro! —La sonrisa del chico lo ablandó aún más—. Tengo el coche en el parking del hospital. ¿Te llevo la bolsa? —se ofreció.

—No pesa, tranquilo. ¿Por ahí?

—Sí.

La conversación fue escasa hasta llegar al auto. Y ya dentro no mejoró.

—Henar nos ha contado que tu herida ha evolucionado súper rápido.

—Sí —respondió con simplicidad—. ¿Tienes bien el cuello?

—Me duelen un pelín los moratones, pero estoy perfectamente.

—Qué cabrón. Te secuestran por su culpa, le salvas la vida y está como una rosa. Tú en cambio te has trastornado.

Joel estaba en la parte de atrás del vehículo, Zen pudo verlo por el espejo retrovisor, con su agujero donde debía de estar la oreja y el cabello largo ondulado todo pegado, con piel y coágulos. Fue desagradable, como siempre.

—¿Has hecho las paces con tu padre? —preguntó Zen.

—Sí, me ha pedido perdón por todo. Ha salido trastocado de todo el tema este. Ya te contaré por qué Pedro estaba obsesionado con la familia, porque tiene tela...

—En realidad preferiría no saber nada más.

—C...Claro, lo entiendo.

—Qué va a entender el niño este. ¿Eh, hijo?

Zen empezó a ponerse nervioso con aquel cabrón comiéndole la cabeza.

Miró de reojo a Ángel, en un semáforo donde estaba detenido el auto, y deseó cogerle de la mano que tenía sobre el cambio de marchas. Incluso hizo el amago, hasta que se dio cuenta de que tenía el brazo en cabestrillo bien apretado al cuerpo, lejos de aquella mano que tanto deseaba rozar.

—¿Están todos bien? —preguntó Zen.

—Deseando verte. Sofía se muere de ganas.

Ahí el hombre se sintió dolido. Le había dado en todo el corazón.

Ángel aparcó donde pudo y acompañó a Zen hasta el moderno hotel. Para que Ángel pudiera subir, tuvieron ambos de presentar del DNI, cosa que puso de los nervios a Zenón. No obstante, le había prometido hablar y lo cumpliría.

Subieron los «tres» en el ascensor y también entraron así en el cuarto. Joel tomó asiento en un sofá de la esquina, mientras Ángel toqueteaba sus llaves del coche, nervioso, y Zen se quitaba el cabestrillo.

—¿Te ayudo? —Fue a tocarlo y el rubio se apartó, alarmado.

—Dime lo que sea que necesite vomitar esa boca tuya y vete, por favor — fue cáustico.

Ángel perdió un poco de fuelle. Suspiró y luego cogió aire.

—Te quiero como nunca he amado, ni amaré a nadie.

Zen lo miró y el muro se le empezó a caer.

Pero allí estuvo la carcajada de Joel para recordarle que lo importante era mantener alejado al chico de él para no hacerle daño.

Capítulo 32

—Te he querido desde el principio. Como cuando me ponía tonto contigo. Cuando me moría de celos porque estabas con Daniel. Cuando hice la tontería del examen. Cuando me impuse a mi padre al echarte. ¡Cuando apareciste por la puerta del restaurante en mi cumpleaños! ¡Cuando me salvaste la vida! Todas esas veces te he querido, y muchas más. Cada segundo, minuto, hora y día...

Zen se quedó con el corazón en un puño y enrojeció ante tal declaración.

Joel dijo algo imperceptible que escuchó muy lejano y a lo cual no hizo ni caso.

Ángel le tocó, como si apartara lo poco que le quedaba a Zen de coraza. Deslizó su mano por el pecho ancho, el cuello, la perilla, los labios... Y se acercó para besarlos. El estómago de Zen se contrajo de placer y gimió involuntariamente. Ángel se apartó un poco y le sonrió.

—Tus labios me dicen que lo desean, tu corazón late tan fuerte que puedo sentirlo.

Con la otra mano, el chico apretó su pectoral y dejó que los latidos pasaran a través de piel, carne y huesos, deslizándose hasta su propio interior.

—Dime que no me quieres y te dejaré en paz...

Zen solo pudo observar sus ojos verdes y sentir felicidad.

—Yo no... —intentó negarlo, sin éxito.

—Me iré para no volver, te lo prometo. Aquí y ahora, dímelo. Dime que no me amas... —ronroneó Ángel, casi rozando sus trémulos labios.

Sus alientos se juntaron en un tierno beso al principio, que se convirtió en uno voraz a medida que pasaron los segundos. Se agarraron con toda la fuerza de la que fueron capaces, excitados ambos, dispuestos a dejarse llevar.

Zen arrastró a Ángel hasta la cama, se sentó en ella y dejó que el moreno tomase la iniciativa. Este le quitó con cuidado la camisa y la camiseta interior y vio el vendaje en su brazo. Se detuvo un instante para besarlos y los besos ascendieron por el hombro, cuello y mandíbula. Zen buscó sus labios para atraparlos, y su lengua para besarlos. Lo sujetó del cuello para que no se le escapase, pero Ángel se apartó un momento para quitarse su propia camiseta y

bajarse la bragueta, porque su tremenda erección dolía ahí dentro.

Zen la tocó, ansioso por volver a sentirla en la boca. De un impulso lanzó a Ángel sobre la cama y le arrancó las zapatillas, los pantalones y la ropa interior.

Ver aquella imagen tan sexy, del hombre al que amaba, desnudo para él, con las piernas abiertas y su sexo erecto, le volvió loco.

—Ayúdame a... —El chico enseguida le desabotonó los pantalones y una erección enorme salió de los bóxer mojados.

La ropa de ambos acabó desperdigada por el suelo y la cama, y ellos perdidos el uno en la piel del otro.

Zen tironeó de los cabellos de Ángel, que gimió de puro placer, para echarle hacia atrás la cabeza y morderle la nuez y el resto del cuello. Fue bajando poco a poco, beso a beso, caricia a caricia, hasta llegar a donde estaba deseando: su sexo duro.

De nuevo lo lamió, como en la playa, y se lo metió en la boca como tantas veces había imaginado en la intimidad de sus pensamientos. Le masajeó los testículos con cuidado, consiguiendo gemidos de placer de Ángel, a cada momento más intensos.

Volvió a su boca y el moreno pudo sentir el sabor de su propia lefa, aunque no le produjo rechazo, sino que le excitó más. Rodeó a Zen con las piernas, por las caderas, y frotó ambas erecciones.

—Te vuelvo loco, lo sé... —musitó el moreno, sonriendo.

—Desde el principio —les respondió casi sin aliento.

Por vez primera en su vida, estaba sintiendo el sexo de forma liberadora, sin dolor en la cicatriz, ni miedos a que le hicieran daño físico.

—Te dije que me ponías y ahora me doy cuenta de cómo se te iban las manos conmigo... —le susurró a Ángel, con voz sexy, ronca, apasionada.

—¿Cómo no se me iban a ir? Con este cuerpo que tienes. ¡Joder! —Le mordió un pectoral, justo donde una de las alas de su tatuaje. Zen rio para luego gemir al sentir aquella juguetona lengua en su sensible pezón.

Zen empujó su sexo contra el trasero de Ángel, de forma instintiva.

—Ey... ¿cómo te atreves? —bromeó el chico, empujándole a un lado.

—Lo siento...

—Vengo preparado —le informó entre risas.

Buscó en su pantalón y sacó preservativos talla XXL y otros te menor tamaño. También unos pequeños sobrecitos de lubricante. Volvió corriendo a la cama y se echó sobre el escultural cuerpo de Zen. Le frotó los testículos y lamió toda la envergadura de su pene hasta llegar al sensible grande, que succionó con ansia.

Para Ángel era su primera vez con un hombre y lo estaba disfrutando como nunca antes. Justo aquello es lo que le volvía loco y le excitaba.

Zen se dejó llevar por las sensaciones y miró la erótica escena de Ángel chupándole su sexo a punto de reventar.

El chico cogió uno de los preservativos grandes y se lo colocó con sumo cuidado, pues entendía lo sensible de un pene tan ancho y largo.

—Quiero que seas tú primero el que me penetre... —Serpenteó hasta los labios de Zen.

—Te haré daño. Y quiero que disfrutes y estés bien.

—No te puedes ni imaginar las ganas que tengo de sentir esa pedazo de polla dentro de mí, empujando.

Dicho aquello le lamió la perilla y la boca, antes de darse la vuelta y enseñarle el trasero.

Zen creyó morir de placer visual. Aquel precioso culo a su merced y disposición.

Cogió un preservativo más pequeño, metió dos dedos y lo untó con el extra de lubricante.

Ángel sintió la intromisión poco a poco, fue perdiendo el miedo y se relajó mientras se tocaba a sí mismo.

El resto del lubricante acabó en el preservativo que Zenón llevaba puesto. Con mucho cuidado abrió los glúteos de Ángel, que tembló de deseo, y fue metiéndose envestida a envestida, hasta que entró toda entera.

Ángel sintió una mezcla de dolor y placer, sobre todo cuando aquel sexo le tocaba ese punto G que los hombres también tenían, justo donde la próstata. Al final solo sintió ese placer, que aumentó a cuanto más empujaba Zenón.

Este estaba en el séptimo cielo, concentrado en el gusto que estaba sintiendo, y que aumentó en cuanto Ángel se puso a gemir de aquella forma.

Lo agarró bien de los muslos y sintió el orgasmo llegar. Empujó con fuerza,

profundo, tres o cuatro veces, y se corrió como nunca antes en toda su vida.

Respiró entrecortadamente, mientras Ángel seguía masturbándose.

—Empuja, cariño —demandó—, empújame fuerte.

Zen lo hizo, pues aún estaba empalmado y su amante alcanzó el orgasmo, corriéndose sobre las sábanas.

El rubio salió con cuidado, sujetando bien el preservativo. Se levantó y fue directo al baño a por papel higiénico. Tiró el condón, se limpió un poco y volvió para ayudar a Ángel con su problemilla post coito.

Ángel se echó a reír por la que había armado allí.

Luego, ambos se limpiaron bien antes de volver a la cama.

Ya era de noche, así que se metieron en ella. Ángel miró a Zen, completamente enamorado y este hizo lo mismo.

—¿Te duele? —preguntó el rubio, acurrucando al chico contra sí, y tapándolo mejor con las sábanas de hotel.

—Ahora mismo me escuece, pero es normal, nunca me habían penetrado y menos con semejante manubrio.

Deslizó la mano para tocarlo.

—Está pequeñito... —susurró, adormilado.

—Si sigues frotándolo como si fuese una lámpara maravillosa, vas a sacar el genio que hay en mí. Estás advertido.

Una risilla leve le hizo saber a Zen que Ángel estaba casi con Morfeo.

Zenón juntó la cabeza con la de él y observó el sillón donde había olvidado a Joel.

El sillón permaneció vacío. Miró en todas direcciones y su padre no estaba por ninguna parte. No supo si sentir pánico o liberación.

Apretó más a Ángel contra él, a su ángel de alas negras, como las que tenía tatuadas en el pecho. Y rezó, a lo que fuese, para que aquel espejismo desagradable no volviese a aparecer nunca más.

Antes de dormir sintió que estaba bien acompañado, y en paz.

De buena mañana, Zenón se despertó por los rayos del sol que se filtraron entre las cortinas. Ángel estaba pegado a él, con el cabello revuelto y cara de estar profundamente dormido.

Le dolió el brazo, por lo que se tuvo que levantar para tomarse los calmantes.

—Buenos días... —dijo una conocida voz a su espalda.

Un sudor frío recorrió el cuerpo del hombre. Se giró y vio a Joel sentado en la butaca, con las piernas cruzadas y mordiéndose una uña ensangrentada.

—Ayer preferí dejaros a solas, no me interesaba demasiado ver a mi hijo acostándose con otro tío. —Puso cara de asco—. Ese chico te quiere en serio, ¿eh? Pero sigue sin tener ni idea de la movida mental que tienes. —Se llevó la mano a la cabeza.

Zen se puso la ropa interior y unos pantalones. Al hacer ruido, Ángel se removió y se dio la vuelta, dándole la espalda.

Joel se levantó para acercarse a mirarlo mejor.

—Es guapo el jodido. Tienes buen gusto.

—No lo toques —susurró, más como una súplica que como algo imperativo.

Joel levantó ambas manos y le enseñó las sucias palmas en señal de apartarse.

—Mira qué cuello, con esas marcas. Casi lo mata el tipo ese, ahogándolo. Cuando le pegaste el tiro, ya sabes. ¿No te gustaría probar qué se siente estrujándole el pescuezo?

El corazón de Zen comenzó a latir muy fuerte. Miró horrorizado a Ángel, ajeno a aquellos pensamientos tan horribles proyectados en Joel.

¿Cómo a su mente se le ocurría algo semejante? De verdad estaba teniendo brotes sicóticos muy graves.

Se fue directo al baño para lavarse la cara, pasando por al lado de su padre.

Al echarse agua y levantar la mirada en el espejo, dio un brinco hacia atrás, tropezando con el retrete.

Allí, al otro lado, estaba Joel haciendo sus mismos gestos. Se acercó poco a poco y Joel le imitó, hasta tocar la superficie lisa y juntar los dedos con los de él.

La diferencia fue que ese Joel era más joven, y no estaba herido. Fue, literalmente, como mirarse en un espejo. Idénticos rasgos faciales y rizos en el cabello. La misma constitución. Solo les cambiaba el color del cabello y el de

ojos.

—Somos iguales. —La imagen reflejada movió los labios—. No estamos bien. Echa a ese chico de aquí, y de tu vida, o lo lastimarás como yo a Aia. A pesar de haberla amado, la maté tras hacerle la vida insostenible junto a mí. ¿Eso quieres para tu ángel de alas negras? No, ¿cierto? Pues échalo.

Zen quitó la mano y la imagen desapareció. Joel no volvió a hacer acto de presencia en el baño.

Ángel se estaba vistiendo y le miró con una sonrisa de oreja a oreja que le puso a Zen las cosas mucho más complicadas.

—Estoy hambriento. Ayer no cenamos. —Se puso a reír—. Si hay bufete libre podríamos baj...

—Vete de aquí —lo cortó tajantemente su compañero. Este se puso blanco al principio al ver la expresión seria y seca de Zen. Ya la conocía.

—No me voy a ninguna parte, cariño.

—Coge tus cosas y vete a tu casa, con tu familia y tus amigos. Yo no te quiero ni te necesito en mi vida.

—¡Eso no es verdad! —Ángel se acercó a él, pero al intentar tocarlo se llevó un manotazo fuerte. Zen, para colmo, lo agarró de la camiseta para empujarlo contra una pared, aunque midió la fuerza con la que lo hizo.

—No te quiero. ¿Me oyes? No quiero a nadie en mi vida.

—Pero...

—Pero nada. Ayer me dijiste tal cual: «dime que no me quieres y te dejaré en paz».

—¡Claro que me quieres! —gritó, rabioso.

—¿Te lo dije ayer en algún momento? ¡No! ¡Porque no te quiero! Solo fue un calentón porque no soy de piedra y admito que siempre me pusiste, pero de ahí a amarte va un largo trecho. ¡Vete!

Lo empujó con la fuerza justa para no hacerle daño.

—¿A ti qué coño te pasa? ¿Crees de veras que no me doy cuenta de que finges? ¿Te piensas que soy idiota? —estalló el moreno.

Zen se dio la vuelta y vio a Joel sentado en la butaca, aplaudiendo. Aquello le cabreó más.

—¡No me ignores! —exigió Ángel, respirando con dificultad. Las lágrimas

acudieron a sus ojos, de pura angustia—. No me ignores...

El hombre estuvo a punto de ceder, darse la vuelta y explicarle lo que le sucedía.

—No es buena idea —dijo Joel.

—¡Cállate de una puta vez! —le gritó a su padre.

—¡Cállate tú! —le contestó Ángel, creyendo que era para él—. ¡Vete a la mierda! ¡Me prometiste que no te irías más! ¡Me dijiste en la playa muchas cosas y no las has cumplido! Ahora soy yo el que no quiere saber nada más de ti, capullo.

El chico cogió su camiseta, se la puso y se fue dando un portazo.

Ángel bajó las escaleras del hotel a toda velocidad, pensando en que no podía más con aquel hombre. Se fue corriendo al coche y hasta su casa, sollozando todo el camino dentro de la cabina.

Zen se sentó en la cama y rozó con los dedos la parte del colchón donde había estado durmiendo Ángel. Aún estaba caliente.

—Perdóname... Soy un cobarde, pero quiero protegerte de mi maldad, de lo peligroso que es estar conmigo...

—Mi hijo no tiene maldad... —susurró una voz dulce, suave y femenina a su lado.

Giró el rostro a su izquierda y vio a la mujer hermosa y rubia de las fotos. Estaba sentada a su lado. Con su pelo suelto y brillante, también algo ondulado. Los ojos ambarinos eran preciosos, buenos, amables.

—Mamá... —Se le quebró la voz y le brotaron las lágrimas. Quiso tocarla, pero sabía que no estaba allí de verdad, sino en su mente.

Estaba proyectando su imagen en un bonito recuerdo, de cuando estaba viva.

—Has de seguir a ese ángel tuyo, no dejar que el amor verdadero se te escape de las manos. Cuando estuviste ayer con él, os vi... Joel no estaba, sino yo. Al abrirte a él, tu padre desaparece, tus miedos se diluyen. Y estoy yo contigo. ¿En serio crees que puedes hacerle daño de algún tipo?

Zen miró a la butaca: Joel había desaparecido.

—No existimos, lo sabes bien... Y espero que un día dejes de vernos. A él ya no lo verás más si me haces caso. Y a mí... a mí tampoco. Pero no te haré falta porque serás feliz con Ángel.

—¿Y si vuelve? —preguntó refiriéndose a Joel.

—Antes lo has acallado de verdad. Y yo le he pasado por encima. Lo he pateado un poco de paso...—Aia sonrió con una dulzura pícara.

—Mamá, perdóname por no recordarte durante tantos años. Gracias por dar la vida por mí.

Aia lo miró a los ojos.

—Tus ojos son los míos, y no hay maldad en ellos, igual que no había maldad en mí. Ahora, vete a por tu ángel de alas negras.

Capítulo 33

Ángel entró en casa como un tornado, e incluso cerró la puerta de una patada. Su cabreo había ido en aumento. Probablemente jamás hubiese estado tan ofuscado en toda su vida, ni siquiera en aquella última bronca con su padre.

De paso pateó también el pobre sofá, que movió un buen trecho, mientras emitía un bramido. Se apoyó en el respaldo con las manos, intentando respirar.

—¡Joder! —blasfemó dando puñetazos al mueble.

De pronto perdió las fuerzas y cayó derrengado de rodillas, hasta terminar tumbado en el suelo bocarriba y con los brazos cruzados sobre la cara.

—No sé qué hacer contigo, pero no puedo estar sin ti —susurró, como si le hablara a un Zen invisible—. Esto me agota...

Se quedó así una media hora, sobre el suelo frío, con los ojos cerrados. Incluso le cayeron las lágrimas por sendos lados del rostro, en absoluto silencio.

El móvil le sonó en diversas ocasiones, con notificaciones de mensajes.

Lo miró sin desbloquearlo; eran sus amigos, preguntando qué tal.

—Una mierda ha sido —contestó al aire y volvió a dejar el teléfono por ahí.

Pasaron unos diez minutos antes de que sonase el timbre de casa. Dio un respingo y levantó medio cuerpo, mirando a la puerta.

Tragó saliva.

—¡No estoy! —gritó—. ¡Dejadme en paz!

Se dio la vuelta dándole la espalda a la puerta.

—¡Soy Zenón! —Escuchó y se puso taquicárdico. Aquello sí que no se lo esperaba.

—¡Vete a la mierda! —Volvió a erguirse—. ¡Ahora el que no quiere verte soy yo!

—Vengo a hablar, por favor... —Zen tenía la cabeza apoyada en la puerta, con el corazón en un puño. Solo los separaba aquel trozo de madera.

Escuchó a Ángel tocar la cerradura y se apartó de inmediato. Vio parte de

su rostro, hinchado por el llanto.

—Estoy harto, ¿lo comprendes? No me merezco todo esto por tu parte. Así que habla y vete.

—Aquí fuera no es muy procedente...

El chico le abrió del todo y dio dos pasos hacia atrás al ver que él se le aproximaba más de la cuenta.

Zen lo miró con una intensidad que le hizo volar el corazón.

—Me estás poniendo nervioso. Habla, ¿por qué no dices nada?

—Hazlo... —susurró una voz femenina a Zen—. No pierdas un segundo más de tu vida junto a él.

El rubio asió, sin titubeos, a Ángel por la nuca para besarlo con pasión, luego lo abrazó con tanta fuerza que le dolió la herida del brazo, ya que no llevaba el cabestrillo, pero le dio igual.

El moreno, enfadado como estaba aún, se revolvió, empujándole y mordiéndole los labios en señal de rechazo, aunque aquello excitó más a su contrincante.

—¡No me toques! —exigió Ángel, oprimiendo con la mano el mentón del Zen para que no le besara.

Este último lo levantó en brazos con una facilidad pasmosa, mientras el moreno no paraba de patalear en el aire.

—¡Bájame! ¡Imbécil! ¡Te odio! —gritó con intensidad al principio—. Te odio... Te odio... —La fuerza de sus palabras fue perdiendo fuelle.

Zen lo depositó sobre la cama del chico y se colocó sobre él, ya sin resistencia. Él lo miraba con cara de enamorado, llorando.

—¿Cuánto me odias, cariño? —le preguntó Zenón.

—Te odio muchísimo... —Sonrió al decirlo.

—Y yo a ti, mi amor... —respondió con sentimiento el hombre, antes de atrapar sus labios hinchados y rojos.

Estuvieron dándose besos, y acariciando, un largo rato, sin decir nada más.

—Me tienes confuso... —dijo Ángel, mientras daba tiernos ósculos a la cicatriz de su rostro, a su párpado y ceja.

—Te quiero, mi ángel de alas negras. Te quiero muchísimo. Solo tú puedes salvarme de mí mismo, de esto que me pasa.

—No podría soportar otra reacción como la de antes, Zen. No me lo hagas más.

Zenón negó con la cabeza y sus cabellos rubios le rozaron el rostro produciéndole cosquillas que le hicieron sonreír.

—Tengo que contarte muchas cosas, pero son complicadas y tengo pánico a que no las puedas comprender y me rechaces o me tengas miedo.

—¿Miedo yo a ti? ¿A la persona más buena que conozco...? No tienes maldad, aunque a veces digas estupideces. Pese a que me cabreen tus ahora sí ahora no.

El hombre se sentó en la cama y Ángel lo hizo a su lado, acurrucado entre sus brazos, sobre su pecho ancho y confortable. Deslizó la mano hasta su cara y lo besó después.

—¿Sabes? Alguien me habló de una canción preciosa, que traducida diría algo así:

*Lo que sea que yo sienta por ti,
parece que tú solo te preocupas por ti.
¿Hay posibilidad de que me pudieras ver a mí también?
Porque te quiero.*

Zen se quedó un poco pensativo.

—*Whatever I feel for you. You only seem to care about you. Is there any chance you could see me too? Because I love you* —contestó en inglés.

—¿La conoces?

—Sí... La tengo en mi *playlist*, y cuando la escuchaba, pensaba en ti casi sin querer. Yo era el que te amaba...

—Pues yo también soy el que te ama, así que... —Ángel sonrió—. Cuéntame lo que sea, porque te escucho.

—Me llamaba Karol, y a los siete años mi padre mató a mi madre delante de mí, a cuchilladas. Él me hizo esto en la cara. También sufrí una violación por parte de un hombre, antes de ese suceso.

Ángel se quedó pasmado, blanco, sin palabras.

—Lo recordé todo la noche del secuestro. Cuando disparé a Pedro creía que salvaba a mi madre. Podías haber sido tú...

—¿No eras consciente de nada?

Zen negó con la cabeza baja y los ojos llorosos.

—Eso me atormentaba tanto que... Tenía que alejarte de mí.

—¡Pero no pasó! Estoy aquí contigo y soy real... —Le acarició la cicatriz con cariño y lo besó.

—Es obvio que mi mente no está sana, ya que tuve esos delirios, y antes de eso una pérdida de memoria selectiva porque lo sucedido fue demasiado para un niño pequeño. Perdí el habla, no sabía leer ni escribir... Aprendí de cero a ser Zenón, porque Karol estaba escondido.

—¿Tú quién te sientes?

—Zenón —respondió sin dudar.

—Pero los recuerdos no te dejan avanzar, son demasiado duros —dedujo Ángel, abrazándolo con fuerza.

—Son tan duros que he tenido brotes sicóticos... o un comienzo de esquizofrenia. No lo saben aún con seguridad. La única persona que conoce esto es Henar y fue ella la que se dio cuenta y me obligó a ponerme en tratamiento.

—¿A qué te refieres con eso?

—Desde que me desperté en el hospital, mi padre Joel está conmigo. Lo veo en sus últimos momentos antes de perder yo la memoria. Con su cara medio reventada, el cabello ensangrentado...

—¡Eso es horrible! ¿Es como un fantasma?

—Algo así. Y me atormenta, me engaña, me lía la cabeza para que piense que voy a hacerte daño. Esta mañana me instaba a matarte.

Ángel se apartó, asustado y Zen sintió un dolor inmenso en el pecho.

—Por eso te eché. Y no te gritaba a ti, le gritaba a él que se callase. Y se calló.

El chico sujetó a Zen por la camiseta negra, con las manos temblorosas, mirándole a los ojos.

—Pero tú no me harías daño, Zenón...

—Nunca te haría daño físico, no. Antes prefiero matarme.

—¡No digas eso! ¿Es tu padre quién te lo dice?

—No. Él se ha ido por fin. Cuando estamos juntos, él no tiene cabida, así que no está. Eres como una medicina que me hace mucho bien.

—Da un poco de mal rollo... Sé que no es nada sobrenatural, solo está en tu cabeza. ¿Es así?

—Correcto. Son proyecciones de mis miedos, solo yo las percibo. Pero, ¿sabes? También veo a mi madre, Aia. Ella me ha traído hasta ti.

—¿Es guapa? —No se le ocurrió preguntar otra cosa.

—La que más. Este pelazo rubio que tengo lo he heredado de ella.

—¿Y está aquí?

Zen miró de frente y la vio, sonriéndole. La joven mujer levantó la mano y se fue diluyendo como un fantasma, hasta desaparecer.

—Ya no... Porque estás tú. Solo te necesito a ti para curarme, con la medicación, cariño y... mucho sexo —bromeó.

Ángel echó una carcajada al vuelo y después se le abrazó por el cuello. Zen hizo lo mismo pero por su cintura.

—Gracias por contármelo, ahora puedo entenderlo absolutamente todo.

—Perdóname. Estaba acojonado sin entender qué me sucedía y con el terror de hacerte daño. Al final te lo hice, de todos modos.

—Te perdono —susurró—. Creo que necesitas medicina de esa, la que dices del sexo.

—¿Aún quieres después de cómo te humillé esta mañana?

—Te mereces que te castigue, pero es que con ese cuerpo que tienes yo no me puedo resistir...

Ángel lo empujó sobre el colchón y se le puso encima, levantando poco a poco la camiseta, recreándose en sus cincelados músculos, hasta que apareció el precioso tatuaje que adornaba sus pectorales: las dos alas negras.

Él mismo se quitó su prenda superior y la lanzó lejos, junto a la de Zen. Las manos de este, que ya no llevaban el cabestrillo, le recorrieron el abdomen hacia arriba y luego hacia abajo, con delicadeza. Aquello puso mucho a Ángel, que gimió y cerró los ojos, solo sintiendo sus grandes manos en la piel y la carne.

Zen se incorporó para besarlo. Solo de pensar en volver a hacer el amor con él fue como un sueño del que no quiso despertar, donde nadie más que ellos dos existían.

—Quiero que esta vez seas tú... —pidió el rubio, a la vez que le iba

bajando la cremallera del pantalón vaquero.

—¿Estás seguro?

Zenón lo miró. Le cogió por la cara y sonrió antes de besarlo con ternura.

—Sé que tú no me harás daño. Lo que me pasó apenas puedo recordarlo. Contigo todo es distinto, no siento ningún miedo, todo lo contrario: lo deseo. Que entres en mí y estemos unidos de esa forma.

Ángel se derritió al escucharlo. Eran tan tierno y romántico, tan sexy... Cómo resistirse a él. Imposible.

Se despojaron del resto de sus ropas, que acabaron de cualquier forma por la cama y el suelo.

—Ojalá me hubieras besado el día de la fiebre, todo habría sido distinto... —jadeó Ángel, recordándolo.

—Créeme que estuve a punto. Pero consideraré que n...

Un apasionado beso de Ángel lo acalló.

—Así te habría devuelto el beso, con todas mis ganas.

El chico se inclinó hacia el cajón de la mesilla y sacó un buen puñado de condones de varios tamaños.

—¡Qué barbaridad! ¿De dónde has sacado tantos? —Estaba escandalizado. También extrajo lubricante con el que se untó los dedos.

—Pienso gastarlos todos —le dijo, como si fuera una amenaza.

Comenzó a besarlo por todas partes, con cuidado de no dañar su reciente herida. Y bajó para introducirse en la boca aquel sexo erecto y duro por el deseo. Se recreó largo rato en él, y en masajear sus testículos con pericia. Los gemidos de Zen, el cómo lo agarraba del cabello y se retorció, le hicieron saber que estaba gozando al máximo de la felación.

—¿Te gusta que te chupe la polla? —dijo tras un lametón.

—Sí... —gimió, estremecido de placer.

Poco a poco le introdujo los dedos en el recto, con mucho mimo y cuidado. Empujó con cadencia.

—¿Estás bien? —preguntó para quedarse tranquilo.

—Nunca he estado mejor...

—¿Estás seguro de que quieres que te folle?

—¡Joder, sí!

Le apartó la mano y asió el sexo de Ángel, que estaba más que preparado. Con cierto nerviosismo abrió el preservativo, se lo puso a él y le rodeó con las piernas por la cintura, para atraerlo hacia sí.

Ángel comenzó a introducirse con muchísimo cuidado, hasta que todo su pene hinchado entró. Al ver que Zen estaba bien, comenzó su bombeo. Empezó a producirle gemidos a su hombre con cada embestida, así que se dejó llevar por la excitación y lo estrecho que estaba allí dentro.

Se tuvo que apoyar en la cama con antebrazos y codos, mientras Zenón le rodeaba el cuerpo con todas sus extremidades.

Se besaron con mucho erotismo, comiéndose las lenguas y los labios.

—¿P... Puedo empujar más? —preguntó.

—Sí, todo lo fuerte que quieras follarme, puedes... —le dio permiso.

Ángel se dejó llevar, a punto de tener un orgasmo distinto y nuevo para él.

—Me corro —lo avisó—. No puedo más...

Gimió, embistiendo tres veces de forma más dura. Quedó derrengado y feliz, sudando. Escuchó la respiración de Zen, entrecortada y le miró. Él sonreía.

Llevó la mano hasta su sexo, aún duro y preparado, volvió a empujar un poco y le masturbó.

—Te quiero, joder... —soltó Zenón de pronto, antes de eyacular sobre la mano de Ángel, que no pudo evitar echarse a reír.

—Me has puesto perdido.

—Lo siento —se disculpó, también con una sonrisa.

El chico se levantó para asearse y asear a Zen también, con mucho cuidado de no hacerle daño.

Luego se puso a su lado derecho para no aplastarle el brazo herido. Zen le rodeó los hombros con el otro, acariciándole la piel sudada.

—He tardado veinticuatro años en saber lo que era el sexo de verdad.

—Yo casi veintinueve —dijo entre risas.

—¿Te he hecho daño? —indagó.

—Me duele, sí, pero no es para tanto. Supongo que es lo normal. ¿Sabes una cosa? He tenido un leve recuerdo de mi infancia, cuando ya era Zenón.

Creo que nos conocimos de pequeños.

—¿Cómo nos íbamos a conocer? —preguntó, bastante incrédulo.

—Ahora que ato los cabos del puzle que es mi vida, durante el juicio de mi padre, que fue aquí en Barcelona. Tu padre era el abogado de la defensa y mi madre la Fiscal en esos momentos. Bosch os dejó conmigo en un cuarto de los juzgados, habilitado para que los niños jugasen.

—¿Nos? —inquirió con cierta extrañeza.

—A Gabriela y a ti. No podía recordar bien vuestras caras, ni nombres. Sí sabía que ella era muy guapa y dulce, que me trató súper bien. Me quedé fascinado.

—Sin duda esa ha de ser Gabri. ¿Y de mí recuerdas algo?

—Que eras un bicho malo que se metía los plastidecor por la nariz. — Soltó una buena carcajada. Ángel quiso replicar, pero era verdad que lo hacía de niño.

—¿Y no te enamoraste ya de mí?

—No entendía de esas cosas y, además, eras muy pequeño. ¿Cómo se te ocurre semejante cosa? Sin embargo, me curaste la herida de la cara con un «Sana, sana, culito de rana». ¡Y se me quedó en la memoria!

Ángel se puso a reír a carcajada limpia.

—Le preguntaré a mi padre si es verdad que nos conocimos de niños.

—Estoy seguro de que sí. Y quiero que sepas que, gracias a vosotros, recobré el habla. Porque mis ángeles me habían curado. Y por eso llevo este tatuaje.

—¿En serio? El destino cruza la vida de las personas de forma sorprendente y singular, ¿no crees?

—Pienso lo mismo. Puede que me pasaran cosas terribles y, no obstante, todas me llevaron a ti. Fui un imbécil al rechazarte en tres ocasiones.

—Mientras no lo hagas más...

—Ninguna voz, ninguna presencia, ninguna circunstancia harán que yo te rechace de nuevo, mientras me ames.

Ángel le miró con los ojos anegados en lágrimas.

—No sé si el amor verdadero existe, ni si es para siempre. Lo único que sé es que está ahora aquí, flotando entre nosotros. Y haré lo que sea para que

jamás se lo lleve el viento. Este hombre te ama de veras...

—Este hombre también...

Se sonrieron antes de besarse, antes de abrazarse, antes de volver a amarse...

Epílogo

—¿Estás seguro? ¡Empieza a hacer frío! —se quejó Ángel mientras Zen le quitaba la corbata.

—Nos está esperando el fotógrafo, date prisa —le instó, mientras él se despojaba de sus zapatos y calcetines.

—Estás loco, te lo digo en serio. —Finalmente le hizo caso y acabó hasta sin camisa, solo con los pantalones blancos.

—Coge las rosas.

Ángel las asió y ambos se cogieron de la mano. Entraron corriendo en el agua del mar, ante la mirada de los presentes que los vitorearon y silbaron.

—¡Que vivan los novios! —chilló Eva a todo pulmón, muerta de la risa.

—Van a coger una pulmonía, se está haciendo de noche —comentó Ignasi, rodeando a la chica con el brazo y dándole un beso en los labios.

Tras lo sucedido a Ángel y a Zen, se dieron cuenta de que en el fondo ellos también tenían que estar juntos, que era el momento apropiado.

—Vaya mariconada. Hacerse fotitos en el mar... —se escuchó decir a Daniel, con cara de circunstancia.

—La envidia te corroe, primo.

Henar lo miró con el ceño fruncido.

—Yo ni me caso ni me embarco. Libre como el viento y las olas del mar.

No le hizo caso y miró a la pareja, oficialmente casada un año después de todo lo malo que les había sucedido.

Zen tenía bajo control los brotes sicóticos, tan solo al principio volvía a ver a sus padres de forma muy esporádica. Unos seis meses después la medicación hizo el efecto esperado y pudo llevar una vida normal, dando clases en un instituto privado. Todas las adolescentes estaban revolucionadas, porque con Zenón era como tener a un Momoa delante.

Ángel había empezado a trabajar en una imprenta a tiempo parcial, y estudiaba por las mañanas en la Escuela de Artes y Oficios de Barcelona, conocida como Escuela de La Lonja.

Y allí estaban todos, en el convite, tras una boda preciosa en la playa del

restaurante de Laura y José. El único que no había ido era el padre de Ángel. No porque no quisiera, ya que su relación padre e hijo había mejorado, sino porque no lo consideró apropiado, dadas las circunstancias del pasado con Laura.

Henar volvió a mirar a los recién casados, mojados de arriba abajo y muertos de la risa, hacerse fotos con el profesional contratado, amigo «barra» amante medio serio de Daniel.

La joven Sofía también hacía sus propias fotos, con la falda arremangada.

Henar miró a José y Laura, sentados en una de las mesas sin recoger, observando la escena con sendas sonrisas en los labios, cogidos de las manos. De hecho, él le besó el reverso en señal de adoración.

Henar se sentó en la arena, cerca de donde las olas morían, y siguió observando con otra sonrisa en los labios. Algún día, encontraría ella el verdadero amor.

Tras la mojada sesión de fotos, Zen y Ángel salieron del agua, tiritando.

—Maldita sea tu estampa, Zen —le reprochó su flamante marido.

Laura le dio una toalla a su hijo y otra a Zen.

—¡Zenón! Espera que te haga yo una foto para las compis de clase —demandó Sofía.

—¿Y por qué solo a él? —Se quejó su hermano.

—Porque él... Bueno, ¡porque les gusta más!

—¡Ni se te ocurra hacerle más fotos para las pervertidas de tus amiguitas! ¡Acabo de hacer un pacto con el diablo para retenerlo eternamente! Es mío —añadió al final, señalando su propio dedo anular.

Zen lo miró, divertido.

—Este anillo con nuestros nombres tallados en lengua élfica lo demuestra —acabó por decir.

—Menuda frikada —comentó Daniel.

—Fue idea suya. —Ángel señaló a su marido—. Pero es bonito.

Ángel y Zen se tuvieron que cambiar de ropa, por otra más cómoda, pues tenían los trajes blancos de novio empapados. Tras secarse pusieron música y bailaron todos un poco.

Se hizo de noche al fin. Los escasos invitados al enlace seguían

parloteando, riendo y bebiendo alrededor de la mesa, mientras Ángel y Zen estaban sentados frente al mar, sobre una toalla.

—Hoy no es el día más maravilloso de mi vida —afirmó Zen, de pronto.

Ángel se quedó algo perplejo.

—¿Ah, no?

—Ese fue el día en el que te volví a encontrar. Pasaste por delante de mí como un pavo pijo y yo te pregunté si eras Ángel Bosch. Hice la pregunta incorrecta.

—¿Y qué se supone que tenías que haberme preguntado?

—¿Eres el amor de mi vida?

El chico se miró el anillo y lo hizo rodar en su dedo.

—Lo somos, el uno para el otro.

Zen lo rodeó con sus brazos, para besarlo mejor.

—Me gusta este tatuaje que te has hecho y has mantenido escondido hasta hoy...

Zenón le asió por la muñeca izquierda, y en el reverso observó las pequeñas alas tatuadas, igual que las suyas del pecho. El dibujo era muy reciente, de hecho, de la tarde anterior.

—Luego te lo tapas bien, no se te infecte.

De fondo comenzó a sonar una canción conocida para ambos. Los dos se dieron la vuelta a la vez.

Henar los saludó con la mano, animándolos a bailar. Era quien la había puesto.

Ella era otro ángel de la guarda, siempre pendiente y acertada.

Ángel se puso en pie, sobre la fría arena, e invitó a Zen a bailar, arrastrándolo con suavidad hasta el agua de la orilla, para que las olas lamieran sus pies, y un poco más allá.

No habían hecho ningún baile de recién casados porque en su caso hubiera quedado demasiado raro.

Pero aquella canción en particular les incitó a hacerlo, a lo lejos, frente al mar.

I love You, de Woodkid, versión orquesta sinfónica.

La bailaron muy pegados, sintiendo el agua alrededor de sus tobillos, y el rumor de las olas mezclado con el de sus corazones unidos por los lazos del destino.

—No te escondas más de mí... —susurró uno.

—No me esconderé más de ti... —susurró el otro.

Fin

Nota de la autora

Esta historia tiene importancia para mí. Mi primer cómic yaoi fue *No te escondas*, a los diecinueve años. Unos diez años después lo redibujé y una editorial me lo publicó desde 2008 hasta 2013, dando como resultado cerca de setecientas páginas.

Pese a que conté con cierto margen y espacio para desarrollar la historia de Ángel y Zenón, es cierto que tuve que desechar muchas ideas por el camino.

Los que habéis leído susodicho cómic habréis notado los cambios, los enlaces, los huecos que faltaban, la historia real de Zenón. Esta era mi idea inicial y por fin la he narrado.

Los que no, tal vez aún podáis conseguir la versión gráfica. Pero os advierto que no son del todo iguales, porque yo ya no soy la misma.

Si os gusta la historia de Ángel y Zenón, os invito a leer *Razas*, donde los mismos personajes tienen otro rol, a veces semejante, pero sobre todo distinto.

No soy ya de agradecimientos, ni de dedicatorias (haceos a la idea de que todas mis historias pasadas y futuras fueron y serán dedicadas silenciosamente a mi madre, y ella ya lo sabe). No obstante, os doy las gracias por llegar hasta aquí.

Hasta la próxima.

Laura B.

Otros títulos:

Despiértame cuando llegue septiembre

Cómo has cambiado mi mundo

El orgullo de Mr. Darcy

Ángeles y Vampiros

Amor Desesperado

Susurro de besos

La Flor del Mal

No te escondas

Confesiones

Razas

No olvides puntuar esta historia en Amazon y dejar tus impresiones.

¡Gracias!